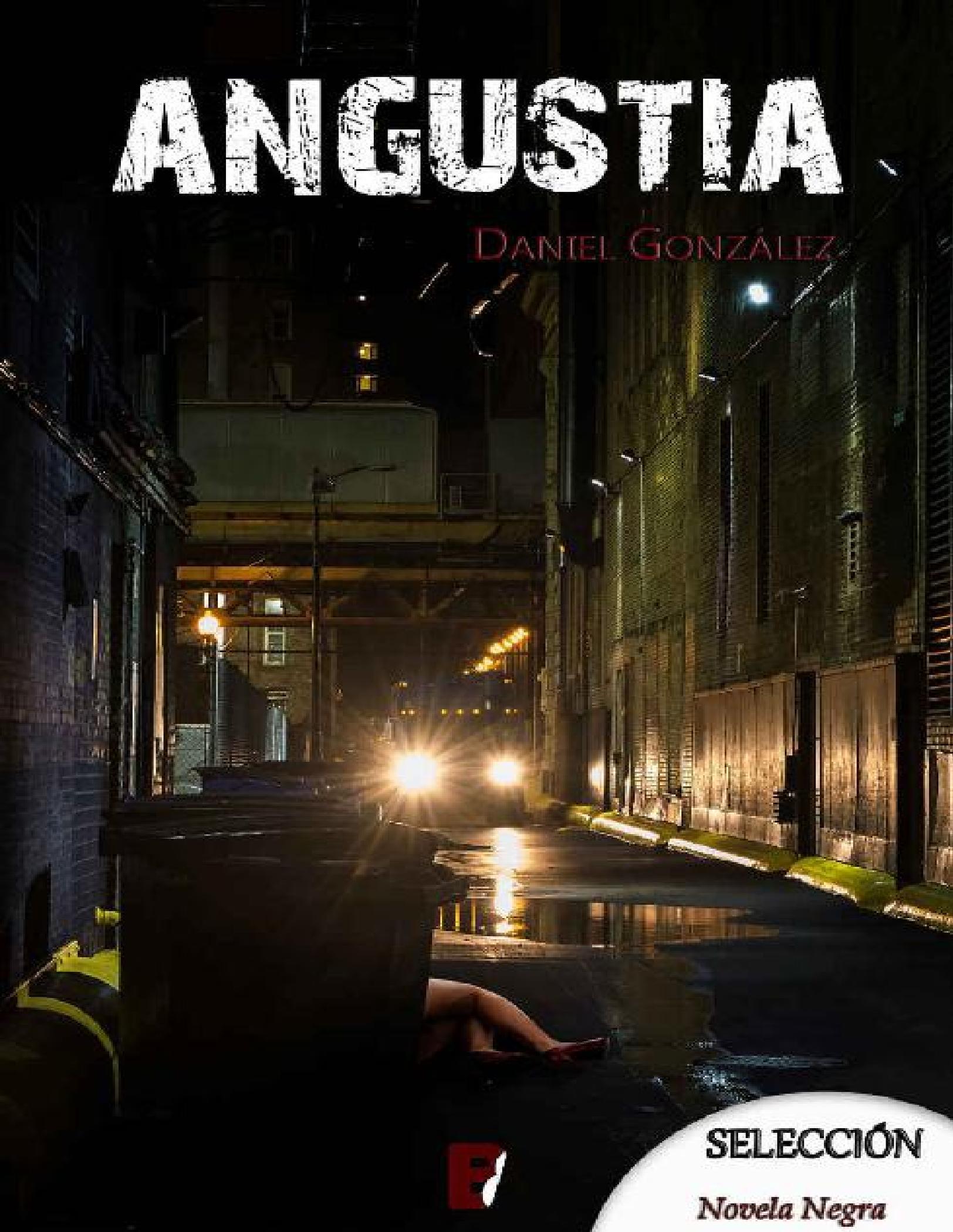


ANGUSTIA

DANIEL GONZÁLEZ



SELECCIÓN

Novela Negra

Angustia
Sentimientos encontrados

Daniel González



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

PRÓLOGO

La fría noche

20 de diciembre de 2007

Voy a morir. Sé que voy a morir. Deseo morir.

Rebeca ya no sentía nada. ¿Cuántas horas llevaba sufriendo? El tiempo se paró cuando, al salir de la fiesta que habían celebrado los compañeros de universidad por la llegada de la Navidad, alguien la asaltó.

Recordaba que iba caminando sola por las frías calles de Madrid. Caía una fina llovizna y ella apresuró el paso. Entonces..., una navaja en el cuello, en una zona oscura de la capital, hizo que su cabeza dejara de razonar. ¿Cuántos eran?; no lo podía saber, pero eran varios, seguro.

La metieron en un coche y le taparon la cabeza con una bolsa de basura. Muchas voces, risas y bandazos durante el corto trayecto.

Rebeca pensaba que la iban a raptar. Lloraba y sentía que el corazón palpitaba con demasiada celeridad. No tardó en darse cuenta de lo que iba a suceder. Una mano comenzó a tocarle el pecho.

Un tiempo después yacía tumbada en una cama. No sentía la boca tras los muchos golpes que había recibido. El cuello lo notaba húmedo, posiblemente de la sangre que salía de su antes bello y maquillado rostro. Al principio notó

que la destrozaban por dentro; sin embargo, ya no sentía nada, solo el peso de un hombre sobre ella y las continuas risas a su alrededor.

¿Era un equipo de fútbol completo? Deseaba morir, que aquello acabara lo antes posible.

Otro puñetazo en la cara; este cerca del ojo derecho. Intentó abrir el izquierdo y comprobó que lo tenía hinchado y no podía casi distinguir las figuras que tenía delante de ella.

Más risas. Incomprensión. Angustia. Después, oscuridad.

Pedro Orol miraba a los grupos de gente caminar por las aceras de la ciudad. Eran sus primeras Navidades en el cuerpo y le iba a tocar trabajar casi todas las fiestas. La noche estaba siendo ajetreada y aún no habían podido parar ni siquiera para tomar un simple café.

Su compañero, Andrés Salazar, conducía en silencio buscando una cafetería. Miró su reloj, las dos de la madrugada del 22 de diciembre. Suspiró, aún les quedaba mucha noche.

—¿Paramos aquí? —El silencio se rompió.

Orol dejó de mirar por la ventana y vio que el coche se paraba sobre la acera, frente a una cafetería que parecía estar cerrando. Sin contestar ambos se bajaron del coche.

—¿Se puede? —dijo Andrés al pasar dentro.

Un hombre de unos sesenta años, delgado y con cara de pena, los miró y asintió con parsimonia. Los dos agentes se sentaron en el rincón más alejado de la entrada y pidieron dos cafés con leche.

—Madrid está lleno de gente.

—Sí, y todos en cenas de empresa y de juerga, menos nosotros —admitió Andrés con una ligera sonrisa.

Andrés Salazar era un policía corpulento, moreno y con una estatura de casi dos metros. Su vida la pasaba en el gimnasio por lo que intimidaba con su sola presencia. Llevaba ya varios años patrullando las calles de Madrid y decía que jamás lo dejaría. «El verdadero trabajo policial es este», le había dicho a Orol desde el primer día.

Pedro Orol, por su parte, era nuevo en las calles de Madrid. Llevaba poco

tiempo con el cargo jurado y menos aún con Andrés patrullando. Su estatura media, 1.75 m, y su delgadez no hacían de él un policía muy intimidatorio. Por otro lado, era un apasionado del deporte y era cinturón negro de *full contact*.

—Lo que daría yo por poder andar por ahí con todas esas mujeres — comentó Andrés mientras dejaba un billete de cinco euros sobre el mostrador.

El café estaba ardiendo y, mientras esperaban que se enfriara un poco, los policías se dedicaron a ver a una camarera de unos veinte años y con una buena figura, que recogía las mesas del local.

—Yo dedico estas fiestas a estar con la familia.

—Y yo, pero hay que irse de juerga alguna vez, ¿no?

—Sí, claro, aunque yo ya hace mucho que no salgo, desde que me eché novia.

—Pero si eres muy joven —exclamó Salazar al propinar una palmada en la espalda de su compañero—. Tú te tienes que venir conmigo una noche. Conocerás mundo.

—Yo ya tengo mundo. 24 años me contemplan y he vivido mucho.

Andrés le lanzó una mirada desdeñosa.

—No, te quedan cosas por ver. Yo llevo ocho años en las calles de Madrid y casi todos los días veo cosas nuevas, cosas que a mucha gente no la dejarían dormir por las noches.

—¿Cómo?

—Cuerpos desmembrados al ser atropellados por un tren, chicas violadas salvajemente, peleas que dejan a la gente con cachos de piel suelta o con un ojo fuera de las órbitas, mucha sangre y, sobre todo, mucha miseria; eso da más pena aún.

—Ajá, yo me refería al tema de salir, de las mujeres —comentó Pedro con un tono meditabundo.

—Sobre eso también tienes mucho que aprender —contestó con una sonora risa mientras en el equipo escucharon cómo la emisora los llamaba.

—Adelante para zeta 121 —contestó Orol.

—Diríjense a la calle San Blas, ahí parece que hay una mujer herida.

—Recibido.

Se bebieron un largo trago de café y dejaron más de la mitad de la consumición por las prisas.

—Siempre te llaman en el peor momento.

El dueño del local golpeó el billete, murmuró que estaban invitados y volvió enseguida a seguir limpiando. Dieron las gracias y salieron rápidamente hacia el lugar.

Orol puso las luces de emergencia y buscó la dirección en el callejero. Jamás habían oído hablar de esa dirección. Cuando la encontró pudo descubrir que estaban muy cerca, pero que era una bocacalle pequeñísima. Al llegar, además, comprobaron que estaba a oscuras.

A lo lejos se escuchaba la sirena de una ambulancia. Orol bajó del vehículo con una linterna en la mano y caminó hacia la oscuridad reinante. Su compañero había dejado el coche patrulla cortando la entrada en la callejuela y había dejado las luces de emergencia encendidas; eso daba un toque extraño a la calle.

Orol tenía un poco de miedo, aún no había tenido ninguna intervención peligrosa y esa oscuridad lo asustaba un poco. Aguantó la respiración y se relajó un poco al escuchar que su compañero se acercaba por detrás.

El haz de su linterna recorrió las profundidades de la calle y, tras un contenedor de obra, pudo ver lo que parecía un zapato y, después de una inspección más intensa, comprobó que una pierna se perdía detrás del contenedor.

El corazón de Orol se paró y tuvo un momento en el que creyó que se iba a desmayar. En ese momento Salazar llegó a su lado y apoyó una enorme mano en su hombro. Eso dio fuerzas al novato, que —con un gesto de la cabeza— señaló su descubrimiento.

La ambulancia sonaba ya muy cerca. Las luces de emergencia del coche patrulla seguían iluminando la escena de manera aterradora. Salazar encendió su linterna y se acercó un poco más a la víctima; Orol lo siguió.

Estaba todo lleno de sangre. El novato recordó un curso de primeros auxilios que había dado en la Academia de Ávila hacía poco tiempo y puso la mano en el cuello de la chica. Mientras trataba de concentrarse en el pulso, observó el cuerpo de la joven y sintió una pena inmensa. Tragó saliva con el fin de no comenzar a llorar como un niño; lo consiguió por poco.

Su compañero se había alejado dos pasos y hacía gestos señalando a los de la ambulancia el lugar al que debían acudir.

—¡Hay mucha sangre! —gritó y Orol pudo ver que también estaba asustado.

Orol se levantó sin haber conseguido captar las pulsaciones. En su fuero interno sabía que aquella muchacha estaba muerta. Se acercó a su compañero y juntos vieron cómo los sanitarios trabajaban para que aquella chica no muriera.

Tras unos minutos intensos vieron cómo subían el cuerpo a una camilla. Tenía una vía puesta y eso dio ánimos a los dos policías.

—¿Está viva? —preguntó Andrés a una chica al pasar a su lado.

—De momento parece que sí —contestó de manera automática mientras corría a la ambulancia en busca de algo.

Una vez que los facultativos se llevaron a la chica, los agentes se quedaron un rato en silencio; cada cual pensaba en sus cosas, sin decir nada el uno al otro, pero ambos sabían que aquello los cambiaría para siempre. Por mucho que uno se quiera, hay cosas a las que jamás se acostumbra y una de esas cosas es ver cómo la vida de una persona se va entre tus manos.

Los dos tenían restos de sangre en sus manos, que manchaban sus jerséis. La noche era fría y húmeda, pero de eso ninguno se dio cuenta. Estuvieron aún unas horas allí, sin saber nada de lo ocurrido con la chica. Tenían que esperar al grupo de judicial y a científica para que cada uno hiciera su trabajo.

Nadie se paró un segundo a pensar que habían sido ellos los primeros en llegar y que fueron los últimos en irse. Eso era algo que iba unido, inexorablemente, a su puesto de trabajo.

«Somos la última mierda», le dijo Andrés a Pedro al finalizar la noche cuando, tras compadecer en la oficina por aquel, se pudieron cambiar de ropa e irse a sus casas. Ya había amanecido y ninguno de los dos tenía sueño. Los dos guardaban en sus retinas la imagen del cuerpo semidesnudo de una joven de veinte años que había sido violada salvajemente y apuñalada dos veces: una en el corazón y otra en el estómago. (Eso lo supieron después). Seguramente esa mañana no podrían dormir, por lo que se fueron a desayunar a una cafetería cercana a su trabajo.

A las diez de la mañana y tras desayunar, los dos compañeros, en completo silencio, se despidieron y quedaron en verse en el siguiente turno, tres días más tarde.

—Es posible que me pase mañana por el hospital —murmuró Pedro mientras

estrechaba la mano de su compañero—. Me gustaría saber qué pasará con esa chica —aclaró al ver el gesto de Andrés.

—Te voy a dar un consejo —le contestó con una mano en su cabeza; no obstante le sacaba algo más de una cabeza de altura—. No te lleves las cosas trabajo a casa, aquí vas a ver muchas y algunas, como lo que hemos visto hoy, muy impactantes. Pero hay que saber dejar la vida profesional a un lado cuando uno está con la familia y con los amigos; si no, te vas a volver loco. — Lo despeinó un poco y se fue con paso lento.

—Lo necesito. —Fue lo único que acertó a decir Orol.

Paseó durante un rato por las calles de Madrid, calles que a esa hora estaban semidesiertas al ser un domingo. Pedro lo meditó mucho tiempo, pero al final, y tras creer que le sería imposible dormir, se fue al 12 de octubre, hospital en el que sabía que estaba la chica.

CAPÍTULO 1

5 años más tarde

20 de diciembre de 2012

El agua estaba ardiendo y todo el cuarto de baño permanecía lleno de vapor. Pedro Orol miró de nuevo su reloj y vio que no eran aún las cinco de la mañana del día 21 de diciembre.

Acababa de recibir una llamada de la brigada, en la que le informaban de la aparición del cadáver de una mujer. Estaba de incidencias y era a él a quien le tocaba acudir.

«Siempre la mierda me toca a mí», pensó mientras se ponía en pie y en el cuarto de baño se lavaba la cara profusamente.

Llevaba ya varios meses en la brigada provincial, en un grupo de homicidios. Tras estar un par de años en los radiopatrullas y otro par de conductor en el parque móvil, había dado con sus huesos en aquella brigada, que sonaba muy bien. Muchos días llegaba a su hogar pensando en el porqué de haber elegido ese puesto, pero cuando su jefe, en el parque móvil, le preguntó si le interesaba, él no se pudo negar. Muchos policías soñaban con llegar a ese puesto, típico de las películas de acción americanas. Gente especial con vidas especiales. Eso, por desgracia, no se reflejaba en la persona de Pedro Orol.

Seguía teniendo la misma mierda de vida de siempre. Lo único que había cambiado era que ahora chupaba horas a destajo. Había días que no iba a su casa para nada.

Ya en el pasillo miró la puerta cerrada de su compañero de piso, Andrés Salazar, su primer compañero en los zetas, y negó con la cabeza. Ese no era su hogar, no era un sitio en el que le apeteciera estar muchas horas.

Se vistió lo más rápido que pudo y antes de salir le dio un beso a Ricky, su perro. Era un Bulldog marrón, lo único que le hacía sentir que no vivía solo para trabajar; muchos días tenía que ser Andrés, el que se ocupaba de sacar al perro.

Veinte minutos más tarde, estaba en un oscuro callejón de la capital observando el cuerpo sin vida de una joven de unos veinte años. Llevaba ropa de fiesta: un vestido rojo con un amplio escote y una corta falda. Todo indicaba que la habían violado.

Se quedó parado mirando la triste escena: varios vehículos policiales, una ambulancia y algún que otro indicativo de paisano caminando alrededor de aquella chica. Veía las luces intermitentes —azul, naranja, blanco—, que hacían que aquello pareciera una discoteca; a todo eso había que añadir los continuos *flashes* de la cámara de fotos de la policía científica.

Pedro se acercó a un policía que permanecía mirando su teléfono móvil mientras, en el interior de su vehículo «zeta», se veía a una persona mirar la escena.

—Buenas. —Saludó para que el agente dejara de mirar el teléfono.

Al girarse este sacó la placa y se presentó como agente del grupo de homicidios 3 de la brigada.

—Aquí tenemos al chico que ha llamado a la policía.

—¿Está detenido?

—No, no. Tenía frío y le dije que se metiera dentro. Lo íbamos a mandar para casa, pero el jefe... —Señaló con la cabeza a un inspector que había hablado con dos personas que iban de paisano—. Ha querido que se quedara para hacerle unas preguntas.

—¿Unas preguntas?

El agente hizo un gesto con los hombros, dando a entender que a él le importaba todo un pimiento.

Orol preguntó al policía si podía entrar en el vehículo para entrevistarse con la persona en cuestión y, tras que este diera su permiso con otro gesto de hombros, se introdujo en el vehículo. El policía volvió a sus cosas con el móvil.

Orol se presentó al chico que aguardaba dentro del coche y le preguntó por sus datos. Este sacó su carné y se lo dio.

—Es la tercera vez esta noche. Yo lo único que quiero es irme para casa. Pasaba por aquí y vi a la chica, nada más. Creo que estaba muerta, pero ni la toqué ni me acerqué lo más mínimo.

—Ya, ya. Imagino que también comprenderás que es un tema un poco delicado. Hay que hacerte unas preguntas y, seguramente, se te volverá a llamar.

—Yo haré lo que quieran —dijo un tanto exasperado—, pero hoy quiero irme a casa, necesito dormir. —Se quedó unos segundos callado mirando a Orol apuntar sus datos en una pequeña libreta—. No sé usted, pero quiero olvidar que he visto eso. —Miró al grupo de personas que había alrededor del cuerpo.

Pedro miró también en esa dirección. Parecía una atracción de feria: la gente, pasando al lado del cuerpo inerte de una chica de unos veinte años —según tenía entendido—, que permanecía semidesnuda. Más tarde la taparían con una manta, pero, mientras estuviera la policía científica, ahí no se tocaba nada.

—Te entiendo. ¿Qué venías, de fiesta?

El chico asintió con la mirada perdida.

CAPÍTULO 2

Ese domingo Rebeca se levantó temprano. Era un día especial y quería aprovecharlo. Se dio una ducha con agua muy caliente y, tras desayunar un simple café y vestirse con un pantalón vaquero muy desgastado y con un *jersey* de lana con cuello de cisne verde, salió de su casa.

Cogió su pequeño Seat Ibiza rojo y se fue al pueblo en el que vivían sus padres. Era un pueblo pequeño de la provincia de Toledo. Allí, aparte de ver a sus padres, iría al cementerio donde descansaban los restos de sus abuelos y, tras hablar con ellos un rato, se introduciría en la iglesia, donde permanecería casi toda la mañana.

Era su pequeño hábito desde que se hubo salvado de morir por un pequeño milagro, un milagro de cuatro milímetros, según el médico. También rezaría por que algún día se encontrase a los que arruinaron su vida. Pero eso era otro cantar, lo más importante era dar gracias a Dios por seguir viva, aunque muchas noches sola, en su casa de Alcorcon, ciudad del sur de Madrid, sintiera que habría sido mucho mejor morir aquel día y ahorrarse los sufrimientos que había pasado después.

En el coche puso una cinta de música *dance* y dejó que sus pensamientos volaran. Desde aquella fatídica madrugada de hacía cinco años atrás, no había vuelto a salir de fiesta por la noche. Esas horas que pasaba en el coche o en casa escuchando esa música era lo más parecido, al menos servía para que recordara lo que había vivido hasta los veinte años: muchas noches de salir y beber con sus amigas o con todos los novios serios que había tenido hasta ese momento.

Después de aquello su vida solo se movía por la esperanza de que algún día su caso se resolviera. Hasta ese momento la cosa no había avanzado nada de

nada; sin embargo, año tras año, en esas jornadas de espiritualidad, rezaba y pedía que el año siguiente fuera diferente y su caso viera que se le hacía justicia.

En poco más de una hora, llegó a su punto de destino, Almonacid de Toledo. No tardó en aparcar justo frente a la puerta de la casa de sus padres. Nada más parar el motor, su madre salió a la puerta y no demoró demasiado en acercarse y abrazar a su hija, como si hiciera años que no la veía.

—Qué guapa estás.

—Anda, mamá, no digas tontunas. ¿Estás sola?

—No, tu padre anda por dentro dando de comer a los perros.

El padre de Rebeca era cazador y tenía dos galgos, Reina y Manchada, que eran su auténtica obsesión desde que se había jubilado y se había ido a vivir al pueblo.

—He preparado un cocido calentito, que sé que, desde que vives sola, no comes nada caliente.

Juntas entraron tras sacar las dos bolsas que llevaba Rebeca en el maletero; una llevaba algo de comida, leche, tomates y demás cosas que en la tienda del pueblo eran bastante más caras que en la capital; la otra llevaba algo de ropa para poder pasar allí la noche.

Rebeca se sentó en un viejo tresillo que tenían en el salón justo cuando su padre entró por la puerta que daba al patio interno de la casa.

—Hija. —A su padre se le iluminó la cara al verla y caminó hacia ella para darle un fuerte abrazo—. Estás en los huesos. Tienes que venirte a vivir con tus padres para poder alimentarte mejor.

—Ya estás otra vez. —Rebeca puso cara de tristeza—. Sabes que aquí no podría vivir. No hay trabajo ni hay nada que hacer; además, ya sabes que sería la comidilla de todas las viejas. —Los tres sonrieron con algo de tristeza, ya que sabían a ciencia cierta de lo que tratarían la mayoría de los cotilleos.

—Bueno, yo voy a lo mío, ¿tienes las llaves del cementerio? —preguntó a su madre, que, como ya sabía que se lo iba a preguntar, las tenía en el bolsillo y no tardó en sacarlas—. No entenderé que tengan el cementerio cerrado a cal y canto.

—Hija, sabes que es por los robos —argumentó su padre, que ya se disponía a salir de nuevo del salón.

—Eso es algo que tampoco entenderé nunca. Bueno, me voy.

Rebeca dio de nuevo un beso a su madre y denegó el ofrecimiento de acompañarla, como hacía siempre. Después se fue dando un paseo al cementerio, que quedaba en las afueras del pueblo.

Por el camino volvió sus pensamientos al día que había cambiado su vida. Había sido un viernes y se había decidido a salir sin su novio, Carlos, para ir con los compañeros de clase a celebrar las Navidades. Carlos no había quedado nada contento con que se fuera ella sola, y tuvieron una enorme bronca durante la tarde, hecho que contribuyó a que Rebeca no disfrutara de la noche. Habían cenado a base de raciones en un bar de moda de la zona centro, en el barrio de Chueca, y después se habían ido a la zona de huertas, a un local que era de un amigo de un compañero de clase.

Allí se debió de haber bebido tres copas en un par de horas, justo después de haber recibido una nueva llamada de Carlos. En esa llamada habían vuelto a discutir. Carlos era demasiado celoso y no estaba acostumbrado a que su novia saliera sin él. Él, de todas maneras, de vez en cuando, sobre todo cuando ella estaba de exámenes, sí salía con sus amigos. «Puto machista».

Justo en ese momento llegó al cementerio. Sacó las llaves del bolsillo y se reprochó no haber cogido una cazadora. Hacía un frío de cojones. Con las manos heladas consiguió abrir el portón y entró en el camposanto. No tardó mucho en encontrar la tumba de su abuela materna; ella era su preferida, ya que había sido la única que había conocido de verdad en vida. A sus abuelos no los pudo conocer y la otra abuela murió siendo ella una niña de cuatro años. Por suerte, su abuela Gregoria no vivió para ver lo que arruinaba su vida.

Ella, sin embargo, se lo contó todo; más bien habló de ello por primera vez frente a su tumba. Pocas veces más había hablado con tanta franqueza de lo que pensaba frente a la tumba de su abuela. Había estado yendo a un psicólogo durante varios meses y a él no le dijo nada de nada. Finalmente, y tras recibir muchos consejos sobre cómo abrir su corazón a los demás para poder pasar página y curar las heridas, dejó de ir. «Que mierda sabrá ese tío de cómo olvidar una múltiple violación».

Ella era la puta víctima y solo a ella le había pasado eso. Nadie de los que decía que comprendían cómo se sentía sabía una mierda de nada, solo su

abuela, que simplemente escuchaba. Eso, al menos, era lo que ella deseaba pensar: que alguien al otro lado la escuchaba.

Carlos, al menos, no le había dicho nunca que sabía cómo se sentía. Había estado un tiempo acudiendo diariamente al hospital, las dos semanas que tuvo que estar ingresada, pero cada día iba menos tiempo y cada día tenían menos de qué hablar. Ella lo culpaba, en parte, por lo sucedido y él no la miraba igual. Rebeca había llegado a pensar que más bien se alegraba de que, el día que había salido sola, le hubiera pasado eso.

La frialdad y el aislamiento a los que se sometió Rebeca hicieron que, en menos de un mes, Carlos desapareciera de su vida, una vida en la que solo había un hombre: Pedro Orol, aquel policía que acudió al hospital a verla. Jamás olvidaría la cara que tenía el primer día que la había visto en la habitación; era como si a él le fuera a costar más tiempo olvidar aquello. Rebeca supo que alguien realmente la comprendía. Esa persona vivió lo mismo que ella —eso sí, desde otra perspectiva— y cómo ella había cambiado para siempre su manera de pensar y de actuar en la vida.

Desde aquel momento no habían dejado de verse al menos una vez al mes. Se llamaban casi todas las semanas y se mandaban mensajes todos los días. Además, era el único hombre que conocía y no le daba miedo estar a su lado, quedarse sola con él; era su amigo.

—Abuela, por fin he conseguido sacarme el título de Criminología. Ya puedo trabajar de detective e incluso he pensado en opositar para policía. Por lo demás, sigo trabajando en el supermercado del barrio por los ochocientos cochinos euros al mes del año pasado. Si no fuera por que mis padres me dejan vivir en su antigua casa de Alcorcón sin pagar nada, no sé qué sería de mí. Cada día me siento más sola, abuela, cada día me da más asco continuar con la vida que llevo. Tengo un título, pero no me sirve de nada. Las personas que me arruinaron la vida siguen disfrutando y nada me hace pensar que los vayan a coger nunca, y yo poco a poco me hundo más en la mierda. No he vuelto a besar a un hombre, me dan asco todos. —Sonríe—. Bueno, todos menos Pedro..., ya sabes. Muchas veces he pensado en quitarme la vida, pero creo que eso haría que ellos triunfaran sobre mí otra vez, que volvieran a violarme, de algún modo. Me encantaría saber por dónde empezar ahora, que tengo el título. Quiero crear una agencia de detectives privados y me

encantaría investigar mi propio caso, así como en la serie americana de la que te hablé una vez. Hay un chico en el gimnasio que me tira los trastos a todas horas. —Vuelve a sonreír, pero llora a la vez—. No sé, le tendría que decir que jamás conseguirá nada de mí, que se olvide. No te molesto más, abuela. El año que viene volveré; bueno, vendré más veces, pero solo hablaré de estas cosas el año que viene. Un beso, te quiero, Goyi.

Rebeca, llorando, paseó por el cementerio parando en cada una de las tumbas de sus abuelos. No había llevado ni flores ni nada por el estilo; a ella le parecía una estupidez eso de llevar flores, un gasto de dinero nada más. Después, sin más, se fue de allí. Miró su teléfono móvil: ni una llamada, ni un mensaje. Eran ya las doce de la mañana y ella iría ahora a la ermita. Eso quedaba al otro lado del pueblo y tardaría casi una hora en llegar, pero no importaba. Ese día era suyo, y caminar para poder pensar no estaba nunca de más.

Sus recuerdos volvieron a Carlos y a aquella conversación que habían tenido por teléfono. Parecía que hubiera sido ayer mismo. La voz sería de su pareja; ella, algo contenta por el alcohol ingerido durante la cena, aderezado más tarde con dos chupitos de tequila que la sentaron fatal. Notaba que su cabeza ya no estaba en perfectas condiciones y sabía que uno de los compañeros iba tras ella esa noche. Todo eso se lo había dicho a Carlos. No era de las que callaba nada y confiaba plenamente en su pareja, esperando a cambio la misma actitud. Por mucho que Ismael, el compañero de clase, fuera tras ella, no tenía nada que hacer. Sin embargo, Carlos se lo había tomado bastante mal.

—Como sigas bebiendo, vas a acabar borracha —le recriminaba— y, cuando estés lo suficientemente borracha, harás lo que él quiera.

—No digas tonterías, cariño, yo no voy a hacer nada de nada si no es contigo.

—Seguro, por eso yo estoy aquí en casa como un gilipollas y tú, de cachondeo.

—Tú sales mucho más que yo.

—Da igual. Yo no voy calentando a nadie como una puta. No sé si quiero seguir con una guarra. —Fueron sus últimas palabras antes de colgar.

Rebeca lo había llamado dos veces más y le había mandado varios mensajes al teléfono, pero Carlos ya no contestó. A partir de ese momento la noche se torció. En la cabeza de Rebeca solo había sitio para acordarse de Carlos y de lo que lo quería. Se bebió dos copas con la intención de irse pronto, pero cuando ya salía Ismael le puso una copa en la mano.

—Esta la pago yo —comentó a su oído.

Ella se había querido negar, pero al final el chico, con la ayuda de dos compañeras más, la convenció. Tuvo que aguantar la conversación de Ismael durante media hora, media hora eterna, ya que su cabeza estaba con su pareja. Quería ir a su casa y llamarlo para arreglarlo todo. Carlos tenía un pronto muy fuerte, pero era muy bueno con ella, casi siempre. Ni podía ni quería que su relación acabara y menos de esa manera tan estúpida.

Congelada de frío recordó, mientras paseaba por los caminos llenos de olivares de su pueblo, cómo Ismael le había puesto un brazo rodeándola y cómo había intentado besarla. Le había costado zafarse del abrazo de aquel chico, mucho más fuerte que ella y mucho más borracho también, pero tras haberlo conseguido se fue y dejó a todos sus compañeros de clase mirándola perplejos. Nadie había salido a ver qué tal estaba; eso sí que lo recordaría siempre. En ese momento se dio cuenta de lo falsas que habían resultado ser las amistades universitarias; fue algo que la empujó para más tarde estudiar criminología en una universidad a distancia.

Estaba tan enfadada con todo que comenzó a caminar sin saber bien hacia dónde iba. Su cabeza estaba bastante embotada a causa del alcohol. Mientras lloraba se acordaba de su pareja, de cómo la había tratado por salir una noche con sus compañeros de clase. También pensó en Ismael, en el porqué de no poder tener a un amigo. ¿Por qué tenía que intentar nada cuando sabía que tenía novio y que estaba muy bien con él? Solo había tratado de ser agradable con él y se lo pagaba así. Había intentado forzarla a darle un beso. ¿Y sus amigas?; sus amigas se habían quedado de juerga mientras ella caminaba sola, en la noche de Madrid, por un lugar que no conocía.

Recordó cómo había mirado el reloj en el momento que había escuchado unos pasos cerca de ella. Era pronto aún y creía que podía haber cogido el puto metro si hubiera encontrado una parada. Había deseado que esa mierda de llovizna hubiera cesado de una vez. Los pasos estaban más cerca. Algo en

ella había hecho que tuviera miedo. Se secó las lágrimas y lo demás lo deseó olvidar para siempre.

Sin embargo, no podía olvidar el tiempo en que aquellas personas la habían tenido en contra de su voluntad. Jamás olvidaría los golpes y el miedo que había sentido. La angustia de no saber qué iba a suceder con ella y la pena de sentir que tal vez, solo tal vez, se lo tuviera merecido.

Rebeca llegó a la ermita y llamó al seminario que había al lado. En menos de un minuto, un aprendiz de sacerdote salió y, tras hablar con él, le abrió la ermita.

—Cuando vayas a acabar, vuelves a llamar para dejar bien cerrado.

—Gracias. —Fue lo único que dijo Rebeca.

Cuando se quedó sola, se arrodilló frente a una imagen de la virgen de la Oliva que tiene la ermita, y comenzó a rezar. Pidió fuerzas a Dios para seguir soportando la pena y el dolor infinitos que aún sentía en su interior. Más tarde se sentó en la primera hilera de bancos y allí permaneció en silencio durante largo rato. Era su momento. Allí se sentía segura, palpaba una seguridad que, por desgracia, ya no sentía en ningún momento de su vida.

Ir a comprar el pan le daba un miedo casi insuperable y, para realizar cualquier cosa, tenía que armarse de valor. Incluso quedarse sola en casa le daba pánico, un pánico que se multiplicaba al llegar la noche, pero sabía que era algo que tenía que hacer.

Una hora más tarde salía de la ermita.

CAPÍTULO 3

El despertador logró por fin despertarlo. Pedro abrió los ojos y vio con desgana que aún no eran ni las dos de la tarde. Se había podido acostar a las diez de la mañana tras una noche eterna. Paró el sonido y se quedó mirando el techo de su pequeña habitación.

Pedro vivía en Alcorcón, en un piso viejo de dos habitaciones, piso que compartía con su antiguo compañero, Salazar. Su compañero seguía trabajando a cinco turnos en la calle y esa mañana de domingo le había tocado salir a trabajar. Pedro consiguió levantarse y miró con tristeza su habitación. ¿Cuándo podría volver a su casa?; empezaba a echar de menos el poder ir a diario a pasear por las playas de Fuengirola. Su trabajo le había ido comiendo los años. Primero, no se pudo ir y, tras poder recalar en el grupo en el que estaba ahora, no quiso.

Madrid se había convertido en su casa, pero había momentos en los que mandaría todo a la mierda y haría las maletas para volver. Hoy era uno de esos días. Sabía que tenía que espabilarse para poder acudir a su trabajo y empezar la investigación. Miró el teléfono y vio que tenía dos llamadas de su jefe, al que tuvo que llamar a las ocho de la mañana para darle noticias de lo acontecido y que, seguramente, había dormido a cuerpo de rey toda la noche.

Se dio una ducha larga y caliente, ya que la casa estaba helada. Se puso los mismos pantalones que llevaba la noche anterior y un *jersey* blanco con capucha, y tras coger su arma se fue a Canillas; allí, seguramente, pasaría el resto de su día. Durante el trayecto en coche, pensó en parar para comer algo y decidió que veinte minutos más no iban a ser ningún problema; además, podría comenzar a reflexionar en el caso. Ya casi en Canillas paró en un centro comercial que había y se metió en un Burger King. Allí pidió un menú y se

sentó en la mesa que encontró más alejada de la gente. Comió tranquilo, saboreando cada bocado. La Coca Cola le hizo mucho bien, ya solo necesitaba tomarse un café bien cargado. Se metió en un bar que había al lado y se dio cuenta de que su cabeza, cada vez que pensaba en el caso, iba hacia su antigua amiga Rebeca. Si no recordaba mal, hacía cinco años que a ella le había pasado algo muy parecido a lo que le había sucedido anoche a Sonia. La único distinto fue que Sonia había sido asesinada y que él, en vez de comerse la mierda de esa noche, se comería el llevar el caso sobre sus hombros.

A las dos de la tarde del domingo, Pedro ya estaba sentado frente al ordenador de su oficina, en el complejo policial de Canillas. Tenía un sobre con un montón de fotos de la escena del crimen y decenas de folios con las primeras pesquisas.

Habló con el chico que las había encontrado y con los primeros agentes que acudieron al lugar de los hechos. Más tarde acudiría al anatómico forense de Madrid para preguntar por la autopsia, pero, por lo que el médico forense le había dicho unas horas antes, la chica había sido violada y la habían matado, casi seguramente, de una puñalada en el corazón.

Rebeca había sido violada y la habían intentado matar de una puñalada en el corazón; había recibido dos, como Sonia. Pensó en llamarla, tenía todo el expediente en un cajón de su oficina. Las semejanzas en ambos casos eran demasiado evidentes como para dejarlas pasar de largo; sin embargo, no quería decirle nada a su amiga, no quería volver a hacerla pasar por todo de nuevo.

Sabía que aún no lo había superado, que aún no podía relacionarse con la gente como antes y que, cada vez que estaba sola o tenía que ir a algún lugar por la noche, temblaba de pánico. Todo eso él lo sabía y lo que creía era que, si Rebeca se enteraba de que posiblemente sus agresores habían vuelto a actuar, se volvería a hundir en la mierda.

Escuchó pasos por el pasillo, y dejó de pensar en todo eso. De momento empezaría de cero, sin mirar el caso de cinco años antes. La puerta se abrió y apareció Marga, su compañera a quien había tenido que avisarle.

—Me has jodido el finde. —Fue su saludo.

Orol hizo caso omiso de aquel comentario y se levantó para preparar café en una cafetera eléctrica que tenían para todos los integrantes del grupo.

—Con eso no vas a hacer que se me pase el enfado. —Marga se quitó el anorak que llevaba y lo dejó en un perchero que había junto a la puerta—. Pero puede que me lo tome mejor.

—Imagino. —Orol vertió medio litro de agua de una garrafa que tenían y puso la máquina a funcionar—. Yo no te habría molestado, pero De Benito me dijo que lo hiciera. —Se defendió acompañando a las palabras con un ligero gesto de hombros.

—Bueno, qué remedio. —Marga se sentó junto a la mesa de Pedro—. Cuéntame mientras eso se prepara.

Orol se acercó y sacó las fotos del caso; las fue poniendo sobre la mesa de manera que se pudieran ver casi todas a la vez.

—Hijo de puta —murmuró su compañera mientras su rostro denotaba cierta angustia.

—No sabemos cuántos eran —aclaró—, puede que sean hijos de puta. —Ambos esbozaron una ligera sonrisa—. Bien, te cuento. A las tres de la mañana, un chico llama al 091 y dice que ha encontrado a una chica muerta en la calle Salitre; bueno, en un callejón anexo. Rápido una pareja de la policía se acerca y descubre a la chica así. —Señaló las fotos y rebuscó en el dossier la comparecencia de los agentes, entregándosela también—. Al parecer la mataron y la violaron en otro lugar. —Le mostró la escasa sangre que había en el lugar—. Y de momento ahí se acaba todo.

—¿Dónde está esa calle?, no me suena nada.

—Eso está cerca de huertas, pero es una callejuela pequeña.

—¿Sabemos qué hacía allí?; quiero decir, saldría con alguien, ¿no?

—De eso no sabemos nada, luego llamaré a los padres y hablaré con ellos; a partir de ahí comenzamos.

—Yo llamaré a los padres, siempre una voz femenina tranquiliza algo y tú tienes una voz demasiado fuerte —añadió entre risas.

—Vale, yo llamaré al forense para meter algo de prisa. ¿Has escuchado algo en la prensa?

—¿De esto?

Orol hizo un gesto afirmativo, Marga negó con la cabeza.

Los quince siguientes minutos ambos los pasaron hablando por teléfono, y tuvieron dispar suerte. Marga había conseguido un par de teléfonos de dos

amigas con las que se suponía había salido la noche anterior. No tenía novio, según sus padres, y no tomaba drogas. Orol, sin embargo, había sido la cruz. La forense aún no había aparecido por allí y la autopsia no comenzaría hasta la mañana del lunes siguiente.

Orol volvió a sumergirse en la lectura de todo lo que tenía sobre la mesa; no obstante, su cabeza siempre volvía a la noche en que había conocido a Rebeca. Era lo mismo cinco años más tarde. En aquella ocasión la investigación había descartado que fuera el novio o el chico quien había querido ligar con ella aquella misma noche. Entre los dos habían empujado a Rebeca a salir sola del local y a caminar sin rumbo por la ciudad, triste, confundida y algo atontada a causa del alcohol que había bebido. Presa fácil; ¿Sonia también habría sido presa fácil?

—¿Llamamos a las amigas? —La voz de su compañera lo devolvió a la realidad.

Pedro reparó en que su compañera venía vestida muy elegante, bien peinada y maquillada. Con el calor que hacía en aquella pequeña oficina, Marga se había quitado otro *jersey*, que dejó al descubierto un top muy ceñido que permitía ver demasiado. Ella, al comprobar que la miraba algo desorientado, aclaró:

—Tenía una cita esta tarde.

—Mmmm.

—Hasta ahí te voy a contar. —Dio por zanjado el tema—. ¿Me has escuchado antes?

—Ehh, sí. Llama, a ver si te lo cogen; si no, pues podemos ir a la zona en la que apareció la chica a ver qué se nos ocurre. Alguna cámara o quizá alguien haya podido ver algo.

—¿Un sábado por la noche?; si alguien vio algo, no se acordará seguro.

—Así aprovechas que te has puesto guapa y tienes una cita conmigo — agregó entre risas mientras, a su vez, recibía un ligero puñetazo de su compañera en el brazo.

CAPÍTULO 4

Jacinto miraba a su hija, mientras comía, y sentía cierta añoranza. Sabía que cinco años antes le habían robado a su hija y, aunque no había cambiado en exceso, ya no era tan alegre como antes y se la veía caminar por la vida sin grandes metas. Una meta que se había fijado era la de sacarse el grado de Criminología, y eso lo había hecho de manera excepcional; pero, desde que lo hubo conseguido, este septiembre por fin había acabado y no vislumbraba ninguna mejoría en su hija. Seguía triste, asustadiza y cada día más delgada. Sabía que hacía mucho deporte y que acudía a clases de autodefensa o de algo por el estilo, pero eso no aclaraba que viera que a su hija se le iba la vida poco a poco.

Rebeca terminó de devorar el cocido que había preparado su madre y se levantó para retirar los platos de la mesa y para preparar algo de café. Cuando salió por la puerta del salón camino a la cocina, con las manos llenas de platos, su padre emitió un hondo suspiro. Bernarda, su mujer, lo miró a los ojos y ambos vieron, en la expresión del otro, un sincero penar.

—Esta niña no está bien —declaró Jacinto mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—No se lo olvida. ¿Para qué viene todos los años?, ¿para tener presente todo, que no se lo olvide, y eso es lo que la mata por dentro? Por eso dejó de ir al psicólogo, porque sabía que no quería avanzar, que quería seguir así, sufriendo, siempre teniendo presente lo sucedido.

Rebeca apareció de nuevo por la puerta con tres tazas. Se quedó mirando a sus padres, que habían callado de repente, como si alguien los hubiera pillado en algo sumamente secreto e importante. Frunció el ceño de manera interrogante.

—Nos preocupamos por ti. —Fue lo único que dijo su madre.

Rebeca se sentó en un viejo sillón que había cerca de la estufa, que estaba encendida y daba un fuerte calor. Apretó la mandíbula para reprimir los sentimientos y para no permitir que las lágrimas hicieran ver a sus padres lo mal que lo estaba pasando. Inspiró profundamente y se quedó mirando una foto en la que aparecía con dos de sus primos mayores. La foto había sido sacada en la boda de un tío suyo y ella tendría catorce años. Estaba preciosa con su vestido de mujer —su primer vestido de mujer— y sus zapatos de tacón. Recordó lo mucho que le había costado convencer a su madre para poder llevar tacones ese día. Sus primos iban con sencillos trajes, uno oscuro y el otro claro, y tendrían dieciocho y veinte años. Preciosa foto.

—Yo estoy bien. Tengo trabajo y me he sacado un título; entreno mucho y tengo amigos con los que voy al cine y a tomar algo de vez en cuando. —Al decir esto recordó la última vez que había ido al cine sola, y volvió a sentir deseos de llorar—. Me gusta venir aquí este día porque me gusta ver a los muertos de mi familia para recordar que yo podría estar allí, que todo lo que tengo es un regalo. —Ahora le fue imposible reprimir las lágrimas, pero aun así siguió hablando—. Y que Dios me dejó aquí por algo, para que haga algo más que llorar y sentirme mal.

Su madre se había levantado de la silla y se abrazó a ella llorando también. Jacinto no pudo tampoco retener las lágrimas y tuvo que levantarse fingiendo que acababa de oler el café. Salió por la puerta y se dejó llevar por los sentimientos. Él era el padre y no podía demostrar debilidad; tenía que estar fuerte y permanecer entero para que, cuando su hija y su mujer se derrumbaran, pudieran apoyarse en él para levantarse de nuevo. Era duro y cada día más difícil, pero era su labor.

Cogió la cafetera y la llevó al salón. Justo antes de entrar por la puerta, se volvió a secar la cara con la manga del *jersey*. Al entrar vio que sus dos amores continuaban en silencio, abrazadas delante de la chimenea, ya de pie y mirando fotos de la familia, que había colgadas. Su mujer examinaba la foto antes mencionada y su hija observaba otra, en la que aparecían los cinco en el bautizo de ella. Estaban muy cambiados.

La vida, la puta vida y sus jodidas cosas, que lo hacen a uno envejecer más rápido de la cuenta. Se mantuvo en el umbral en silencio, observando con el

corazón encogido y preguntándose si alguna vez todo volvería a ser como antes. «Seguramente no».

—El café —anunció con voz solemne.

CAPÍTULO 5

Sonia había vivido siempre en el barrio de Villaverde, al sur este de la capital, y sus dos amigas vivían en el mismo barrio. Marga, una vez más, habló con las dos y logró, tras pasar un mal momento, al decir lo que había sucedido la noche anterior a su amiga, las direcciones de ambas.

Eran las cinco de la tarde cuando ambos policías llamaron a la puerta de la primera de ellas, Verónica. Esta abrió la puerta con los ojos aún llorosos; iba con un pijama con estampados infantiles y con el pelo negro peinado con una simple coleta. Mediría un metro sesenta y tenía una bonita figura. Una chica que, cuando se arreglaba, seguramente era guapa. Un hombre y una mujer de unos cincuenta años permanecían detrás de ella con gesto sombrío y preocupado.

Se hicieron las presentaciones y, tras una breve disputa, se consiguió que los padres dejaran a su hija hablar a solas con los dos agentes. Entraron en el salón de la casa, un salón pequeño con una televisión grande, que permanecía encendida. Un mueble abarrotado de fotos de familia y demás objetos de adorno hacían que la habitación pareciera demasiado opresiva. Orol permaneció de pie mirando las distintas fotos mientras su compañera se sentaba en una de las cuatro sillas que había. Verónica se sentó en otra y se quedaron en silencio mientras las dos miraban el lento deambular del agente.

Verónica sacó un pañuelo de papel de su bolsillo y se limpió la cara. Entonces, volvió a llorar con más fuerza. Orol la miró y se descubrió recordando a las amigas de Rebeca cinco años antes; aquellas chicas, con las que había salido la noche en la que había sido agredida, no eran verdaderas amigas, eran simplemente compañeras de clase. Ahora, en cambio, veía el auténtico dolor en la cara de Verónica.

—Tranquila. —Comenzó a hablar Marga mientras con una mano se colocaba un mechón de su pelo rubio tras la oreja—. Entiendo que estés así, pero tenemos que hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

Verónica asintió mientras con el mismo pañuelo, ya bastante estropeado, se volvía a secar las lágrimas.

—¿Ayer saliste con Sonia por la noche?

—Sí. —La voz fue un ligero murmullo apenas audible.

—Cuéntanos qué pasó.

—Lo de siempre. Fuimos a Madrid, a Huertas, y allí estuvimos en varios locales. No sé, bebimos bastante, no me acuerdo bien. —Volvió a llorar—. Pero me acuerdo de que, cuando estábamos en El duende, ella se fue.

—¿Sola?

—Creo que sí, no lo sé. —Se había tapado la cara con ambas manos.

—¿Tú qué hacías cuando ella se fue? ¿Por qué no te fuiste con ella?

Orol permanecía de pie mirando un cuadro con motivos religiosos que había sobre el sofá. Era un cuadro muy bonito que representaba a la virgen María y al niño Jesús, mientras seguía pensando en su amiga. No tenía muy claro qué era lo que tenía que hacer con ella. Seguramente terminaría enterándose de lo acontecido por la prensa y era muy probable que le sentaría muy mal que él no le dijera nada. Sin embargo..., la voz de Verónica lo devolvió a aquél salón.

—Marta y yo estábamos con dos chicos y no nos quisimos ir. —Otra vez los llantos la hicieron callar—. ¡Joder!, ha sido por nuestra culpa. —Levantó la cara y sus ojos negros y acuosos por el llanto se clavaron en Marga.

—No es culpa de nadie. —Por primera vez Orol habló—. Solo de los que lo hayan hecho.

Verónica miró aturdida al policía, como si se hubiera olvidado de su presencia y ahora le resultara extraña. Hubo unas cuantas preguntas más y se despidieron de la familia con un sentimiento extraño. En el ambiente se respiraba temor, culpa, ira y, en los padres de la chica, se podía percibir cierto alivio; no obstante, su hija podría haber sido la víctima.

Seguramente tardarían en volver a la normalidad y lo más probable sería que esos padres no volvieran a dormir cuando su hija saliera por las noches. Pedro pensó en las dos hermanas menores, que había visto en las fotos del salón; ellas también resultarían perjudicadas.

La entrevista con Marta fue muy parecida: una casa igual de pequeña, una familia igual, solo que esta vez la niña era la menor y tenía dos hermanos varones, que también andaban por la casa. La información que sacaron fue la misma: Sonia le había dicho a su amiga que se iba y que seguramente cogería un taxi para llegar a casa, que no se preocupara por ella.

Habría que intentar investigar si había llamado a radio taxi y si había llegado a subirse a alguno, aunque eso les iba a resultar difícil.

A las ocho de la tarde, Orol se despedía de Marga en las oficinas de Canillas. Su compañera había realizado una llamada y se había maquillado antes de salir.

Pedro, una vez solo en la silla, sacó su teléfono móvil y llamó a su amiga.

Rebeca iba en coche de vuelta a casa; al final había cambiado de planes cuando sonó su teléfono. Miró la pantalla y, al ver quién era, contestó.

—Dime.

—Hola, guapa, ¿qué tal todo?

—Ahora estoy volviendo del pueblo, de ver a mis padres y del cementerio, ¿y tú?

—Ya ves, trabajando.

—¿Un domingo?

—Sí, ya sabes que la gente no piensa en nadie cuando mata a otro. —Intentó hacer una pequeña broma, que no tuvo nada de gracia.

Tras un silencio extraño, Rebeca le preguntó si quería algo importante, que prefería no ir conduciendo y hablando por teléfono.

—No, nada, solo preguntar. Otro día hablamos. Cuídate, guapa.

—Un beso.

CAPÍTULO 6

Pedro permaneció unos minutos sentado en su mesa de trabajo mirando la pantalla del ordenador, pero sin ver nada. Pensaba en su amiga y, sobre todo, pensaba en su vida. Llevaba una vida apasionante en el trabajo, que —por otro lado— le encantaba. Muchas horas tratando de averiguar quién hacía qué. Sin embargo, su vida personal no existía. Llevaba meses sin salir con nadie, sin hablar con nadie, si exceptuaba a Rebeca y a su compañero de piso, Andrés.

Seguía acudiendo al gimnasio a practicar el *full contact* y allí conversaba con el resto de las personas que iban, pero nada más. Además, ese mundo de amigos del gimnasio le resultaba estúpido; gente pegada de sí misma, que competía con otros semejantes por tener un músculo más definido o de más volumen. Se acordó de su compañera, Marga, una chica de veintinueve años, con un cuerpo bien definido por el *spinning*, que cada día salía con un chico diferente, y cuando no era con un chico, era con sus amigas, que eran muchas. Tenía una vida social agotadora y eso parecía alegrarle la vida. Más de una vez lo había invitado a ir con sus amigas a tomar algo y él siempre declinaba la oferta. No era tímido, pero cada día le costaba más alternar con la gente. Se había metido en su propia burbuja de trabajo y soledad.

Se levantó y se preparó un café. Esta vez lo tomó solo para acabar con lo que quedaba en la cafetera antes de irse; mañana la limpiaría. Se volvió a sentar frente al ordenador y lo apagó. Tras meditarlo unos segundos, llamó a su madre y habló de cosas sin importancia, durante unos minutos, mientras apuraba el contenido de la taza.

Sus padres vivían en Fuengirola con su hermana menor y él hacía ya mucho tiempo que no bajaba a verlos. A veces se sentía deprimido cuando por las mañanas se levantaba y, al abrir las ventanas, no olía a mar; eso era lo que

más extrañaba de su vida en el sur. Por otro lado, la distancia que había interpuesto con su padre le había sentado genial.

Allí, en el sur, tuvo una novia, Mamen. Ella era bonita como pocas y alegre, con una sonrisa que contagiaba, como la de Rebeca. Quizás por eso lo había impactado tanto aquel caso, aparte de por ser la primera vez que veía sangre. Pero seguramente, si hubiera sido un hombre barrigudo de unos cincuenta años, no hubiera acudido al hospital.

Su padre era un currante de los de antes, para el que el trabajo era lo primero y lo último. Cuando en la adolescencia Pedro, tras dejar los estudios demasiado pronto, comenzó a ir de un trabajo a otro, su padre empezó a tratarlo como si fuera un gamberro. En parte era algo gamberro, pero sabía que su padre jamás se enteraría de muchas cosas que hacía, como esos pequeños hurtos en tiendas menores o el consumo de porros o de cocaína.

Volvía a acordarse de Mamen; para él no había otra y se pasaba el día pensando en ella o con ella directamente. Pasaron así tres años y Pedro ya comenzaba a fantasear con vivir con ella y tener una familia común.

En esa época fue cuando comenzó a sopesar entrar en la policía o en la guardia civil. A él le daba lo mismo, pero eran sueldos fijos y por esa época salían muchas plazas. Un amigo suyo había entrado un par de años antes y estaba en Barcelona; no bajaba casi nunca y se había echado una novia en aquellas lejanas tierras. A partir de que supo de sus intenciones, Mamen comenzó a distanciarse de él; cada vez se veían menos y hablaban poco y sin fluidez por teléfono.

—¿Qué te pasa cariño? —indagó un día tras pasar un buen rato con ella en un descampado de la zona.

Mamen lo miró con dulzura, con ese amor que él creía que se había perdido, y esbozó una ligera sonrisa. Se desperezó de su abrazo y se colocó mirándolo a los ojos.

—No quiero que seas policía. —Se hizo el silencio mientras Pedro trataba de encontrar una respuesta buena—. Te irás de aquí un tiempo y yo no quiero eso.

—Si quieres, lo dejo. —Fue lo que dijo y enseguida se arrepintió de ello.

No era que le entusiasmara la idea de irse de Fuengirola, pero no le apetecía nada tener ese peso colgando sobre la pareja toda la vida. Ninguno de los dos

debería dejar nada por el otro. Habría reproches cuando el dinero no llegara, o él mismo se lo reprocharía cuando la relación se terminara y se quedara allí trabajando —Dios sabe en qué mierda de empleo— de sol a sol.

Manen negó con la cabeza y soltó la bomba.

—Pedro, he conocido a otro.

Una frase tan breve como concisa. Fueron momentos, días duros en los que Pedro pensó en todo: dejar la oposición, el trabajo en el que estaba de reponedor, o incluso quitarse de en medio.

Con el tiempo conoció a Rebeca, y ante ella abrió su corazón. Él sabía algo secreto de su vida y quiso que ella supiera de sus peores momentos vitales. Era su única amiga desde entonces.

Sin embargo aquella noche Pedro estaba mal y la conversación con Rebeca no había ayudado mucho. Cogió su teléfono móvil y, tras buscar en la agenda, llamó.

—¿Sí?

—Mamen, soy yo, Pedro. —Tenía la voz insegura.

—Ahh, perdona, cambié de teléfono y se me perdieron muchos contactos. No conocía el número, ¿qué tal?

—Bien..., creo. Llamaba por si te apetecía hablar un rato con un viejo amigo.

—No sé, hace ya mucho tiempo y sé que lo pasaste muy mal. Sabes que ya no me ato a nadie y no quiero hacerlo ahora. —Se hizo el silencio durante unos segundos, que a Pedro se le hicieron eternos, pero él no podía decir nada, se sentía demasiado destrozado y sucio para ello—. Creo que será mejor que no hablemos.

Otro silencio. Esta vez Pedro no aguardó a que Mamen volviera a hablar y colgó. Tenía las manos temblorosas y notaba que le faltaba el aire. Miró el cajón en el que guardaba la pistola y tuvo un deseo irrefrenable de sacarla y volarse los sesos ahí mismo. Otra vez. Supo que, tarde o temprano, su vida acabaría de aquella manera. «Ese será mi destino».

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero a las diez de la noche salía con su vehículo del complejo de Canillas. Su destino no era su casa sino el centro de la capital. Necesitaba tomarse algo, beber y quién sabe si algo más.

No tardó mucho en llegar y por suerte no tuvo dificultad en aparcar. A las diez y media estaba apoyado en la barra de un local, bebiendo una copa de

whisky con hielo. Mientras movía el vaso, perdido en el giro de los hielos en su interior, una mujer con un escote exagerado se le acercó. Se sentó a su lado y apoyó su copa al lado, manteniéndose en silencio. Pedro no quería que nadie le molestara en ese momento. Se rascó distraídamente la hirsuta barba rojiza de tres días, y se bebió la copa de un trago.

—Un mal día. —Escuchó la voz apagada de su acompañante.

Pedro simplemente asintió mientras con la mirada buscaba al camarero. Este permanecía en una esquina de la barra hablando con dos chicos que, al parecer de Pedro, no tendrían la edad necesaria para estar allí. La mujer que estaba su lado terminó también su consumición.

—¿Qué bebes?

—Cardhu.

—¿Me invitas? Me llamo Melody —agregó. Le dio un beso en la mejilla y se arrimó lo máximo posible.

—Pedro. —Volvió a su silencio.

Melody pidió el whisky para Pedro y un gin tonic para ella. Permaneció callado mientras seguían bebiendo.

—¿Quieres compañía? —preguntó ella finalmente.

Pedro se giró y comprendió en dónde se había metido. Hacía años que no iba a un lugar semejante, desde su adolescencia en Málaga. Tuvo un momento de dudas. Debería irse, pero aquel día había sido una mierda y últimamente le había ido fatal con las mujeres. Se había apuntado a una página de contactos y solo había podido quedar con mujeres que o bien eran muy feas o no tenían nada de conversación; además, casi todas extranjeras con hijos a su espalda ya.

—Sí, ¿por qué no?

—Entonces, vamos arriba —agregó acariciando su pierna.

Pedro sonrió. No era la puta más atractiva del local, pero parecía tener un muy buen culo. Por otro lado, aquella noche necesitaba desfogarse y aquella mujer podía ser tan buena como cualquier otra del local. Se mordió el labio inferior —aún dudando— y, tras volver a mirar a su interlocutora, cogió su copa e hizo un gesto para brindar. Chocaron las copas y ambos se la bebieron de un trago.

Después fueron arriba. Ya dentro de la habitación. ella le ofreció una raya a

un coste bastante superior de lo que había en la calle, pero esa noche... Pedro, esa noche, se dejó llevar.

CAPÍTULO 7

Lunes 22 de diciembre

No eran las siete y media de la mañana cuando Pedro paró el puto sonido del despertador. Estaba aturdido y aún algo colocado, pero ese día no podía faltar a trabajar ni de coña. Se desperezó y se levantó con desgana, como casi todos los días de su vida cuando tenía que ir a trabajar. Era la obligación.

Se miró desnudo, delgado pero fibroso, pálido y con unas patillas algo ridículas. Parecía un espantapájaros con ese pelo rojizo alborotado. Salió del cuarto y se dio una ducha rápida y caliente.

Mientras el agua caía por su cuerpo y veía su pene flácido, recordó lo acontecido la noche anterior. Melody se había comportado como una profesional. «Qué coño, es una profesional».

Lo pasó realmente genial. Sin hablar y directo al grano. Tal vez ese tendría que ser su modus operandi: dejar de intentar ligar con chicas normales por las redes, dejar de tratar de ser simpático en el trabajo o en la calle y, de vez en cuando, cuando le picara lo suficiente, desfogarse de esa manera, poder elegir cada día alguna chica nueva rubia, morena, pelirroja, delgada, gordita... Sonrió.

Salió de la ducha y, con la toalla cubriéndole de cintura para abajo, fue a la cocina y se preparó un café bien potente para comenzar la mañana.

Su compañero estaba sentado en el viejo y corroído sofá verde mirando la televisión, mientras se metía en el cuerpo un enorme bol de leche con cereales chocolateados.

—Buenos días —saludo Pedro.

—¿Días o noches? —Andrés rio de buena gana al ver la cara que traía su compañero—. Veo que hoy lo has pasado bien.

—No me hables. —Realizó un gesto con la mano, dando más énfasis a sus palabras—. Que encima esta mañana tengo que ir a currar.

—Bueno..., unos vienen y otros van, esa es la vida. —La boca de su enorme compañero no dejaba de masticar y engullir cereales.

—¿Sales? ¿Qué tal la noche?, hace un montón de tiempo que no coincidimos con la mierda de los horarios estos. —Pedro permanecía de pie en mitad del salón, con el pecho al descubierto, un torso cuidado y depilado, aunque no tan marcado como el de su compañero Andrés.

—La noche, una mierda. Ya sabes, domingo de fiestas, y con el frío que ha hecho no ha habido mucho jaleo. Por lo demás, ya sabes... —Cogió el tazón con ambas manos y se bebió de un trago la leche que quedaba en su interior—. «El mochi» anda pidiendo estadística y diciendo que el que no cumpla va a seguridad, y cosas por el estilo.

—Vamos, la policía en sí misma. —Ambos rieron.

—Muy bien, yo voy a dormir un rato, que luego he quedado para comer.

Ambos compañeros de piso se despidieron sin saber muy bien cuándo se volverían a ver las caras.

Pedro tardó diez minutos en bajar a su Bulldog a la calle. El aire frío, gélido terminó de despejarle la cabeza.

CAPÍTULO 8

Rebeca permanecía sentada en la cama. Había estado leyendo un rato, pero, de no dormir, le escocían los ojos. No había dormido casi en toda la noche, su cabeza no dejaba de pensar en todo lo sucedido el día anterior y sobre todo en la conversación que había podido tener con su amigo Pedro.

Lo había notado tenso, triste y encima, cuando él intentó realizar un chascarrillo, ella se había puesto a la defensiva y había colgado. Rebeca sabía que no era la mejor época en la vida de su amigo y que más de una vez había pensado en volverse a su tierra en cuanto pudiera. El trabajo que tenía era demasiado fuerte para poder aguantar mucho tiempo.

Veía el verdadero mal de las personas casi a diario y había veces que lo superaba por completo. Además, sabía que poco a poco se había ido encerrando en sí mismo refugiándose en su trabajo, alargando las horas a más no poder y haciendo mucho deporte en su tiempo libre. Ella sabía que el trabajo nunca había sido lo más importante en la vida de Pedro y por eso esa actitud era preocupante.

Llevaba mucho tiempo sin quedar con ella para tomar un café, y aún más tiempo sin salir por la noche a tomar unas copas con algún amigo. Además, sabía que cada día se aburría más al salir por las noches. No encontraba la facilidad de palabra para intentar ligar, y hablar con sus amigos con una copa en la mano lo entristecía.

Sabía que vivía con otro compañero, más descuidado que él, en la casa, cosa hecho que también le jodía y que, en más de una ocasión, había comentado su gran deseo de vivir por fin solo.

Rebeca recordó al compañero de Pedro; era un chico grande y con un encanto especial. A ella le gustaba mucho, pero sentía que aún no le era

posible iniciar nada con nadie y creía que Andrés era demasiado para ella. Grande, fuerte, con un rostro marcado y duro, pero con cierto magnetismo y muy simpático, por lo poco que lo conocía. Sabía que tenía a varias chicas siempre a su lado y, según las usaba a su antojo, las dejaba. Eso era lo peor, lo que la echaba atrás sobre todo. Una vez más el hombre en su estado puro, sintiéndose superior a las mujeres y usándolas como objetos sexuales.

Esa era otra de las razones de la tristeza de Pedro: el escuchar muchas noches los ruidos y los jadeos de placer que se colaban hacía su cuarto en penumbra, el cuarto en el que yacía en soledad, a veces empalmándose solo por pensar un poco en lo que disfrutaba su amigo.

Meneó la cabeza y se levantó de la cama. No quería pensar en esas cosas. Esa mañana llamaría a Pedro e intentaría verlo durante esa semana para tomar algo y hablar como los buenos amigos que eran.

Fue hacia la cocina y preparó un café en una de esas cafeteras metálicas que hacen café para dos personas nada más. Sabía que, antes de terminar la mañana, tomaría otra taza seguro. Era posible que fuera al gimnasio y que allí quemara calorías y un poco de ese malestar mental. Necesitaba ponerse en marcha, hacer algo con su vida, ya que había acabado sus estudios. El trabajo de cajera era una mierda y ella lo sabía, aunque hasta ese momento era lo que mejor sabía hacer y lo que más le gustaba. «Sin embargo, ahora tengo estudios, una preparación y tengo que aprovecharlo».

Había hablado con un profesor suyo que le había aconsejado que se hiciera detective privado. Normalmente los encargos que recibían eran cosas de seguros o algo parecido, pero sería un inicio. También se planteó opositar para policía nacional, pero creía que jamás podría desempeñar un puesto policial. Pedro, en alguna ocasión, se lo había recomendado.

«La inmensa mayoría de las mujeres que entran en la policía jamás se pone un uniforme; acaban siendo oficinistas con pipa». Era un comentario un poco machista, pero, tras acudir varias veces a comisaría con él cuando trabajaba de patrulla, comprendió que llevaba toda la razón. Sin embargo, creía que tenía que hacer algo relacionado con lo que había estudiado.

De momento pasaría las Navidades y después comenzaría a buscar algo que hacer en la vida. Se sacaría la licencia para poder ejercer como detective privado y crearía una pequeña empresa, seguramente. Según como se dieran

las cosas, iría en una dirección o en otra, aunque en principio no dejaría de ser cajera.

Se puso unas mallas, que le quedaban muy ajustadas, y se fue al gimnasio. Rebeca se sentía bien con su cuerpo pese a que le había costado mucho volver a ponerse prendas que le sentaran bien a su figura. Sabía que aún le quedaba mucho por conseguir, pero ya le empezaba a gustar que los hombres se volvieran a mirarla y saber que seguía siendo atractiva.

En el gimnasio, que estaba a dos manzanas de su domicilio, no habló con nadie; simplemente se fue directo a las máquinas de *spinning* y dio dos clases seguidas. Esa tarde tenía que volver a trabajar y necesitaba despejarse por completo.

CAPÍTULO 9

Pedro se encontraba en la puerta de la sala de autopsias esperando que llegara su compañera. Tenía bastante sueño y estaba de bajón total a causa de la droga consumida la noche anterior.

Marga llegó caminando tranquilamente. Era una chica que se tomaba todo con bastante calma. «La vida no es trabajo», le decía una y otra vez a su compañero. A Pedro le gustaba esa manera de pensar, pero era superior a sus fuerzas el tener trabajo pendiente y no correr a intentar acabarlo o a al menos avanzarlo un poco; su compañera siempre podía posponer un día más todo.

—Buenos días —saludó alegremente, dándole un tierno beso en la mejilla.

Venía contenta y eso solo podía significar que en la tarde anterior le había ido muy bien en su cita. Pedro recordó su noche, o al menos la parte de noche de la que se acordaba. Él también sonrió, sintiéndose —por primera vez en mucho tiempo— dichoso y feliz.

—Buenos días, guapa —respondió haciendo un claro gesto que indicaba que era algo tarde.

—A estas cosas hay que intentar venir lo más tarde posible —argumentó picaronamente—, como cuando estábamos en los zetas e íbamos lentos a las reyertas.

Ambos rieron recordando tiempos pasados en la policía.

Orol abrió la puerta de la sala sabiendo que la doctora los estaría esperando. Habían quedado media hora antes, pero en esta ocasión los dos agentes se retrasaron. Al entrar en la sala, descubrieron que la forense se estaba quitando unas gafas de protección mientras trataba de rellenar unos impresos. Se giró algo asustada hasta que vio quién era el que entraba por la puerta.

—Buenas. —Fue el escueto saludo.

Marga caminó lentamente hasta la mesa donde el cadáver de la chica permanecía destapado. Sintió una honda pena al verla así. Por muchos muertos que hubiera visto, no conseguía retener las ganas de llorar al ver ciertas cosas, como lo que tenía frente a ella en ese momento.

—¿Qué nos puedes contar? —inquirió Orol tras disculparse por la tardanza.

Elena, la forense, se quitó los guantes de látex, llenos de sangre, que llevaba en esos momentos y después se repeinó un mechón rebelde que caía por su frente tapando algo su visión. Era una mujer de cuarenta años, morena y con una mirada intensa. Sin ser una belleza, nadie podía decir que no fuera atractiva; además, se mantenía en muy buen estado al ser una gran deportista.

—Vamos a ver —suspiró lentamente y cerró los ojos un momento tratando de pensar cómo comenzar la explicación—. Esta chica murió de una puñalada en el corazón; sin embargo, si no se la hubieran dado, habría muerto igual, debido a otra que tenía en el estómago y que la habría desangrado en unos minutos. Tiene multitud de excoriaciones y de traumatismos por todo el cuerpo, hecho que indica que se defendió como pudo y que los agresores se emplearon a fondo para someterla. Digo *agresores* porque, a falta de un examen más intenso, puedo decir que fue más de uno. Hay múltiples restos bajo las uñas de la víctima.

Se quedó callada unos segundos, seguramente lo siguiente sería lo más duro de comunicar. Ver el cuerpo desnudo de una adolescente y saber que sus últimos minutos de vida fueron un auténtico infierno es duro, pero seguramente es más duro en una mujer por cuestiones de empatía.

—Fue brutalmente agredida sexualmente de forma brutal. Tiene restos de semen en todas partes. —Otro largo silencio—. Yo creo que fueron más de tres, como mínimo. Hay un montón de muestras para analizar, ya os diré. En el estómago tenía mucha bebida alcohólica, restos de sus agresores y sangre suya, que tragó por los múltiples golpes que hubo recibido en el rostro.

—Al menos podemos decir que, si alguna vez los pillamos, será fácil demostrar que fueron ellos —susurró Marga con miedo a molestar.

—En un par de días, os pasaré el informe total de la autopsia y, quizás, en una semana pueda deciros algo de todas las muestras que tengo. Eso sí, haceros a la idea de buscar a más de dos agresores. Las heridas fueron hechas

con la misma arma: un cuchillo de cocina, posiblemente, grande.

Orol paseó por la sala mirando los dos cadáveres que había en ella: el de una señora bastante mayor, que seguramente habría muerto por alguna enfermedad, y el de su caso. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y muchas no tenían nada que ver con el asunto que en esos momentos lo ocupaba. «Aunque es posible que sí», pensó.

Recordó a su amiga, su primer caso cuando era nuevo en las calles de Madrid. Tenía tantas cosas en común; lo único que no era igual era que Rebeca había sobrevivido, pero no porque no quisieran acabar con su vida, sino que tenía también dos puñaladas, una en el estómago y otra que rozaba su corazón.

Eran demasiadas coincidencias, por no decir que la otra vez también había sido en las mismas épocas. Decidió no decirle nada de nada sobre este suceso pese a que, desde que se había apuntado a estudiar criminología, le hablaba mucho de todo lo que hacía en el trabajo. Sin embargo, él sí que volvería a sacar el dossier con toda la información que hubiera del caso de cinco años atrás. Sería un buen punto de partida para la investigación.

—Nos vamos. —Su compañera lo sacó de sus cavilaciones asiéndolo del brazo con suavidad. Pedro le sonrió tristemente y, tras despedirse de Elena, se fueron a sus oficinas. Pedro había ido en metro sabiendo que su compañera, que vivía cerca de la central, se acercaría a por el coche. Juntos se metieron en él, aún en silencio, y Marga arrancó saliendo a unas atascadas calles de Madrid.

—Me lo vas a contar. —Fue lo único que dijo tras cinco minutos de total silencio.

Orol la miró con ojos suplicantes, pero sabiendo que lo tenía que decir, que alguien tenía que saber lo que él sabía ya a ciencia cierta, que eso ya había pasado.

—Creo que son violadores en serie. —Marga lo miró inquisitivamente y con aire de no saber si había entendido bien—. Hace años fui a una llamada de un caso igual que este. Las mismas fechas, las mismas agresiones y el mismo intento de matar, aunque en aquella ocasión no les salió bien, y la chica sobrevivió.

—Qué buena memoria tienes —comentó la conductora de manera monocorde.

—Fue la primera vez que vi sangre en mi trabajo y que me involucré más de la cuenta con una víctima—. Orol volvió la vista al otro lado, a mirar por su ventanilla el exterior sabiendo que los ojos de su compañera estaban clavados en su nuca, ya que estaban parados en un inmenso atasco en la M30—. La chica, hoy por hoy, es mi amiga.

CAPÍTULO 10

El día estaba siendo agotador; no había podido parar ni un segundo cuando, a las diez de la noche, estaba contando su caja. Rebeca, en parte, necesitaba días así, en los que no tuviera tiempo de pensar en otras cosas que no fueran trabajo. Además, de esta manera, Javier, un chico que trabajaba en la zona de frutería, la dejaba un día tranquila, sin intentar coquetear con ella.

—Vaya día —le dijo una compañera mientras esperaban a entregar el dinero en la caja central.

—Sí, la verdad es que no hemos parado.

—¿Qué haces ahora?

—Me voy a casa a descansar.

—Ahh, ahora vamos a ir a tomar algo.

—Buff, no sé. La verdad es que estoy cansadísima.

—Como veas, Javi va a venir.

Andrea pensaba que eso haría que ella aceptara, pero tuvo justo el efecto contrario. No era que ese chico no le gustase, sino que Rebeca no deseaba saber nada de hombres de momento. Necesitaba descansar, relajarse y seguir saliendo poco a poco del pozo en el que aún se encontraba sumergida.

A la salida del centro comercial, Rebeca se encontró con un grupo de sus compañeros, que esperaba al resto para ir a un bar cercano a tomarse unas cervezas. La noche era tremendamente fría, el cielo estaba totalmente despejado y eso hacía presagiar una fuerte helada durante la noche. Se quedó hablando unos instantes con los compañeros, y rechazó la invitación. Cuando se alejaba hacia su vehículo, aparcado en otra calle cercana, escuchó unos pasos que se acercaban rápidamente. El pecho de Rebeca comenzó a agitarse y sintió que se ahogaba. Al girarse, pensando ya en salir a correr, comprobó que

era su compañero de trabajo, Javier. Rubio, ojos azules, algo más alto que ella y asiduo de los gimnasios: nadie podría decir que no era atractivo.

—Qué susto. —Fue lo primero que dijo, con una ligera sonrisa en la cara.

—Lo siento, pero es que me han dicho que te ibas a casa. —Aguardó unos segundos por si decía algo—. Quédate un rato, tómate una cerveza. —La miró con cara suplicante.

Rebeca estuvo tentada de acceder a la propuesta. La verdad, era un chico muy atractivo, simpático y claramente estaba muy interesado en ella. Por otro lado, ella sabía que de momento no podría darle lo que un hombre deseaba a esa edad. Desde que había sufrido aquel ataque, no había vuelto a estar con nadie; el sexo permanecía olvidado en un lugar recóndito de su subconsciente. Durante esos años había tenido infinidad de posibilidades de estar con un chico. Rebeca, a sus veinticuatro años, era una mujer con una belleza enorme; sin embargo, aún no estaba preparada para dar ese paso, quizás nunca lo estaría.

—Estoy demasiado cansada.

—Nunca te quedas con nosotros, ni has venido a la cena de Navidad. ¿Te caemos mal?

—No, no es eso. Soy una persona a la que le gusta estar tranquila en casa, leyendo, estudiando, viendo la tele...: esas cosas.

—Me lo pones difícil —le dijo y le asió de la mano con delicadeza.

Rebeca la dejó unos segundos saboreando el contacto, y después la retiró nerviosa.

—Lo dicho, en otro momento. No me gustan los bares ni salir, soy un bicho raro —concluyó con una pequeña carcajada.

Javi también se rio con ese chiste y, tras desearle una buena noche, se fue por donde había venido. Rebeca se quedó unos segundos parada, pensativa. Se sentía basura, una chica joven que no era capaz de disfrutar de la vida, que permanecía encerrada sin permitirse disfrutar de lo que tenía o de lo que podía llegar a tener. Demasiados miedos atormentaban su día a día. Se mordió el labio inferior para no llorar, emprendió el camino hacia el vehículo y se introdujo en él. Una vez dentro se quitó la cazadora y se dejó llevar por las emociones. Lloró desconsoladamente.

Ella deseaba poder disfrutar, vivir. Anhelaba volver a tener relaciones con

hombres, pero algo en su puto interior le impedía tales hechos. Sabía que no iba a disfrutar de ir a un bar, de salir con gente, de tener sexo (sexo del bueno).

De hecho creía que jamás había tenido algo de eso. Su anterior pareja, a la que odiaba por cómo se había comportado tras la fatídica noche, no la había hecho gozar nunca y sus anteriores amores no eran demasiado expertos en esas lides, por lo que sabía que era una mujer desafortunada en esa materia. Cerró los ojos y su cabeza volvió a la noche que había marcado su vida, a los ojos violentos que habían permanecido sobre ella todo el tiempo. Era de lo único que se acordaba: de una mirada asesina, psicótica.

Llegó a su pequeña casa, dejó el bolso y el abrigo sobre una silla del salón, y se fue directo al baño. Necesitaba una buena ducha. La casa estaba helada y, cuando se desnudó para meterse en la bañera, se le puso la carne de gallina. Temblaba, por lo que dejó que el agua estuviera bien caliente. Rápido el cuarto de baño se llenó de vaho.

Salió de la ducha y se preparó un gran tazón de leche con cereales. Se puso un pequeño calefactor a los pies y se sentó en su pequeño sofá a ver la televisión. Puso el canal de noticias y, tras ver cómo comentaban otro caso de corrupción política, escuchó cómo pasaban a hablar del asesinato de una chica, el sábado a la noche en el centro de Madrid. Por lo que decía la reportera, el cuerpo sin vida fue hallado en un callejón céntrico, con claros síntomas de violación.

«La policía no descarta que haya más de un agresor». Al escuchar esto Rebeca se quedó en estado de *shock*. La mano permanecía con una cuchara llena de cereales en mitad de recorrido hasta que terminó cayendo al suelo, sin que ella hiciera nada. Sus ojos se inundaron lentamente de lágrimas, que caían sin control por sus suaves mejillas. El cuerpo entero de Rebeca comenzó a temblar y el oxígeno dejó de llegar con facilidad a sus pulmones: estaba teniendo un ataque de ansiedad.

Sentía un ligero temblor, como si se le estuvieran quedando dormidas todas las partes del cuerpo, desde la cara hasta la punta de los dedos, los que sintió como morcillas cuando intentó coger el teléfono y llamar a emergencias.

Tras mucho empeño no consiguió llamar a nadie y decidió, tambaleándose, salir y avisar a un vecino. Abrió de rodillas la puerta de su casa, ya que las

piernas no podían con su peso, y creyó llamar al timbre del vecino justo antes de que todo se volviera negro. Negro como la triste noche que minutos antes había rememorado con una intensidad atroz.

CAPÍTULO 11

Martes 23 de diciembre

Rebeca abrió los ojos y, aún medio adormilada, comprobó que tenía varios cables conectados por todo su cuerpo. Dos vías con suero, o algo parecido, colgaban de su muñeca derecha y por el pecho sentía varias de aquellas ventosas que marcaban sus constantes vitales en una pantalla que había a su izquierda. Unos biombos separaban su cama y sus aparatos de los receptáculos, iguales al suyo, de otros pacientes. No sabía qué hora era ni cuánto tiempo llevaba allí metida. Volvió a cerrar los ojos, ya que aquella luz intensa la mareaba un tanto. Entonces, se acordó del porqué de su presencia en el hospital. Recordó estar en su casa, sentada, y ver en las noticias que una chica había sido hallada muerta y con claros síntomas de violación. «Ha vuelto a suceder».

Otra vez su cuerpo empezó a reaccionar ante aquella información. Sus constantes vitales se dispararon y, antes de cerrar los ojos, escuchó cómo del aparato que tenía a su izquierda brotaba un pitido incesante. No tardó en percibir, ya medio adormilada, voces de gente a su alrededor. Estaba teniendo otro ataque de ansiedad; ella ya sabía bien qué era aquello. Recordaba con meridiana claridad todos los ataques anteriores, los que habían comenzado al poco de haber sufrido aquella agresión. Eran momentos terribles, para ella y para toda la gente que estaba a su alrededor y que sufría esos sobresaltos casi todas las semanas.

Tardó muchos meses en comenzar a sobrellevar todo aquello, en poder salir sola a la calle —sobre todo, de noche— y aún más en poder reiniciar su vida. Nadie se acordaba de las víctimas de aquellos atroces actos de violencia. Las noticias duraban unos días, tal vez alguna semana, y después —como todo en

la vida— caía en el olvido. Olvido que jamás llegaba a las víctimas.

La vida de Rebeca cambió por completo de la noche a la mañana, y ella y todos los que la rodeaban lo sabían. Una chica alegre, extrovertida y muy inteligente, con un novio guapo, aunque un poco posesivo. Tenía toda la vida por delante, un futuro lleno de diversos proyectos. Estudiar periodismo y escribir en un periódico de tirada nacional era su verdadera ilusión, así como fundar una familia y tener dos hijos (la parejita era lo ideal). Pero, sobre todo, disfrutar a tope de los años de juventud que le quedaban, ya sea saliendo, bailando, ligando, viajando y riendo por todo, era su proyecto.

Todo eso se arruinó en unos minutos. En las primeras semanas de vida que pasó tras el ataque, metida en la cama de un hospital, primero a causa de las múltiples heridas y después debido a su profunda depresión —que hacía que no quisiera comer nada—, pensó y pensó, en muchas ocasiones, en quitarse la vida, en acabar con todo el sufrimiento. Ya no tenía en mente ninguno de aquellos proyectos ilusionantes para seguir adelante.

Luego de muchas horas de psicólogos, de terapias y de conversaciones con sus padres, poco a poco comenzó a ver una pequeña luz, y decidió estudiar Criminología. Era una carrera con pocas salidas en aquellos momentos, pero sus padres no se opusieron. Lo importante era que ella empezara a vivir.

Rebeca, en las numerosas noches que había pasado estudiando en su casa del pueblo, con sus padres, pensó en ser como los detectives de las novelas que leía con pasión: ser como Hercules Poirot o, incluso, como algún personaje de las series de televisión.

Lo crucial en aquellos momentos era que tenía ganas de vivir de nuevo. Obviamente tenía muchos altibajos, momentos en los que todo se volvía negro y tenía deseos —otra vez— de morir, de acabar de una vez por todas con todo. Ella no dejaba de ser una simple muchacha que no tenía el coraje de esos personajes ficticios. Además sentía cómo la gente que había a su lado, al principio mucha gente, poco a poco continuó con sus vidas y la fueron dejando al margen. Se sentía muy sola, y muchas noches anhelaba volver a amar a alguien, tener esa pasión, ese deseo, esa necesidad de pasar sus momentos con otra persona. Sin embargo, ella necesitaba un amor platónico, un amor ideal que no conllevara contacto físico, eso aún le producía malestar. El simple hecho de permanecer cerca de un hombre le daba pánico. Solo dos se salvaban

de ese sentimiento: su padre y Pedro Orol.

Rebeca sintió una caricia en la mejilla. Abrió los ojos y vio a su madre mirándola como solo una madre puede mirar a su hija enferma. Había un amor filial inmenso en ese gesto, en esa caricia. Bernarda sonrió al ver que su hija volvía en sí.

—Cariño —susurró.

Rebeca esbozó una especie de sonrisa. Estaba conmocionada aún y no sabía muy bien lo que pasaba a su alrededor. Su padre hizo entrada en su vista perimetral y agarró con delicadeza su mano derecha, teniendo gran cuidado de no tocar los tubos que salían de las dos vías que tenía puestas en la muñeca.

Poco a poco volvió en sí. Habló un buen rato con sus padres y se enteró de que llevaba diez horas metida allí, de que un vecino había avisado a la ambulancia al verla tirada en las escaleras del portal. Rebeca recordó salir de su casa e intentar llamar a un timbre; sin embargo, no podía decir si había llegado a hacerlo o no. Lo importante, de todas maneras, era que alguien la había encontrado y que había contactado a una ambulancia.

—Tu amigo Pedro está fuera —comentó su padre como si tal cosa—; si quieres, me salgo un poco, así entra él a verte, que no podemos estar muchos aquí dentro.

—Da igual. Lo único que quiero es dormir e irme a casa.

—Al pueblo, cariño —sugirió su madre.

—Da igual eso también. —Cerró los ojos.

En ese momento su padre aprovechó y salió de la zona para acudir a la sala de espera del hospital de Alcorcón, donde permanecía Pedro, con un café de máquina en la mano. Eran las once de la mañana y había salido un momento de las oficinas de Canillas para ir a ver a su amiga.

Marga no puso ningún inconveniente al tener que preparar ella todos los oficios que tenían para esa mañana.

—Vete, que ya me lo devolverás —le dijo con una sonrisa enigmática en los labios.

Al ver al padre de Rebeca, Pedro se acercó con rapidez y con deseos de saber lo que pasaba.

—Puedes entrar. —Fue lo único que dijo aquel hombre.

Pedro conocía a los padres de Rebeca, ya que en más de una ocasión había

acudido con ella a su pueblo a pasar algunos días.

—¿Está bien?

El padre hizo un gesto impreciso y Pedro, tras terminar el café y lanzar el vaso a una papelera, entró por la puerta de la que había salido el padre de Rebeca. Tuvo que preguntar a una enfermera, que solícita lo llevó hasta el lugar donde permanecía su amiga, quien se encontraba tumbada, con los ojos cerrados y con varios tubos y cables enganchados. Su madre estaba a su lado, de pie, con una mano acariciando su brazo izquierdo. Al verlo le sonrió y se levantó tranquilamente. Le dijo que saldría ella también un rato, ya que después se quedaría hasta que le dieran el alta.

Pedro agradeció que se fuera y permaneció un rato sin decir nada, mirando con preocupación a su amiga.

Estuvo casi cinco minutos sosteniendo la mano de su amiga mientras ella seguía relajada, con los ojos cerrados, sin haberlo visto. Recordó su primera visita al hospital cinco años antes. Recordó aquel dolor interno que padecía, aquella angustia que le corroía por dentro al sentirse incapaz de solucionar todo aquello, de hacer que nada de lo que había sucedido esa maldita noche hubiera pasado. Pedro estuvo durante muchísimo tiempo creyéndose culpable de todo. Su compañero lo seguía ayudando, pero era algo que solo se podía solucionar de una manera: con el perdón de la víctima. Estuvo yendo al hospital casi a diario, hablando con los padres, los hermanos, la familia y los amigos de Rebeca, pero sin entrar nunca en la habitación, hasta que un día su madre lo obligó a ello.

Era un día nublado, gris, tristón; Pedro salía de trabajar en el turno de la tarde y ya solo quedaban en el hospital las personas que acompañarían a los enfermos en la larga noche. Él tuvo que recurrir a su placa para entrar en la zona de los pacientes. La madre de Rebeca permanecía charlando con otra mujer de su misma edad, más o menos, en la zona de las máquinas de café. Al verlo se acercó y le dijo que su hija había preguntado por él. Pedro sintió un nerviosismo extraño, parecido a la primera vez que había yacido con una mujer; eso había sido mucho tiempo antes. La madre lo acompañó a la habitación mientras él intentaba evadirse de aquel encuentro.

Cuando la vio por fin y Rebeca le sonrió con esa dulce sonrisa, capaz de alegrarle el día a cualquiera, todos sus miedos, todas sus culpas se esfumaron.

Por primera vez en mucho tiempo, se había sentido libre, feliz.

Rebeca por fin abrió los ojos y, una vez más, al verlo sonrió. Era su típica sonrisa: alegre, contagiosa, aunque tenía un matiz melancólico.

—Hola —saludó él.

—Hola. —Su voz fue un ligero murmullo apenas audible.

Otra vez ambos se quedaron mirándose en silencio, diciéndose todo lo que necesitaban saber. Pedro apretó un poco más su mano dando todo el apoyo y todo el cariño que sentía por esa persona. Ella cerró los ojos y tragó saliva; estaba emocionada, sabía que siempre podría contar con aquel joven policía que un día se había cruzado en su camino. Quizás era lo único bueno que había logrado en los últimos cinco años, eso y el haber acabado la carrera de Criminología.

Después de comentar tonterías sin importancia durante unos minutos, hubo un nuevo silencio, un silencio que ambos comprendieron era la barrera para entablar la verdadera cuestión.

—Otra vez ha ocurrido —dijo ella a la vez que una lágrima resbalaba por su nívea mejilla.

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero esta vez me toca a mí investigar el caso —comentó con un ligero orgullo.

—Atrápalos. —Rebeca comenzó a llorar de nuevo y sintió que volvía a sumergirse en un pequeño ataque de ansiedad. Sin embargo, esta vez tenía a su ángel protector cerca, y consiguió calmarse un tanto, acompasando su respiración, haciéndola más larga, más profunda.

—Descuida, lo voy a intentar por todos los medios. No voy a descansar hasta que estén en la cárcel.

—Yo me voy a ir con mis padres al pueblo. Vendré a trabajar y volveré a irme. Necesito descansar de todo, alejarme.

—Deja el trabajo o coge unas vacaciones.

Rebeca se incorporó un poco en la cama y se quedó medio sentada tras manipular la cama mecánica.

—Sería una buena opción. Tendré que hablar con mis jefes, aunque ahora estamos en plena campaña navideña, no creo que me den muchos días y yo aún necesito ese trabajo.

—Lo importante es que tú estés bien —le dijo y le dio un beso suave en la

frente al ver que su madre entraba ya por el pasillo.

Rebeca volvió a sonreír, esta vez con una sonrisa llena de cariño, incluso de paz. La madre estaba llegando hasta la cama cuando Pedro se despidió de su amiga; quedó en llamarla más tarde, cuando ella estuviera en casa.

—Te aviso cuando salga —le dijo cuando él ya caminaba por el pasillo.

Tres horas más tarde, Rebeca salía del hospital y, tras pasar por su casa a por algo de ropa, se fue de nuevo con sus padres al pueblo. Los médicos le habían recomendado acudir a su médico de cabecera para que le diera una baja de una semana, algo que le venía muy bien. Al día siguiente su padre la acompañaría al médico para coger la baja y llevarla al trabajo, en donde ya sabían que estaría unos días sin ir.

CAPÍTULO 12

Marga llevaba todo el día frente al ordenador realizando gestiones para intentar resolver el caso lo antes posible. Todo se tenía que pedir mediante escritos oficiales: las grabaciones de cámaras de seguridad, las llamadas de teléfono que había hecho o recibido la víctima en los últimos días, etcétera.

Cuando Orol llegó al despacho, su compañera estaba a punto de irse ya a su casa. La consiguió retener cinco minutos mientras ella le comunicaba todo lo que había hecho ese día y él le daba las gracias por todo. Marga llevaba mucha prisa, ya que tenía que ir a una clase en el gimnasio y después había quedado con alguien.

—Vaya vida más ocupada que llevas —comentó Orol con una sonrisa en la cara.

—Soy joven y puedo. —Ella se fue riéndose y Pedro se fijó durante unos segundos en el trasero perfecto de su compañera.

Orol permaneció en las oficinas toda la tarde. Se había llevado un bocadillo para comer algo mientras estuviera adelantando trabajo y, sobre todo, leyendo toda la información que había recuperado del caso de su amiga. Lo primero que haría sería pedir una comparación del adn encontrado en las muestras de ambos hechos.

Otra vez se encontraba en aquel fatídico 20 de diciembre de 2007. España aún no había sido campeona del mundo de fútbol —hecho que, de todas formas, no le importaba en exceso a Pedro— y acababa de entrar el Partido Socialista Obrero Español (psoe) en el gobierno, con Zapatero de nuevo a la cabeza.

La policía estaba en pie de guerra tras la rebaja de sueldos, la primera de

muchas congelaciones de salarios, si bien ese malestar general se transformaba simplemente en pequeñas discusiones, en pequeños corrillos, lo típico en España. A la hora de la verdad, y como había escuchado Pedro Orol a un compañero de habitación en Ávila, «cada cual que salve su propio culo». Eso era lo que realmente sucedía: cada uno luchaba en pequeñas guerrillas por mantener un puesto, por ocupar otro, etc... Y en las cosas importantes, los mandatarios eran los que se salían con la suya. «Divide y vencerás».

Carlos, ese chico pegado al gimnasio, fue el primer sospechoso, si bien fue descartado rápidamente. Su coartada estaba bien definida por su familia y por algún vecino que lo había visto en su casa; además, había sido un ataque entre varias personas. Se recogieron varios restos de semen y de epiteliales que habían quedado en las uñas de la víctima.

Se descubrió también alguna fibra en la víctima, fibras de una alfombra, las cuales no llevaron a ningún sitio, y de la tapicería de un vehículo. Se pudo llegar a saber que pertenecía a un antiguo coche utilitario de baja gama, seguramente un Seat, aunque también podría ser que la tapicería hubiera sido cambiada por algún motivo y cogida en alguno de los múltiples desguaces de la zona.

Rebeca no pudo aportar mucho, si eran cuatro o cinco; por el ADN se supo que mínimo cinco, algo mayores que ella y más altos todos. Había uno que era muy fuerte, con mucha masa muscular, como su pareja por aquel entonces, y otros tres con el pelo o muy corto o calvos. Poco más pudo decir Rebeca de los asaltantes.

Se miraron las cámaras de seguridad de la zona por si se veía algo raro, y no se obtuvo ninguna pista. Eso sí, se investigaron decenas de matrículas que se habían visto en las imágenes. Se habló con innumerables vecinos de la zona, y ninguno pudo aportar nada relevante a la investigación.

Por último se filtró a la prensa y se pidió ayuda. Se recibieron muchísimas llamadas. Se siguieron muchas pistas de algunas de ellas, y al final todo quedó en nada. Los investigadores llegaron a un punto muerto. Otros casos llegaban nuevos y en ese no se podía avanzar. Al final quedó relegado al ostracismo hasta ese momento, momento en el que Pedro Orol tenía nuevas pistas, o al menos eso creía, ya que su mente le decía que eran las mismas personas que habían asesinado y violado a Sonia tres días antes.

¿Por qué dejar pasar cinco años entre un ataque y otro? Tenía por dónde tirar; además, ahora las pruebas recogidas en este caso se podrían comparar con las de Rebeca. Por otro lado, no podría olvidar la promesa realizada a su amiga. Los cogería y los metería en la cárcel, seguro.

Orol se levantó y se atusó la barba; estaba cansadísimo, la vista se le nublaba. Se acercó a la mesa del fondo del despacho, donde había una cafetera eléctrica, introdujo el café y llenó el depósito de agua. Aguardó un rato mirando la cafetera, pero sin estar allí. Después se llenó la taza del líquido oscuro, echó un par de cucharadas de azúcar, y volvió a su silla.

Tendría que investigar si había habido otros casos similares en los últimos años, esperar si el adn coincidía y después investigar con quién y por qué se reunía cada cinco años en Navidad por la ciudad de Madrid. ¿Antiguos compañeros de universidad?

También era posible que simplemente fuera una puta casualidad: que no fueran las mismas personas y que estuviera dando palos de ciego, haciendo preguntas estúpidas y perdiendo su precioso tiempo.

El móvil que tenía dentro de su cazadora, colgada en el perchero que quedaba detrás de la puerta de entrada, comenzó a sonar con la típica música de un teléfono de toda la vida: *ring, ring*.

Pedro se levantó y se sintió cansado, terriblemente cansado. Miró el reloj de pared que había justo frente a él, el cual marcaba las siete de la tarde, y suspiró antes de introducir la mano en el bolsillo. Sacó el móvil y contempló la pantalla. Sonrió, era su madre.

CAPÍTULO 13

Sonia tenía una vida tranquila: estudiaba poco, y casi todo el día estaba pegada a su teléfono móvil. Tenía centenares de contactos, de amigos que la bombardeaban con mensajes todo el día. A ella eso le gustaba; decenas de chicos le proponían quedar todos los meses y la lista de novietes se agrandaba a pasos gigantescos. Era una chica de hoy en día. Su único problema era su culo; había tenido un culo precioso hasta un año antes, momento en el que le dio por empezar a engordar.

Toda su ropa se había vuelto oscura de cintura para abajo y, pese a que casi no se notaba su aumento de peso y sobre todo su subida de talla, ella no dejaba de pensar en ello. Sin embargo, los chicos no dejaban de llamar a su puerta.

Sonia llevaba un par de semanas extraña. Su sentido del humor había cambiado y sus dos mejores amigas lo notaban.

—¿Te pasa algo? —le preguntaba Marta una y otra vez.

—Estás muy rara —le decía Vero.

Todo se había acelerado el día que quedó con un chico por internet. Era un auténtico ángel: guapo, alto, con un cuerpo perfecto y con unos ojos verdes inolvidables. A todo eso había que sumarle una eterna sonrisa, que se acentuaba al decirle palabras bonitas. Estuvieron tomando algo en un centro comercial cercano a su casa.

Sonia miraba a las chicas que pasaban cerca de ella con una sonrisa de superioridad en la cara; se sentía envidiada por estar al lado de un chico como aquel. Tomás llevaba la conversación con un cierto aire humorístico que la embriagaba. Se sentía en una nube; ¿podría ser que, por segunda vez en su vida, se estuviera enamorando? Todo lo que era Tomás le encantaba. En un momento dado, tras haber realizado un comentario un tanto subido de tono, él

se adelantó y agarró su mano con delicadeza pero con seguridad. Sonia sintió un escalofrío. Estaba claro que el amor llamaba a su puerta.

Se terminaron las consumiciones y fueron a dar un paseo, cogidos por la cintura, por un parque cercano al centro comercial. Tomás le hablaba de lo guapa que era, de lo mal que le había ido con las mujeres y eso a Sonia la hacía sentir especial. Ella sería la mujer perfecta para el hombre perfecto. Se sentaron en un banco en la penumbra de una farola; hacía un frío tremendo y Sonia comenzó a temblar. Sin embargo, los temblores eran más por los nervios que por el frío que, por otra parte, no sentía cuando miraba a los ojos a su acompañante.

Él, al verla temblar, se abrazó a ella con el pretexto de darle calor. Sonia rio y protestó un tanto; sus protestas eran tan débiles que, en realidad, daban a entender que a ella le gustaba ese abrazo. Tomás no tardó mucho tiempo en lanzarse, en buscar su rostro. Susurró unas palabras suaves que Sonia no llegó a entender —a ella le daba igual eso—, y la besó con ternura. Fue un beso lento, un beso que decía que él estaba allí, que ella era suya y que juntos podrían conseguir cualquier cosa.

Estuvieron un buen rato besándose y acariciándose en aquel lóbrego y frío banco olvidado en un solitario parque. Ya era tarde y Tomás propuso ir a su coche, allí podrían estar más calentitos.

Caminaron en silencio, abrazados, cada cual pensando en sus cosas. Tomás estaba satisfecho, otra que caía con los viejos trucos de siempre; Sonia, algo más inquieta. Ella quería retener a ese chico y sabía que, una vez en el coche, él querría ir a un lugar más tranquilo; allí intentaría algo más que darse unos castos besos.

¿Hasta dónde lo podría dejar llegar? ¿Pensaría que era una estrecha y se olvidaría de ella si le paraba los pies?, ¿o pensaría que era una puta y se olvidaría de ella si lo dejaba hacer en la primera cita?

No tenía muy claro qué hacer. Sus predicciones fueron exactas y, al llegar al coche de su cita, este le comentó de acudir a un lugar alejado, un lugar conocido por los jóvenes de la zona, al cual iban las parejas para tener sexo.

Sonia se sentía muy nerviosa; ella, la que había usado y tirado a decenas de chicos que después habían ido tras ella como perritos, ahora estaba nerviosa por lo que pensaría un chico de su comportamiento en los próximos minutos.

Se sentaron en la parte de atrás del pequeño vehículo y Tomas rápidamente comenzó a meterle mano. Besaba su cuello con pasión, con deseo, y eso despertó lujuria en Sonia. Una mano del chico buscó su culo, ese precioso culo hasta hace poco más de un año, y lo agarró con fuerza; la otra, de manera increíble, estaba ya dentro de su camisa interior, habiendo salvado la protección de un grueso *jersey* y de una camiseta fina de manga larga. Acariciaba sus tetas con timidez, con cierta delicadeza, que rayaba el aburrimiento. Sonia le mordió el labio con algo más de rudeza y eso fue el detonante del cambio en Tomás. Comenzó a obrar de manera brusca, sin concesiones a la protesta. Sonia no pudo negarse y, tras eso, no supo si realmente quería o no quería hacerlo. El caso fue que, en menos de dos minutos, Tomás estaba sobre ella penetrándola con fuerza, apretando sus tetas con una, mientras los besos que le daba eran salvajes.

Fue una media hora extraña. Por un lado, fue algo sexualmente increíble, ya que logró dos enormes orgasmos, cosa que no sentía muy a menudo; pero por el lado psicológico, fue algo traumático, debido a que se sintió sucia, rastrera y sobre todo utilizada. La gota que decantó la balanza hacia un lado se dio cuando, al despedirse Tomás, de manera seria y cortante, dejó claro que no volverían a verse. Lo dejó claro, lo que produjo un auténtico daño en el interior de Sonia. «Mira, eres algo guapa, pero yo busco a mujeres diez para mí. Yo me cuido todos los días en el gimnasio y tú tienes cartucheras y el culo fofo, no podría volver a verte».

Sonia quedó de piedra y lo único que acertó a hacer fue bajarse del coche y comenzar a llorar camino a su casa, sin volverse ni una sola vez para ver la maliciosa sonrisa que había quedado reflejada en la cara de Tomás.

Fue un durísimo golpe para su autoestima. Esa noche hundió a Sonia y quizás haya sido el detonante de que, dos semanas más tarde, mientras sus amigas se quedaban con dos chicos en una discoteca, ella rechazara a otro y se fuera triste y llorosa a su casa, caminando por las solitarias callejuelas de Madrid, sintiéndose una fracasada. Eso fue lo que un grupo de cinco personas aprovechó para convertir la noche de Sonia en la peor y en la última de su vida.

CAPÍTULO 14

Miércoles 24 de diciembre

Rebeca corría despacio entre olivares, con los cascos puestos, mientras escuchaba música *dance*. Llevaba un día nada más metida en aquel pueblo, y ya se sentía como si estuviera presa en una cárcel de alta seguridad. Lo peor, sin duda, era el férreo marcaje al que la sometían sus padres. Estaba claro que todo lo hacían con la mejor de las intenciones, pero ella se sentía demasiado agobiada. Por otro lado, jamás se atrevería a decirles nada, solo se limitaba a seguir dócilmente sus consejos. Miró el reloj que tenía en la muñeca derecha, y vio que llevaba ya casi treinta y cinco minutos de carrera continua. Ya sentía los músculos algo cansados y los pies comenzaban a molestar un poco; sin embargo, calculó que aún le quedaban veinte minutos para volver de regreso a su casa.

Ante sus ojos se izaba el castillo que vigilaba el pueblo. Estaba casi derruido y en su interior ya solamente había desperdicios y animales. Cuando era niña, en más de una ocasión, había subido con la pandilla a jugar allí; se escondían en sus semiderruidos muros y peleaban como caballeros, como el Cid. Ahora hacía demasiado tiempo que no lo visitaba. Ella estaba por la parte trasera, por caminos pedregosos, llenos de pequeños baches que hacían que uno tuviera que ir muy pendiente de dónde ponía el pie en cada paso.

Pensó en los muchos días que pasaría en aquel lugar, alejada de todo y de todos. Se acordó de los compañeros de trabajo, de las mujeres que iban a comprar a su tienda, de sus jefes... Tenía una vida triste pero apacible, llena de personas a su alrededor que se la hacían más llevadera. Creía que su trauma había quedado en el olvido, que —como todo— el tiempo lo había curado. Qué equivocada estaba; fue ver una noticia en el telediario y su mundo se vino

abajo. Su cuerpo reaccionó y su mente volvió a tiempos pretéritos. La ley del eterno retorno.

No obstante, esta vez ella quería que algo cambiara, quería servir de algo, no ser un actor secundario, un mueble en la trama. Quería valer, ser útil. Se había estado preparando para este momento, momento en el que su camino se dividía en dos. Por un lado, podía seguir con miedo, ocultándose y queriendo tapar el daño bajo un montón de capas superfluas, o bien podía comenzar a investigar por su cuenta.

Tras una primera noche de insomnio, llegó a la conclusión de que la clave estaba en la periodicidad, de que tenía que haber algo que hiciera que cada cinco años se produjera un ataque parecido en la misma zona de la capital: un patrón.

Sopesó la idea de que tal vez hubiera habido muchos más ataques parecidos. Tendría que investigar eso también, tendría que pasar muchas horas en el ordenador, con internet como su gran aliado. Esperaba no tener que necesitar para nada de la ayuda de otra persona —en ese momento se acordó de Pedro—, deseaba llegar ella sola a la conclusión final. Le llevaría mucho tiempo y eso lo sabía, pero el tiempo en ese lugar era lo que más sobraba y más aún en pleno invierno.

Ya casi había terminado de rodear la montaña que custodiaba la aldea, y las casas salían a darle la bienvenida como si fueran personas. El pecho de Rebeca trabajaba aceleradamente, ya que no tenía costumbre de tal ejercicio.

De pronto recordó que era 24 de diciembre, que esa noche era Nochebuena y que la pasaría cenando sola con sus padres, como siempre. Estaba segura de que su madre estaba ya preparando algo, comprando la carne en la carnicería para que aquella noche fuera algo especial. Para ella todas las noches eran especiales desde hacía más de cinco años; cada noche era un regalo, ya que sabía —y más ahora— que la intención de los asaltantes era acabar con su vida. Por ello rezaba todas las noches antes de acostarse.

Llegó a su casa y vio cómo su padre volvía con dos perros galgos.

—Hola, cariño —saludó.

—Hola, papá, ¿qué tal hoy la caza?

Su padre miró a los dos perros que tenía a su lado e hizo una mueca de fastidio.

—Han hecho un par de carreras buenas, pero esta vez nada de nada. —Sin dejar tiempo para seguir hablando, se metió en la casa y se fue a guardar a los perros a un pequeño cuarto que tenían al fondo de patio interior.

La casa de los padres de Rebeca, con el tiempo, sería solo suya. Era un revoltijo de distintas viviendas pequeñas que habían ido adquiriendo sus abuelos y que poseían un patio central. Ellos vivían en la parte frontal de la casa, lo que dejaba una habitación para su hija en una de las viviendas interiores. Más al fondo estaba el cuarto donde guardaba a sus dos perros galgos de caza, y otro lugar en el que guardaba los aparejos para la recogida de la aceituna.

Rebeca entró en su casa y lo primero que hizo fue ir a enchufar el calentador. Abrió la bombona de butano y con unas cerillas lo encendió. Después se metió en el baño que estaba junto a la cocina y se desvistió. La carne estaba roja por el frío que había pasado en la calle, a pesar de haber ido bien protegida. Pese a todo tenía el cuerpo caliente. Se miró en un pequeño espejo, ya desnuda, y contempló un bello cuerpo que, por otro lado, odiaba. Decenas de veces había pensado que tal vez, si hubiera estado mucho más gorda, nadie la hubiera atacado aquella noche y su vida hubiese sido más tranquila.

Abrió el grifo y durante unos minutos trató de templar el agua; unas veces, demasiado fría; otras, muy caliente. Cuando lo consiguió más menos, se metió en el baño y, al cerrar los ojos, vio de nuevo cómo varios hombres abusaban de ella. La usaban como si fuera un objeto, un juguete que estuviera a su total disposición. Quizás el saber que nada podía hacer, que su manera de pensar, de ser, su yo en otras palabras no contaba, fue la parte más dura de la agresión.

También estaban los recuerdos físicos y su miedo, desde aquel día, a las relaciones físicas o de cualquier otra índole con varones. Desde esa noche no había vuelto a estar con un hombre, ni siquiera con unas castas caricias, si se exceptuaba lo poco que la había tocado su entonces pareja los días siguientes hasta su total ruptura. Instintivamente se tocó las dos cicatrices.

Por ese lado, su vida era genial; no era algo que echara en falta aunque a veces sintiera un ligero cosquilleo en la entrepierna al estar cerca de un hombre atractivo. La última vez había sido hacía bien poco, con su compañero de trabajo. Javi la había llamado ya un par de veces y ella se había hecho la sueca no cogiendo el teléfono. Sabía que tendría que hablar con él si no quería

que aquella posible relación se fuera al carajo antes de comenzar.

Eso era otra cuestión, ahora tenía que pensar en cosas más importantes.

—¡Hija!, ¿acabaste ya? —La voz de su madre la sacó de golpe de sus cábalas y el frío volvió a su cuerpo.

Rebeca se vio de nuevo desnuda. Había terminado de ducharse y se cubría con una esponjosa toalla verde claro. Tenía los pezones duros como piedras, apuntando como flechas su propia imagen en el pequeño espejo.

—Sí, mamá, ¿qué quieres? —dijo alzando la voz.

—Que salgas a ayudarme, que vengo cargada como una mula —gruñó.

Rebeca se dio la mayor prisa que pudo en secarse y se puso el pijama rosa, que había dejado en el baño antes de salir a correr, unas bragas de algodón y sin sujetador. Salió y vio cómo su madre trajinaba en la cocina. Llevaba un montón de paquetes de carne envuelta.

—Mete eso en la nevera —le dijo mientras le tendía un par de paquetes.

La mañana la pasó ayudando a su madre a colocar la comida de la cena y, más tarde, limpiando un poco la casa. Su padre había salido otra vez más, seguramente al huerto, a regar o a cortar malas hierbas. Él sí que disfrutaba de esa vida, no paraba en todo el día.

CAPÍTULO 15

Pedro permanecía en casa sentado en un viejo tresillo que tenían en el salón. Su compañero de piso se había ido a pasar la noche con su familia a un pueblo de Zamora. Él no iba a ir a Málaga, se quedaría solo a pasar la noche. Juan, otro policía, lo había llamado para ver qué era lo que tenía pensado hacer, y Pedro declinó la oferta de salir con él y otros colegas.

—Yo acudiré a Eternal —le había dicho antes de colgar.

Pedro se sentía desolado. Era incapaz de disfrutar llevando el caso que tenía entre manos; solo la noche en la que el alcohol y las drogas lo hicieron olvidar, pudo divertirse.

Una vez más estaba demasiado inmerso en la investigación, era incapaz de mantenerse a un lado, de ver las cosas desde una perspectiva más alejada. Esa actitud lo llevaría a la locura o a la depresión. Cada vez que veía un cadáver, empatizaba con todos los familiares y se llevaba el peso de la pena y de la presión de descubrir pronto al culpable. Estaba claro que aquel caso lo había tocado un poco más que otros debido al parecido con su primer encuentro con un suceso de esa índole en el cuerpo de policía.

Rebeca había sido un caso que le había tocado el alma y, aún de vez en cuando, se pasaba la noche en blanco pensando en todo lo que había visto aquella noche. Se levantó despacio y acudió a la cocina. Sacó un vaso ancho y echó unos pocos hielos. Lo dejó sobre la mesa del salón y se fue a su cuarto, donde guardaba una botella de un whisky caro. La llevó al salón y se llenó la copa observando con detenimiento cómo los hielos se deshacían y crujían al entrar en contacto con el licor. Se volvió a sentar y dio un pequeño sorbo. Sus ojos se posaron en las carpetas que se había llevado a casa; eran las carpetas del caso de Rebeca y del de Sonia. Ambos eran muy parecidos y Pedro tenía

la certeza de que resolviendo uno resolvería el otro; quizás por eso era por lo que estaba tan alicaído. Era el momento de otorgar algo de paz a su amiga.

Miró el reloj de pared que había sobre la puerta de la cocina: eran las seis de la tarde. Pensó que, seguramente, en su casa de Fuengirola, ya estaría casi toda la familia reunida. Una vez más sintió un pequeño agujijón clavado en el pecho. La policía lo había separado de su familia durante muchos años. ¿Merecía la pena?

Muchas veces, y más aún en esas épocas, se preguntaba si había acertado al iniciar su vida profesional en la policía. Era joven cuando se tuvo que separar de su tierra y de su familia. Pasó varios meses en Ávila y de allí se tuvo que ir a Barcelona. Durante ocho meses no fue a ver a sus padres más de dos veces. De allí a Madrid, y desde entonces cada vez se sentía más alejado de todo.

El roce hace el cariño y él había perdido todo el roce con su gente. Ahora vivía en una ciudad que, pese a los años, aún no sentía suya. Carecía de amigos y sus relaciones eran cada vez menos satisfactorias, de hecho no recordaba la última vez que había tenido pareja; sí recordaba la última — bueno, antes de la puta del otro día—. Era una chica paraguaya, joven y con buen cuerpo, con morros carnosos y caliente. Quedó con ella un par de veces y disfrutó como un enano hasta que ella le habló de dos hijos que tenía en su país, que los echaba de menos y esas cosas. El siguiente polvo terminó con Pedro recostado a un lado con la polla flácida, imposible de volver a ponerse al tema. Se sintió mal consigo mismo por su hombría y supo que jamás volvería a disfrutar con esa chica, Norma.

Las Navidades siempre son una fecha para recordar lo felices o lo desgraciados que somos. Pedro, por desgracia, era de los segundos. Su vida, que —cuando se hizo policía— creía que iba a ser para mejor, lo había ido hundiendo poco a poco. Además de todo eso, las desgracias que tenía que ver en su trabajo lo destrozaban interiormente. No eran ya solamente los asesinatos que veía desde que estaba en su actual puesto, era toda la miseria que había tenido que ver, todo ese submundo que un policía veía en la calle. Los muertos casi son lo menos dañino, lo peor son los que se quedan. «Lo que un policía observa es la verdadera realidad de la sociedad», le había dicho un compañero suyo una noche, mientras aguardaban a que llegara una ambulancia a un domicilio en el que un hombre borracho había agredido a su mujer y a su

hijo de diez años, y después se marchó con el dinero que tenían para pasar el mes.

Pedro ya no resistía más mierda dentro de su cabeza. Necesitaba olvidarse de todo eso, volver a su tierra, enamorarse de alguien que mereciera la pena y acudir tranquilo y relajado a su trabajo todos los días.

Esa no era la vida que había soñado. De hecho sabía que ninguna vida que tuviera sería demasiado buena para él. Siempre había sido así. El porqué no lo sabía, pero incluso en su tierra, cuando estaba con Mamen, era infeliz. En ese momento era el trabajo; ahora, la soledad y el trabajo. Siempre habría algo, y ese algo se haría más patente en esas dichosas fiestas en las que todo el mundo aparenta ser feliz.

«Si todo el mundo mirara con detenimiento su vida, se sentiría un desgraciado»: eso era lo que pensaba el día 24 de diciembre cuando ya se había llenado la segunda copa de whisky y se había vuelto a leer la carpeta entera del caso de su amiga Rebeca. Unas lágrimas humedecieron su rostro, que tenía demasiadas arrugas para su edad.

En la calle comenzaron a sonar petardos y una ligera llovizna humedeció el ambiente y las calles. Pedro, desde su posición, observó la ventana, la calle, y pensó en un mundo mejor, en un mundo lleno de cosas y de sentimientos propios de la Navidad. Decidió llevárselo todo a su habitación.

CAPÍTULO 16

Marga acababa de terminar su cuarto botellín y ya se notaba algo mareada. No eran más de las ocho de la tarde y había llegado al pueblo de sus padres una hora antes. Se había ido al bar directamente y allí había encontrado a gran parte del grupo con el que había salido en su juventud.

Un año más, los besos, los abrazos y las continuas preguntas de cómo le iba en la vida; era lo mismo de siempre, sin embargo, a ella le gustaba. No iba a ese pueblo nada más que en esas fiestas y sus antiguos amigos seguían allí, como si nada cambiara en sus mundos.

Rubén llevaba veinte minutos narrando lo bien que le iba en la vida. No obstante, se había graduado de ingeniero en Telecomunicaciones y trabajaba en una multinacional realizando proyectos desde su casa. El sueldo era bastante alto, sobre todo en comparación con el de ella; y los horarios, a medida.

—¿Y a ti cómo te va ?—Los ojos de su antiguo amigo delataban que recordaba con nostalgia el verano de sus diecisiete años, cuando tuvo un romance con su interlocutora.

—Yo sigo como siempre, la vida del funcionario. —Esbozó una tímida sonrisa.

Marga cogió su botellín y dio un largo trago. Empezaba a cansarse de la conversación y decidió librarse de su amigo excusándose con ir al baño. El cuarto de baño estaba fuera del bar, cruzando un patio interior. Marga se fue tranquilamente, y se paró a hacer una carantoña al niño de unos amigos, la única pareja formada de aquel numeroso grupo.

Salió al patio y respiró hondo, necesitaba algo de aire puro. La cerveza estaba realizando un trabajo sucio, el mismo que realizaba todos los años: la

dejaba totalmente a merced del chico más avisado del grupo. Todos los años sus visitas navideñas a aquel pequeño pueblo de Guadalajara terminaban con ella liándose con alguno de sus antiguos amigos o con algún agregado de otros grupos.

El año anterior, sin ir más lejos, terminó con un chico cinco años más joven que ella; eso sí, era todo un bombón. Este año se había propuesto terminar con esa tradición; tenía ya veintinueve años y cada vez veía más ridícula esa actitud.

Levantó la vista y miró al cielo, totalmente despejado. Las estrellas más brillantes se veían desde ese patio y le daban a uno la sensación de ser un ser insignificante dentro de un universo inmenso. Era un espectáculo precioso.

Cuando volvió al bar, Rubén estaba bromeando con otros tres hombres, y ella se fue al grupo que formaban las mujeres. Dos de ellas ya habían sido madres y narraban a cada instante las peripecias de sus hijos; era una conversación anodina y constante. Marga, en ese momento, supo el porqué de que todos los años acabara de la misma manera.

El pueblo y sus antiguas amistades la aburrían. Era un mundo inalterable, en el que la vida cambiaba a cámara lenta; solamente el nacimiento de algún niño llevaba algo de novedad. Por lo demás la gente trabajaba siempre en las mismas cosas y sus semanas se las pasaban haciendo siempre lo mismo, en los mismos lugares y con la misma gente.

Era una sociedad demasiado cerrada, un mundo que —cuando ella era joven— era la novedad que alegraba su vida en los veranos y algunos fines de semana, pero que, aunque ella no lo pensase en esas épocas, era invariable para la gente de allí desde siempre.

Quizás también para ellos era una inmensa alegría cuando, en épocas vacacionales, el pueblo se llenaba de gente de las ciudades. Gente que portaba otras vidas, otras noticias y otras maneras de ser y de actuar. No obstante, con los años, esa misma variedad iba absorbiendo las energías de la gente, que muchas veces terminaba yendo todos los fines de semana para que sus vidas se convirtieran en unas anodinas, tristes y semejantes a las de sus antecesores.

Marga se bebió el quinto botellín casi de un trago, y se despidió de todos quedando en verse más tarde, en el mismo *pub* de siempre, que abría esa noche con la misma música de siempre. Marga, en el coche, mientras iba a

casa de sus padres, decidió que ese año no iría a ningún bar.

CAPÍTULO 17

Rebeca había recogido los platos de la comida y los había fregado en silencio, simplemente escuchando el sonido del chorro de agua y su lento trajinar con los cacharros, mientras sus padres permanecían en el salón, dando cabezadas, con la televisión encendida.

Cuando terminó se secó las manos pasándolas varias veces por la culera del pantalón de chándal, y se preparó una tila en el microondas. Después, con la taza humeante, fue de la cocina al salón y bajó un tanto el volumen de la televisión. Al salir al patio interior de la vivienda, tuvo que detenerse un momento a respirar el aire puro del pueblo. Cerró los ojos y permaneció unos segundos intentando captar los distintos sonidos que le llegaban: en la lejanía el ladrido de algún perro; el movimiento de las hojas, que susurraban su cantinela al mecerse con la brisa; el graznido de algún pájaro que pasaba camino a otro lugar y, entre tanto, el precioso sonido del silencio.

Por unos instantes se sintió en paz, feliz con la vida, agradecida por poder tener y disfrutar de momentos como esos. Siempre había sabido saborear esas pequeñas cosas. No necesitaba aglomeraciones ni objetos materiales para sentirse dichosa; unos minutos en paz en la mitad de la nada podían hacer que sintiera y disfrutase el verdadero valor de la vida, cosa que, en instantes como ese, podía ver como un precioso regalo.

Por desgracia, ya desde hacía un tiempo, en la mayor parte de los momentos, la veía como un infierno, como un martirio, al sentir a cada instante imágenes de su pasado en su cabeza.

El aroma de la tila se metió por sus fosas nasales, y bebió un poco del líquido caliente; de esa manera rompió con ese remanso de paz y armonía espirituales.

Se metió en su cuarto y encendió el ordenador. La habitación permanecía fría, solitaria y con algo de humedad. Era un pequeño cuarto con un antiguo mueble para guardar la ropa, viejo y astillado; con una cama de muelles, que hacía ruidos extraños con cada movimiento, y con una pequeña mesilla que sostenía una lámpara de lectura.

Rebeca había comprado un pequeño calefactor que enchufó para poder caldear algo el recinto. Se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas y se echó sobre sí una manta de lana hecha por su madre, que tenía multitud de cuadritos de diversos colores, y colocó el ordenador delante.

La taza la había dejado en la mesilla, tras dar otro pequeño sorbo e intentar calentarse un tanto las manos con el ardor que desprendía. La luz entraba a raudales por la ventana, que permanecía cerrada con la persiana subida hasta arriba.

Durante dos horas estuvo buscando en la red posibles casos parecidos al suyo y al de Sonia, haciendo especial hincapié en los días 20,21 y 22 de diciembre en la zona de Madrid capital. No encontró nada de nada.

Observó con desánimo la multitud de agresiones que había al cabo del año; agresiones denunciadas y que salían en las noticias, claro está. En la oscuridad quedaban muchas que jamás habían sido denunciadas y, más aún, en el anonimato quedaban las vidas y los sufrimientos de las víctimas, que tenían que continuar llevando a cuestas el dolor y el sentimiento de indefensión total durante toda la vida.

Sin embargo, nada cuadraba con su búsqueda. Más tarde, cuando la luz solar se atenuó, buscó pautas, quedadas, reuniones o aniversarios que tuvieran fecha el mismo día y cada cinco años. Solo encontró una quedada de viejos alumnos de la facultad de Matemáticas y la de un equipo de fútbol aficionado que ya no existía. Los universitarios llevaban quedando veinte años y los del equipo de fútbol eran demasiado mayores para poder ser los culpables.

Rebeca se levantó y se fue al salón de nuevo. Su padre había salido y su madre cosía el bolsillo de un pantalón. Se sentía totalmente frustrada, desilusionada y dolida. De manera inconsciente se había interiorizado en todas y cada una de las noticias de violaciones que había leído. Había sido demasiado: cerró el portátil de manera airada y sin apagarlo, y ahora permanecía al lado de la estufa de leña, calentándose las manos, mientras

observaba a su madre coser.

—Algún día me tienes que enseñar a hacer cosas con lana, como la manta —comentó haciendo un gesto con la cabeza, señalando su cuarto.

—Cuando quieras, hija. Ya casi nadie sabe hacer nada de nada, ni coser un botón —argumentó con tristeza en el semblante mientras dejaba la tarea a un lado y miraba a su hija.

Rebeca pensó, mientras frotaba sus manos, que, pese a todos los avances tecnológicos —como el ordenador o el móvil que llevaba en el bolsillo—, el mundo antes era mejor, más sencillo, más simple; por consiguiente, las personas también lo eran.

—Cualquier tiempo pasado fue mejor —murmuró.

Su madre la miró con ojos comprensivos, llenos de paz y de amor.

—No, hija, diferente. Nosotros pasamos mucha hambre en nuestros tiempos y nos hemos cruzado con mucha gente mala. Lo importante es que tú seas la persona que quieres ser y que actúes en consecuencia. —Ambas sonrieron con melancolía.

—Mamá, ¿alguna vez podré ser feliz? —preguntó Rebeca, pero se arrepintió al instante—. ¿Alguna vez podré olvidar lo pasado y ser una chica normal, con su vida normal, y conocer a un chico normal y formar una familia normal...? —Bajó la mirada al no querer ver el gesto de su madre.

Escuchó el sonido del sillón al moverse su madre, y sintió de nuevo cómo una mano fría y arrugada acariciaba su rostro.

—La vida es un regalo, hija, no la desperdicies.

CAPÍTULO 18

Pedro se sentía profundamente solitario encerrado en su cuarto, rodeado de papeles, mientras a través de la ventana llegaban a él los sonidos de la diversión, de la alegría navideña. Era Nochebuena y él la pasaría en total soledad, simplemente en compañía de la vida y de las penurias de otras personas, asaltado por numerosas imágenes terribles, que una y otra vez se veía obligado a recordar.

«¿Merece la pena?», se preguntó con un nudo en la garganta. Había vuelto a releer el atestado que él y su compañero habían escrito el día del asalto a Rebeca. Parecía mentira cómo el tiempo todo lo curaba, y la angustia y los sentimientos que en su día lo abrumaron se habían ido olvidando, ocultándose bajo capas de otros momentos, de otros sentimientos, para volver a su cabeza con la lectura de un papel, que lo llenaban de imágenes y emociones que creía ya olvidados.

Pedro permanecía sentado en una incómoda silla plegable de plástico, frente a su ordenador, apagado. Sobre la mesa, dos montoncitos de folios con la investigación del caso de Rebeca; tras él, el informe de Sonia y fotos de ambos casos, esparcidas sobre su cama de noventa centímetros.

Sostenía una copa de whisky a la altura de los labios y aspiraba el fuerte aroma que desprendía su contenido. Tenía las ojeras fuertemente marcadas de un color violáceo por los últimos días pasados. Su pelo, ensortijado, parecía sucio y encrespado; sobre la frente le caía algún pequeño rizo aplastado por el sudor. Todo esto, junto con la barba descuidada, le daba un toque de total dejadez vital.

Eran las ocho de la tarde y llevaba puesto el pantalón de un pijama de algodón color gris claro y una camiseta roja, regalo de un centro comercial.

Pensó en dejarlo todo como estaba y llamar a su familia. Hablar con su madre y con su hermana le hacía bien, le devolvía la estabilidad mental. Cogió el móvil y marcó.

—¡Tío! —La voz alegre de su sobrino mayor hizo que una ligera sonrisa asomara en su demacrado rostro—. ¿Cuándo vienes?

—¡Sobrino! —Subió el tono para equipararlo al del niño—. ¿Qué haces con el teléfono de la abuela? Hoy no puedo ir. —Un sonido de desilusión se escuchó al otro lado—. Ya sabes, los malos no me dejan coger días.

—Mételos en la cárcel y te vienes. Tenemos turrón de todas las clases.

Era increíble la ilusión y la alegría que desprendían los niños y que los adultos, por sus continuos problemas, perdían con el tiempo. Le habría encantado no crecer jamás, seguir siempre siendo un niño, con los pequeños problemas que tiene un niño. Aunque, tal vez, la diferencia no era esa, sino la manera de ver la vida, una manera siempre optimista y gozosa.

Por detrás escuchó a su madre y a su sobrino de seis años despedirse con un beso.

—Hijo, ¿qué tal? —La voz de su madre sonó triste.

—Bien, aquí en casa. Cenaré pronto, y a la cama. —Pedro sentía que la lengua se le trababa un poco por el alcohol, o quizás fuera por los sentimientos...

—Dichoso trabajo. Podrías haber cogido el tren y bajar a pasar la noche con los tuyos.

Pedro notó que su madre iba a llorar justo cuando su hermana cogió el teléfono y se puso a hablar. Estuvieron diez minutos charlando de todo un poco: de qué iban a cenar, del tiempo, de la ilusión de su sobrino, de que bajaría en Nochevieja seguramente. Pedro estuvo todo el tiempo aguantando las ganas de llorar que tenía.

Durante todo el año recordaba su tierra y a su familia, pero su trabajo y la vida en la capital hacían que llevara la lejanía muy bien, teniendo en cuenta, además, que en verano —y de vez en cuando— podía ir con ellos unos días y evadirse de todo. Sin embargo, en esos momentos, se arrepentía sobremanera de no haber hecho caso a su madre y haber bajado a Fuengirola a cenar con ellos. Se despidieron con muchos besos cuando su hermana puso el móvil en manos libres y, después, Pedro volvió a la soledad de su hogar. A la soledad

de su vida.

Mientras hablaba había estado preparando el baño para darse una ligera ducha. Necesitaba sentir el agua caliente cayendo sobre él, eliminando su suciedad corporal y limpiando su mente.

Al salir de la ducha, comprobó que tenía un *Whatsapp* de Juan, que decía: «¿Al final te veo esta noche?».

Pedro permaneció desnudo en mitad de su habitación, con el móvil en la mano, pensando qué contestar. Estaba algo indeciso. Una parte de él quería, necesitaba evadirse de todo y disfrutar; la otra lo que quería era quedarse allí solo y sentirse desgraciado. Era su parte autodestructiva; quería darse pena, hundirse en el fango y llorar en soledad.

Lanzó el móvil sobre la cama, lo que hizo volar varias fotos de los casos. Volvió al salón y se preparó su cuarta copa de whisky de la tarde: su cabeza empezaba a funcionar de manera lenta y confusa.

Se sentó en el sofá, miró el televisor apagado y notó cómo el alcohol se introducía por todo su ser y lo tonificaba. Se vio a sí mismo totalmente depilado, un cuerpo delgado, fibroso, delicioso a sus años. Observó su pene flácido y en su cabeza aparecieron imágenes de la noche pasada con Melody. Se mordió el labio inferior y esbozó una tenue sonrisa.

Esa noche disfrutaría a tope. Cenaría solo, se tomaría alguna copa más, y más tarde acudiría con Juan a Eternal, discoteca, que sabía era de un conocido de él. Allí estaría en la zona vip, lo que implicaba bebida gratis y cientos de chicas deseosas de conocer gente de esa zona. Quizás alguna caería. Quizás esa noche se volvería a olvidar de todo.

El 25 descansaría y el 26 comenzaría en serio la caza.

CAPÍTULO 19

Sergio había tenido un día horrible. Tras despertarse temprano —como todos los días de la semana— y desayunar un vaso de leche con azúcar, se fue a trabajar al almacén, en el cual descargaba camiones desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde.

Ese día era 24 de diciembre y a él le tocaba, de todas maneras, ir a trabajar. La noche había sido fría y, al salir a la calle, se le quedó el rostro helado. Las orejas le dolían a cada paso, ya que se había levantado un aire bastante molesto. «Puto invierno».

Tuvo que caminar, como hacía todos los días, de lunes a sábado, durante cinco minutos, tres manzanas, hasta la entrada al garaje donde aparcaba su único tesoro. Casi la mitad del dinero que ganaba se lo dejaba en su Audi TT. Era un cochazo, en el que había invertido en todas las mejoras posibles, desde lunas tintadas a llantas de aleación. Sabía que su vida giraba en torno al vehículo y que su novia, Inés, estaba con él —en gran medida— por su coche.

A sus veintinueve años esa era su vida: trabajar mucho y por poco dinero, por la novia y por el coche, aunque estaba seguro de que no en ese orden; el coche era lo primero.

Seguía viviendo con sus padres en un pequeño piso de Parla, ciudad situada al sur de la capital, y su trabajo estaba en un polígono de Getafe, a unos quince minutos en coche.

Su cuerpo reaccionó bruscamente al ver que a su precioso coche le faltaban las cuatro ruedas. Allí estaba, con su espectacular figura y con sus oscuras lunas tintadas en contraste con su immaculado color blanco, subido en unos calzos de madera, sin ruedas, sin esas llantas de casi trescientos euros cada una. Sintió ganas de llorar, de golpear algo para aliviar la ira, que trataba de

hacerse notar, pero simplemente se quedó quieto, mirando con cara de tonto.

Se acercó despacio, tratando de no hacer ruido, aguantando la respiración, ya que estaba seguro de que en algún momento esa imagen desaparecería y volvería a ver su coche como siempre había estado: con cuatro ruedas que esperaban a llevarlo a su trabajo.

Llegó a su lado y acarició la chapa del techo desde la parte trasera a la parte delantera, con mimo, como lo puede hacer un amante experto, para satisfacer a su amada. Intentó compartir su sentimiento con el vehículo, con su coche; se sentía, de algún modo, violado en lo más íntimo de su ser.

Sergio se sentó contra la pared del garaje y se tapó la cara con ambas manos. Era cierto: le habían robado más de mil euros en ruedas. Habían jodido su día, sus Navidades, y todo ello sin haber tenido la oportunidad de defenderse, de defender a su coche. Se sentía impotente. «¿Será el karma?».

Escuchó que unos pasos se acercaban y eso hizo que intentara calmarse. Apartó las manos de su rostro, y estaba intentando levantarse para que nadie lo viera en ese estado, cuando la cerradura de un coche sonó y vio el reflejo de los intermitentes en la pared de enfrente. Miró el reloj para darse cuenta de que llevaba allí casi quince minutos, lo justo para estar muy pillado a la hora de llegar a su puesto de trabajo. Ese día no podría ni tomar un café con sus compañeros en las máquinas que tenían en varias zonas del gran almacén. El motor del otro coche resonó en el silencio del garaje y desapareció por la rampa. En ese momento aprovechó para, con rapidez, abandonar el garaje y volver a su casa.

Otra vez el frío jodía. Esta vez casi no se percató de este y le pareció que no tardaba mucho en llegar a casa. Subió los escalones de dos en dos y entró en casa sin preocuparse del ruido. Fue directo a la habitación en la que dormían sus padres.

—Papá —lo llamó con voz irritada.

El padre se incorporó preocupado y su madre también se desperezó, recostándose un poco sobre el colchón.

—Me tengo que llevar tu coche, ¿dónde lo tienes?

—¿Qué ha pasado? —El padre ya había apartado las mantas y se disponía a levantarse.

—Nada, me han robado las ruedas —dijo con nerviosismo. No quería llegar

tarde a trabajar y ya eran más de las cinco y media.

—¿Seguro? —Fue lo primero que le vino a la cabeza a su padre. Más tarde se percataría de la estupidez de su pregunta.

—Luego te lo cuento, ¿dónde tienes el coche? —Intentaba susurrar para no despertar a su hermana menor, pero el tono de voz se le elevaba.

—Al final de la calle, donde el bar de Luis.

Sergio se fue y buscó la llave del coche de su padre en el salón. La cogió y se fue sin decir nada más y, justo en el momento en el que su madre entraba en la sala, él salía por el pasillo. Su padre, también de pie, ya estaba lavándose la cara en el baño; su hermana, Lucía, yacía tumbada boca arriba, sabiendo que sus padres ya no se acostarían.

Sergio fue a su trabajo lo más rápido posible, pero ese día los elementos estaban en su contra. Lo pillaron en rojo en cuatro semáforos y tuvo que ir detrás de un vehículo que iba a paso de tortuga durante toda una calle. Luego, en la autovía, el tráfico era normal y no tardó mucho en llegar a su trabajo, cinco minutos tarde de todas maneras.

Obviamente se llevó la bronca de su jefe de inmediato, pese a tener una buena excusa.

—Eso da igual. Aquí, como se ficha, el tiempo que no hagas a primera hora lo haces al final. —Fue la manera tajante de cortar las réplicas de Sergio.

La mañana fue odiosa: infinidad de camiones aguardaban a ser cargados con innumerables productos. El día de Nochebuena era uno de los días de mayor negocio para los supermercados de alimentación.

No tuvo ni cinco minutos para descansar hasta que, a las diez de la mañana, pudo parar para comerse un sándwich de mortadela y tomar una Coca Cola. Allí, en la pequeña zona de descanso, coincidió con tres compañeros más, que se interesaron en el porqué de que hubiera llegado tarde ese día.

Otra vez volvió a recordar la escena vivida esa mañana en su garaje. La imagen de su coche sin ruedas no volvió a abandonarlo en todo el día, que pasó como las cuatro primeras horas: sin parar de cargar camiones.

A última hora de la jornada, se tuvo que quedar cinco minutos más para cumplir con el horario, tiempo que —más que para trabajar— dedicó a recordarse lo mucho que odiaba a su jefe, el cual ya estaría de camino a su casa.

Durante la mañana su padre había ido al garaje a ver el coche, a ver si era verdad lo que había contado su hijo. Una parte de él quería creer que Sergio se había equivocado y que el coche seguía con sus cuatro ruedas.

Obviamente el coche seguía impertérrito, apoyado en las cuatro calzas de madera. Fue él, que estaba en paro a sus cincuenta y siete años, el que llamó al seguro, el cual le informó de que tenía que ir a la policía a denunciar los hechos.

Sergio llegó a casa, a las tres de la tarde del día de Nochebuena, con un hambre voraz y con su cabeza siempre pensando en el coche. El padre le informó de que tenía que ir a denunciarlo a la policía.

—Joder, podrías haber ido tú —dijo mordiéndose el labio inferior.

—Tienes que ir tú, que eres el dueño del coche —trató de explicarle mientras se sentaban en la mesa para comer el cocido que había preparado su madre.

Sergio seguía enfadado y nervioso. Se levantó y, tras decir a su familia que se iba a la comisaría, salió dando un portazo.

Los padres y su hermana se quedaron de piedra, en silencio, sin saber bien qué hacer. Finalmente Lucía cogió la olla de la cocina y comenzó a llenar los platos que aguardaban en la mesa del salón.

—Que coma él más tarde —se justificó ante la mirada perdida de su madre.

Los tres comieron en silencio.

Sergio bajó renegando de todo, una vez más durante ese día, y comenzó a caminar de forma rápida en dirección a la comisaría. Tres minutos más tarde, se subía en un tranvía de la ciudad. Tan solo eran dos paradas, pero tenía hambre y no le apetecía andar mucho tiempo.

Llegó a la comisaría y un hombre de unos cincuenta años, con el pelo cano y con algo de tripa le preguntó qué deseaba.

—Quiero poner una denuncia —dijo de manera hosca.

El policía miró su reloj y emitió un ligero bufido. Se giró un poco para mirar la sala de espera y golpeó un par de veces en el mostrador con el bolígrafo que tenía en la mano.

—¿Qué le ha pasado?

—Me han robado las cuatro ruedas del coche. —Sergio estaba de los nervios.

—Muy bien —murmuro el policía mientras volvía a mirar a las oficinas interiores. Parecía que tenía prisa—. Te aviso de que tienes entre dos y tres horas de espera —soltó de repente.

Sergio salió de su ensimismamiento y lo miró incrédulo. El policía carraspeó un poco y, tras observarlo con comprensión, decidió que tenía que dar alguna explicación mejor.

—Acaban de llegar dos detenidos y en estas fechas estamos bajo mínimos. Además, es la hora del relevo, por lo que todo se retrasa un poquito más aún.

Sergio notó que su cuerpo bullía de rabia, y decidió irse sin decir nada más mientras escuchaba decir al policía del mostrador que la comisaría estaba abierta todo el día, que podía acercarse a cualquier hora.

Volvió andando a su casa, estaba fuera de sí. Era un día odioso y recordó a su jefe, Benito, ordenándole cosas con cara de pocos amigos; siempre lo había odiado. Era un hombre pequeño, con cara de simio y que se creía que la empresa iba a ser para él algún día. No le daba ni un respiro y lo de hoy había sido el remate. Por llegar cinco minutos tarde, por haber sufrido un robo, ni más ni menos, lo había hecho quedarse al final de la jornada.

—Cinco minutos —dijo en voz alta ante la mirada atónita de tres adolescentes que fumaban en un banco cercano. Cuando se alejaba un poco más, escuchó unas risitas y le pareció volver a oír algo sobre cinco minutos con voces raras.

Tuvo deseos de volverse atrás y descargar parte de su ira en esos chavales, pero Sergio nunca había sido un valiente, siempre había permanecido en segundo plano en las riñas y peleas. Le encantaba quejarse y despotricar sobre la gente, pero a la hora de la verdad no era el adalid de los pleitos.

Volvió a casa y, con el mal humor reflejado en su semblante, comió un poco. Después se acostó un rato para dormir, aunque no pudo pegar ojo; su cabeza estaba en otras cosas, lo del coche le había hecho mucho daño. Esa noche tenía pensado ir al pueblo de su novia para pasar con ella la Nochebuena, tras cenar en su casa con sus padres. Ahora tendría que cambiar de planes, salir con alguno de sus amigos de toda la vida.

Volvió a girarse sobre la cama y se quedó mirando el techo. Observó su pequeño cuarto, escuchando las voces amortiguadas de la televisión, que le llegaban desde el salón. Tenía una gorra del ejército colgada en la pared, al

lado de la puerta de entrada. Tenía la típica muñeca militar sobre el mueble donde guardaba su ropa y un montón de pósteres y de bufandas del Atlético de Madrid; esas dos eran sus grandes aficiones, aparte del coche y de las mujeres.

Al pensar eso sonrió por primera vez en el día. Se incorporó sobre la cama y cogió el teléfono. Llamo a Inés, su novia, que estaría en El Escorial junto a toda su familia. A la cuarta contestó.

—¿Sí?

Sergio escuchó un montón de ruido de fondo. Seguramente estaría en algún bar con los amigos, y él estaba como un gilipollas, en Parla, intentando descansar para poder salir esa noche y pensando cómo podría ir a verla.

—Inés, ¿qué haces? —preguntó mordiéndose el labio.

—Estoy en el bar con mis amigas —dijo mientras intentaba callar a alguna que, algo borracha, se había acercado para decir alguna tontería.

—Yo, aquí, intentando dormir. Hoy me han robado las cuatro ruedas del coche —dijo al no tener nada más que decir.

—¿Sí?, menuda putada. ¿Vas a poder venir esta noche?

Ese comentario terminó por cabrear a Sergio. ¿Era acaso lo único que le importaba? Ni siquiera hizo un comentario para intentar calmarlo, para levantarle los aminos.

—Ya me dirás tú cómo voy —contestó con un tono de voz cortante.

—No sé, cariño. —Pareció intentar calmarle los ánimos—. Pero yo no tengo la culpa.

—Está claro que no, pero lo único que te importa es si voy a verte. —Estaba sacando toda la mierda que llevaba dentro—. Y si no voy, pues mucho mejor, ¿no?, así te quedas con tus amigas toda la noche.

Se hizo el silencio. Inés se había quedado blanca por ese comentario e intentó salir del bar para hablar con tranquilidad. Era un día especial y no quería discutir con su pareja.

—¿No dices nada? —Volvió a despotricar Sergio en el otro lado—. Ya imagino. No voy a ir esta noche, tengo que volver a la comisaría a denunciar y mi padre necesita el coche, así que me quedaré por aquí y saldré con mis amigos.

—Pero Sergio. —El ruido de fondo se había apagado e Inés hipaba.

Sergio se sintió bien consigo mismo, al menos no sería él el único que lo pasaría mal esa noche. Le encantaría poder pegársela con alguna buena puta; sabía que estaba muy por encima de Inés.

El teléfono lo devolvió al mundo, al escuchar una conversación que había al otro lado. En ella, una chica. Sergio, por la voz, creyó saber quién era; instaba a Inés a colgar el móvil y mandar a Sergio a «tomar por culo». Instantes después la comunicación se cortó.

Sergio preguntó dos veces a Inés si seguía allí, aún a sabiendas de que no iba a contestar. Después se volvió a quedar con cara de tonto mirando el móvil que tenía en la mano, como si ese pequeño aparato fuera el causante de todo lo malo que le estaba ocurriendo ese día.

Lo lanzó contra la pared con todas sus fuerzas y vio, con consternación, que este reventó y se dispersó en multitud de piezas y cachos.

Se mantuvo pétreo unos instantes hasta que escuchó unos pasos por el pasillo. Era su madre, que, tras la puerta, preguntó si había pasado algo.

—Nada, mamá, ya salgo.

Sergio cerró los ojos y se sintió el ser más desgraciado del universo; por un momento pensó que tal vez una fuerza superior lo castigaba por sus pecados. Se rascó la cabeza con furia, incluso llegó a hacerse alguna pequeña herida bajo el cabello. Volvió a morderse el labio y miró el reloj de mesilla, ese que lo despertaba casi todos los días de su vida a las cinco de la mañana.

Eran las seis de la tarde. Sergio se vistió, después de recoger los pedazos del teléfono y guardarlos en un cajón, y de nuevo salió, tras despedirse de sus padres, hacia la comisaría.

Los quince minutos que tardó en llegar los paseó como un zombi, sin pensar en nada y sin levantar ni una sola vez la mirada de su incipiente tripa.

Cuando llegó a la comisaría, lo atendió un chico joven que, tras preguntar, lo hizo pasar a una sala interior. Allí aguardó pacientemente veinte minutos hasta que escuchó la voz de una chica llamándolo.

Se levantó con la mirada perdida y, sintiéndose infeliz, entró en un pequeño despacho. Su mirada se iluminó al ver que quien lo iba a atender era una chica joven y preciosa.

—¿Sergio Lafuente Rodríguez? —Sergio hizo un ademán—. Siéntese, por favor.

Realizó la denuncia sin prestar atención a nada, solo a la chica que tenía delante, a sus ojos, a su sonrisa. Era encantadora y algo en el interior de Sergio le decía que tal vez, en algún momento en su pasado, la había llegado a conocer, pero no recordaba ni cómo ni cuándo. «Estas chicas tan guapas dejan huella; si me la crucé, me acordaría seguro», pensó cuando firmó la denuncia y salió de aquel cuarto para volver tranquilo a su casa.

Por el camino pensó en Inés y en hacer algo con el teléfono para llamarla y hacer las paces con ella. También pensó en llamar a uno de sus mejores amigos, el cual lo había dejado hacía poco con su novia de toda la vida, y hacer planes para pasar la noche en el barrio.

Ahora, justo ahora, se daba cuenta del error de no haber llamado a Inés. En esos momentos debería estar con su pareja tomando algo y disfrutando de la vida. Sin embargo, estaba en ese intervalo de tiempo en el que una persona analiza lo que ha sido su vida, sabiendo que va a morir y sin ninguna posibilidad de cambiar su destino.

En la semipenumbra de la noche, en mitad de un descampado a las afueras de Parla, contempló con angustia el frío cañón del arma que lo apuntaba. Tenía ganas de llorar, de suplicar por su vida, pero, cuando la otra persona le dijo el porqué de su ejecución, supo que era algo que tenía merecido, que no tenía ninguna opción.

El primer disparo fue de sorpresa y el dolor que sintió fue algo que jamás hubiera podido olvidar en caso de haberse salvado. Intentó llevar sus manos a la entrepierna para proteger la zona dañada mientras un calor y un dolor insoportables inundaban su cuerpo. No obstante, estas permanecían atadas a su espalda. Se agazapó en postura fetal en un vano intento por contener el dolor y la sangre que manaba por la herida.

El tiempo pasó despacio, eterno, hasta que sintió que el cañón del arma se posaba en su cabeza. Deseó morir y a la vez tuvo miedo de desaparecer del mundo. Lloraba, reía y jadeaba en busca de algo de aire.

Finalmente lanzó un alarido sobrenatural, que su verdugo no dejó terminar. El nuevo fogonazo dio al traste con su último gesto en la vida.

En el solitario campo volvió a reinar el silencio. El asesino permaneció deleitándose varios minutos de pie, observando el resultado de sus actos, satisfecho, orgulloso de sí mismo.

Finalmente se giró de manera pausada y se introdujo en su pequeño utilitario. Arrancó el motor e insertó un cd con música clásica. Esperó a escuchar las primeras notas de la sinfonía y se puso en marcha.

Encendió las luces de los faros a los cinco minutos de trayecto, cuando ya veía el final del camino de arena, cuando la ciudad salía a recibirlo.

CAPÍTULO 20

Víctor Carvajal cortaba loncha tras loncha de la pieza de jamón que le habían regalado a su cuñado en la cesta de Navidad de la empresa. La familia, al completo, estaba ya reunida en el domicilio de los padres de su mujer, situado en el margen derecho de la castellana, y en él reinaba un tremendo y alegre caos. Todo parecía haber sido ensayado, pero era la práctica de realizar todos los años las mismas acciones.

Los más pequeños de la familia iban poniendo los cubiertos sobre la mesa, mientras que los adultos terminaban de aderezar las distintas viandas que comerían más tarde. A Víctor, como cada año, le tocaba el jamón. Eran las dos y veinte minutos de la tarde, y él llevaba despierto ya casi seis horas. Nunca le había gustado trasnochar en Nochebuena y la noche anterior no había sido ninguna excepción. Se levantó cuando escuchó a su hijo mayor, de veintisiete años, llegar a casa sobre las siete de la mañana. Parecía que la noche se le había dado bien y que se había divertido lo suficiente como para permanecer fuera de casa hasta el amanecer.

Desayunó, en silencio, su café con una magdalena, y se fue a andar durante una hora y media. Esa era su rutina cuando no tenía que ir a trabajar. A sus cincuenta y dos años, ya tenía una tripa bastante abultada y no quería que aquello fuese a más, que se convirtiera en un serio problema de salud.

Terminó de rellenar el segundo plato con lonchas de jamón justo cuando su hija Patricia, de veintidós años, llegó a la cocina y cogió un par de ellas. Víctor sonrió; su hija era su gran debilidad y no podría enfadarse con ella por un asunto tan nimio.

La cocina era un hervidero de gente cuando Víctor notó que, en el bolsillo de su pantalón, comenzaba a vibrar su teléfono móvil. Introdujo la mano para

sacarlo mientras, a toda prisa, salía de la habitación ante las extrañadas miradas del resto de los congregados. Miró la pantalla del teléfono, ya estando fuera de la sala, y percibió un ligero cambio en su ánimo. La llamada era desde la oficina del trabajo: su semblante se endureció y se ensombreció.

Entró en una pequeña sala, decorada como biblioteca, que tenían sus suegros, y contestó la llamada. Justo tras él entró Mónica, su mujer, con gesto preocupado. Víctor, al verla, realizó un gesto de resignación, y Mónica supo que su marido se tendría que ir, una vez más, en mitad de una celebración. ¿Cuántas veces él se había tenido que ir de una fiesta por asuntos de trabajo?

Víctor colgó y se acercó a su mujer, la única novia que había tenido — habían comenzado a salir con dieciséis años— y seguramente la única que habría aguantado su trabajo. La abrazó con ternura y firmeza.

—¿Te preparo algo y te lo llevas en un táper? —preguntó tras haber saboreado el momento de cercanía y amor.

—Déjalo. Si tengo hambre, pillo un bocadillo, llevo toda la mañana picoteando.

Ambos salieron de la biblioteca y Víctor se excusó ante toda la familia, la que ya estaba acostumbrada a estas cosas, a que tenía su trabajo.

La comida fue amena y todos disfrutaron, exceptuando a Mónica, que una vez más era la que se había quedado sola, sin su pareja.

Víctor, ya en su coche, llamó a su compañero, que también estaba ya en la mesa con sus familiares, y le dijo que en algo más de una hora se pasaría por su domicilio para recogerlo. Andrés tuvo el tiempo justo para terminar de comer y beberse un café. De todas formas Andrés tuvo que dejar a un lado la copa de vino y comenzar a beber agua.

A las cuatro de la tarde del día 25 de diciembre, Navidad, Víctor Carvajal y Andrés de Benito circulaban por un solitario camino de arena, rodeado por huertas, en las afueras de Parla. El terreno estaba embarrado y a lo lejos veían tres vehículos de la policía estacionados y personas que iban de un lado a otro, como abejas en pos del alimento.

Carvajal había ido a las oficinas de Canillas para dejar su coche, coger uno oficial y apuntar claramente las señas del lugar en el que había aparecido el

cuerpo de una persona con síntomas evidentes de haber sido asesinada. De todas maneras tuvieron que ponerse en contacto con la policía de Parla para que alguien los acompañara al lugar, ya que no daban con él.

Víctor había pasado por Vallecas a recoger a su compañero y durante el trayecto le había ido informando de lo poco que él sabía acerca de lo sucedido. Al parecer un hombre que iba andando con su perro por caminos de las afueras de la ciudad se había encontrado el cuerpo de un hombre muerto.

—Los compañeros han dicho que tiene las manos atadas a la espalda y un tiro en la cabeza.

El cielo estaba gris y hacía un viento muy fuerte, demasiado molesto. Las cintas del papel policial, que se usan para delimitar lugares y en las que pone «No pasar», volaban sujetas a distintos sitios, pero rotas, en algún momento, por la mitad, como serpientes.

Al aparcar tras el vehículo de la policía científica, vieron cómo un agente — un oficial, por los galones que llevaba— se acercaba a ellos con gesto serio; seguramente no era ese el escenario que se había imaginado para pasar el servicio el día de Navidad. Habría pensado en una tarde plácida, sin casi sobresaltos, tomando un buen café y viendo cómo pasaban las horas para irse a casa. De Benito sacó su placa y se la mostró a través de la luna mientras recogían diversos enseres.

Después ambos salieron del vehículo y el mismo oficial, con cara de niño y con brazos de culturista, se colocaba a su lado mientras caminaban hacia el lugar en el que estaba el cuerpo.

A lo lejos vieron el furgón de la funeraria, que también acudía al lugar. Tras él iba otro vehículo sin ningún tipo de distintivos.

—Feliz Navidad. —Fue el tímido saludo del oficial.

—Bueno... —Carvajal se encogió de hombros e hizo las presentaciones. Después, mientras veía el concienzudo hacer de la policía científica, esperó a que el oficial hablara. A la izquierda y fuera de la zona delimitada por las cintas policiales, tres policías, con sus móviles en la mano, hablaban y reían en tono bajo.

—Lo ha encontrado un hombre que sale a pasear todos los días con su perro. Siempre realiza la misma ruta y asegura que ayer el cuerpo no estaba en este lugar. Tengo aquí apuntados todos sus datos. —Le tendió una hoja de papel de

una pequeña libreta que había cogido De Benito—. Pero lo hemos dejado irse a casa tras esperar casi una hora aquí.

—Muy bien, ¿sabemos quién es el interfecto? —puntualizó Carvajal con su libreta abierta por una hoja en blanco.

—Nosotros no hemos tocado nada. —Fue lo único que dijo el interpelado, dando a entender que no sabían quién era.

—Perfecto. —Carvajal dio un par de pasos, alejándose del oficial, para así dar por finalizada, de momento, su entrevista. Necesitaba permanecer un rato solo, tranquilo.

De Benito, mientras, se había acercado a un compañero de policía científica que portaba una cámara fotográfica y sacaba fotos a cualquier cosa. Ahora estaba con unas huellas de neumáticos claramente impresas en el barro. Simplemente saludó y se quedó mirando en silencio para molestar lo menos posible.

Llegaron el juez y el forense, que iban en un vehículo policial camuflado, tras el furgón de la funeraria y de otro vehículo de la policía. Carvajal miraba el cielo, hipnotizado por el rápido ir de las nubes. También se había acercado un pequeño grupo de ciclistas, que fueron alejados por los tres policías que, fuera de la zona acordonada, hablaban entre sí.

Según la forense al cadáver le habían disparado dos veces: una en la entrepierna y otra en la cabeza. No llevaba cartera e iba vestido como si hubiera salido a celebrar la Nochebuena. Unos treinta años, blanco, una persona de lo más normal.

De Benito se acercó a su compañero

—Aquí ya hacemos poca cosa. Mañana le hacen la autopsia y los compañeros de científica nos irán informando cuando vayan analizando las distintas pruebas.

—¿No tenemos ni idea de quién es?

—De momento nada, pero seguro que en las próximas horas denuncian su desaparición. Los neumáticos son de un pequeño coche, a ver si nos pueden decir algo más en un par de días. —De Benito se frotaba las manos mientras hablaba para poder entrar en calor.

El sol se estaba ya poniendo y los operarios de la funeraria terminaban de retirar el cuerpo. Los compañeros de científica se habían retirado hacia un

rato y el juez y el forense acababan de desaparecer en el horizonte. La mayor parte de los vehículos de la policía también había abandonado el lugar. Solo quedaban tres coches; uno de ellos, el del furgón funerario; otro, el de los últimos policías que se irían del lugar, y el final, el de Carvajal y De Benito, que seguían de pie intentando hacerse una idea de lo sucedido.

Minutos antes habían realizado, entre varios policías, una pequeña batida por el lugar por si acaso se encontraba el arma. No hubo suerte: la búsqueda fue infructuosa.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Carvajal, que decidió quedarse un poco más, con una luz ya escasísima, paseaba por el lugar, sopesando las distintas ideas que se le ocurrían sobre la noche anterior. De Benito lo miraba con nerviosismo; él era veinticinco años más joven y había entrado en la brigada por enchufe. Estaba claro que no le gustaba tanto el trabajo como a su compañero y ya estaba pensando en irse a casa. «Seguramente habrá quedado», pensó Carvajal, que se daba cuenta de la situación.

Alguien había llevado a ese desgraciado hasta allí, lo había bajado del coche, probablemente ya atado y apuntándolo con el arma. Allí, arropado por el silencio de la noche, el forense había dicho que llevaría unas doce horas muerto. Le había descerrajado dos tiros; uno en los huevos y otro en la cabeza para rematarlo. ¿O tal vez fue al revés? Ese dato lo sabría seguro al día siguiente. Y allí lo habían dejado, tirado en un campo de cebollas, hasta que horas más tarde un hombre, caminando, lo había descubierto.

—Esto lo tenía que conocer el asesino —comentó De Benito a su espalda—. Está a tomar por culo de la civilización.

—Seguramente. —Carvajal afirmaba con la cabeza—. Pero... quizás esto sea obra de una mujer. —Observó con prudencia mientras se sacaba un cigarro y se lo encendía. No fumaba mucho, ya que el médico se lo había prohibido, pero él seguía fumándose siete u ocho al día; eso sí, ninguno en casa.

—¿Por qué lo dices?, ¿por el tiro en la polla? —Carvajal asintió—. ¿Y si es el padre de una niña violada o algo parecido? —preguntó de nuevo, esta vez con un cierto toque de suficiencia.

—Todo puede ser —respondió el veterano con aire meditabundo.

Caminó hacia el coche con cuidado de no mancharse los zapatos con el barro. La temperatura había bajado un poco más y el viento seguía azotando

sus rostros con fuerza. Cuando se montaron en el coche, puso la calefacción a tope y esperó que el interior se caldeara un poco antes de irse del lugar. Las tiras policiales, que seguían en su eterno movimiento a causa del viento, parecían despedirse de ellos a medida que se alejaban del lugar.

Carvajal lanzó una última mirada al lugar de los hechos, con aspecto cansado y triste, preguntándose cómo el ser humano podía llegar a ser tan cruel. En todos sus años de servicio en el grupo de homicidios, se lo había preguntado muchas veces jamás encontraba la respuesta.

Pasaron por encima de unas vías del tren y llegaron a la ciudad de Parla sin haber hablado nada entre ellos, cada uno sumido en sus pensamientos. Carvajal siempre se había preguntado qué pasaría por la cabeza de la gente que lo rodeaba cuando permanecían en silencio, durante minutos enteros, dentro de la misma sala. Algunas veces, trabajando, habían llegado a estar seis o siete personas en una habitación, durante diez minutos, sin abrir la boca, cada uno —seguramente— con sus pensamientos y Carvajal casi siempre pensando en lo que los demás pensaban.

—Lo primero es saber quién es. —Rompió el silencio mientras circulaban por las calles de la ciudad sin saber exactamente dónde estaban.

Al doblar una esquina vio un bar abierto y notó que su cuerpo le pedía tomar algo. Paró sin preguntar, eso era algo que hacía muchas veces y que sabía que a sus compañeros no les había gustado nunca. Eran las seis y cuarto, y aún no había podido comer nada. Se pidió una cerveza y un pincho de tortilla; su compañero, un té verde con miel. De Benito miró el reloj, mientras el camarero calentaba el agua de su té, y sacó su teléfono móvil. Tras emitir un hondo suspiro, comenzó a escribir un mensaje.

El bar permanecía vacío; solo estaban los dos policías y el camarero, que tras poner las consumiciones se alejó hacia una esquina y comenzó a preparar unos canapés de atún.

Carvajal, mientras saboreaba su consumición, pensaba en lo que tendría que hacer a partir del día siguiente. Estaba claro que lo primero era descubrir la identidad del muerto; a partir de ese momento, iniciaría la investigación. Sabía o, al menos, esperaba que ese primer paso fuera rápido y que la identificación no les llevara mucho tiempo. Científica se había llevado sus huellas y había sacado fotos a algún que otro tatuaje y el rostro. Además, era muy plausible

que en unas horas, como mucho un día, alguien denunciara la desaparición de esta persona.

El sonido del móvil de su compañero lo sacó de repente de sus cavilaciones. Tenía el tenedor a punto de introducir un pedazo de tortilla en su boca, y tuvo que reprimir un bufido de irritación. Le molestaba lo indecible, el ver que su compañero se pasaba casi todo el día con el teléfono en la mano. Alguna vez había pensado que estar con De Benito era como estar solo. Lo miró de reojo con algo de pena. «Beni», como lo llamaban en la brigada, seguía en lo suyo. Su té, intacto, y él, moviendo los dedos con una velocidad increíble.

—¿Tienes prisa? —preguntó al verlo mirar de nuevo su reloj.

—¿Eh? —Beni salió de su mundo y miró a su compañero con extrañeza. Se acordó de su té, y bebió un pequeño sorbo—. Joder, cómo quema —comentó mientras soplaba.

Carvajal negó con la cabeza. Necesitaba cambiar de compañero, estaba claro que ambos eran incompatibles. El problema era que su jefe era el padre y que no podía ir y decirle que su hijo era un imbécil, que no lo soportaba y que quería a otro compañero.

—¿Decías algo? —preguntó tras volver a escribir algo en su móvil, sonreír y repeinarse un mechón de su flequillo.

—Que si tenías prisa. —Su voz sonó un tanto hosca, irritada.

—Bueno... —Volvió a beber y dejó su teléfono sobre la barra—. Había quedado. ¿Quién iba a pensar que hoy tendríamos que currar? —Puso cara de tristeza y resignación.

—A ti este trabajo no te gusta —afirmó más que preguntó.

—Gustarme, sí; más bien, me encanta, pero tengo una vida. Hay días que estamos un montón de horas sin parar. Mírate tú —dijo señalando su tortilla—: las seis y media y no has comido el día de Navidad; yo, al menos, pude terminar de comer con mi familia.

—Deberías hablar con tu padre. Esto te gusta con todas las horas que echas, o no te gusta. No puede ser que vengas a trabajar cuando tú quieras y las horas que a ti te vengan bien.

De Benito agachó la cabeza. Volvió a beber y miró la olvidada televisión del bar, que emitía un programa de animales salvajes. Lo único que quería era no mirar a su compañero, al que —por otra parte— idolatraba aunque no le

gustaría nada que este lo supiera. Por eso las duras palabras que acababa de escuchar le hacían más daño aún.

El padre de Andrés De Benito era inspector y jefe en la brigada de homicidios de Madrid. Obviamente era el que había metido a su hijo nada más este jurara el cargo, para tenerlo cerca y que no estuviera expuesto a los posibles peligros de un radio patrulla. Siempre había sido demasiado protector con él, con todo lo que eso conllevaba.

—No es tan fácil. Sé que no caigo demasiado bien a la gente por ser un enchufado, pero yo intento hacer mi trabajo lo mejor que puedo, aprender y mejorar, aunque siempre seré «el hijo de». —Carvajal percibió una terrible pena en los ojos de su compañero, y se ablandó algo.

—A mí me importa una mierda quién seas. —Terminó su tortilla y bebió un trago de su botellín—. Lo que quiero es que trabajes. Esto, como te he dicho antes, te tiene que gustar; tienes que disfrutar de venir al trabajo aunque a veces, como hoy, te joda el día a base de bien. Lo que hacemos aquí merece la pena.

Se hizo un extraño y molesto silencio. Carvajal terminó su cerveza y pagó la consumición. Beni hizo lo mismo con su té y acudió al baño, mientras que su compañero recibía las vueltas. Ambos, aún en silencio, se introdujeron en el vehículo policial, un Peugeot 306 granate, y se marcharon del lugar. Carvajal conducía sintiéndose un tanto incomodo por la situación. No había querido ser duro y creía que podía haber hecho daño a su compañero. Por primera vez lo había visto como a un chico aún sin hacer, demasiado vulnerable.

—¿Dónde quieres que te deje? —Rompió el violento silencio creado.

—Vamos a la base, de allí ya cogeré el tren —respondió con su último aliento de orgullo.

—¡Joder! —El exabrupto salió del corazón—. ¿No tenías prisa? Mira, vamos a acabar bien el día y mañana, más relajados, hablamos.

Otra vez ese maldito silencio. El vehículo paró ante un semáforo en rojo, cerca del hospital de Parla; estaban a punto de salir a la carretera de Toledo. Carvajal esperaba estar antes de las ocho en su casa, y así poder terminar el día con la familia; seguramente su mujer estaría ya sola. Miró a su compañero, este seguía con la mirada baja, intentando pasar desapercibido. Habría dado cualquier cosa por desaparecer de allí unos minutos.

—Lo siento, tío, me pareces un buen policía, pero creo que aquí no eres feliz. —Carvajal tragó bilis, no estaba demasiado acostumbrado a pedir disculpas—. En ningún momento he dicho que fueras malo o que no hicieras bien tu trabajo —arrancó y tuvo que desviar la mirada al sentirse un tanto idiota y falso, pese a hablar desde el corazón.

De Benito trago saliva a su vez. Las palabras de su compañero habían dado en el clavo. Jamás había querido ser policía, pero la enorme presión ejercida por la familia y la situación del país hicieron que no tuviera más opciones que opositar. Por si fuera poco, su padre, nada más entrar, hizo todo lo que estuvo en su mano para que no se fuera de Madrid. Al final logró que su hijo terminase en la misma brigada que él dirigía. Su padre, de todas formas, no era muy benevolente con él en el trabajo, y le colocó como pareja a Víctor Carvajal, un veterano con muchas manías y con el que casi nadie quería ir.

Por un lado, la presión ejercida por su padre; por el otro, los continuos cuchicheos de sus propios compañeros por ser quién era y por haber entrado allí nada más jurar el cargo y sin tener ningún estudio que lo hiciera indispensable o capaz.

Llevaba casi un año en la brigada y había cogido el gusto a su trabajo. Casi no veía a su padre y el ir con Carvajal le había terminado gustando. Dentro de sus rarezas, una era que no le importaba que fuera «el hijo de» y que su trato con él era igual al que pudiera tener con cualquier otro: sin cuchicheos ni miradas extrañas. Lo único importante era el trabajo. Quizás por eso y por la alta estima que le profesaba, le habían dolido tanto las anteriores palabras.

—No tienes que disculparte —contestó tras un minuto eterno de divagaciones y ya cuando Carvajal había decidido no volver a hablar—. Tienes razón, a veces la presión de mi padre me supera. Soy joven y me gusta poder quedar con mis amigos. Cuando los planes se me joden, me da rabia, pero lo que hacemos aquí, como tú muy bien me has dicho, me encanta, y lo más importante es que, cuando me acuesto por las noches en la cama, me siento bien con mi trabajo, con la labor que desempeño. Orgulloso sería la palabra que define cómo me siento.

Volvió el silencio, pero esta vez menos cargado, más normal. Al poco rato Carvajal comentó varias cosas sobre el caso y así dejó olvidado todo lo anterior. Beni escuchó atento y entró más animado en la conversación; se había

olvidado por completo de lo pasado. Tan metido estaba en el tema que no se dio cuenta de la dirección que llevaban hasta que el coche paró en el portal de su casa. Al verlo no tuvo más remedio que esbozar una sonrisa llena de alegría.

—Gracias. —Fue lo único que pudo decir y, al mirar a su compañero, supo que todo estaba olvidado, por las dos partes.

Andrés subió corriendo a su casa mientras llamaba a una amiga, con la que había quedado a las seis y a la cual tuvo que decir que no podía ir. Pudo, tras disculparse un poco, quedar con ella algo más tarde. Todo lo que había pasado estaba completamente olvidado; además, la tarde le había dado muchos minutos de conversación con esa chica, que tenía que saber aprovechar.

Víctor, satisfecho y contento —eso sí, con un poco de hambre—, se fue a Canillas a dejar el coche y cambiarlo por el suyo. A las ocho y cuarto entraba por la puerta de su casa, cansado pero feliz.

Mónica, su mujer, había llegado dos horas antes en el coche de su hijo y se había quedado sola. En ese momento estaba a oscuras en el salón viendo la televisión. Al escuchar las llaves en la puerta, se levantó con un extraño sentimiento en el cuerpo. Era un sentimiento que ella ya había tenido muchas veces, demasiadas quizás. Toda la tensión que había ido acumulando durante la ausencia de su marido estallaba al verlo de nuevo en su casa, como si nada le hubiera pasado.

Víctor lo primero que hizo fue abrazar y besar a su mujer; después, tras preguntar cómo le había ido la tarde con su familia, se fue a duchar con paso lento, perezoso, como si en realidad no quisiera ir. Su mujer le preparó una cerveza y algo de picar para antes de cenar. Nada más dejarlo todo sobre la mesa del salón, iluminado con el reflejo de la televisión, Mónica tuvo una idea: guardó de nuevo la cerveza en la nevera y se fue tranquila al cuarto de baño. El agua caía ya con fuerza y, al entrar una nube de vapor, la envolvió. Lentamente y sin que Víctor se percatara de ello, se desvistió y entró en la ducha con su marido.

CAPÍTULO 21

La ensalada estaba ya preparada para que la cena fuera ligera. Marga se sentía algo hinchada tras la comilona de Nochebuena y Navidad con la familia. Muchos excesos. Sentada en el solitario salón de la casa de sus padres —estos aún no habían llegado del pueblo—, pensaba con melancolía en los buenos años de su juventud, en esa felicidad, que se le escapaba entre los dedos como el agua se escurre de las manos, inexorablemente.

Últimamente la vida le parecía siempre lo mismo: ver pasar los días iguales, uno tras otro, las mismas caras, las mismas personas, las mismas cosas, en general. Necesitaba un cambio. Un cambio radical que, tras la anterior noche, se había vuelto más necesario. Parece mentira cómo las épocas navideñas pueden llenar de felicidad a millones de casas y de la más brutal tristeza a otras tantas.

Marga se había cansado de su pueblo, de sus amigos, incluso de su familia. Siempre era lo mismo. Los mismos gestos, las mismas conversaciones. A veces creía estar metida en esa película en la que salía una marmota; no recordaba su título, pero sí su argumento y la desazón que siempre le había provocado el verse sumida en esa vida —una vida siempre igual—, despertando todos los días en el mismo día y haciendo todos los días lo mismo, sin tener casi posibilidad de cambiar nada. Siempre lo mismo.

El teléfono, colocado al lado de los cubiertos, no dejaba de sonar, pero incluso eso, ese día, le cansaba.

En su vida en Madrid, eran distintos chicos, distintas citas y distintos finales, pero a la larga era siempre también lo mismo: conversaciones banales, miradas furtivas, sonrisas traviesas y ligeros contactos físicos en el eterno cortejo. También se había dado cuenta de que eso la cansaba, la aburría hasta

la médula.

Llevaba una vida intensa, seguramente envidiada por muchas personas, y feliz hasta hacía poco. Sin embargo, ya nada la satisfacía y la noche anterior, noche de supuesta felicidad y jolgorio, la había sumido en un mar de dudas.

Ese darse cuenta de la mediocridad de su vida, de sus insulsas relaciones personales y de lo poco apetecible que veía el futuro le hicieron un daño psicológico tremendo.

Tras acostarse en la cama, después de haberse bebido un par de *gin tonic* en silencio, aguantando las conversaciones familiares, había sopesado si tal vez esa angustia vital se debiera en parte al caso que llevaba entre manos.

Era cierto que había empatizado tremendamente con Sonia, con su tipo de vida y con todo lo que la rodeaba, pero sus sentimientos eran mucho más profundos. Llevaba ya mucho tiempo sabiendo que algo estaba mal en su interior y qué mejor época que la Navidad para que todo eso saliera a la superficie.

En el silencio de la noche, había permanecido con los ojos abiertos observando en la oscuridad, contemplando cómo las siluetas iban adquiriendo forma a la vez que sus ojos se acostumbraban a esta. Mientras, había pensado, había llorado en silencio y se había propuesto cambiar, renovarse o morir. «¿A todo el mundo le sucederá lo mismo?», se había preguntado.

El teléfono seguía sonando, llenándose de *Whatsapp* sin leer. Llevaba así todo el día y cada vez que sonaba ella se decidía más por buscar un cambio en su patética vida.

Anhelaba una vida superior, llena de proyectos sublimes, importantes. No deseaba ser como el resto de la gente, con sus vidas monótonas, insustanciales, que creían que en cada esquina iban a encontrar esa ansiada felicidad. Necesitaba poder mirarse al espejo dentro de unos años y poder decirse que todo había merecido la pena, que lo había conseguido. Su vida sería una existencia con una importancia meridiana. Lo primero que tenía que lograr era detener y joder a los hijos de puta que habían violado y asesinado a Sonia. Le debía a aquella chica una dedicación en cuerpo y alma para esclarecer el caso. ¡Qué cojones! Se lo debía a esos padres angustiados, a esas amigas que se sentían culpables por no haber acompañado a Sonia y, sobre todo, se lo debía a sí misma.

Terminó su escasa cena y decidió ponerse unas zapatillas cómodas e ir a dar un paseo por un cercano parque; así podría despejar la cabeza de esos pensamientos. Esperaba que todo no cayera en saco roto y que esas horas, meditando, no fueran las típicas que se dan a comienzos o finales de año y que tras unos días se olvidan y nunca se llevan a cabo.

Se hizo una simple cola de caballo para peinar su melena rubia, y cogió las llaves. El teléfono volvió a sonar. Marga se acercó y, tras comprobar que no era un mensaje de sus padres o de sus hermanos, lo apagó.

Tendría que pensar muy a fondo qué hacer con todos esos chicos que la cortejaban y con los que quedaba de vez en cuando. Eso, de todas formas, sería en otra ocasión.

Salió de casa y un frío cortante hizo que se estremeciera. La noche era ya cerrada y no se veía a casi nadie por las calles. Un grupo de adolescentes fumaba en mitad de la plaza Carabanchel justo en el momento en el que un coche de la policía salía de la comisaría.

Alguna vez había pensado en volver a patrullar las calles. Era un trabajo que le gustaba pese a estar tan poco valorado por los propios mandos y por la gente común. «Somos la última mierda», le decía una y otra vez un compañero suyo cuando ella estaba de radiopatrulla.

Tras una par de años así, ella también había empezado a pensarlo. Había conseguido entonces un par de cursos importantes que, junto a otro realizado por mediación de los sindicatos y por mucha suerte, habían hecho posible su entrada en el grupo de homicidios.

Mientras observaba las luces navideñas que iluminaban las calles adyacentes a su domicilio, vio pasar el coche de sus padres. En ese momento decidió dirigir sus pasos hacia el portal de su casa. Esa noche quería descansar bien para así poder acudir temprano, al día siguiente, a su puesto de trabajo.

Tenían un montón de curro. Era posible que la forense y la científica dieran ya algún resultado. Aparte tendría que visionar horas de cámaras de seguridad de lugares cercanos al lugar de los hechos. La compañía de móviles tendría que pasarles ya las llamadas y las últimas localizaciones del gps de la víctima. Aparte su compañero quería ir otra vez a la zona de la agresión para hablar con vecinos.

Subió a su casa y vio que sus padres estaban allí ya. Durante unas horas pudo olvidar todas sus anteriores reflexiones.

CAPÍTULO 22

Una tenue luz se filtraba por las pequeñas rendijas de la persiana. Pedro abrió los ojos y un lacerante dolor envolvió su cabeza. Necesitaba dormir, pero su estómago estaba vacío. Un hambre atroz lo instaba a levantarse. Sabía que con el estómago así ya no podría volver a dormir, necesitaba llenarlo. Decidió ponerse en pie y subir la persiana a tope. La luz diurna ya escaseaba. La cabeza le daba vueltas y las náuseas lo obligaban a cerrar los párpados para que los mareos no fueran a más.

Sintió frío y al mirarse se dio cuenta de su desnudez. Recordó haber llegado a casa a las doce del mediodía, tras una larguísima noche de fiesta. Juan fue un fantástico anfitrión en la discoteca de su amigo. Bebió en exceso y volvió a caer cuando Juan lo invitó a tomar unas rayas de coca en un despacho que tenía en una planta superior. Después unas chicas subieron y comenzó una extraña fiesta. Él, tras ver cómo dos chicas se restregaban a su lado, decidió retirarse a un rincón y ver lo sucedido desde otra perspectiva, ajeno a la fiesta; tras diez minutos se ocultó del resto de los invitados en el reservado. Se acercó una chica a la que le sobraban más de quince kilos. Se llamaba Sofia y no tenía muy buen gusto para vestirse; o eso o le daba igual que su vestido mostrara a las claras lo gorda que estaba. Hablaron un poco y, casi sin darse cuenta, Pedro vio cómo ella le comía la boca con deseo. Dos copas más, sintiendo cómo esa chica se pegaba a él, y después fueron a su casa. Por primera vez en mucho tiempo, era él quien llevaba a una mujer a su casa. La puerta de su compañero permanecía cerrada y él no sabía si estaría o no. Ella pidió algo más de droga y se llevó un chasco al ver que su anfitrión no llevaba nada. Sin embargo, en la cama se portó como una buena mujer hasta que Pedro se echó a un lado, sudoroso y con la polla flácida. Ella lo intentó todo, pero no

volvió a ponerse en pie. Ella, algo triste, decidió vestirse e irse de su casa sin aceptar los veinte euros que él le daba para el taxi. Cuando Pedro se quedó solo en su cuarto oscuro, se sintió fatal al sentirse impotente; no era la primera vez que le sucedía y empezaba a ser preocupante.

Se tumbó en la cama pensando que la culpa la tendría el alcohol. Antes de dormirse se dio cuenta de que no se acordaba del nombre de la chica. ¿Susana?

Ahora se sentía un tanto culpable por su actitud. Él disfrutaba de la vida cuando debía de estar investigando el importante caso que tenía sobre la mesa. Todos los casos eran importantes cuando se trataba de la vida de alguien, pero este, por motivos obvios, era especial.

Estaba seguro de que, si conseguía resolver ese caso, podría solucionar el de su amiga Rebeca. Muchas veces había pensado si la amistad que tenía con ella era más bien una penitencia dada por su conciencia. Sin embargo, tras cinco años, estaba seguro de que, aunque solventase su caso, su amistad perduraría; si fuera al revés, si nunca jamás llegara a aclararse el caso, sería igual.

Salió de su cuarto y fue directo al baño, donde se metió en la ducha sin pensarlo dos veces. El agua fría de los primeros instantes terminó de despejarlo y despertarlo. Volvió a acordarse de Rebeca. Debería de llamarla para ver qué tal había pasado la noche y así felicitarla por la Navidad. Una vez más sintió esa angustia.

¿Acaso no debería ser feliz hasta que ella lo fuera? Sabía a ciencia cierta que ella prefería verlo disfrutar de la vida, verlo feliz; eso, en cierto modo, hacía que la vida de Rebeca fuera algo mejor.

Ella fue la única persona que realmente supo lo que había sucedido con su anterior relación, de lo mal que lo había pasado cuando se terminó. Fue ella la que lo había alentado a seguir adelante, la que le había dado fuerzas y, sobre todo, la que lo había aconsejado como solo lo puede hacer un verdadero amigo. Ella deseaba su felicidad y quizás por eso él se sentía aún más culpable al no poder hacer nada para que ella fuera feliz.

Se vistió lentamente con un chándal negro, mientras pensaba en estas cosas, y después se preparó un café solo. Llenó la taza hasta arriba, ya que necesitaba un buen chute de cafeína para terminar de despertar.

Miró su reloj: las seis treinta de la tarde. Ya la escasa luz diurna que había al levantarse se había ido y la oscuridad de la noche era total. Las nubes ocultaban la luna. Cogió el teléfono y buscó el número de Rebeca. Mientras miraba la pantalla, tuvo una idea que lo dejó meditabundo durante unos instantes, sopesando los pros y los contras. Tras permanecer así un par de minutos, se guardó el móvil en la cartera y la placa de la policía en el bolsillo holgado del pantalón. Se terminó el café de un par de largos tragos y dejó la taza sobre la encimera, llena de cacharros sucios. Salió de su casa con paso decidido y, en menos de un cuarto de hora, estaba ya en mitad de la M50, camino al pueblo de Rebeca, a unos noventa kilómetros de su casa.

Esperaba estar sobre las ocho de la tarde ya en el pueblo y, sobre todo, anhelaba que la sorpresa fuera del agrado de su amiga.

Una hora más tarde Pedro comenzó a vislumbrar en el horizonte la silueta del castillo de Almonacid; este estaba situado en lo alto de una pequeña montaña que dominaba el pueblo. Uno podía imaginar al llegar una remota época en la que el señor feudal protegía a sus fieles servidores desde la superioridad de su castillo.

Pedro salió de la carretera principal y entró en el vacío pueblo. Las calles permanecían desiertas a su paso y el silencio era total. La gélida temperatura que hacía a esas horas no ayudaba demasiado a que la poca gente que había allí saliera de su casa.

Aparcó su vehículo justo detrás del de su amiga, en una de las principales calles del pueblo, a la altura de la calle en la que estaba ubicada la casa de los padres de Rebeca. Nada más parar el motor, tuvo un pensamiento que lo desconcertó. ¿Y si se había equivocado al ir allí? ¿Y si su amiga necesitaba realmente olvidarse de todo, incluso de él, y poner tierra de por medio entre su pasado y su futuro? Posiblemente su presencia podría hacer que ella volviera a recordarlo todo otra vez.

A lo lejos vio a dos chicos que se acercaban a él. Uno iba andando con parsimonia; a su lado, otro chico montaba una bicicleta, intentando acompasar su ritmo con el de los pasos de su acompañante. Sin percatarse de su presencia, Pedro aún seguía dentro del coche. Los dos chicos se cruzaron con él y desaparecieron por la calle, lentamente.

Pedro terminó de decidir salir del coche cuando en su radio sonaban las

señales horarias de las ocho. Se abrochó la cazadora hasta arriba y enfiló la calle de su amiga. Llegó a la puerta y, tras una pequeña duda de saber cuál de ellas era y tras comprobar que una tenue luz iluminaba la vidriera, llamó al timbre. Le pareció escuchar una voz en el interior de la casa y una silueta obstruyó la tenue luz. Percibió el sonido de unos pasos lentos mientras él se frotaba las manos para darles calor. La puerta se abrió sin que nadie preguntara nada.

Era la madre de Rebeca. Ya se conocían puesto que había acudido en varias ocasiones al lugar junto con Rebeca, aparte de las visitas que había hecho al hospital cuando esta estaba ingresada, cinco años atrás, y por lo sucedido días antes. Por el gesto que había puesto, no pudo discernir si fue sorpresa, alegría o molestia el sentimiento que había provocado en esa mujer.

—Buenas —saludó—, feliz Navidad, ¿está Rebeca? —Esbozó una sonrisa afable.

—Hola, feliz Navidad. —Bernarda adelantó un paso y le dio un afectuoso beso en la mejilla—. Pasa, está en su habitación —contestó mientras caminaba hacia el interior de la vivienda frotándose los brazos.

Pedro entró tras ella y, al acceder al salón, el aire caliente que desprendía la estufa le dio un bofetón. Se quitó la cazadora y se la colocó en el brazo mientras que Bernarda salía por la puerta que llevaba al patio para avisar de la visita a su hija.

Pedro estaba menos nervioso al notar el cálido recibimiento otorgado por la madre de su amiga; sentía que había acertado al visitarla, que ella lo necesitaba realmente. Mientras esperaba se fijó en que nada había cambiado; su decoración era la misma de la última vez que había ido a esa casa. Sobre el sillón más cercano a la estufa, un ovillo de lana con dos agujas y una bufanda a medio terminar esperaban a que Bernarda volviera a su quehacer. La televisión permanecía encendida; un anuncio de turrónes mostraba gente alegre y guapa saboreando las deliciosas tabletas de su marca.

Rebeca entró al salón y, al ver a Pedro de pie en mitad de esta, su rostro mostró una emoción y una alegría inmensas. En dos rápidos pasos se aproximó a él y ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Ella le dio un enorme y sonoro beso en la mejilla, que le humedeció el rostro junto con las lágrimas que manaban de sus ojos. Pedro también dio un tierno beso en la frente de su amiga

mientras con una mano acariciaba su nuca. Bernarda permanecía viendo la escena desde el umbral, tras haberlo cerrado para que el frío exterior no rompiera el clima creado en el interior.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo único que pudo decir con un ligero tono de reproche cariñoso.

—Pasaba cerca y... —No terminó la frase.

Hablaron un poco de cómo le iba en la vida, de los padres de Pedro, de la pena por no poder haber visitado a su familia en Málaga en estas fechas, etc. Después Rebeca, que llevaba puesto un pijama, se fue por donde había venido para reaparecer, un minuto más tarde, vestida con un chándal oscuro.

Tras despedirse de la madre de su amiga y tener que aceptar quedarse a cenar esa noche con ellos, ambos salieron a la fría calle a dar un pequeño paseo y a estar un tiempo solos, tranquilos. Caminaban cerca uno del otro. Rebeca se había puesto una bufanda de lana color rosa, tejida por su madre; sin embargo, seguía aterida de frío. Pedro se dio cuenta, rodeó con un brazo a su amiga, la atrajo hacia sí e intentó darle algo de calor corporal. Ella lo miró agradecida.

—¿Cómo te encuentras? — Pedro rompió el silencio tras disfrutar paseando unos minutos.

—Bueno..., algo mejor. —Dejó pasar unos instantes mientras se obligaba a seguir hablando. Pedro era su mejor amigo, su válvula de escape y no tendría que tener secretos con él—. Todo me desborda —continuó al fin—. Estaba comenzando a olvidarlo, ¿sabes?, y otra vez todo vuelve. —Tuvo que dejar de hablar para contener las lágrimas.

Pedro acarició su cuero cabelludo intentando así dar un mínimo consuelo a su amiga, diciendo sin hablar que él estaba allí para lo que fuera necesario, que fuera fuerte y que la quería. A veces un simple gesto nos dice más que muchas palabras.

Ella cogió la mano que acariciaba su cabeza y la besó con ternura. Una mujer embutida en una bata oscura se cruzó con ellos y les lanzó una curiosa mirada. Obviamente conocía a Rebeca y sabía de su pasado. También creyó recordar que ese chico había estado más veces en el pueblo. Saludó con educación y, al pasar de largo, se giró un par de veces para volver a observar a la solitaria pareja.

—Ya tenemos cotilleo para un tiempo. —Rebeca sonrió con amargura. Negó con la cabeza—. ¿Y tú?, ¿cómo llevas el caso? —Cambió de tema.

Pedro rio y se separó un poco de ella para mirarla a los ojos. Al verlos y al sentir toda esa magia que desprendían, se sintió dichoso por haber conocido a ese ángel, pese a los tristes sucesos que habían motivado esa amistad. Era una chica preciosa.

—No puedo hablar sobre ello. —Trató de evadirse.

Ella se giró y lo golpeó suavemente con el puño en el hombro.

—De profesional a profesional, que ahora soy criminóloga. —Rebeca sonrió y Pedro, al verla, sintió una pena infinita al pensar en el porqué de que el mundo hubiera perdido esa alegre sonrisa, que ya casi nunca veía.

—Si es así, entonces...

Tomaron una calle en la que al final había un bar, el único bar abierto de todo el pueblo ese día, a esa hora. Encaminaron sus pasos hacia él sin decir nada. Rebeca esperaba en silencio que su amigo hablara y le dijera algo.

El bar permanecía medio vacío. En la enorme sala, con una barra en forma de U, solamente había tres personas juntas en un rincón; parecían hombres de más de cincuenta años, vestidos con ropas de haber estado trabajando en el campo. Cerca de ellos, sobre la barra, había varios botellines de cerveza vacíos. El camarero y dueño del bar permanecía frente a ellos, participando en la conversación, mientras abría más botellines para sus clientes. Al entrar, los cuatro se callaron, y miraron a la pareja. Su semblante pasó de la extrañeza inicial por no saber quiénes eran los forasteros al interés por conocer a Rebeca, pero no a su acompañante.

Pedro se acercó a la barra y pidió un botellín para él y un café con leche para ella. Rebeca había buscado el lugar más alejado del resto y se había sentado en una mesa, de las varias que circundaban la barra.

Los tres clientes volvieron a su conversación, no sin dejar de lanzar miradas furtivas a la pareja. Esas miradas se fueron alargando en el tiempo a medida que nuevos clientes entraban en el bar.

Pedro se sentó al lado de Rebeca, tras dejar las consumiciones en la mesa, y la miró con deleite. Era una chica especial, guapa, inteligente y poseía la más bella sonrisa que jamás había visto.

—Cuéntame —dijo Rebeca mientras echaba el azúcar en el café y removía

con su cuchara.

—Hay poco que contar. —Pedro bajó la mirada con culpabilidad—. Estamos trabajando en varias líneas, pero de momento hay poca cosa. Espero que, cuando se analicen las pruebas, sepamos algo importante. —Levantó la cabeza y vio que Rebeca lo miraba con gesto interrogante—. Espero tener la prueba de que esto tenga algo que ver con lo tuyo o no. —Inmediatamente se sintió mal por volver a abrir ese momento en la memoria de su amiga.

—Yo estoy casi segura de ello. Son demasiadas coincidencias, ¿verdad? —Alargó la mano sobre la mesa y cogió la de su interlocutor.

Pedro agradeció el gesto con una sonrisa. Era increíble que fuera ella la que intentaba animar en esos momentos. Se sintió estúpido y dio un largo trago a su cerveza para poder pasar el amargor que sentía en la garganta.

—Eres muy fuerte y yo, un imbécil —dijo apretando la mano de su amiga.

Los ojos azules de Pedro se clavaron en los de su amiga. Durante unos segundos ambos conversaron sin palabras. Ella le dijo que estaba a su lado, que creía en él, que los atraparía y que no tuvo la culpa de nada de lo sucedido. Él dijo que la quería, que lo perdonara y que haría todo lo posible por encontrar a los culpables. Se soltaron la mano y bajaron la vista hacia sus consumiciones; ambos necesitaban beber un trago. Se sintieron como esas parejas de enamorados que aún no saben lo que siente el otro, tras una mirada intensa, y se ruborizaron hasta la médula.

—He estado investigando por mi cuenta—. Pedro alzó la vista intrigado—. Por internet, hay una conexión, o tiene que haberla, algo que se celebre ese día. Lo que no sé aún es si es algo que se celebra cada cierto tiempo, todos los años o cómo va, pero algo hay.

Pedro sonrió a su amiga. En verdad era un ser maravilloso; se había hundido y había vuelto con más fuerza. Ahora la habían intentado hundir de otra vez, pero ella volvía de nuevo, era especial. Sabía de todas maneras que, pese a su coraza, algunas veces se le venía todo encima y su mundo se rompía en mil pedazos, pero siempre tenía una sonrisa que regalar a su gente, pese a que por dentro estuviera rota.

—Yo también he buscado, no hay nada más. Dos casos en cinco años. A ver si lo confirmo. —Ante la mirada de Rebeca puntualizó—: En cuanto sepa algo te digo.

—Yo seguiré indagando. Tengo a dos grupos que quedan cada cinco años en Madrid. No creo que sea ninguno, pero no se me ocurre otra cosa. Prométeme que me mantendrás informada.

Pedro terminó su cerveza. Los rizos pelirrojos le daban cierto aire de estar despeinado. Suspiró tratando de decidir qué hacer; sin embargo, al mirar los oscuros ojos de Rebeca, no se pudo negar.

—Te prometo que, si encuentran una conexión, te mantendré informada de todo. —Ella sonrió, se levantó y le dio un beso en la mejilla. Después se fue y pidió otra cerveza; ella aún tenía el café a medias. El camarero, mientras, le preguntó por su padre.

—Hace tiempo que no viene por aquí.

Ella contestó con educación que no sabía y, tras pagar la consumición, volvió a su sitio. Los ojos le brillaban de emoción, se sentía una detective privada salida de una novela; ayudaría a la policía a pillar a los malos. En su cabeza se vislumbraba un nuevo horizonte, un futuro en el que ella sería una prestigiosa colaboradora de los cuerpos de seguridad del Estado.

—Bueno, ¿y por lo demás cómo te va? —Esa preciosa sonrisa volvió a iluminar su rostro, lo que hacía imposible que Pedro no sonriera también.

—Ya sabes, la misma mierda de siempre —dijo un tanto apenado.

Rebeca lo miró inquiriéndolo con los ojos. Se retrepó en el asiento buscando más comodidad y mayor cercanía, y empujó el botellín hacia su interlocutor.

—Bebe y cuenta —ordenó.

—Hay poco que contar, mi vida sigue igual: mucho trabajo de mierda, lejos de casa, de los amigos. —Bebió un poco para pasar el amargor—. Cada día peor con las mujeres; además, cada vez me interesa todo menos. Me gusta más pararme a leer un libro o pasear por el parque que quedar con alguien y tener una estúpida conversación durante dos horas para que luego no pase nada.

—No puedes pensar en las mujeres como si solo fueran buenas para el sexo —argumentó ella un tanto triste.

—No es eso, ninguna me llena. No me interesa hablar con nadie aunque me gustan muchas mujeres. Me estoy volviendo un puto solitario, un solitario que solo está a gusto charlando contigo.

Ella se ruborizó. Siempre habían tenido una relación de amistad y ambos sabían que jamás pasaría algo entre ellos; no después de cómo se habían

conocido. Sin embargo, ella no podía dejar de pensar que él era atractivo y, además, el único chico con el que se sentía cómoda.

Pedro sacó su móvil y mostró una foto en la que salía la conquista de Nochebuena. Ella alabó el atractivo de la chica, comentando que tenía morbo, aunque no la veía de su tipo.

—Y tanto. No conseguí hacer nada. —Ella lo miró interrogante y él bajó la mirada a su entrepierna hasta que ella comprendió—. A eso me refiero, no me interesa nadie. Fue la única que se me acercó tras intentar perderme en la fiesta. Antes lo había intentado con varias que de verdad me gustaban y solo vi desprecio en sus miradas. Me voy con la gorda y para nada. Me siento un tanto frustrado, imbécil diría yo.

Rebeca dejó la conversación a un lado y hablaron de otras cosas, como del baloncesto o de la política. A ella tampoco le resultaba muy cómodo hablar de ese tema.

Salieron del bar y fueron a casa de Rebeca, donde ya estaban sus padres con la mesa puesta esperándolos para cenar. Pedro se quedó hasta casi las doce de la noche hablando con Rebeca y con sus padres, y tuvo que rechazar en repetidas ocasiones la propuesta de quedarse a dormir. Finalmente se fue asegurando de que pronto volvería y de que llamaría a Rebeca casi todos los días. Por el camino se sintió bien, teniendo la certeza de haber acertado de pleno al acudir a casa de su amiga, a hacerle una visita sorpresa. A él le había encantado y a ella la había hecho realmente feliz.

Esa noche Pedro no pudo dormir, tenía en la cabeza infinidad de cosas en las que pensar.

CAPÍTULO 23

Acababan de dar las 7:00 en las señales horarias de la radio cuando Marga abrió la puerta del despacho del grupo de homicidios. A esas horas la sala estaba vacía, con varias carpetas sobre las mesas, tal y como se había quedado un par de días antes. Sin embargo, lo primero que llamó la atención de la policía fue un sobre tamaño folio que permanecía solitario justo en la mesa de su compañero Orol. Se acercó lentamente, pensando en las múltiples tareas que tenía planeadas llevar a cabo en las siguientes horas. No obstante, se había levantado antes de las seis de la mañana, tras haber pasado la mitad de la noche en vela. Su cabeza era un hervidero de ideas, de proyectos, de posibilidades que no la dejaron descansar.

Finalmente decidió que lo mejor sería acudir pronto a su trabajo para que así, aparte de adelantar tarea, su cabeza le diera un respiro. Necesitaba que toda esa vorágine de ideas fueran usadas en la resolución del caso y no en hipotéticos futuribles.

Se inclinó sobre la mesa para leer que era un sobre del grupo de científica. Deseó que aquel informe les diera un hilo por el que tirar, ya que parecía que estaban bastante atascados; sin embargo, eso podía esperar. Se acercó a la cafetera que tenían y la puso en marcha tras llenarla con café y con agua. Mientras se hacía el café, encendió el ordenador que tenía en su escritorio para que se fuese cargando.

Se quitó el abrigo y lo colgó del respaldo de su silla. Dejó su bolso también colgado del mismo sitio y dejó su pistola en el cajón. Se levantó y cogió su café, ya terminado. De una repisa que tenían al lado de la cafetera, cogió un sobre de azúcar y lo echó en el café. Ya con él en la mano, se fue a su mesa con el sobre de la policía científica. Lo abrió con lentitud, como si dentro

hubiera una prueba que se pudiera perder con facilidad. Sacó de su interior varios folios grapados y comenzó a leerlos, mientras en la otra mano sostenía su taza e iba dando pequeños sorbos.

En el informe hablaba de las distintas heridas que tenía el cuerpo, todo acompañado de fotos que mostraban cada incidencia. La hora de la muerte, las cuatro de la mañana, más menos, y el motivo, una puñalada en el corazón con un objeto punzante, un cuchillo de cocina posiblemente. Empero lo más importante lo vio en la última página del informe...

Pedro entró en la oficina a las ocho de la mañana con la cabeza aún embotada. La noche anterior había llegado a su casa pasada la una de la madrugada y había tardado más de una hora en acostarse. Sin embargo, tumbado en la cama, la mente no le daba descanso y una y otra vez volvía a reflexionar en decenas de cosas diferentes: en lo bien que había visto a su amiga, en su familia y en su inminente viaje al sur, en Melody, en ¿Soraya? y, de vez en cuando, incluso tenía momentos en los que volvía a ver las fotos de Sonia, y todo se emborronaba en su cabeza.

Lo que parecía obvio era que esa noche no podría conciliar el sueño por más que se lo propusiera. A las tres y media se levantó, se tomó una taza de leche caliente con miel, mientras en la televisión veía un estúpido programa en el que enseñaban a la gente a jugar al póquer para después meterte en páginas de internet y dejarte la pasta jugando con la máquina. Sin embargo, el aturdimiento general por las horas intempestivas y la labia del presentador hicieron que permaneciera más de media hora con la mirada perdida en la pantalla. La cabeza estaba en otras cosas.

Después se dio una ducha y volvió a tumbarse. El reloj luminoso de la mesilla marcaba las cinco de la mañana. Esa mañana quería aprovecharla e ir pronto al trabajo. Tenía ganas de comenzar y seguramente esa misma tensión era la que no lo dejaba descansar como debía. Tras otra hora de dar vueltas sin poder conciliar el sueño sobre la cama, atento a cualquier minúsculo ruido y al paso de los minutos en su reloj de mesa, se levantó a las seis y media sin haber dormido nada.

Desayunó un simple café con leche y se fue al trabajo. Fue en transporte

público, ya que necesitaba descansar los ojos durante el trayecto. Este se le hizo eterno y, tras viajar con los ojos cerrados durante unas estaciones, abrió un libro que llevaba y leyó plácidamente; no obstante, en esas épocas el vagón iba bastante vacío. «Navidad», pensó.

Al llegar a la oficina, inmediatamente notó que la mirada de su compañera era intensa, llena de... ¿jubilo?; no lo logró discernir, pero enseguida pensó en Nochebuena y en lo que podría haber sucedido en la vida de Marga para que estuviera así de radiante.

—Buenos días, ¿qué haces tan pronto aquí? —preguntó con extrañeza debido a que ella siempre era la última en llegar.

—Buenos días. —Notó felicidad—. Llevo ya un buen rato. —Señaló una taza de café vacía que permanecía en su mesa—. ¿Quieres uno? —Marga se levantó con energía y se fue, sin esperar la respuesta de su compañero, a preparar el café.

Orol se quitó la cazadora y fue preparando su mesa a su gusto; encendió el ordenador y dejó su arma en el cajón mientras seguía a su compañera con el rabillo del ojo aún extrañado. Marga dejó una taza en el escritorio de Orol y se quedó de pie frente a él con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Te has enamorado? —preguntó con sequedad cuando ya estaba incómodo ante la presencia de su compañera.

—No. —Hizo un mohín raro—. Eso es para niñas que aún creen en princesas y en príncipes.

Orol tomó un sorbo del café caliente, tras dar las gracias a su compañera, mientras esperaba que soltara lo que llevaba dentro. Marga, al ver la intensa mirada de su compañero, expectante, se giró y se fue a su mesa y, tras coger un sobre tamaño folio, lo dejó sobre la mesa de su compañero y jefe. Así al menos lo veía ella por ser el veterano de la pareja y así lo veía su jefe, pese a que ambos eran policías de la escala básica..

—Teníamos esto esta mañana.

Orol vio que era de científica y extrajo los papeles que había en su interior.

—¿Qué? —Elevó los hombros—. ¿Tenemos al malo? —Comenzó a ojear los papeles por encima.

Marga aguardó impaciente unos instantes, pero necesitaba contarle lo antes posible.

—Tenemos coincidencia —soltó de repente viendo que Pedro tardaría demasiado en llegar a la última página del informe. Pedro levantó la cabeza y miró con cara de póquer a su interlocutora—. Con lo del caso de hace cinco años que dijiste, Miranda lo estuvo mirando ayer a última hora; ya sabes, como su familia es de Galicia, estaba aquí solo y hasta que no acabó no se fue a su casa. Así que... —Puso los brazos en jarra esperando la reacción de Orol.

—¿Y qué hacía ayer Miranda aquí? —Fue lo primero que le vino a la mente.

—Bahh, ¿no lo sabes? —Deseó no haber preguntado. La noticia era importante y desearía cinco minutos de silencio—. Ayer se cargaron a un tío en Parla, le volaron las dos cabezas. —Marga se rio de su propio chiste y, al ver que su compañero no lo entendía y permanecía serio y atento, continuó—: Vamos, que le volaron los sesos a lo justiciero y las pelotas a lo cabrón.

Orol abrió los ojos de par en par. No había escuchado nada y la verdad era que no estaban acostumbrados a crímenes así, pese a que por desgracia cada día había más casos de homicidios extraños y violentos.

—¿Quién lleva el caso?

—Ni idea, creo que Carvajal y «el Enchufao».

—Joder, Marga. —Pese al exabrupto Pedro sonrió—. Dale una oportunidad al chaval; además, por desgracia, en este bendito cuerpo todos los que estamos en algún sitio bueno estamos más o menos enchufados.

—Sí, sí, pero es un enchufado de pura cepa. Vamos, vergüenza me daría a mí que me enchufaran tan descaradamente en ningún sitio.

Pedro decidió dejar el tema y volvió al informe. Marga supo que la conversación había acabado de momento y se fue a su mesa. Al sentarse pensó en qué hacer. Se puso a releer todos los informes de los interrogatorios llevados hasta el momento por si acaso sacaba algo nuevo.

A medida que Pedro leía el informe de científica, pensaba en qué hacer con dicha información. Sabía que había prometido decirle cualquier novedad a Rebeca, pero... ¿no sería contraproducente en su recuperación mental? No lo sabía, pero sí sabía a ciencia cierta que estaba entre la espada y la pared. Si Rebeca se enterara por la prensa, o porque al final capturaran a los culpables y todo trascendiera, se enfadaría con él y con razón. No creía que la excusa de

pensar que era lo mejor para ella consiguiera apaciguarla. Además, en su estado podría ser el detonante para un alejamiento definitivo de su amistad, la que por supuesto él no deseaba. Por el otro lado, estaba el sentirse realmente culpable si por algún motivo esa información dañaba mentalmente a su amiga. «Se lo prometí», pensó mientras negaba con la cabeza y a su mente llegaban imágenes del día en que había conocido a Rebeca, del día en que la había visto como si fuera una muñeca de trapo tirada en un oscuro callejón de Madrid. Tuvo que tragar bilis al pensar que esas imágenes jamás se irían de su cabeza, pero que seguramente ella las tendría más presentes y le causarían mayor dolor.

—¿Pasaste por antecedentes a los dueños de los dos coches sospechosos?
—Rompió el silencio mientras se acordaba de su café.

Marga había apuntado dos matrículas de coches que había observado por las cámaras de las calles de Madrid, que habían ido y vuelto al rato. Ambos coches llevaban varios pasajeros, sin poder discernir ni cuántos, ni si eran varones o mujeres, jóvenes o viejos. Era un tiro al azar, pero de momento no tenían de qué tirar y algunas veces esas cosas daban grandes resultados. De todas maneras les faltaban muchas horas de grabación por ver.

—Sí, los dos carecen. Uno es un hombre de sesenta años, que tal vez tenga algún hijo que le coja el coche. ¿Usamos la mañana para hablar con ellos?

—Me parece una buena idea.

Cada uno permaneció cinco minutos más en su ordenador. Marga buscó información de los propietarios de los coches; de uno consiguió el teléfono y del otro, solo la dirección. Llamó al primero, que lo cogió al primer toque. Este le comentó que en el día en cuestión había estado con su novia, que a esa hora la había llevado a su casa y que más tarde había vuelto a la suya; por las direcciones que dio, parecía factible. Enseguida llamó a la novia, la cual corroboró las cosas y ambos quedaron en pasarse a la tarde. Marga intentó presionar a los dos por separado preguntando si no había ido más gente con ellos, y los dos lo negaron con rotundidad.

—Mierda de imágenes —gruñó al volverlas a ver en el ordenador y comprobar que efectivamente nada se veía con claridad; podrían haber ido solos o acompañados.

CAPÍTULO 24

—¡No me jodas! —exclamó Carvajal a la vez que daba un fuerte golpe con la palma en la mesa.

Alberto temblaba de pies a cabeza y estaba comenzando a ponerse pálido al ver la fría mirada de su interlocutor.

De Benito caminaba plácidamente, viendo cómo su compañero le daba un poco de caña al amigo de la víctima. Ambos habían llegado a la conclusión de que no tenía nada que ver con el asunto, pero aun así la historia que contaba no les convencía del todo; tenía demasiadas lagunas.

—Se lo juro, las cosas fueron así. —Los ojos iban de un policía a otro y, de vez en cuando, al techo; no podía parar.

—Me dices que tu amigo se fue con una tía y que ni siquiera la viste... No me lo creo. —Clavó su mirada más fría en él.

—Así pasó. Se fue al baño. —Se llevó las manos a la cabeza y se rascó con fuerza—. Llevábamos un par de horas allí y varias copas. Nos íbamos a ir y de repente llega del baño y me dice que ha ligao, que se pira. —Levantó la vista y vio que el policía viejo quería que continuara—. Yo, claro, me lo tomé a guasa y pasé de él y el tío me dice que una coincidencia, que la conoce y que se le va a tirar, que lo está esperando en la puerta, cachonda como una moto. No me dijo quién era y no pregunté; estaba eufórico y yo estaba jodido. Me dejó solo en Nochebuena; yo, que no iba ni a salir, que lo hice por él, por su discusión con la parienta, ¿sabes? —Negó nervioso con la cabeza—. Ni siquiera se terminó la copa, me la bebí yo, y eso que era ron, que no lo soporto bien.

—Debía estar buena la tía —comentó Beni, como si nada. Alberto se giró asustado y volvió a mirar a Carvajal. Se mordió el labio—. ¿No intentaste ver

cómo era la tía, o si era real al menos?

—Le seguí con la mirada de lejos y vi que salía con una chica morena, tenía un tipazo y un culo. —Sonrió al recordar la imagen—. Pero ni la conocí ni vi su cara. No tengo ni puta idea de quién coño es, lo juro. —Comenzó a sollozar mientras se acordaba de su amigo Sergio.

—Vale, vale —lo calmó Carvajal—. Dices que había discutido con la novia, que vive en la sierra, y que iba a ver si se la colaba, ¿no?

Afirmó con fuerza, cerrando los ojos para intentar reprimir las lágrimas. Permanecieron con él otros diez minutos realizando preguntas básicas y después esperaron la llegada de los padres de la víctima. Mientras tanto Beni, que había conseguido el número de la novia, la llamó y, tras consolarla un poco, ya se había enterado de la noticia; se había informado de que la pelea había sido de verdad. Ella había estado con sus amigas toda la noche en una conocida discoteca de la localidad, teniendo numerosos testigos, y no tenía ni idea de quién podría ser esa chica morena con la que se había marchado del local. Al enterarse de eso, dejó de sollozar por la noticia y quedó en ir en un par de días, con el contacto de varios de esos testigos, a la oficina de la brigada. Eso también era un puro trámite, ya que de momento nada apuntaba en esa dirección.

La entrevista con los padres tampoco dio ninguna luz sobre quién podía ser la chica morena; argumentaban que ya casi nunca salía por Parla, que siempre se iba al pueblo de la novia y que aquí solo conocía a algunos amigos de toda la vida y a los posibles compañeros de trabajo. Tal vez la tenía de allí. No sabían de ninguna exnovia morena.

—¿Tú crees que en esa discoteca tendrán cámaras? —preguntó Carvajal a su compañero, ya solos.

—No creo, la verdad, pero siendo Nochebuena es posible que hicieran fotos o incluso videos para colgarlos en las redes sociales de los locales —argumentó mientras se encogía de hombros.

—¿Vamos?

—No creo que hoy haya alguien allí a estas horas. —Miró su reloj, dando así énfasis a sus palabras: las doce del mediodía del viernes 26 de diciembre.

—Buff. —Emitió un sonoro suspiro—. Llámame a Parla y que te digan si ese sitio puede abrir hoy. De todas maneras, que manden una patrulla y que

contacten con alguien del local. Después te pones con el teléfono a ver si por casualidad mandó un mensaje a la tía esa; ya sabes, si ligas, tienes que pedirle el teléfono a la chica en cuestión. Yo voy a ver si hay casos parecidos a este y a ver qué me cuenta la forense y la científica.

A la hora de comer, todas las gestiones estaban hechas, pero aún ninguna había dado resultados. Beni había llamado a Parla y aguardaba noticias, lo mismo con la compañía de teléfono a la que había enviado el oportuno oficio.

Carvajal había indagado en los últimos dos años y no había hallado nada parecido al asesinato que tenía en las manos. Un tiro en la cabeza era algo normal entre bandas y cosas así, pero el otro tiro lo desconcertaba un poco. Además, la víctima no tenía antecedentes ni se percibía que se dedicara a la venta o menudeo de drogas.

Ese otro tiro no dejaba de darle vueltas, ya que ese único disparo indicaba que había sido algo relacionado con venganza sexual. Un ex; una chica que estuviera enamorada de él y a la cual no hiciera caso; la actual pareja, al darse cuenta de que tenía otros líos, u otra, al enterarse de la novia en la sierra. También podía ser una venganza por una agresión no denunciada. Quizás algún familiar o alguna chica del barrio supiera quién era su asaltante, pero no se atrevía a denunciar por el qué dirán. De momento tendrían que ir poco a poco.

CAPÍTULO 25

Sentía las piernas agarrotadas por el aire helado que golpeaba sus muslos desnudos. Rebeca observaba en la lejanía el lento movimiento de las aspas de los molinos de viento. Llevaba mucho tiempo corriendo por los caminos y el viento que soplaba de frente en esos instantes estaba terminando con su resistencia.

Sin embargo, su cabeza estaba en otras cosas. Una hora antes había recibido la llamada de su amigo Pedro. Fue una conversación corta, tensa, en la que simplemente él le había dicho que había coincidencias entre su caso y el de Sonia. Coincidencias de ADN.

—No quería que te enteraras por terceras vías, aunque es difícil —comentó apesadumbrado.

—Gracias. —Fue un ligero susurro.

Ni siquiera se despidieron. Al colgar se fue a su cuarto y se puso a llorar frenética. En realidad, y tras media hora de carrera continua, no sabía qué pensar. No sabía por qué había llorado ¿Era una mala noticia?: no lo podía decir. Lo que sí sentía era un vacío en el interior, un vacío que le recordaba lo indefensa que había estado, lo mierda que se había sentido. Volvió a revivir demasiadas cosas: las miradas comprensivas, los gestos displicentes y las continuas noches de pesadillas y de soledad. Todo eso rebullía en su interior. Sin embargo, todos esos sentimientos eran contrarrestados y a la vez aumentados por el sentimiento de ira, de rabia y de ansias de venganza que, por primera vez en mucho tiempo, era capaz de sentir.

Ahora, tras cinco años, se sentía por fin preparada para afrontarlo todo; esta vez no se podrían escapar. Ella intentaría ayudar, en todo lo que pudiera, a su amigo, a la policía para encontrar a esos hijos de puta y que se pudrieran en la

cárcel. Una vez presos, rezaría todos los días para que sus vidas carcelarias fueran un jodido infierno que durara hasta que no tuvieran más remedio que poner fin a sus miserables vidas.

A partir de ese momento, ella sabía que sería capaz de empezar a pasar página. Nunca olvidar, eso jamás sucedería, pero era posible que comenzara a vivir.

Físicamente estaba reventada por el viento, y tuvo que parar. Aún quedaba casi un kilómetro para llegar al pueblo y estaba anocheciendo. Se paró y apoyó sus manos en sus rodillas, semiflexionadas, tratando de coger algo de aire. Sin saber de nuevo el motivo, sus ojos se llenaron de lágrimas que humedecieron su helado rostro. Cerró los ojos, respiró con fuerza, jadeó y se sintió la mayor mierda del mundo. Volvió una vez más a esa calleja oscura, a ese coche, a esos instantes en los que había sido una niña indefensa, asustada. La oscuridad incipiente, los ruidos creados por el viento y esa absoluta oscuridad la hicieron revivir los peores momentos de su triste vida.

Emitió un grito gutural y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Lo que sentía en ese instante no era miedo, era pavor. Solo una cosa podía ayudarla: conseguir justicia.

—¡Qué cojones, justicia! —Su grito jadeante se perdió en mitad del campo.

Llegó a su casa y se dio una ducha rápida. Sus padres no estaban en casa, y se quedó en el salón mirando la televisión mientras se tomaba una taza de café bien caliente con unas pequeñas pastas para reponer algo de la energía perdida. Puso el canal 24 horas y en él vio una noticia que llamó su atención. En la noche del 24 al 25, un chico de la ciudad de Parla había sido asesinado. Lo más curioso de la noticia fue la manera: dos tiros, uno en la cabeza y otro en la zona baja.

Rebeca cerró los ojos, con la taza caliente entre sus manos, y se vio a sí misma con una pistola, vengándose de sus asaltantes. Sonrió. De esa manera seguro que podría intentar pasar página y que sus recuerdos no fueran solo amargos.

Bebió un sorbo de su café y permaneció unos breves instantes deleitándose tanto de su pensamiento como del calorcito y del aroma de su café. La escena era tan perfecta. Ahora, cerca de la estufa, en casa de sus padres, se sentía de nuevo a gusto, en paz y, sobre todo, segura.

Escuchó la puerta y vio a su madre entrar cargada con una caja de rosquillas caseras.

—Cabalito, me han dado esto pa' ti —comentó al verla con el café en la mano.

Rebeca se levantó de un salto de su silla y acudió rauda a coger una.

—De la tía Simona, ¿verdad? —Probó una y cerró los ojos con deleite, saboreando las pequeñas cosas que hacen que merezca la pena seguir viviendo, pase lo que pase. En ese preciso segundo se acordó de una canción de su niñez que hablaba de esas cosas. La comenzó a tatarrear. *El deseo de vivir, quien lo busca lo encuentra.*

CAPÍTULO 26

Marian observó su esbelta figura en el espejo del baño. Acababa de salir de la ducha tras haberse depilado completamente. Por fin esa imagen volvía a resultarle bonita. ¿Cuántas veces se había visto a sí misma despreciable y sucia? Ahora, por fin, eso estaba cambiando; por fin se estaba liberando de todo ese pesar, de esa rabia contenida, de la angustia que oprimía su pecho cuando se acostaba sola y a oscuras.

Cogió un lápiz de ojos y comenzó a pintarse; mientras, rememoró de nuevo el día, aquel jodido día. No, no era el día en que cinco de sus compañeros se habían propasado con ella. No era ese día en que, tras haber salido de copas, como muchas otras veces, al volver a la habitación de Nacho, el chico que más le atraía de todo el cuartel, el resto se había apuntado a la jodida fiesta. No era tampoco aquella mañana en que había permanecido una hora bajo el agua caliente de su ducha mientras lloraba desconsoladamente, sopesando qué hacer. El jodido día que recordaba en ese momento era el siguiente: el miserable momento en el que por fin se armó de valor y contó lo sucedido a un mando superior, un teniente.

Teniente Jaramillo, lo recordaba perfectamente, con su barba perfectamente cortada, su frente despejada y sus veinte kilos de más. Recordaba la mirada, esa mirada de desprecio y de lujuria con la que se había quedado al imaginar lo que ella contaba.

Después, con una flemática educación, argumentó:

—Cuando una chica bebe mucho y se va a casa con varios chicos, se expone a ciertas cosas. —La miró con indulgencia, como si de verdad comprendiera lo que ella sentía y agregó—: De todas formas hablaré con todos ellos y llegaremos al fondo de esta cuestión.

Recordaba también el contacto de su mano en el hombro al acompañarla hasta la puerta. Ese, seguramente, había sido el peor momento.

Se sintió otra vez sucia, se sintió basura. Después intentó pasar página al ver que no se había hecho nada. Ni siquiera creía que sus agresores fueran a ver a Jaramillo o que este se intentara informar de alguna manera de lo sucedido. Cada vez que se cruzaba con alguno de sus compañeros o con el teniente, se volvía a sentir violada y por desgracia eso sucedía todos los días en varias ocasiones. No lo soportó.

Tras cuatro interminables meses de soledad autoimpuesta y de continuos llantos sola en su litera, amén de perder ocho kilos cuando no le sobraba ninguno, dejó el ejército con todo el dolor de su corazón y el de su padre, que había sido militar toda la vida. Por desgracia nunca tuvo fuerzas ni valor para contarle a su padre lo sucedido; quizás él sí hubiera investigado y se hubiera hecho justicia.

Por suerte para ella, en ese mismo año había habido una gran oferta de plazas para opositar al Cuerpo Nacional de Policía; ahora llevaba unos años en él. Había recuperado los kilos perdidos, pero no así la alegría. Bueno, últimamente estaba empezando a sentirse mejor, mucho mejor.

Seguía mirándose en el espejo cuando comenzó a ponerse las medias. Las piernas, a sus veintiocho años, estaban perfectamente moldeadas por el continuo deporte; durante mucho tiempo su vida había sido ir a trabajar, hacer deporte y reflexionar sobre la venganza.

Cerró los ojos para recordar a Soto; él había sido el primero. Le había costado horrores encontrarlo; finalmente dio con él en un pequeño pueblo de Almería.

Ese fue fácil. Todas las mañanas acudía a una finca que tenía; siempre solo y siempre con los mismos horarios y trayectos. Allí solo era demasiado bueno. Llegó, saludó y vio que en sus ojos se dibujaba el miedo al reconocerla.

Marian en ese momento recordó que Soto era el más tímido de todos. Eso sí, una vez que se lanzó, lo hizo con ganas. Esos dientes torcidos sobre su cabeza, mientras jadeaba presa del cansancio, y esas gotas de baba que caían sin cesar sobre su bello rostro anegado de lágrimas: solo rememorarle hizo que sintiera un asco terrible.

Sonrió, sonrió con algo de nerviosismo hasta que ella sacó un arma de su

espalda, de la cinturilla del pantalón vaquero. Era una pistola normal que había comprado en una tienda de Madrid. Esa fue una de las grandes razones de que se hiciera policía; necesitaba tener acceso a las armas para la venganza.

Entonces, por primera vez en mucho tiempo, disfrutó. Eso era muchísimo mejor que cuando dejaba salir toda la tensión de su miserable existencia al golpear a algún detenido en el momento de la detención o después, cuando ya nadie la veía en los calabozos de la comisaría de Parla.

Soto alzó las manos y pidió clemencia. Pidió perdón y no dejó de repetir «Lo siento», como si hubiera sido un mantra que fuera a salvar su vida. Sin embargo, ¿había vuelta atrás? Marian sabía que, una vez que hubiera llegado a ese punto, no habría retorno.

Se acercó dos pasos de forma insegura, sintiendo cómo su frente se perlaba de sudor pese a que la temperatura era más bien fresca. Cuando estaba a menos de cinco metros de distancia, apretó el gatillo dos veces. El sonido fue ensordecedor. Nunca había usado su arma fuera de una galería y con los cascos de protección puestos.

Dos balas en ese sucio e infame cuerpo. Soto tardó unos instantes en morir. Se arrastró y siguió mirándola con terror; ella era la muerte, la venganza que todo aquel que guarda un terrible secreto espera toda su vida. A él por fin le había llegado, lo había matado.

Tras comprobar que estaba totalmente muerto y sin dejar ningún rastro, salvo las balas que Soto guardaba en su interior, Marian huyó del lugar tranquilamente y anduvo hasta el coche que había dejado aparcado en otro pueblo, a unos cinco kilómetros de distancia, un pueblo mucho más grande, en el que un coche y una chica podían pasar desapercibidos totalmente.

Esa noche en casa, tras un largo viaje, durmió como no lo hacía en mucho tiempo.

El segundo iba a ser Parra, pero Sergio se cruzó por el camino. Sabía que no podía dejarlo escapar, ya que algo, Dios quizás, lo había llevado hasta ella justo en ese momento.

Volvió a mirarse en el espejo, ya con la ropa interior puesta y con el brillo de un *piercing* que tenía en el ombligo reflejándose en el espejo. Observó con detenimiento su cuerpo, el cuerpo perfecto por el que su vida había cambiado.

Su futuro militar se truncó y su gran pasión se derrumbó al comprobar la basura que había en el mundo castrense. Por desgracia para ella, más tarde supo que cambiar a la policía no era mejor opción y que en todos los sitios había basura, basura humana.

La mente volvió a Sergio. Ya lo tenía todo planeado para la siguiente víctima y, cuando estaba trabajando el mismo día de Nochebuena, llegó Sergio y se sentó frente a ella. Venía enfadado, jodido por una mierda de robo en su vehículo. Por lo visto seguía igual de gilipollas por los coches.

Mientras ella escribía la denuncia a él, que en ningún momento la conoció, le dio por contarle su vida. Marian tuvo que hacer verdaderos estragos para no sacar su pipa y volarle los sesos ahí mismo.

Sin embargo, se dio cuenta de que ya no tenía la misma sensación de vacío, de indefensión y de suciedad. Ahora quizás fueran ellos los que estaban algo indefensos al no saber su futuro cercano. Esbozó una ligera sonrisa. Solo veía una parada más de su dulce venganza.

Le sonrió como lo hacía antes de aquel día, como una compañera y amiga. Él habló de su novia y de que, por culpa de algún hijo puta, no podría ir a verla. De hecho estaba molesto, enfadado con ella y se la intentaría pegar con otra.

—Ella ni se ha ofrecido a intentar venir a verme —murmuraba.

Una y otra vez volvía a su coche, a su joya, a su tesoro y al daño que le habían hecho.

—Si pilló al cabrón, lo mato —decía sacando pecho, como si la persona que tuviera frente a él no lo conociera y supiera que en realidad era un medica.

Marian lo miró. ¿Cómo no podía acordarse de ella?, ¿o acaso fingía y él se preguntaba lo mismo? No lo creía, ya que no percibía nada de nada, ningún gesto que delatara que tenía algún recuerdo de ella; si la miraba con deseo, como miraba a casi todas las chicas. «No entiendo quién puede aguantar a un tío así», pensó.

—Así que me tocará ir con el único amigo que sale esta noche. Ya ves, el tío más soso que conozco, pero no queda otra. —Río con ganas mientras que su interlocutora pensaba: «Vaya mierda de amigo, que hablaba así». Aunque con ella también había demostrado ser un cabrón y una mierda de amigo.

Cuando por fin se quedó sola, tuvo que levantarse de la oficina y salir al cuarto de baño. Su cabeza bullía y necesitaba refrescarse pese a estar en pleno

invierno.

Mientras estaba en el sucio cuarto de baño de la comisaría de Parla, reflexionó sobre qué hacer. Sabía que no pensar, no planificar era malo. Cometería errores, errores que sabía harían más fácil cazarla. De hecho sabía que, tarde o temprano, la cogerían; alguien, en algún momento, ataría los cabos y sabría quién era la culpable. Pero no podía dejarlo pasar, pese a que por fin había averiguado dónde vivía y podría posponerlo. Era el destino y se arriesgaría; además, quizás se lo hubiera puesto en bandeja de plata con todas las memeces que había estado contando. La sangre hervía y pedía venganza.

No fue difícil abordarlo en el local y ligar con alguien que buscaba eso, el ligue fácil. Eso sí, se cuidó mucho de que el amigo soso no la viera e hizo que Sergio se fuera con ella rápido. Lo abordó de camino al baño. Él ahora sí se acordaba de ella, de la comisaría, y ella le dijo que no tardaría en irse, que al día siguiente curraba.

Una vez en el coche, tuvo que permitir un pequeño magreo, hecho que hizo que casi vomitara al sentir su lengua en la boca y una mano en la pierna, que buscaba algo más.

Demasiados recuerdos para poder echarse atrás en la venganza.

—¿Adónde me llevas? —murmuró, mientras acariciaba un pecho, entretanto Marian conducía. Sergio iba casi borracho y sus ojos se cerraban pese al calentón.

Llegaron a un camino de arena, a las afueras de Parla, cruzando la vía del tren, y Marian paró el coche. Miró a su acompañante, que seguía tocándola por donde podía. Su entrepierna estaba abultada pese al alcohol. Aún pasados los días, el recuerdo era demasiado vivido.

—Un momento —dijo ella y él se echó hacia atrás en el asiento, con las manos en alto. Notó que ella miraba su paquete y se rio con estruendo, sabiendo lo que iba a suceder. Su risa se convirtió en una enorme al ver que la chica a la que se iba a tirar le apuntaba con un revólver que acababa de sacar de... «¿De dónde?», pensó frenético.

Marian sonrió al recordarlo frente al espejo, ya con el vestido rojo, que se pegaba a su figura como el látex.

Otra vez se vio sacando una cuerda con un nudo corredizo, nudo que curiosamente aprendió a realizar en el ejército. Sergio reía y temblaba no

sabiendo bien qué hacer ni qué iba a suceder. Ella lo hizo ponerse la cuerda en las manos y tirar de una punta hasta que quedó maniatado. En ese momento él recordó...

—¿Marian? —preguntó incrédulo.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento y lo hizo salir del coche para meterlo en la parte de atrás. Le ató las piernas de la misma manera y a su vez lo ató a la puerta más alejada del asiento del conductor. Se montó en el coche mientras él ahora lloraba y suplicaba que lo dejara, que no diría nada a nadie. Ahora sabía su futuro.

Cinco minutos más tarde estaba en el sitio adecuado. Ella conocía todos los caminos de cuando estaba en los radiopatrullas y su compañero la llevaba allí todas las noches a echar una cabezada, cuando ya los párpados no se sostenían y las calles estaban vacías.

Lo sacó del coche y lo llevó a una cuneta. Él temblaba y gemía. La luna y las estrellas permanecían ocultas por las nubes oscuras que amenazaban lluvia, lo que daba a la situación una oscuridad casi total, perfecta. El aullido del viento amortiguaba algo el sonido de los disparos. Se había levantado un fuerte viento.

No lo dejó llorar casi, no le permitió explicarse o pedir perdón; no serviría de nada. Lo dejó allí tirado y de manera mecánica le disparó en la zona pélvica; sus pelotas volaron, esas pelotas que tendría que haber tenido guardadas en cierta ocasión. Sergio aulló de dolor hasta que, de manera casi inmediata, le disparó en la cabeza, lo que hizo que sus enfermos sesos se esparcieran por doquier.

Inhaló el aire frío y llenó sus pulmones de paz. Sintió frío. Rápidamente se introdujo en el coche y se fue de manera lenta, con las luces apagadas.

A las cinco de la mañana estaba en casa, duchándose durante media hora con el agua hirviendo acariciando su cuerpo, allí donde Sergio había puesto sus manos por última vez. Se lavó tres veces los dientes a la vez que sonreía. A las seis de la mañana llamó al trabajo para decir que estaba malísima, que no podría ir.

Ese día comió tranquilamente con su familia y cenó sola en casa. Era Navidad. «Qué grandes recuerdos», pensó

Marian salió del baño con la misión en la cabeza y con la sonrisa en los

labios.

CAPÍTULO 27

Pedro estaba en la terminal de Atocha. Era 2 de enero y volvía a Madrid tras pasar el fin de año con toda la familia. Durante el trayecto en el tren, una pena infinita se apoderó de él. Su vida no valía nada; no tenía muchas cosas por las que pudiera pensar que su futuro merecería la pena.

Lo único que lo mantenía a flote era ver a su familia de vez en cuando, pero eso cada día se hacía más cuesta arriba. El trabajo lo mantenía lejos, y la lejanía hacía que se perdiera el roce.

Minutos antes había hablado con su compañera Marga y esta le había relatado los acontecimientos de los últimos días. Ella había realizado más de veinte interrogatorios y de ninguno había sacado nada.

Era increíble cómo se podía asesinar a alguien y que nadie viera nada un sábado por la noche en el puto centro de Madrid. Cada día la gente iba más a lo suyo y eso hacía que nadie se fijara en nada, ni en un coche sospechoso ni en un grupo de jóvenes. Lo peor era que ya era la segunda vez que actuaban, como mínimo.

No lo entendía. Decidió llamar a su amiga Rebeca.

—Hola.

—Hola, guapa, ¿qué tal?

—Bueno, he tenido días mejores, pero bien. El fin de año lo pasé aquí con mis padres, tranquilamente, ya sabes. ¿Y tú?

—Yo acabo de llegar de Málaga. Muy bien, con las pilas cargadas para seguir con el curro.

—Entonces, no tenéis nada nuevo —sentenció más que preguntó.

—Nada, pero hay que seguir. Esta misma tarde me pongo otra vez con ello a tope.

—Vale, ¿cuándo vas a venir otra vez?

—Buff, no sé. Ahora tengo mucho curro y la verdad es que no sé ni qué voy a hacer esta noche.

—No pasa nada.

Pedro notó tristeza en la voz de su amiga y un vacío se hizo presente en su interior.

—El sábado intentaré acercarme —dijo sin pensar. La verdad era que, por algún motivo, él tenía de repente la necesidad de verla, de volver a percibir esa sonrisa, de poder tocar su mano y sentir que había alguien que lo apoyaba allí en la capital.

—No hace falta —contestó, pero se percibía alegría.

Colgó y se quedó pensando un rato en mitad de la terminal. Veía pasar a la gente con prisas; siempre la gente con prisas, hasta cuando estaban de vacaciones y no tenían casi ninguna preocupación. Esa era la ciudad, la sociedad de esa época; una sociedad que a Pedro le daba un asco terrible.

Decidió ir a la oficina sin pasar por casa. Desde allí y tras dejar la mochila en su taquilla, acudiría a comer algo y se pondría con el caso. Se metió en el metro y sacó el libro que lo había acompañado en su viaje desde su tierra. Era un libro de filosofía.

Al llegar a las oficinas, se cruzó con Carvajal y con De Benito, que salían a toda prisa.

—Buenos días y feliz año —saludó.

—Buenas. —Fue lo único que dijeron mientras salían y se metían en un coche oficial.

Orol se quedó un poco sorprendido, ya que Beni solía ser una persona más amable. De Carvajal no se podía decir eso; era un viejo que tenía demasiadas manías aunque era un buen policía.

Al entrar en su oficina, vio a su compañera. Marga se levantó entre sorprendida y alegre por volver a verlo. Se saludaron, se felicitaron y hablaron un tiempo de cómo habían pasado el final del año. Pedro, durante toda la conversación, no pudo dejar de pensar en su encuentro con sus otros dos compañeros, los compañeros de la oficina de al lado que pertenecían al mismo grupo.

—¿Adónde iban esos dos? —dijo haciendo un gesto con la cabeza.

—Ahh, creo que ha aparecido otro muerto, igual que el de la semana pasada. Dos tiros. Iban al lugar, a Villaviciosa de Odón, creo.

—Joder, cómo está la cosa. Bueno, y nosotros ¿qué tenemos entre manos? — dijo mientras se levantaba y acudía a la cafetera.

Preparó un café y le hizo otro a su compañera; lo de comer, de momento, podía esperar. Marga le hizo un resumen detallado de lo que había hecho el día 31 por la mañana y el 1 por la tarde. Muchas entrevistas con dueños de coches y de locales de la zona o con los que se habían visto por las cámaras, y nada de nada. Le dejó los informes sobre la mesa, por si él quería echarles un vistazo más tarde.

—El caso es que no tenemos nada. Bueno, algo sí. El otro día me llamó el de científica y me comentó que se le había olvidado decirnos algo, que de todas maneras iría en su informe, pero que podía ayudarnos. En la violación de hace cinco años, había una persona que en esta ocasión no ha dejado nada; o sea, que o no estaba o no se acercó mucho a la chica.

—Raro, ¿no? Seguramente no estaría.

—Yo creo eso mismo. Ahora la pregunta sería por qué no estaba. ¿Se ha casado y no acudió a la cita?, ¿ya no es amigo de ese grupo o estaba enfermo?

—O muerto.

CAPÍTULO 28

Carvajal emitió dos breves silbidos. Permanecía parado en mitad de la habitación de un hostel de mala muerte, situado en una callejuela del barrio de Lavapíes, en Madrid. De Benito, a su lado, apuntaba los datos del muerto en una pequeña libreta. Dos policías de científica hacían su trabajo con una cámara digital y con unos polvos que vertían por doquier. En la puerta otros dos policías uniformados hablaban de sus cosas en susurros, intentando no molestar y que su estancia en el lugar fuera lo más entretenida posible. Permanecían ajenos a todo lo que sucedía en el interior del cuarto.

Alejandro Parra estaba tumbado en la cama, vestido con unos calzoncillos de marca y de colores bastante llamativo; colores que, por otra parte, habían quedado enrojecidos por la herida de bala que tenía en la zona. Otro proyectil en la cabeza le había dejado el rostro teñido de rojo y de negro en todas sus gamas, con sendos regueros que caían por sus mejillas y habían empapado las sábanas blancas.

En una mesa cercana a la televisión, que permanecía apagada, también ajena a todo el jaleo, había una botella de whisky y un vaso a medio llenar.

La víctima tenía la típica postura de esperar a una mujer para pasar un buen rato y, obviamente, el hostel era el lugar elegido por muchas parejas para ello. Por eso nadie había visto ni oído nada.

—Se lo han cargado creyendo que iba a echar un buen polvo —comentó Beni mientras guardaba la libreta en un bolsillo de su pantalón.

Carvajal emitió un sonido extraño que podría interpretarse de varias maneras: como una sonrisa quizás, o tal vez como un gruñido de malestar.

—Igual que el otro. No hay nada como morir creyendo que vas a follar.

—Vamos a hablar con la encargada de la limpieza.

Carmen era una mujer de cincuenta años que llevaba seis trabajando como limpiadora en el hostel; aún lloriqueaba sentada en una silla que habían sacado de otra habitación anexa. Su declaración no sirvió de mucho. Había llegado a las ocho de la mañana, como siempre, y había empezado a limpiar por las plantas más bajas. A las diez de la mañana, más menos, había comenzado a limpiar en esa planta y creyó que esa habitación estaba vacía al no tener el cartel colgado de «No molestar». En ese momento del relato, volvió a dejar de hablar para ponerse a llorar otra vez; todos sus noventa kilos de grasa acumulada se movían al compás.

Carvajal dejó a De Benito con la mujer y bajó a recepción. Apuntó el nombre de todos los clientes, sobre todo le interesaron los de las puertas vecinas. Por ahí al menos podría empezar a interrogar a gente. Los dos cuartos vecinos y el de la puerta que quedaba justo frente a la habitación de Alejandro estaban ya vacíos, pero habían estado ocupados por la noche.

—Aquí la gente madruga, muchos dejan a la familia en casa —apuntó el recepcionista sin haber sido preguntado.

Entonces, fue interrogado y este manifestó que no sabía nada.

—Yo he entrado a las 7:30 y aquí no ha venido nadie. Sí ha salido gente, pero... —Se encogió de hombros.

—Me puedes dar el teléfono del chico que ha pasado aquí la noche y del que estuvo ayer por la tarde —ordenó más que preguntó.

Tras tener todos los datos apuntados, subió de nuevo a la segunda planta, en la que Beni seguía con la llorosa mujer.

—No, por Dios, no he tocado nada, lo juro —decía una y otra vez.

Aguardó, en mitad del tenue pasillo, a que De Benito terminara con la mujer. Cuando este por fin pudo dejar a la llorosa muchacha, se acercó a su compañero.

—Aquí no pintamos nada. —Mostró la hoja llena de nombres—. Pero sí que tenemos trabajo por delante.

—Bueno, a ver si esta vez podemos hilar algo.

—Tú tienes que hablar con todos estos e investigarlos. —Carvajal entregó la hoja a su compañero—. Yo buscaré el nexo de unión que puede haber entre las dos víctimas: eso nos dará un posible motivo. —Volvió a emitir los dos típicos silbidos y comenzó a caminar para salir de ese asqueroso hostel.

Beni se acercó a los dos policías uniformados y les indicó que ellos se iban.
—Que sea leve. —Fue su despedida.

Los dos policías levantaron un tanto la barbilla a modo de saludo para, un minutos más tarde y tras cerciorarse de que el otro se había ido, ponerlo a caldo por creerse más de lo que era.

—En cuanto van de paisano, se vienen arriba y ese es mucho más nuevo que yo —comentó el más veterano de los dos, que llevaba cuatro años en el cargo.

Media hora más tarde, Beni y Carvajal estaban sentados en sus respectivas mesas realizando las gestiones de su trabajo. Uno trataba de hablar y contactar con todos los inquilinos del hostal; el otro intentaba ver la unión entre las dos víctimas, que se traían entre manos y que habían muerto en menos de diez días.

CAPÍTULO 29

El día había amanecido gris en Almonacid de Toledo. Rebeca estaba sentada al lado de la estufa calentándose las manos con la taza de café que estaba colocada en una mesilla que había acercado un poco a su posición. En la televisión daban noticias de tramas de corrupción políticas. Era 2 de enero y la cosa no parecía haber cambiado demasiado con el cambio de año.

Ella ya se sentía otra vez con ganas de volver al trabajo, necesitaba hacer algo más. Pese a que la vida relajada y llena de paz que llevaba en su pueblo, con sus padres, la hacía sentir bien, necesitaba evadirse de los continuos pensamientos que la llevaban una y otra vez a la fatídica noche.

Por desgracia, en el pueblo lo que más sobraba era tiempo, y ese maldito tiempo no podía gastarlo en otra cosa que en pensar y recordar. También había seguido investigando y por fin comprendió que necesitaba estar más cerca de su amigo, que la información fluyera más continuamente para que ella pudiera seguir.

Mientras veía la tele pensó en acudir una vez más al cementerio para hablar y despedirse de su abuela. Al día siguiente volvería a Alcorcón y pediría el alta; luego, al curro a ver a Javi. Solo con pensarlo se ruborizó un poco, mientras un cosquilleo recorría su pequeño cuerpo. ¿Estaría ya preparada? No, seguro que aún no.

Cogió su café y se puso la taza en la cara para calentarse un poco la mejilla. Su madre entró con una barra de pan en una mano y con una garrafa de agua —llenada en la fuente del pueblo, como se había hecho toda la vida— en la otra. Saludó a su hija y la miró con dulzura, dulzura correspondida en los ojos de Rebeca.

Las noticias cambiaron de registro y se centraron en los sucesos de la

sociedad. Tras una noticia que informaba de la primera mujer asesinada por su pareja en lo que iba de año, hablaron de otro homicidio en Madrid. Según parecía indicar el periodista, estaban ante un asesino en serie y esta última víctima era como mínimo la segunda en menos de diez días. Pasaron a comentar por encima la anterior, encontrada en Parla un día después de Nochebuena, y eso hizo que Rebeca recordara lo que había sentido al enterarse de la noticia.

«¿Asesino? Tal vez “asesina”», pensó mientras saboreaba su café caliente y su cabeza imaginaba que era ella la portadora de la venganza, y acababa con todos los hombres que la habían violado y continuaba con los que lo hubieran hecho con otras mujeres.

Se vio como una heroína. Sonrió.

CAPÍTULO 30

Estaba tumbada boca arriba en su cama, fijando su mirada en el claro techo de la habitación. Esta estaba a oscuras y la persiana, totalmente bajada, pese a ser las doce del mediodía. Sonreía satisfecha por lo sucedido, sintiéndose invencible.

—Solo tres —murmuró pese a saber que nadie más la podía oír.

Sobre la mesilla permanecía su arma reglamentaria, arma que esa noche se había quedado en su casa, pero la cual necesitaba tener cerca cuando se quedaba a oscuras. Pensó en el otro arma, el arma comprada meses atrás de manera totalmente legal, arma a la que en esta ocasión le había añadido un silenciador rudimentario, realizado con las instrucciones sacadas de distintas páginas de internet y probado en los montes madrileños.

Al otro lado, en otra mesilla igual, una muñeca del ejército, típico obsequio de la vida militar. Su vida. Esa vida que le habían quitado tiempo atrás.

Esta jugada, la de la noche anterior, se había planeado con mucha antelación, no como la del imbécil de Parla. Tantos años currando en esa sucia ciudad y justo apareció en ese momento frente a mí. Esa había sido una chapuza, una cagada de la que todavía se arrepentía algo, si bien estaba convencida de que era lo que tenía que hacer. El puto destino.

Sin embargo, sabía que había corrido demasiados riesgos. Seguramente alguien la habría visto, y debido eso todo se podría ir a la mierda. Cosas de la vida.

En esta ocasión había habido riesgo —claro, como siempre—, pero el fin estaba justificado y ella creía que había hecho las cosas de la mejor manera posible. Se cerraba un círculo.

Además, ella no quería dar con sus huesos en la jodida cárcel, sino terminar

con su *vendetta* y seguir su camino; no su verdadero camino, pero el camino que había comenzado tras su despedida del ejército. Llevaba una vida feliz, o casi feliz al menos.

Recordó la cara de Jandro, esa que había puesto al comprender que no tenía escapatoria, al saber que su final había llegado. En parte le dio algo de pena; él era buena gente, siempre amable, siempre dispuesto a ayudar. También ayudó a sus amigos a la hora de la violación múltiple siendo uno más, riendo cuando no tenía otra cosa que hacer y mirándola con esa cara de idiota y con esa mueca lasciva. Dos tiros. Rápido y cada vez con menos remordimientos.

Pensó también en Carlos. ¡Qué suerte de trabajo que tenía! Estaba claro que Dios estaba a su lado, eso lo supo cuando, por casualidades de la vida, su camino se allanó una noche mientras trabajaba.

Hacia tres meses había tenido que tramitar el atestado de la detención de Carlos Pulido. Carolina lloraba frente a ella mientras manifestaba cómo él la había agredido.

—Al principio no era así —gemía.

Luego se hizo celoso, y con los celos llegaron los gritos, los insultos; tras los insultos y el continuo control, los empujones y las collejas por su manera de vestir, por los mensajes recibidos en el móvil, etc... Después, y para finalizar, la paliza. «Esto tiene que ser el final», decía Carolina entre continuos sollozos. Pero ¿lo sería?

Marian, por desgracia, en el tiempo que llevaba en el cuerpo, había asistido a muchas declaraciones de parecido cariz. Tras una temporada las mismas mujeres volvían a sentarse frente a ella y sus parejas volvían a dormir una noche en el calabozo. La eterna rueda de la vida.

Al ver el nombre de Carlos Pulido Ortiz, un recuerdo se incrustó en su cerebro. Ese nombre lo había visto antes y, por más que lo pensaba, no podía acordarse de cuándo. Esa misma noche todo le vino a la memoria. Carlos era la pareja de Rebeca. Rebeca era, sin lugar a dudas, otra víctima de sus cinco amigos, de los cuales tan solo quedaban tres, aparte del infame teniente Jaramillo. Ahora sí río.

Haciendo memoria se acordó de los celos que tenía Carlos y de la conversación que había tenido con su pareja poco antes de la violación. Esa discusión hizo que ella volviera sola a casa y antes de lo previsto. El

detonante de la violación.

Estaba claro que Rebeca había tenido que sufrir algún tipo de maltrato o de violencia de género por parte de su pareja en el tiempo que duró la relación. Obviamente, siempre basándose en que un cabrón así no cambia nunca y en que la pobre Carolina no había sido la primera.

—Culpable. —Marian emitió una sonora carcajada y se levantó para prepararse un vaso de anís, bebida a la cual se había aficionado desde hacía unos años... ¿Diez?

No fue difícil encontrarse con él. Carolina, por desgracia para ella, seguía siendo su pareja. «No fue difícil convencerlo para que fuera infiel a su pareja, a la que —según él— quería con locura, antes y después de agredirla físicamente», pensaba Marian.

—Por mí, mejor; no quiero atarme ni tener complicaciones. Sin embargo, me atraes mucho —le confesó ella tomando una Coca Cola en una terraza, la única vez que habían quedado antes de la pasada noche.

Lucía, así se hizo llamar, estaba casada y quería una noche especial. Tenía que ser ese día, el 1 de enero por la noche, día en el cual su marido viajaba al pueblo para la recogida de la aceituna y ella no trabajaba. Nada de cenas, nada de quedarse a charlar. Ella se encargaba de buscar un hostel en un sitio alejado de su casa y en una zona oscura. Una callejuela oscura como el demonio de Lavapíes era el sitio elegido. Antes de entrar Lucía pidió a Carlos que pasara primero. Ella iría después, ya que no quería que nadie la pudiera reconocer.

—Por si las moscas —susurró mordándole una oreja.

Fue fácil: una copa repleta de Diazepam y una charla simple. A final cayó dormido, incluso antes de lo previsto. Ella tuvo que hacer tiempo viendo la televisión y bebiendo de una petaca que llevaba en el bolso llena de su anís.

A la hora señalada, Jandro permanecía en la habitación contigua esperando a su cita encontrada por Tinder, aplicación novedosa que servía para ligar con gente que estuviera cerca.

Llevaba tiempo hablando con él; siempre desde ordenadores de bibliotecas y con una foto de otra persona, sacada de los perfiles de Facebook.

—Deja la llave en la maceta que hay cerca de la puerta.

Marian había ido allí, una vez, totalmente disfrazada y con el carné de una

amiga que se le parecía algo, teñida de rubio, para investigar cómo podría realizar su plan. Las hormonas masculinas harían el resto.

Abrió la puerta mientras Carlos dormía a cinco metros en la habitación anexa. Jandro la vio vestida con un pantalón negro súper ajustado, mallas y un top con un gran escote. No se fijó en ningún momento en dónde coños estaría el abrigo ni en qué tenía en la manga de la mano derecha. No le dio tiempo porque, pese a estar teñida de rubio, supo al instante de quién se trataba, más cuando en esa mano derecha, que llevaba una manga extraña, vio un arma apuntándolo. No le dio tiempo de nada más. Pum, pum.

Después metió el vaso — con las huellas de Carlos— y la botella de whisky en la habitación de Jandro, esparció por el suelo varios pelos del cabello de Carlos, e incluso cambió un cajón de la mesilla; estas eran iguales en todas las habitaciones.

Tras volverse a cambiar de ropa y guardar la anterior en una mochila, bajó despacio y, en un momento en el que el conserje salió de su mostrador, cruzó el hall y salió a la fría y oscura callejuela. Eran las cuatro de la mañana y Carlos, que había dejado sus huellas por el arma, seguía durmiendo plácidamente con el cartel de «No molestar» colgado del picaporte.

Se deshizo del arma en una papelera cercana y se fue a su casa.

CAPÍTULO 31

Alejandro Parra tenía 29 años, un cuerpo que ya iba notando el paso de los años, una incipiente tripa cervecera y unas entradas que invitaban a la calvicie antes de los 35. Vivía en un piso en la localidad de Villaviciosa de Odón y trabajaba desde hacía ya varios años en una empresa de seguridad.

Isabel era su mujer, una mujer de su misma edad, a la que había conocido siete años antes, al poco de salirse del ejército y comenzar a vivir de nuevo en Madrid. Un año más tarde tuvieron una hija, Lucia, y decidieron casarse por civil; él odiaba todo lo relacionado con la Iglesia y con los curas.

La vida era maravillosa, y decidieron tener un segundo hijo; como todo era genial, tuvieron la gran suerte de tener a la parejita, Iván, cuando llevaban un año de casados. Ahora los niños tenían 6 y 4 años, y eran la delicia de cualquiera que se acercara a su casa para hacerles una visita.

Sin embargo, la vida en pareja se había resentido bastante. Isabel perdió el trabajo cuando tuvo a su segundo hijo y desde entonces no había vuelto a poder entrar en la gran rueda del empleo.

Eso poco a poco fue minando la vida marital. Al principio eran palabras que se quedaban ahí, sin más, hasta que los reproches fueron más y más ácidos, casi enfermizos.

—Todo lo pago yo y tú, de cafecitos y al gimnasio con la amigas —decía Jandro, que ya había perdido todo el sentimiento de amor que alguna vez hubo.

—Sigo con ella por los niños —le confesó a Irina la primera vez que mintió a su mujer con la hora de salida del trabajo.

Irina lo comprendió. Ella sí era maravillosa y en la cama hacía todo lo que él quería y cuando él quería. Qué delicia. El único inconveniente era que cada cita con Irina le costaba 100 euros.

Esas pequeñas escapadas se empezaron a hacer tan constantes que satisfacer a su mujer ya había dejado de interesarle lo más mínimo. Por si fuera poco, esos gastos extras empeoraron un poco más la economía de la familia y eso, por supuesto, hacía que la vida en el hogar de los Parra fuera de mal en peor.

Lucía e Iván, además, no dejaban de crecer y de gastar, e Isabel, que había dejado ya el gimnasio al no tener demasiado dinero para costearlo, estaba comenzando a engordar.

Todo eso hizo que, un día en el trabajo, Jandro viera a un compañero suyo ligar por una aplicación del móvil y que comenzara a hacer sus propias cábalas. Juanito tenía 22 años y no tenía ninguna carga familiar. Por si fuera poco, entrenaba en el gimnasio dos horas diarias, pero Jandro no veía que fuera más que él. Juanito follaba todas las semanas con una chica diferente.

—Es lo que se lleva ahora —le decía con una palmada en el hombro y con esa sonrisa de superioridad.

Jandro se hizo el perfil y le costó mucho elegir tres fotos en las que no saliera ni muy calvo ni se le viera esa nariz ganchuda ni, por supuesto, esa tripa de la que sobraban ya varios kilos.

En el perfil mintió y omitió las cargas familiares, y su estado civil fue el de soltero; aparte se quitó un par de años.

Tras tres semanas no había podido quedar con nadie y en casa las cosas cada vez iban a peor. Su mujer comenzaba a sospechar que ocultaba algo aunque él, en realidad, no ocultaba nada porque ninguna mujer quería saber nada de su perfil. Bueno, ocultaba lo de las putas.

Un día se llevó la gran alegría de recibir un mensaje. No era una contestación a sus mensajes, era una chica que lo había buscado y a la que le había gustado. Hablaron un poco por mensajes y él quiso llamarla.

—Estoy casada —le puso—. Me gustas, pero no quiero que me llames.

Eso era lo mejor que le podía pasar en la vida. Ruubita24 estaba tremenda y quería quedar con él. ¿Para qué iba a querer quedar una tía casada?; la respuesta era fácil y eso dibujaba una sonrisa de felicidad en su rostro. Por fin iba a poder sentir lo que sentía el cabrón de Juanito.

Por desgracia fue difícil el tener un día para verse y eso hizo que al final pensara que todo era mentira. Por si fuera poco, su amigo Sergio fue asesinado el mismo día de Navidad, tres días después de su última salida de cachondeo.

Gorgoles lo llamó al día siguiente. La última quedada había sido tan solo de cuatro compañeros del ejército. Uno había sido asesinado meses antes: ¿en octubre? No se acordada bien y esa noche no habían hablado demasiado.

—Alguien se está vengando de nosotros —le había dicho Gorgoles, el líder y el más cabrón de todos.

Él sí que estaba enfermo y sí que era un violador. De hecho todos creían que algo había hecho durante los años que había estado viviendo en Sudamérica y que por eso se había vuelto, aun cuando decía que todo le iba de puta madre por esos lares.

De hecho fue él quien los había incitado aquella primera vez, cuando aún eran unos niños y se aprovechaban de la amistad y de los sentimientos de su compañera Marian.

Aún se acordaba de ella; la verdad era que tenía un cuerpazo y que era muy guapa de cara. A Gorgoles le jodía que ella quisiera salir en serio con Nacho, su gran amigo, y tuvo que esforzarse demasiado para convencerlo aquella noche.

Al final todos cayeron y desde entonces todo empeoró. Cinco años después, al volver él de ¿Colombia? —la verdad era que no tenía ni idea de en dónde cojones había estado—, volvieron a quedar. Tuvo el valor de llamar a Marian para volver a verse.

Esa noche todo fue peor, pero Gorgoles los tenía cogidos por los huevos y eran todos unos cobardes. Por suerte se enteró de que la chica no había muerto. Eso sí, un día hablando con Isabel, esta le dijo que lo peor que le podía pasar a una mujer era eso.

—No me imagino vivir con eso en el recuerdo, acechándote todas las noches a la hora de dormir, al cerrar los ojos o cuando quieres volver a estar con un hombre.

Jandro se calló, pero le costó varios días dormir otra vez a pierna suelta; por aquel entonces aún eran una pareja feliz. Sin embargo, la última vez sí que había muerto la chica. Otra vez los había llamado cinco años más tarde.

—Hay que celebrarlo —había dicho con esa voz dulce y melosa que ponía el canario.

Nadie sabía dónde se había metido esta vez, ni tampoco nadie tuvo el valor de decirle que no. Bueno, uno faltó: Soto, el cual había sido hallado asesinado

en su finca de Almería. Una pena.

Esa vez se les fue de las manos y la chica había muerto. Él, sin embargo, recordó lo que le había dicho su mujer y no participó. Eso sí, tampoco lo dificultó, simplemente observó y sí disfrutó, pero el hijo puta del canario lo tenía todo grabado. Le pasó un video a su móvil para que nadie se fuera de la lengua; era la violación de la segunda chica, a la que casi matan. Tres días más tarde, se vieron en el funeral de Sergio. Dos muertos.

Había miedo en el grupo; en todos menos en Gorgoles. Necesitaba quedar con esa chica y follarla bien; de hecho se había masturbado varias veces con las dos fotos que le había mandado. Por eso en ningún momento pensó que tal vez pudiera ser una trampa. No lo pensó hasta que fue demasiado tarde, hasta que vio y recordó a su amiga Marian.

CAPÍTULO 32

Isabel permanecía en el salón de su casa, llorosa, aunque tampoco demasiado para una mujer que acababa de perder a su marido. La verdad era que enterarse de que estaba en calzoncillos en un hostel de mala muerte, cuando ella pensaba que estaba trabajando, no ayudaba mucho a que los sentimientos de pena fueran muy visibles.

CAPÍTULO 33

Carvajal se había sentado en una cómoda silla del salón mientras que Beni caminaba observando todo el mobiliario. Era una estancia más bien pequeña, con un sofá bastante gastado y con una mesa de cristal entre este y la televisión, que descansaba en un mueble viejo, de madera descolorida y bastante abarrotado de pequeñas figuras y de papeles de distintas cosas: cartas de banco, facturas, nóminas, etc. El suelo estaba lleno de juguetes de los niños, piezas pequeñas que aguardaban volver a ser usadas o recogidas.

A un lado de todo esto, había una mesa redonda, de esas que se pueden abrir por el medio para hacerlas más grandes, y cuatro sillas. La persiana estaba por la mitad y la puerta que daba acceso a la terraza permanecía cerrada.

Isabel volvió de la cocina por un angosto pasillo, envuelta en una bata y con una taza de té en una mano. Tenía el rostro enrojecido, posiblemente de llorar, pero Carvajal no pudo descubrir el porqué del llanto. ¿Por la rabia de saberse engañada o por la muerte del esposo? Quizás fuera por el incierto futuro que le esperaba al resto de la familia.

Se sentó frente a él y miró a Beni, que seguía de pie en mitad del salón, ahora mirando una fotografía en la que salían los cuatro en alguna playa.

Isabel dio un sorbo y con un pañuelo se enjuagó la cara.

—Lo primero, decir que lo sentimos mucho —comenzó Carvajal tras carraspear un poco; ella asintió levemente—. ¿Sabría usted qué podría estar haciendo su marido en ese hostel?

Esbozó una triste sonrisa, volvió a beber y volvió a pasarse el pañuelo por la boca. De manera amortiguada se escuchaban los sonidos de los niños, que jugaban en una habitación al fondo del pasillo.

—Parece obvio —murmuró.

—Pero... —Carvajal intentaba encontrar palabras adecuadas—. ¿Sabría usted con quién? —Negó con la cabeza—. ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

—Que yo sepa, no. —Lo miró fijamente—. Lo único que se me ocurre es algo que me dijo el otro día y que lo tuvo muy preocupado todas las Navidades; aunque, claro, es posible que estuviera así por lo que se traía entre manos. —Volvió a mirar su taza, pero esta vez simplemente se quedó callada, inmóvil.

—Lo que nos pueda decir será importante —habló por primera vez Beni, mirando a la terraza, también llena de cosas, como de bicicletas de los niños, de balones...; todo esparcido sin colocación.

—El otro día fue al funeral de un antiguo amigo, lo habían asesinado. —Miró a Beni y comprobó que este no estaba pendiente de ella, que miraba a otro lado. Volvió a la taza y esta vez bebió—. Además, me dijo que no es el primero, que hacía poco había muerto otro, se su anterior vida; hablaba poco de su juventud, la verdad. —Carvajal entornó la mirada y arrugó el ceño de manera interrogante.

—¿Del instituto?, ¿de un equipo de fútbol? —Sacó la libreta y un boli, y aguardó a que ella hablara.

—No sé, yo no tengo ninguna relación con esos amigos. Quedaron hace poco y a los pocos días uno apareció muerto. No se ven casi nunca, pero hará un mes recibió una llamada de uno que vivía fuera y empezaron a hablar para verse. El muerto no sé ni cómo se llamaba, pero lo tenía muy ausente, más de lo que normalmente estaba. —Se quedó mirando al vacío.

Beni y Carvajal se miraron con intensidad.

—¿Sergio Puerta? —habló en voz alta Beni.

Isabel se encogió de hombros, dando a entender que quizás sí, pero que era posible que no. No tenía ninguna idea.

—¿Lo conocen?

—Llevamos el caso, señora —dijo Carvajal—. Su marido y él han muerto de una manera parecida y en poco tiempo. ¿Y del otro muerto sabe algo?

—No, la verdad. Era de Almería, eso sí, porque se fue hará unos meses con otros dos al entierro. No sé ni cómo murió.

—¿A los otros del grupo los conoce?

Isabel volvió a negar.

—Como ya he dicho, era una parte de su vida que no conozco muy bien. Ya le digo, no se veían nunca y tampoco es que se llamaran por teléfono.

—Pero quedaron hace poco.

—Sí, unos días antes de Navidad, el sábado. Todo fue por un chico que volvió del extranjero y los llamó a todos para verse. Fue algo rápido.

—¿No se habían visto en años?

—Ya no le puedo decir. Yo creía que en unos cuantos años no, pero también le habría dicho que jamás lo hubieran matado en un hostel de Lavapíes cuando tendría que estar trabajando.

Carvajal asintió en señal de comprensión. Ese era el nexo de unión y era posible que hubiera otro muerto. Además, tenían la descripción de una chica con la que se había ido Sergio poco antes de morir, y ahora este estaba en calzoncillos esperando a una mujer, posiblemente, en un hostel. Tenían que dar con esa misteriosa mujer.

—¿Tienen ordenador? —preguntó Beni.

—No, no tenemos casi dinero para llegar a fin de mes. —Ahora por fin ella se derrumbó y comenzó a llorar sin consuelo.

Ambos policías trataron de consolarla e hicieron unas preguntas más de rigor; tenían que investigar en su móvil y ver las llamadas que había recibido y realizado. Era importante descubrir al resto de los amigos de ese grupo; tal vez así podrían tener una mejor visión de quién cojones estaba matando a aquellos hombres, y aparte tendrían que ver quién podría ser el otro asesinado en Almería.

Salieron a la calle en silencio y se metieron en el coche, cada uno pensando en sus cosas. Beni miraba el reloj; obviamente esa tarde había vuelto a quedar y, pese a que le faltaban aún unas horas para irse a casa, ya estaba algo nervioso. Carvajal, por su parte, pensaba en la importancia de esa entrevista; el caso cogía un nuevo cariz. Estaba claro que algo había pasado en el pasado de aquellas personas, algo que los unía y que los había puesto en el punto de mira. Y si no se veían nunca, debió de haber sido hace muchos años.

—¿Una venganza de un friki? —Beni rompió el silencio al poner el motor en marcha.

—Parece lo más lógico, pero ¿la chica morena?

—A lo mejor nunca hubo una chica morena. Lo que parece claro es que no es un asunto de drogas, porque los dos vivían un poco al día, sin lujos ni nada.

—Podría ser. Hay que encontrar a la chica. Yo iré de nuevo a investigar al *pub* ese. Tiene que haber fotos; tú, si quieres, te puedes ir hoy a casa. Mañana te pones con lo que los une, cualquier cosa: instituto, equipos de algo, mismo barrio, etcétera. Además, hay que encontrar al otro chico de Almería y ver cómo murió.

Beni condujo hasta las oficinas y allí se quedó. En breve cogería su coche y se iría a casa. Sabía que su compañero necesitaba estar solo, trabajar solo de vez en cuando, y eso a él le venía que ni pintado. En tres horas estaría en los brazos de una chica preciosa, o al menos eso esperaba.

Carvajal se puso al volante del vehículo oficial y volvió a Parla.

CAPÍTULO 34

Orol llevaba toda la mañana sentado en su mesa leyendo informes de todo tipo. Estaba atascado y no tenía la más remota idea de cómo podía continuar con ello. Por si fuera poco, tenía la sensación de que su amiga Rebeca lo estaba observando y de que se sentía bastante decepcionada. «Otra vez se van a escapar».

Marga había salido para ir a recoger el informe completo de la policía científica y aún no había llegado. Un rugido en el estómago hizo que Pedro saliera de su ensimismamiento y se diera cuenta de que eran las dos y media de la tarde. Necesitaba comer. Tal vez, si lo dejaba pasar un tiempo, se le ocurriría algo, algún hilillo por el que poder tirar, aunque los llevara a un callejón sin salida. Lo que no podía hacer era quedarse quieto y tener que volver a decir a su amiga que no había nada que hacer, que se escaparían otra vez.

Se levantó del asiento y apagó su ordenador, en el que había realizado distintas anotaciones para luego borrarlas al ver que no tenían ningún sentido y que no lo llevarían a nada. Decidió bajar a la cafetería y tomarse un pequeño bocadillo, otro café y volver a subir. Por el camino llamaría a su compañera para ver dónde cojones andaba y qué tenía pensado hacer por la tarde,

Antes de salir del despacho, el teléfono fijo comenzó a sonar. Orol estuvo tentado de dejarlo e irse, pero algo en su interior hizo que se diera prisa por contestar. «¿Y si es una pista importante?».

—¿Sí?, grupo tres de homicidios —contestó con algo de ansiedad.

—Orol. —Conocía esa voz y no era nada bueno, seguro.

—Sí, jefe.

—¿Cómo coño va esa investigación? —bramó de manera seca.

—Buff, algo estancados, señor. —Pedro deseaba que la tierra se lo tragara. Si había algo que odiara más que fracasar en un caso era el tener que aguantar a los jefes dar órdenes sin tener ni idea de lo que ocurría.

—El comisario me presiona, ¿sabes? Diez días y no tenéis nada, ¿qué quieres que le diga?

—La verdad. Nadie ve nada, nadie tiene nada que decirnos y en las cámaras no se ve nada de nada. Marga se ha entrevistado con decenas de personas de la zona, con las de la foto de la chica y nadie se acuerda de haberla visto.

—¿Sabes que su padre ha estado hoy en la tele? —preguntó con algo de impaciencia.

Orol se quedó de piedra. Eso era aún peor; si los medios se metían, tendrían una presión enorme. Además de todo eso, Rebeca otra vez volvería a revivir la violación.

—¿Estás? —No tenía voz de buenos amigos y por eso odió un poco más a su hijo, Beni, el cual no tenía la culpa.

—Sí, sí. No he visto nada, estaba trabajando en el caso —lanzó con algo de ironía.

—Pues alguien se ha ido de boca y están buscando a esa amiga tuya, a la que violaron los mismos hace cinco años.

Eso fue un duro golpe en el interior de Pedro. Se quedó unos segundos inmóvil, reflexionando, pero sin saber bien qué pensaba en realidad. Su cabeza se había evaporado y sopesaba una infinidad de futuros en los que él aún no podía pensar. Se quedó en estado de *shock*, totalmente perdido, aturdido y atolondrado.

Eusebio De Benito seguía hablando, ladrando por la línea y Pedro seguía con sus futuribles, sin siquiera escuchar nada de lo que su jefe decía. Solo percibió la última frase.

—Ya podéis avanzar y rápido. Espabila, cojones. —La conexión se cortó enseguida y Orol se quedó más de treinta segundos en su mundo paralelo, pensando sin pensar, mirando a la pared sin ver y respirando sin saber que lo hacía.

Colgó de manera mecánica. Tenía que avisar a Rebeca que no se moviera del pueblo aunque seguro que allí también la encontrarían.

¿Y si se volvía a su casa hasta que pasara todo? Cerró los ojos y se encogió

fuertemente; tenía unas ganas locas de llorar, de gritar con rabia. El sonido de su teléfono móvil lo sacó de su ensimismamiento; era Marga.

—En qué puto momento he cogido el teléfono —se reprendió en voz alta.

El hambre se había olvidado por completo.

—Pedro, estoy en el bar que hay donde la brigada de científica. En la televisión están hablando de tu amiga.

—¿Qué dicen? —preguntó sintiendo que sus pocas fuerzas se evaporaban.

—Pues creo que está hablando su jefe. Dice que se dio de baja el día después de la violación, que desde entonces no ha ido a trabajar, que incluso la ingresaron en urgencias.

—Su puta madre.

—¿Has ido a comer?

—No, pero se me ha quitado el hambre. Tenemos que hablar, ha llamado el *sheriff*; parece que también ha visto que ha salido en la tele.

—Ok, voy para allá.

Orol lanzó el móvil sobre su silla y este rebotó y estuvo a punto de caerse al suelo. Después, por fin, se dejó llevar y comenzó a llorar. Lloraba por la mierda de sociedad, por la mierda de trabajo que tenía, por la mierda de jefes, por su amiga y sobre todo lloraba por su ineptitud a la hora de resolver ese asesinato y poder poner fin a todo eso.

Se fue a la cafetera y se preparó otro café. ¿Cuántos llevaba ya?, ni lo sabía ni le importaba. Muchos días dejaba de comer para alimentarse a base de café o de Coca Colas. Decidió que ese era un buen momento para fumarse un buen cigarro aunque estuviera prohibido en todo el edificio.

Con la primera calada, pensó en su amiga de nuevo mientras veía que la cafetera terminaba de preparar su bebida. ¿Lo habría visto ya? ¿Habrían dado con ella y estaría todo el pueblo revolucionado con la prensa?

Por si todo eso no era bastante, seguía sin saber qué hacer, cómo podría proseguir esa investigación. Cuando llegó a ese grupo, había dos veteranos que podían ir guiando las pesquisas, pero ambos se jubilaron y ya solo quedaba Carvajal, que, por si fuera poco, tenía al enchufado a su lado y dos casos de asesinato en diez días. Imposible pedirle ayuda. Marga era lista y se la veía más involucrada que nunca, pero le faltaba algo, y él era un pardillo que se había metido en ese grupo por no aguantar a los jefes de las comisarías

locales, y ahora veía que en todos los lugares cocían habas. Además, este caso le había llegado al alma. No era uno cualquiera, de los muchos que se quedan sin resolver durante años o para siempre; esta vez era cuestión vital el atrapar a esos hijos de puta.

Marga entró por la puerta y al verlo supo que su compañero estaba hundido. Suspiró y se quitó la cazadora. Dejó su arma y el móvil sobre la mesa y fue también a prepararse un café. Aún no habían hablado y ya sabían que la cosa se había complicado mucho.

—¿Has llamado a tu amiga? —Fue lo primero que dijo.

Pedro negó ligeramente con la cabeza, mientras bebía, para que no se le viera que había llorado y que de nuevo estaba a punto de hacerlo. Con la mano que le quedaba libre, se rascó la cabellera pelirroja y encrespada.

—Primero lo primero. Ha llamado De Benito, estaba hecho una fiera y quería avances. Le he dicho que estábamos un poco atascados, que no hay ni una puta prueba o pista que nos lleve hacia algún sitio.

—Tenemos ya un perfil del coche; por las pruebas halladas en el cuerpo, parece que es un coche de gama media, tipo Seat Toledo. Ni muy bueno y caro ni muy malo, aunque tal vez eso sea comprado en algún desguace y sea un coche más viejo, más caro o lo que sea.

—Nada de nada. El rastro del móvil nos deja en un sitio céntrico, transitado, allí se pierde la pista.

—¿Y si es un taxista?

—Podría ser también. Todo puede ser. Habrá que trabajar en esa dirección, llamar a las compañías a ver si recibieron una llamada para un taxi.

—Eso ya se hizo, nada de nada.

Orol cerró los ojos. En ese momento habría dejado la policía sin dudarlo. Se habría ido a vivir lejos, a un pueblo perdido, de la mano de Dios para intentar vivir de la naturaleza, perderse de todo y de todos.

—Está cabreado, lo presiona el comisario y yo creo que es posible que nos aparten del caso, que se lo den a otro grupo. —Se sentó sobre su silla, con el móvil debajo, y se hundió en el asiento.

—No te preocupes por eso. Llama a tu amiga y vete a casa, que hoy me ocupo yo.

—¿De qué? —preguntó con un tono de ironía cargada de autoreproche.

—Del papeleo, de trazar nuevas líneas de investigación, de lo que sea, pero yo me quedo y voy viendo qué hacer. Tú te vas, hablas con tu amiga, y a la cama a descansar. —Marga le sonrió con dulzura.

Orol cogió su cazadora sin decir nada y se guardó la pipa en una bandolera, en la que llevaba toda la documentación. Se fue con un único «Hasta luego». Salió del recinto de Canillas y se fue caminando por las calles, atestadas de coches y de sonidos de claxon. Otra vez a su cabeza volvió la idea de que Madrid era un asco de ciudad, una madriguera en la que era imposible disfrutar de la vida. Fuengirola era otra cosa. En momentos como el que estaba pasando ahora él, uno se podía acercar tranquilamente a la playa y sentarse a ver las olas. Era algo relajante que, en tiempos anteriores, había hecho muchas veces para poder pensar sobre los problemas cotidianos.

Esa tarde de 2 de enero, con un frío espantoso, necesitaba andar y dejarse llevar por la masa. No quería volver a casa pronto y tampoco deseaba llamar a su amiga. ¿Qué podría decirle?; quizás que era un poco inútil y que tan solo servía para estar en un puesto como el de seguridad de una comisaría local, puesto en el que pensaba poco y hacía todavía menos. Todo eso se le iba de las manos; no tenía estudios ni llevaba tanto tiempo en el cuerpo como para poder acarrear él solo una investigación tan compleja. Marga era un gran apoyo y deseaba con todas sus fuerzas que esa tarde ella consiguiera algo por lo que tirar, alguna pequeña pista.

Tras una hora de deambular por la ciudad, se metió en un bar. Seguía sin tener hambre, pero ahora necesitaba un vaso de algo fuerte. Pidió un whisky solo, con dos cubitos de hielo. Mientras observaba al camarero servir la bebida, volvió a pensar en Rebeca y en cómo se iba a sentir en el momento en el que viera a la prensa en la puerta de la casa de sus padres; sería el cuchicheo del pueblo durante meses.

Bebió un lago trago y estuvo a punto de vomitarlo todo. Consiguió rehacerse y, tras un *impasse* de espera, se terminó la consumición. Realizó un gesto al camarero para que pusiera otra ronda. Por primera vez se había dado cuenta de lo triste que era todo aquello: un hombre joven, allí solo en un bar sin clientes, un 2 de enero, bebiendo sin ningún objetivo claro.

Bueno, un objetivo tenía: olvidar. ¿Acaso no se bebe para olvidar?; aunque sea para olvidar la mierda de existencia que llevamos en nuestro día a día.

Recordó sus inicios en el mundo laboral, cuando se levantaba temprano para ir de aprendiz de un electricista y, nada más llegar al lugar en el que estaba la empresa, se tomaba un café caliente en un bar cercano. Allí casi todos los hombres se tomaban alguna copa de un licor fuerte, o tal vez dos; era su forma de luchar contra la basura de su existencia.

Tenía otra vez su vaso semivacío. Pagó la consumición, mientras terminaba lo poco que le quedaba, y salió de aquel bar solitario a la calle bulliciosa. No tenía ni puta idea de dónde estaba en esos instantes y pensó en buscar una boca del metro para acudir a su casa. La cabeza comenzaba a estar un tanto embotada.

Decidió que era un buen momento para llamar a Rebeca. A la cuarta ella descolgó y contestó con alegría.

—Buenas. —Él sí sonó algo más seco, cortante.

—¿Qué pasa? —Ahora ella sonó algo más insegura.

—Has salido en la televisión. —Voz monótona.

—¿Yo?, no. Yo sigo encerrada en el pueblo, pero creo que ya me vuelvo mañana. —Se notaba que estaba de buen humor.

—No me entiendes. Por mi culpa tu caso ha salido en la televisión. —Dejó pasar unos segundos, pero del otro lado no llegó contestación—. Un reportero ha estado en tu casa, en tu trabajo, hablando con tu encargado y tarde o temprano irán a tu pueblo.

Pedro se introdujo en una pequeña bocacalle para evadirse del ruido del tráfico.

—Pero... ¿por qué? —Su alegría se había esfumado.

—Hijos de puta. —Fue lo único que supo decir.

Rebeca estaba frente a la televisión mientras su padre veía una película de indios en un canal autonómico. Todas las tardes hacía lo mismo; era su momento y nadie hacía ni decía nada para cambiar de canal. Ella tenía el café a medias y allí se quedaría durante mucho tiempo, hasta quedarse frío.

Pedro aguardaba con el móvil en la oreja en una callejuela de Madrid, una parecida al lugar en el que cinco años antes había visto por primera vez en su vida a Rebeca. Sabía que su amiga tenía que procesar la información y

necesitaba tiempo. Si ella volvía a hablar, le diría que más tarde volvería a llamar, que reflexionara sobre el tema y que se lo comentara a sus padres.

Escuchó cómo se cerraba una puerta, y después creyó que otra más. Seguramente se habría metido en su habitación y habría cerrado las dos puertas que daban al patio.

—¿Qué he hecho yo?, dime qué he hecho para merecer esto. ¿No se dan cuenta del daño que me hacen? —Ella hablaba vomitando las preguntas sin pensar, sollozando por momentos, viniéndose abajo una vez más.

Era tan susceptible la mente humana. Tras lo que le había sucedido años atrás, jamás podría decirse que estaría a salvo de una nueva recaída. Por desgracia para ella, los acontecimientos de las últimas semanas no estaban ayudando mucho.

—Cariño, cariño —susurraba Pedro tratando de calmarla, de hacer que se callara un momento, ya que él tenía la solución.

Por fin Rebeca dejó de hablar, solamente se escuchaban los sollozos.

—Vente a mi casa. —Lo tenía decidido—. Hasta que todo se calme y puedas volver a tu vida normal.

La conversación se alargó unos minutos más; Pedro trataba de consolar y relajar a su amiga. Después ella tendría que explicárselo todo a sus padres y ellos tendrían que lidiar con los corresponsales de la prensa, que se acercarían al lugar en días sucesivos.

Pedro quedó en ir a buscarla esa misma noche; todo lo demás había pasado a un segundo plano. Durante horas no se acordó lo más mínimo de sus problemas laborales, solo tenía en la cabeza llegar a su casa, ducharse, tomarse un café bien cargado e irse con su coche a por Rebeca al pueblo. Ella no estaba en condiciones de conducir una vez más.

Allí, en el pueblo, cenó con sus padres y hablaron de todo un poco, siempre con la sombra de lo que sucedería en los próximos días. En el semblante de la cara de los padres de Rebeca, se veía una profunda preocupación por el bienestar psicológico de su hija; todo lo demás era secundario, incluso el esclarecimiento del caso.

Llegó a casa casi a las 22:00 h, ya de noche cerrada, a su casa. Durante el viaje Rebeca había ido durmiendo a su lado, presa de un cansancio mortal a causa de todas las emociones por las que estaba pasando en los últimos días.

La despertó con un suave beso en la frente y esta sonrió con dulzura mientras entreabría los párpados.

CAPÍTULO 35

Marga llevaba dos horas y tres cafés sentada en la mesa de su despacho. Sobre esta, la pantalla del ordenador permanecía encendida y el resto del espacio, atestado de papeles que parecían revueltos, pero que mantenían un orden en la cabeza de la chica. Pensaba, escribía, maldecía y borraba lo escrito. No encontraba ninguna novedad; la noche de Madrid se había tragado todas las posibles pistas del asesinato de Sonia.

La historia se volvía a repetir. Fue una víctima al azar, sin ninguna conexión con los violadores y asesinos. Ninguna conexión con Rebeca, la anterior víctima, salvo el quedarse solas en Madrid el día 22 de diciembre; eso sí, con cinco años de diferencia entre los dos ataques.

¿Por qué? ¿Habían estado en la cárcel?, ¿de viaje? ¿Era una conmemoración especial que se llevaba celebrando por un montón de años? Y si fuera así, ¿habría más víctimas anteriores? Si era así, desde luego no había más denuncias. Comprobar ese detalle le había llevado una hora. Ni asesinatos ni violaciones parecidas en esa misma fecha en anteriores años, tampoco dos días antes o después; sin embargo, podrían haber habido más violaciones y que estas jamás se hubieran denunciado para intentar así que quedara todo en el olvido.

Orol estaba bajo mucha presión y por eso no quería dejar ese caso en la nevera; ella tampoco, aunque sus motivos fueran otros. Por si fuera poco, el que la prensa comenzara a meter las narices en la investigación no era nada bueno; eso podría hacer que los quitaran de en medio y, para sus egos profesionales, eso sería una auténtica putada.

Su teléfono permanecía apagado, en su bolso, colgado en un rincón de la sala, en un viejo y deslustrado perchero que había llevado un antiguo

compañero de su casa. De esa manera se amueblaban y mejoraban muchas cosas en los edificios y comisarías de la policía en España. Aún no había decidido qué hacer con esa parte de su vida.

Se mordió el labio y se acarició un mechón de su larga, rubia y ondulada melena. Solo entonces se dio cuenta de que el sonido del puto teléfono no la dejaba pensar. ¿Cuánto tiempo llevaba sonando? Era el teléfono del despacho de Carvajal y del enchufao. Cada vez que veía a ese chico, le entraban ganas de vomitar. Ella se había chupado un montón de horas de patrulla, había realizado cursos, algunos pagados por ella misma y otros realizados a través de los sindicatos o del cuerpo, estos los menos. Se lo había currado bastante, a su parecer, y él estaba allí, recién entrado en el cuerpo por ser quien era.

Por desgracia eso estaba demasiado extendido en el cuerpo. Siempre recordaba una cosa que le había contado un compañero suyo de la academia. Álvaro era un lumbreras que tenía la carrera de Químicas y se había presentado dos veces para ingresar en los tedax; aprobaba siempre los exámenes, pero al llegar a la entrevista lo tiraban por no dar con el perfil. La última vez el entrevistador le preguntó si conocía a alguien dentro. «Si no conoces a nadie, lo tienes imposible». Ese era el día a día de la policía y de los sitios más golosos para los funcionarios.

—Puto teléfono. —Se levantó y fue a cerrar la puerta para ver si así dejaba de escucharlo.

El sonido se amortiguó algo, pero ya lo tenía metido en la cabeza: le sería imposible concentrarse. Decidió proseguir en casa, después de haber ido un rato al gimnasio a quemar un poco de la frustración que llevaba dentro. Comenzó a recoger sus cosas cuando por fin dejó de sonar.

Estuvo en silencio un rato. Marga bajó al hall del edificio y se compró un refresco *light* en una máquina expendedora. Al subir el silencio se mantenía, y sopesó el volver a cambiar de planes. Negó con la cabeza, las ganas de proseguir se habían ido. En casa probaría y, si no, al día siguiente comenzaría a buscar posibles quedadas que tuvieran lugar cada cinco años en Madrid. Sería un trabajo largo, pesado y posiblemente estéril, pero de momento no había otra cosa que pudiera hacer. Científica buscaría en sus archivos de adn, pero volvería a fracasar.

Encendió su móvil, apoyada en la mesa, mientras bebía su refresco. Estaba

pensando en que ya tampoco haría nada esa tarde en su casa. Tras el gimnasio posiblemente llamaría a alguna amiga o saldría a cenar fuera con alguien o quizás simplemente se quedaría en casa y vería la tele un rato con su familia; alguna película buena tendrían que poner seguro.

Su teléfono comenzó a sonar... Decenas de mensajes, llamadas perdidas y *wasaps*. El teléfono de su propio despacho también cobró vida. Marga cerró los parpados con fuerza, tentada de irse y dejar que sonara. «¿Y si es importante?», pensó.

—Homicidios, grupo tres —contestó con voz apagada.

—Marga, soy Eusebio De Benito. —Una voz potente surgió del otro lado.

Era la voz de su jefe, hombre siempre serio, al menos en el trabajo, ya que fuera no lo conocía. La voz del padre del enchufao.

—¿Estás sola? ¿Has hablado con Orol? —Siempre preguntaba varias cosas sin dejar tiempo a responder—. ¿Habéis visto la televisión?

—Sí, jefe. —Marga simplemente respondió a la última pregunta.

Se hizo un silencio en el que posiblemente su interlocutor permanecería reflexionando sobre la respuesta. Finalmente parece que decidió dejarlo pasar y hacer como si volvieran a comenzar la conversación.

—Ha habido novedades muy importantes en el caso; bueno, en los casos que nos ocupan al grupo. —Marga frunció en cejo ante lo extraño de la frase—. Mañana a primera hora tenemos una reunión importante. Llama a tu compañero e intenta localizar a Carvajal, yo también lo haré. De Víctor ya me ocupo yo.

—Como usted diga, jefe. —Siempre pensaba que hacía el ridículo en las pocas conversaciones que tenía con su jefe directo. Se ponía demasiado nerviosa y no acertaba, o al menos eso pensaba ella al contestar con fluidez, con normalidad a las preguntas y requerimientos de una persona como ella; eso sí, algo más elevada en el escalafón policial.

Se despidió sin darle tiempo para rectificar como siempre, de una manera rápida y seca.

Tras colgar el teléfono Marga se quedó pensando en silencio sentada en su mesa. ¿Volvería a cambiar de planes otra vez? Se mordió el labio tratando de imaginar qué sería eso tan importante que tenía que comunicar su jefe a los dos subgrupos del grupo tres de homicidios.

Escuchó ruido en la puerta del despacho de al lado, el de Carvajal, y decidió

ir a ver si era él y así se ahorraba tener que llamarlo. Carvajal era muy buen policía, pero a ella la ponía demasiado nerviosa con esas extrañas palabras y con esas conversaciones tan peculiares.

Entró en el despacho y descubrió a Beni sentado en su mesa guardando algo en el cajón. Este levantó la cabeza extrañado y esbozó una ligera sonrisa al ver de quién se trataba. Era evidente que a Beni su compañera le atraía bastante aunque nunca había intentado nada con ella.

—Hola —saludó.

—Ah, hola, ¿estás solo?

—Parece que sí. —Beni miró en todas direcciones y después encogió los hombros.

Marga le devolvió la sonrisa con gesto sardónico y decidió ignorarlo. Era algo a lo que ya estaba demasiado acostumbrada.

—Quería hablar con Carvajal, mañana tenemos reunión con tu padre, a primera hora —remarcó ese *tú*, dándole un toque mordaz, lleno de algo parecido al desprecio.

—Yo lo llamo. Ha ido a un asunto del caso y yo me he venido aquí para ver unos informes e irme a casa. De todas formas habíamos quedado en hablar por la noche para ver qué tal nos había ido. —Beni mintió, como hacía siempre que estaba frente a Marga, ya que no deseaba que ella pensara que era un vago y que aquel puesto le importaba una mierda. Sin embargo, él sospechaba que eso era precisamente lo que pensaba ella de él, aparte de que era un jodido enchufado. Por suerte no había escuchado nunca el apodo con el que hablaba a los demás de él.

—Ah, perfecto. De todas maneras ya te lo comentará tu padre. —Otra vez recalcó ese *tú*.

—Pues no creo que esta noche lo vea. —Otra vez mintió. Por desgracia los planes se le habían truncado y se iría directo a casa; como mucho se acercaría a jugar al pádel con algún amigo a un polideportivo cercano a su casa; bueno, a la casa de sus padres—. Pero me doy por enterado gracias a ti. —Mostró su sonrisa más amable justo en el momento en el que su compañera se daba la vuelta y desaparecía.

Marga volvió a su despacho, recogió las cosas y se marchó a su casa. Decidió simplemente ir a hacer una clase de *spinning* para quemar un poco de

calorías e irse a su casa a dormir, o al menos a intentarlo, ya que la intriga de no saber de qué coños iba la reunión conjunta del día siguiente no la dejaba relajarse.

Beni se quedó unos minutos sentado en la silla pensando en el porqué de la actitud de su compañera con respecto a él. Si ella supiera la poca gracia que a él le hacía ser el enchufado de su padre, no le tendría tanta inquina; estaba claro que la mayor parte de esa actitud iba por ahí. Suspiró. Jamás tendría nada con ella y eso él lo sabía desde hacía mucho tiempo. Al principio trató de ser agradable con ella, pero tras los tres primeros cortes dejó que las cosas transcurrieran como debían hacerlo, de la manera más alejada y profesional que pudiera. Obviamente días como ese, en el que tenían que hablar por cojones, él trataba de mostrarse cortés pese a los continuos desaires de ella. Los encajaba de la manera más cordial, siempre poniendo la mejor de sus sonrisas.

Por supuesto que de todo aquello su padre jamás se enteraría, al menos por lo que a él se refería.

Tras estos pensamientos llamó a su compañero y le comunicó lo de la reunión del día siguiente. Después se fue a casa, sin tan siquiera pensar en ir a jugar con nadie. Cuando su padre llegó a casa, él estaba ya en su habitación tumbado, escuchando un programa de radio, como hacía casi todas las noches antes de dormirse.

Carvajal, al hablar con su compañero Beni, decidió que cualquier cosa que pudiera descubrir en Parla podría esperar al día siguiente, ya que todo indicaba que una buena pista rondaba en la cabeza de su jefe.

Esa noche cenó tranquilamente con su mujer y con su hija, y juntos vieron una película.

CAPÍTULO 36

Orol recibió la llamada de Marga justo cuando entraba en su domicilio, acompañado de Rebeca y cargado con una pequeña maleta.

Tanto la llamada como el contenido de esta lo dejaron algo desconcertado un tiempo, justo hasta que Rebeca acopló sus cosas en su habitación y en la cerradura de su casa se escucharon las llaves de su compañero, Andrés Salazar, que venía del pueblo en ese instante.

—Hombre, ¿qué tal? —saludó su compañero al verlo.

—Bueno, no nos podemos quejar. —Pedro se acercó a su amigo y lo ayudó con una bolsa de deporte que llevaba a modo de maleta de viaje.

Se estrecharon la mano y Andrés emprendió el camino hacia su habitación para dejar las cosas y ponerse cómodo. En el trayecto, a mitad del pasillo, se sorprendió al ver salir a Rebeca de la habitación de Pedro.

Tras ese primer lapsus, en lo primero que pensó Andrés fue en que su compañero por fin se había liado con ella. Se saludaron con un recatado beso en la mejilla. Ambos se conocían bastante, de las veces que ella había ido a su casa; también, cuando los dos policías eran compañeros de patrulla, se habían visto en alguna ocasión con ella durante el trabajo.

Era la hora de cenar y pidieron una pizza mientras convencían a Andrés para que se quedara. Él, por su parte, decía que esa noche se iría a dormir a casa de una amiga, que no hacía falta que Pedro durmiera en el salón.

—Te quedas en mi cama, así mañana me cambias las sábanas —le comentó entre risas—. Mañana ya vuelvo, pero hoy tendréis cosas de las que hablar.

Rebeca permanecía sentada en el sillón del salón un poco cortada; estaba claro que sentía una atracción meramente física por el compañero de Pedro. Andrés era el típico hombre joven fuerte, alto y con el mentón bastante

pronunciado. La mata de pelo negro como el azabache, que llevaba peinado a la última moda siempre, no hacía más que aumentar su magnetismo. Por eso sabía que no pasaba mucho tiempo entre cama y cama; también por eso ella sabía a ciencia cierta que jamás pasaría algo entre ellos, y eso que ella nunca se había enterado del pacto entre caballeros que habían hecho sus dos anfitriones en su día.

Las pizzas llegaron y Pedro pagó al repartidor. Después los tres se sentaron en los sillones y semirodearon una pequeña mesa de comedor que estaba situada frente al televisor. Tras buscar por los distintos canales y no ver nada interesante, dejaron uno en el que repetían el programa de fin de año, con música variada, sin presentadores.

—¿Cómo la has pasado en el pueblo? —Pedro inició la conversación.

—Buff. —Andrés ya masticaba un buen trozo de su porción—. Mucho beber. Ya sabes, allí se empieza con el aperitivo y se termina con el aperitivo del día siguiente. —Otra vez abrió su enorme boca, pero esta vez para reír a mandíbula batiente.

—Yo estuve en Málaga, con la familia. —Su compañero hizo un gesto para que prosiguiera—. Poca cosa, los amigos ya andan casi todos casados y pasan la noche con sus familias. Pero bien en general, que hacía ya mucho que no bajaba.

Andrés miró a Rebeca y, con una mirada intensa, le preguntó por su noche sin hablar.

—Yo la pasé con mis padres. —Hizo un gesto con los hombros para indicar que eso era lo que había, poco más. Se hizo un silencio un tanto incómodo.

—¡Claro!, esa noche es para la familia. —Andrés lo rompió—. Bueno, cambiando de tema, ¿sabes a quién han castigado? —Volvió a mirar intensamente a su amigo.

—Me puedo creer cualquier cosa respecto del cuerpo. —Bajó la mirada mientras buscaba otra porción.

Andrés bebió un buen trago de cerveza mientras en la televisión comenzaba una canción de Mecano. Rebeca miró la pantalla y sonrió; esa canción le traía buenos recuerdos, recuerdos de otros tiempos, tiempos mejores por supuesto.

—Pues a Nacho. Lo cogió el otro día el «Mochi» y le dijo que está bajando un montón en la estadística, que ni hace actas de droga, ni filiados ni nada de

nada. ¿Y sabes lo que le soltó el otro? —Volvió a beber, se olvidó por completo de la cena.

—Pues cualquier cosa, porque el Nachín es ya perro viejo.

—Que no se ha hecho policía para buscar a los niños en los parques y meterles una multa a sus padres. —Otra vez volvió a reírse—. Y que de los filiaados porque sí, que naranjas de la china.

Pedro rio también al recordar otros tiempos, cuando él se veía metido en esas pequeñas batallas que había en las comisarías, con los policías que salían a patrullar a la calle. Sin embargo, recordaba muy bien a Nacho, sindicalista en la época en la que él estaba con Andrés. No se casaba con nadie y parecía encantarle dar por culo a los jefes. Había sido castigado varias veces por cosas así, siempre por esa maldita estadística con la que querían contabilizar todo lo que hacía un policía. Pero en esos papeles no se decía nada de las intervenciones realizadas de manera impecable, del trato correcto con los ciudadanos o de otros intangibles que marcan la buena labor policial.

—Mañana empieza en seguridad.

—Qué asco de policía. El Nacho ese es un setero de tomo y lomo.

—Pues eso digo yo. Cuando me ha tocado ir con él en el coche, he ido sabiendo que no la iba a cagar. Habla lo justo pero correcto. Un crack, vamos, y el hijo puta ese del jefe va y se lo carga por tonterías. Yo voy a subir a ver al jefe para que cambie de opinión. —Cogió otro trozo de pizza.

—Tú sabrás, pero ya sabes que aquí también cada uno va a lo suyo.

—Me da igual, yo le diré lo que me salga en ese momento, y si me castiga a mí también, pues ya no podrá castigar a muchos más. —Otra vez rompió a reír, por lo que tuvo que dejar su porción sobre el mantel.

Rebeca había comido poco y miraba a los dos amigos hablar. ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía conversaciones de esas con una amiga? Mejor dicho, ¿cuánto tiempo hacía que no tenía ninguna buena amiga? Dejó de escuchar la conversación para imbuirse en sus propios pensamientos. Quizás lo único bueno que había sacado de aquella violación fue el darse cuenta de quién merecía la pena; por desgracia, en su círculo de amigos, nadie la merecía. Todas sus amigas se habían alejado un poco y ella no supo acercarse. Obviamente la convivencia con ella había sido difícil, pero sus padres la aguantaron y Pedro también. Las amistades universitarias, amistades falsas.

Después ella no había sido capaz de volver a entablar una buena amistad. En el trabajo se llevaba más o menos bien con todos sus compañeros y compañeras, pero era incapaz de dar ese último paso que hace que un compañero de trabajo, un conocido se convierta en un amigo.

Confianza: eso era justamente lo que no tenía con nadie. Le habían roto el corazón en el peor momento. La violación había sido algo trágico, traumático, pero lo que sucedió después incluso fue peor para ella. Darse cuenta de que en realidad estaba sola en la vida fue muy duro. Sola porque, por desgracia, su mejor y único amigo había llegado a ella por lo sucedido esa noche. En el momento de la violación no tenía amigos verdaderos. Muchas veces le asaltaba la duda de saber si Pedro sería igual en algún momento.

—... A mí me llevan cambiando la pistola una tira de años, desde que entré en el cuerpo, y mira cómo sigo. —Andrés volvía a reír.

—No sigas por ahí, que tenemos para toda la noche.

Rebeca meneó la cabeza y dejó sus pensamientos. Gracias a la buena conversación que habían tenido sus anfitriones, ninguno se había dado cuenta de que había estado un poco ensimismada.

—Sí, que además me voy a ir ya, que es tarde. —Justo en ese momento le sonó el móvil, un mensaje. Lo leyó mientras terminaba su cerveza y se puso a contestar—. ¿Y cómo es que te quedas aquí esta noche? —preguntó de sorpresa.

Rebeca se quedó impasible, en silencio, como si por no hablar del tema este se olvidara por completo y aquella pregunta la hubiera vuelto a traer de vuelta a su vida.

—¿No te has enterado? —Andrés hizo un gesto negativo—. La prensa ha sacado a la luz la conexión que hay entre el asesinato de la chica de hace unos días y su... —Pedro se quedó callado dudando, dejando que el silencio dijera lo que él no quería decir.

—Violación —puntualizó Rebeca.

Andrés comentó que no sabía nada y que, por su parte, se podía quedar todo el tiempo que le fuera necesario. Esa noche, de todas formas, se iría a dormir a casa de una amiga. Tras unas pocas palabras más, él se marchó y Pedro se quedó en la cocina fregando los escasos cubiertos que habían utilizado en la cena, mientras que ella se daba una ligera ducha.

Al salir se fue directo al salón, simplemente vestida con un albornoz que había llevado, blanco y corto de piernas, las cuales quedaban al descubierto casi por completo. Por suerte la temperatura de la casa era bastante agradable pese a estar en invierno.

Pedro volvió y al ver a Rebeca se sintió un poco violento. Desde luego que le parecía bastante atractiva, de hecho no conocía a nadie que pudiera decir lo contrario, pero para él era su mejor amiga y quería que siguiera siendo así. Sabía que mezclar sexo y amistad no podría acabar bien nunca. No hablemos ya del amor.

—¿Vas a querer algo más? —preguntó cuando pudo salir de su estupor.

—No, gracias. —Rebeca se atusó el pelo mojado, dándose un toque demasiado erótico para pasarlo por alto.

—Yo no tardaré mucho en acostarme; tú puedes hacer lo que quieras, estás en tu casa. —Sacó un cigarro, el tercero que se fumaba ese día; tras pedir permiso con un gesto, se lo encendió.

El silencio envolvió la habitación durante más de medio cigarro; ambos estaban imbuidos en sus propios pensamientos. Pedro estaba algo extrañado por la reunión que tendría al día siguiente; no era normal que el jefe reuniera a los dos subgrupos en mitad de sendas investigaciones. Además, estaba la mierda de la prensa, que, al meterse en la investigación, jodería todo el ambiente. Habría mucha más presión por parte de toda la cadena de mando y eso significaba que ellos, Marga y él, por ser los más bajos en la escala, sufrirían más que nadie. Entonces, creyó saber el porqué de la reunión: los cambiarían de investigaciones. Ellos harían la de los dos asesinatos y Carvajal y Beni se harían cargo de la violación. Ricky apareció por fin, le encantaba quedarse debajo de alguna cama, y se tumbó al lado de Rebeca.

Rebeca, por su parte, pensaba en Andrés, en Javi e incluso algo en Pedro. Nunca jamás se había sentido atraída por su amigo, pero últimamente todo había cambiado. Cinco años era mucho tiempo para que ningún hombre se hubiera acercado a ella. Las hormonas comenzaban a ponerla nerviosa en cuanto un hombre se acercaba a ella y, aunque sabía que aún su cabeza no había superado el trauma, su cuerpo pedía a gritos un orgasmo, o dos...

Pedro se terminó el cigarro y carraspeó un poco para atraer la atención de su huésped, que se había puesto a acariciar al perro justo debajo del hocico.

—Mañana me voy pronto, ¿tú qué piensas hacer a lo largo del día? —Se rascó la incipiente barba pelirroja con nerviosismo.

—No creo que salga de casa. No me gustaría que alguien me viera y que toda la prensa supiera dónde coño estoy. —En su voz se percibía algo de ansiedad y de melancolía.

—Si necesitas algo, llámame, a la hora que sea.

Pedro se levantó y se sentó a su lado. El silencio comenzaba a hablar por ellos y sabía que su amiga necesitaba un abrazo, sentir cerca a alguien que le proporcionara algo de seguridad. Tras acariciar él también a su perro, se la quedó mirando un largo rato en silencio. La abrazó y le dio un fuerte y sentido beso en la frente; notó el olor del champú y del pelo mojado. Así permanecieron un buen rato, hasta que a Pedro le volvió a apetecer otro cigarro. No era normal, pero últimamente se estaba viendo sometido a muchos momentos estresantes y cada día necesitaba más cantidad de nicotina, y de cafeína también. Decidió que antes de acostarse se tomaría un café.

Rebeca aceptó la idea, pero ella prefirió un chocolate caliente. Juntos fueron a la cocina y hablaron de cosas sin importancia durante ese tiempo. La noche prosiguió con una conversación alegre, que trató de temas que nada tenían que ver con los problemas de cada uno. Tampoco hablaron de nada íntimo, parecía que una barrera se estaba levantando entre ellos.

Juntos bajaron a la calle para que Ricky hiciera sus necesidades; Rebeca quedó en que ella lo bajaría al día siguiente por la mañana.

Cuando Pedro decidió acostarse, era ya la una de la madrugada y, mientras se cepillaba los dientes, pensó en su última conquista y en lo miserable que habían sido sus relaciones íntimas recientemente.

Rebeca permaneció viendo un poco la televisión, dejó que su cabeza flotara en mundos lejanos, en mundos en los que había un pequeño espacio para el amor y para la felicidad. Ella sabía, o más bien creía, que jamás volvería a sentir verdadero amor y que nunca más disfrutaría del placer de yacer con un hombre. Aunque alguna vez lo hiciera, no disfrutaría.

Sus pensamientos, antes de dormirse, fueron a su anterior pareja, Carlos. ¿Habría conocido con él el verdadero amor?, ¿habría disfrutado al máximo de las relaciones sexuales con él? Con esos pensamientos se quedó dormida.

Rebeca paseaba por una callejuela oscura, escuchando el eco de sus pasos. Se sentía dentro de una película de intriga; «más bien, en una película de miedo», pensó ella antes de ponerse a temblar. Sin embargo, algo la decía que tiritaba de frío, ya que en cada respiración una nubecita de vapor salía de su boca. A lo lejos, brillaba un luminoso de neón que se apagaba de vez en cuando y dejaba toda la calle a oscuras, salvo por la tenue iluminación que proporcionaba la luna, que permanecía oculta tras un manto de nubes. Esas nubes parecían haber descargado todo su líquido minutos antes, ya que toda la callejuela estaba llena de charcos, pequeños y grandes, y aún se escuchaban pequeñas gotas que seguían cayendo de las ventanas o de otros lugares.

La situación comenzaba a ponerla nerviosa y más cuando se dio cuenta de que, por más que caminara, no llegaba al luminoso que hacía esquina con una concurrida calle. Ella veía pasar decenas de coches por allí. Tragó saliva justo en el momento en que le pareció haber visto una cabeza asomándose en un rincón, tras un cubo de basura. «Será un gato».

Tras ella escuchó el sonido de un motor. Se giró y vio unas luces, unos faros que se acercaban. Era imposible, ella estaba metida en un callejón sin salida. Segundos antes allí no había nada, salvo un muro, y ahora, de pronto, un coche se acercaba a una velocidad bastante lenta, atemorizante. Otra vez vio por el rabillo del ojo la cabeza tras el cubo de la basura.

Ahora estaba segura de que había sido una cabeza humana. Alguien la estaba observando. De pronto todo se le vino a la cabeza. Todo era muy parecido a la noche de la agresión.

«Seré estúpida», pensó justo en el momento de comenzar a correr por el callejón hacia la luz de neón. La cabeza salió de detrás del cubo de la basura; era un hombre y corría más que ella.

El sonido del motor sonó más fuerte y ella giró su cabeza para ver si se acercaba. Claro que se acercaba, era un coche y había cogido velocidad. De otro lado vio que otro hombre también corría y ella no entendió dónde cojones se había ocultado ese. No lo iba a conseguir; la luz, la otra calle, la salvación seguían estando lejos y sus perseguidores, muy cerca.

Sintió que comenzaba a llorar en el momento en que uno de sus tacones se atascó en un hueco del asfalto. ¿Llevaba tacones?

Se miró mientras caía, increíblemente se vio como si estuviera mirando desde otra cámara. Eso era sorprendente. Los asaltantes ya estaban sobre ella, ocultos tras embozos, y ella simplemente veía sus ojos, de locura y de ansiedad. Ella sentía que le faltaba el aire.

¿Cuántos eran? Se sintió desnuda y notó las manos frías recorrer su cuerpo. Eran muchas manos y era demasiado real como para ser mentira. Sintió dolor y otra vez se vio desde otra perspectiva, desde la parte de atrás, y allí había más gente, mucha más gente. De pronto se encendió un foco. Eso era absurdo, pero el dolor y la asfixia seguían. Se encendió otra cosa; ¿una cámara?

De repente, ante ella, ante su nueva visión de la escena, apareció la reportera del programa de la mañana. Era ella, seguro, y comenzó a narrar lo que estaba sucediendo. Estaba hablando de cómo cinco hombres la violaban justo en ese instante. Carlos miraba desde la lejanía con cara de estar disfrutando del momento.

El aire dejó de entrar en ella en el momento en que vio el reflejo de la hoja de un cuchillo, y sintió un tremendo dolor.

Rebeca se incorporó de la cama con un gesto nervioso y veloz. Jadeaba y creyó que había gritado. Estaba sola en un lugar extraño.

Poco a poco todo fue encajando. Estaba en la cama, en la habitación, en la casa de su amigo Pedro. Él estaría al otro lado del pequeño pasillo, en la cama del otro compañero de piso. Cerró los ojos con fuerza y se dio cuenta de que al menos una cosa había sido real: había llorado en sueños. Bueno, en realidad, había sido una pesadilla. ¿Volverían otra vez las malditas pesadillas?

Se levantó y miró el reloj del móvil, las 7:30 de la mañana. Salió de su cuarto y fue al baño, de pronto le habían entrado unas ganas locas de evacuar. Vio que la puerta de la habitación en la que había dormido Pedro estaba abierta; la habitación estaba vacía, a excepción de que Ricky permanecía tumbado en la cama, deshecha. Simplemente levantó un poco la cabeza y, al ver que era ella, volvió a dormirse.

Estaba sola en casa y eso hizo que volviera a sentirse desprotegida. Volvía a hiperventilar; por suerte no era la primera vez que le sucedía eso y, sentada en la taza del váter de aquel baño diminuto, pudo serenarse.

A los cinco minutos estaba en el salón de la casa, con la televisión encendida y con un vaso de leche caliente con un pequeño chorro de coñac en la mano. Necesitaba algo de alcohol en la sangre y eso fue lo único que había encontrado, pese a que ella en realidad lo odiara. Lo odiaba desde pequeña, desde que algunas mañanas, con el estómago vacío, había percibido ese olor en el aliento de su padre al ir a darle un beso antes de irse a trabajar.

A las nueve de la mañana, tras bajar a la calle al perro y respirar aire fresco, ya algo más tranquila, salió de la casa bien abrigada con ropa deportiva, dispuesta a correr durante media hora. Sabía que eso la sentaría de maravilla.

CAPÍTULO 37

A las ocho de la mañana del día 3 de enero, los cuatro policías del grupo tres de homicidios de Madrid esperaban a su jefe. Ninguno hablaba, solo emitían pequeñas frases sueltas, preguntando por las fiestas pasadas y por los adelantos en sus respectivas investigaciones.

A las 8:32 entró el inspector De Benito con semblante circunspecto, saludó a los presentes y dejó una carpeta llena de documentación sobre la mesa. Dejó su cazadora marrón en el perchero y preguntó si antes de comenzar alguno quería café. Marga se levantó junto con Beni y fueron al despacho de la primera a preparar café para todos.

Mientras, De Benito habló con Carvajal de la familia y de lo mucho que hacía que no veía a su mujer.

La reunión comenzó de manera puntual, a las nueve de la mañana.

—Buenos días de nuevo —dijo De Benito antes de comenzar mientras ojeaba unos papeles—. Hoy estamos más cerca y también algo más lejos de resolver nuestros casos, que parecen tener algo en común. —Guardó un poco de silencio y echó una mirada a todos los presentes para ver sus distintas reacciones. En la mayoría de los rostros vio sorpresa; en el de Marga vio algo de certeza, como si una voz en su interior le hubiera dicho eso mismo y ahora se diera cuenta de que llevaba toda la razón.

—¿Estamos hablando del mismo asesino? —preguntó Beni extrañado y sin tiempo para pensar.

—Bueno, vamos a ir paso a paso. —Dejó los papeles sobre la mesa y el resto de los presentes pudo ver que en la primera página había una foto de una pistola normal, seguramente de nueve milímetros. «Parabellum, como el arma de los últimos asesinatos», pensó Carvajal.

Todos, sin excepción, arrugaron el entrecejo, esa pista no la sabía nadie. No había ninguna pistola por ningún sitio en los casos.

—Vamos a ver —comenzó De Benito tras releer de nuevo otro folio—. Por lo que parece, al menos dos de los muertos, los dos últimos tienen algo que ver con vuestra víctima —dijo mirando a Orol y a Marga.

—¿Y eso? —Otra vez más Marga se sintió estúpida, sobre todo cuando descubrió la mirada displicente de Beni, quien a su vez esbozaba una irónica semisonrisa. La sangre comenzó a hervir en su cuerpo. «Algún día me encargaré de ese gilipollas».

—En el móvil de la primera víctima... ¿Sergio se llamaba, no? —Carvajal asintió—. Se ha encontrado un video de una violación, la de Sandra. —Ahora miró a Orol, que se mantuvo firme escuchando con atención lo que su jefe tenía para ellos—. Ese video fue mandado desde el móvil de la última víctima, Parra. —Otra vez Carvajal asintió; eso comenzaba a llenar muchos huecos vacíos dentro de la investigación—. Por lo que parece, y lo que aún no es seguro, esos dos están en el video. Bueno, Sergio sí que está seguro, ya que su cara se ve con total nitidez de manera directa en un momento de la misma grabación. Del otro se intuye, sobre todo por un tatuaje que tiene en el brazo derecho.

—Ahh, sí, tenía un tribal bastante curioso, lo recuerdo. —Ahora habló Beni y fue su padre y jefe el que asintió buscando más información sobre lo que tenía que decir.

Los pensamientos de Orol fueron de nuevo a su amiga Rebeca. Por algún motivo se estaba comenzando a hacer justicia en su caso. Dos, y posiblemente tres, de las víctimas, si se contaba al hombre aparecido muerto en Almería, eran agresores suyos. Ya solamente quedarían dos; eso se lo tenía que contar.

—El caso es que ya se han comenzado a realizar los distintos análisis de ADN para confirmar ese dato. Se ha solicitado a Almería que nos mande sus muestras para contrastar con su homicidio.

Se hizo el silencio, en el que todos comenzaron a pensar en lo que eso suponía para la investigación. De Benito lanzó una rápida ojeada a todos sus ayudantes.

—¿Algo que decir?

—Se está haciendo justicia divina —murmuró Marga lo suficientemente alto

como para ser escuchada por todos los presentes. De nuevo se volvió a sentir idiota y esta vez no levantó la vista, que tenía sobre la mesa.

—Entonces, está claro que habrá que buscar en personas que tengan motivos para la venganza y, si el caso de Almería se confirma, en casos basados en otras violaciones que hayan cometido en otras ocasiones, como la de hace cinco años atrás. —Carvajal miró a Orol directamente y con intensidad.

—Solo se conoce un caso anterior —saltó rápida Marga, que quería quitar toda la atención que estaba puesta sobre su amigo y compañero Orol—: Rebeca Gálvez.

—Sí, sí, eso ya lo sé —comentó De Benito—, el caso es que habrá que volver a ver en su círculo más directo.

—Pero la persona que sea ¿cómo ha descubierto a los culpables de la violación? —Beni miró escrutador a Orol, que permanecía en silencio, sopesando toda la nueva información y sabiendo que era posible que su nombre y su persona fueran investigados, como policía que era y como posible sabedor de la información. De pronto se acordó de las palabras de Andrés, cuando este le había aconsejado que jamás se involucrara demasiado con las víctimas que viera. Se mordió el labio y cerró los ojos, hecho que para Carvajal fue bastante interesante. «¿Se va a derrumbar?».

—Quizás es otra víctima que jamás ha denunciado y que conocía a los violadores.

—Otra víctima que no sucumbió —puntualizó Carvajal.

De Benito, con su pequeño entrecejo, observaba al equipo trabajar, lo que él quería a partir de ese instante. De momento no iba a quitar a Orol del caso, no al menos hasta que su nombre saliera en alguna parte de la investigación. Obviamente daría orden a los servicios informáticos de la policía de investigar las posibles búsquedas que hubiera realizado en las bases de datos.

—Otra cosa. —La cabeza de Marga trabajaba frenéticamente por hacer que su compañero estuviera tranquilo y que el tema de conversación no estuviera todo el tiempo sobre su figura—. ¿Se pueden identificar a las cinco personas con el video?

De Benito sonrió; esa era una pregunta que había estado esperando. Creía que sería Carvajal el que la haría, ya que era importante en su caso y lo consideraba el mejor preparado de todos, pero este se había centrado en Orol

y en su amiga Rebeca, y no había comenzado a pensar en ello.

—De momento ya se ha comenzado a investigar en el ordenador de las dos víctimas y en sus teléfonos. De ahí podremos sacar alguna información porque, como todos sabéis, ninguno de los cinco había sido hallado por el ADN. A alguno más se le ve bien la cara, pero no a todos. Se escuchan varias voces y se ven algunos tatuajes que podrían ayudar en la identificación de los que faltan. Obviamente hay que ver si el de Almería está entre los cinco del video. —De Benito se dio cuenta de su error y dejó proseguir la cosa como si nada.

—Digo yo que habrá que ver por qué se conocen esos dos, ¿no? —Esas fueron las primeras palabras de Orol, que había estado meditando sobre la posibilidad de que lo apartaran del caso. Él sabía que no era culpable y que jamás sería juzgado, ya que nunca se encontraría información que lo pusiera en un brete, pero él quería ayudar, como así tenía prometido atrapar a los culpables de la violación de su amiga.

—El triunvirato —puntualizó Carvajal mientras se atusaba la barba entrecana.

Beni seguía en silencio la conversación. Por estúpido que pareciera, no dejaba de mirar a su compañera Marga. A él le parecía preciosa y quizás por ese motivo la atacaba tanto en cuanto podía. La atacaba para defenderse de ella también. Meneó la cabeza, ese no era el momento adecuado para pensar en el culo y en las tetas de su compañera. Cerró los ojos al sentir la pulsión entre las piernas y se mordió el labio con fuerza para acabar con todo eso. Miró el reloj, eran ya las 9:30 de la mañana y la reunión avanzaba sin esperarlo.

—¿Y la pistola? —Fue lo primero que se le ocurrió decir.

El resto del grupo había seguido hablando mientras él divagaba, y se hizo un extraño silencio al interrumpir la conversación. Su padre lo miró un tanto extrañado hasta que cayó en la cuenta de a qué pistola se refería su hijo.

—Ah, sí, la pistola. De momento no es importante para lo que nos ocupa.

Beni se sintió un imbécil, como el niño al que le preguntan en clase y dice una cosa que no tiene nada que ver con lo que se está tratando en ella. Aún se sintió peor cuando contempló la mirada del resto del grupo. Marga le había devuelto esa mirada displicente, se sentía superior.

—Vamos a ver —comenzó Carvajal—. Parece ser gente de una edad

parecida, por lo que pueden ser amigos por muchas circunstancias: por ser compañeros de clase, de un equipo, del barrio...

—Seguramente en los móviles tengan el teléfono del resto del grupo, incluso tengan un grupo de *Whatsapp*. —Marga se excitó al sentir que la resolución estaba más cerca.

—Sin embargo, nos falla el de Almería —siguió Carvajal haciendo caso omiso de su compañera—. Hay que comenzar a investigar esa incógnita de la ecuación.

—Pero... si hay cinco en el video, ¿cómo puede estar el de Almería, que lleva muerto mucho tiempo? —Orol habló más para sí mismo que para los demás, pero fue escuchado por todos.

—Esa es una pregunta muy interesante. —Carvajal asintió con la cabeza.

El silencio se hizo unos segundos, cada cual pensaba en cómo cambiaba eso la manera de abordar la investigación.

—Bien. —De Benito comenzó a recoger los folios que tenía—. La reunión ha terminado. A partir de ahora, los cuatro trabajareis en equipo; obviamente Carvajal será el jefe. Os haré entrega del informe de científica y de una copia del video. Hay que ser rápidos, esta información no puede salir a la luz pública. —En la cabeza de todos se dibujó la escena de la prensa, merodeando por la investigación—. Ya sabéis que esto está en el foco de la actualidad. —Con eso se levantó y salió del cuarto. Antes de marchar se giró y comentó que la pistola había sido encontrada cerca del hostel, en una papelería; estaba pendiente de estudio, pero podría ser el arma.

Los cuatro policías se quedaron en silencio durante unos segundos tratando de meterse en la nueva vorágine de trabajo. Tenían que actuar en grupo sabiendo que había algunos piques entre ellos, y lo tenían que hacer rápida y eficientemente.

Orol fue el que primero se levantó.

—Yo voy a ir a consultar a los de científica a ver qué me pueden decir de los móviles y los ordenadores de las víctimas.

Marga, como un resorte y antes de que nadie tuviera tiempo para pensar en dividir los grupos, se levantó y se apuntó a ir con su compañero.

—Después nos vamos a ver a la familia de la segunda víctima.

Beni sonrió al ver a su compañera saltando como una colegiala con tal de no

ir con él. De momento no estaba muy metido en los asuntos de la brigada y tenía que demostrar cosas a su padre, pero en cuanto le fuera posible se encargaría de joder a esa imbécil.

Carvajal, por su parte, se levantó y, sin decir nada a nadie, salió del cuarto, acción que obligó a Orol y a Marga a hacerse a un lado. Al pasar cerca de ellos, escucharon cómo iba hablando para sí mismo.

CAPÍTULO 38

Mientras esperaban en la sala contigua a los laboratorios, Pedro decidió llamar a su nueva compañera de piso. Necesitaba hablar con ella a cada momento, decirle todo lo que ocurría en la investigación y, sobre todo, necesitaba oír su voz. No solo su voz, sino que anhelaba poder disfrutar de su risa.

—¿Sí? —Simplemente escuchar eso ya produjo un cierto cambio en el ánimo de Pedro.

—¿Qué tal la mañana?

—Bueno, he hecho algo de deporte y ahora estaba aprovechándome de tu hospitalidad con un buen desayuno. —Por fin escuchó esa risa y él, a varios kilómetros de distancia y con un caso, que se complicaba por momentos, entre manos, sonrió también. La vida podía ser así de sencilla en algunos instantes—. Pero no te preocupes, que voy a ir a comprar algo, después no sé muy bien lo que haré. Ah, y me he ocupado de esta monada que tienes por aquí molestando. —Volvió a reírse con alegría.

—Pues aquí ha habido novedades y de las gordas. —Escuchó un sonido que identificó como que le instaba a seguir hablando, o quizás fuera Ricky gruñendo—. Parece ser que las muertes de estos días atrás, que llevaban los otros compañeros de sección, están relacionadas con nuestro caso, o sea, con el tuyo.

—¿Cómo? —La cabeza de Rebeca se sumió en un instante en un mar de preguntas que querría que le fueran contestadas enseguida, pero pudo reprimirlas en su interior y quedarse callada. Su mirada, de manera instintiva, fue al mueble bar; volvía a necesitar algo de ese coñac, o quizás algo mejor: un poco de ron con Coca Cola.

—Pues... posiblemente alguien se haya cargado a dos de los asaltantes. —Se hizo un silencio que duró casi medio minuto—. Quizás a tres si contamos a una víctima que hubo en Almería este tiempo atrás.

—Pero... —Rebeca, por primera vez en mucho tiempo, se sintió algo bien. Un ligero sentimiento de fuerza, de vitalidad recorrió su cuerpo al sentir que de una puta vez se hacía algo de justicia con ella. No era de las que creían a pies juntillas en el ojo por ojo, pero era el mejor momento de su vida en los últimos cinco años.

Pedro miró por encima del hombro y vio que su compañera estaba leyendo los informes de nuevo, sentada en una silla de plástico que había justo al lado de la puerta del laboratorio. Parecía que no le estaba haciendo ningún caso y eso le dio fuerzas para continuar; además, necesitaba decírselo a alguien.

—Creo que empiezan a sospechar de mí —soltó la frase como quien suelta la peor noticia del mundo: sin respirar, sin perder el tiempo.

Rebeca, al otro lado de la línea, se quedó de piedra. Esa sensación de bienestar se esfumó en un santiamén. De repente se hizo un vacío en su interior mientras ella misma buscaba la manera de defender a su amigo y de demostrar su inocencia.

—No te preocupes —siguió Pedro mientras caminaba por un estrecho y poco iluminado pasillo, deteniéndose de vez en cuando ante pequeñas ilustraciones que había colgadas cada pocos metros—, no pueden tener nada, pero eso puede hacer que me retiren del caso. Eso es lo importante.

—Solo quedan dos —murmuró Rebeca sin querer que su interlocutor la escuchara.

—Sí, en principio solo quedan dos, pero hay incógnitas que se tienen que responder.

—¿Sí?

—¿Quién los está matando?, ¿cómo se ha enterado de que son los culpables?

—A lo mejor no tiene nada que ver con nosotras. —Rebeca metió en el mismo saco los casos de Sonia y el suyo—. Puede que sea por otras cosas que haya hecho el grupo conjunto, o una parte, teniendo en cuenta que quedan dos. —Se había levantado del sillón y había encendido el ordenador portátil; mientras este se cargaba, fue a la cocina y se llevó un vaso con varios cubitos de hielo a la pequeña mesa del salón.

—Es una posibilidad. —Pedro dio media vuelta y emprendió el camino de regreso por el mismo pasillo—. También existe la duda de si fueron los mismos, y en los dos casos hay cinco asaltantes...

—El de Almería —finalizó ella mientras veía cómo el coñac inundaba los hielos de la copa.

En realidad no había dicho nada, pero los dos entendieron el significado de esa palabra. Si el chico de Almería había muerto meses atrás, ¿cómo había salido su adn en el caso de Sonia?

—¿Te puedo pedir un favor? —comentó Rebeca, como el que no quiere la cosa, sacando a Pedro de sus elucubraciones y ya muy cerca de llegar al lado de su compañera, que seguía imbuida en su lectura—. Mándame los nombres completos de los tres muertos a ver si yo puedo averiguar algo por internet.

Pedro lo sopesó unos instantes. ¿Le habrían pinchado el teléfono como a un sospechoso habitual? Si eso era así, no creía que por la conversación le pudieran hacer nada, salvo abrirle un expediente por facilitar datos de una investigación en curso. Él sabía que no había hecho nada y que nada que le hiciera parecer culpable podría salir a la luz, salvo, tal vez, ser íntimo amigo de una de las víctimas y estar metido en la investigación. Por otro lado, lo último había sido fruto de la casualidad. En el caso de su amiga, de Rebeca, él no había tenido nada que ver, solo había sido el primer policía en llegar al lugar.

—De acuerdo. Te tengo que dejar, ¿vale? Un besito. —Fue la escueta despedida tras medio minuto de silencio, justo en el momento que llegaba al lado de Marga. Esta levantó la mirada unos instantes y le dedicó una ligera sonrisa para seguir en lo suyo.

Rebeca se despidió y dio el primer sorbo de su copa; acto seguido realizó una mueca de asco. Aun así, a lo largo de la mañana, se bebió otra copa entera más, antes de salir a comprar otra botella de lo mismo, aparte de otras cosas.

Orol se sentó al lado de su compañera y mandó un *whatsapp* a Rebeca con el nombre de los dos asesinados de Madrid y del asesinato de Almería.

—Oye, Marga, ¿qué te ocurre? —Intentó iniciar una conversación banal con su compañera para pasar el rato justo en el momento en el que se abría la puerta y el subinspector Tortosa los invitaba a pasar.

Tortosa era un hombre que ya estaba a punto de jubilarse, con el pelo cano y

un bigote bastante poblado; unas pequeñas gafas doradas terminaban de dar forma a su regordete rostro. Era un hombre bonachón y de conversación afable. Cuando se ponía la bata de trabajo, dejaba de ser la buena persona que era en su vida privada; allí era el jefe o el que recibía las hostias de los mandos superiores, según con quién tratara.

CAPÍTULO 39

Beni aparcó en una callejuela cercana a la vivienda de Sergio. El día era soleado y, gracias a que había parado el fuerte viento, incluso hacía calor. Durante el trayecto ambos policías habían permanecido en silencio y únicamente Beni, de vez en cuando, soltaba algún impropio hacia otro conductor por distintos motivos.

Carvajal salió del coche y sintió otra vez ese molesto dolor, que imposibilitaba cada vez más su labor policial. Una artritis en los huesos del pie izquierdo hacía que tuviera que cojear cada vez más. Por desgracia, estaba cada día más cerca el momento en el que tuviera que decir basta y dejar su puesto en esa brigada a otro. Él se tendría que dedicar, los últimos años de su vida laboral, a labores de oficina, nada de investigación, y eso hacía que tuviera días en los que se sentía terriblemente triste. Ese día, de momento, no era así por los grandes avances en la investigación, pero él estaba seguro de que acabaría sentado en su casa, con un caldo preparado por su mujer, mirando la tele mientras en su cabeza los pensamientos más tristes darían vueltas.

No eran ni las once de la mañana y las calles de esa parte de la ciudad de Parla permanecían semidesiertas. Poco antes de llegar al portal, pasaron frente a un pequeño y vulgar bar, una auténtica tasca. Beni ofreció tomar un café antes de subir. Entraron en el bar, en el que tan solo estaban el dueño, secando unos vasos tras la barra, y un hombre obeso y con apariencia de estar en los últimos días de su vida, sentado al fondo, mientras leía el periódico con un vaso de vino y comía unas aceitunas. Este último ni siquiera había levantado la vista cuando entraron ellos.

Pidieron dos cafés y se colocaron en la barra, lo más lejos posible del

camarero y del otro cliente.

—Bueno, bueno, ¿y qué es eso tan extraño que te ocurre con la señorita Margarita? —comentó Carvajal mirando la pantalla del televisor, el cual reflejaba, en esos instantes, un anuncio de coches.

Beni se mordió el labio. No le gustaba mucho hablar de esas cosas, de su vida privada en general y, pese a que se llevaba bien con su compañero, pese a las evidentes diferencias tanto de edad como de filosofía vital, prefería no entrar en detalles ni en guerras en las que sabía que llevaba las de perder. No obstante, él era el hijo del jefe, sabía que estaba allí por su padre y que toda la aversión que pudiera tener su compañera hacia él venía de ese motivo. ¿Toda?

—No lo sé, pregúntale a ella. —Fue lo único que dijo tras esperar a que el camarero terminara de poner el café sobre la barra con gesto de fastidio.

Carvajal lo miró con una sonrisa algo condescendiente. Ambos sabían que los dos sabían qué era lo que sucedía. «Entonces, ¿a qué viene la pregunta?», se dijo Beni antes de continuar.

—Le joderá que mi padre sea su jefe. —Bebió un sorbo de su consumición.

—¿Tú crees?

—¿La verdad?, ni lo sé ni me importa. Yo, obviamente, estoy dentro de la brigada por mi padre, pero soy policía como ella, pasé todas las pruebas y las prácticas, así que... —Negó con la cabeza. ¿Hasta cuándo tendría que defenderse por ser hijo de alguien? Él no había elegido ser hijo de nadie, era algo impuesto y no veía el porqué de tener que estar justificándose cada dos por tres, aunque por desgracia, a veces, entendía a los demás. Pero... ¿alguien le entendía a él?, no lo creía.

—Yo no digo nada. —Se encogió de hombros—. Pero ¿tú qué pensarías si fuera al revés?

—¡Joder!, lo mismo que ella, pero le habría dado una oportunidad como persona, ¿no?

Carvajal volvió la vista a la televisión. Era muy propio de él iniciar una conversación y dejarla cuando ya no le interesaba o ya no quería saber nada más. Por si fuera poco, siempre concluía con esos dos silbidos, que eran muy irritantes. Una vez más los hizo. Los dos bebieron en silencio. El bar continuaba igual, con el dueño secando vasos, el cliente con su vino —intacto — y con su periódico en la misma página; solo las aceitunas habían menguado

en número.

Beni pagó las consumiciones y, mientras aguardaba a que le diera el cambio, volvió a hablar:

—Su problema es que va de guapa, de princesa, y aquí se viene a currar, no a hacer amigos ni enemigos. —Cogió las monedas del cambio y salieron a la calle—. Mi padre la tiene muy calada. —Fue el punto y final de la conversación.

Cinco minutos más tarde volvían a estar sentados frente a la madre y a la hermana de Sergio. Les habían ofrecido algo de beber, pero ambos denegaron la consumición; Carvajal se había tomado otro café, —esta vez, de mejor calidad seguramente, ya que el del bar era malísimo y le había revuelto un poco el estómago—. El dolor punzante en el pie continuaba ahí.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó la madre, vestida totalmente de negro, con los ojos enrojecidos y con unas marcadas ojeras.

Carvajal recorrió con la vista el salón y creyó que todo seguía igual que la primera vez que había ido a ese lugar. La hermana de Sergio abrazaba a su madre con un brazo en señal de consuelo y protección.

Beni sacó una foto de Parra y otra de Soto, el de Almería, y las colocó sobre la mesa del salón, minúsculo, que permanecía abarrotado de cosas que daban la impresión de que fuera aún más pequeño. La hermana puso cara de no entender y la madre negó con la cabeza a la vez que comenzaba a llorar.

—¿Han sido ellos? —dijo la hermana con voz ronca.

—Eh, no, no. No sabemos quién ha sido aún —se apresuró a decir Beni.

Se hizo un silencio en el que solo se escuchaba el hipar de la madre y los ligeros susurros con los que su hija trataba de consolarla —por lo que se veía, con poco resultado—, que lanzaba constantes miradas a las fotos.

—Entonces, ¿los conocen?

—De aquí, del barrio, no son seguro, pero yo no conozco a todos los amigos de Sergio. ¿Pueden ser del pueblo de la novia?

—Podrían ser. Tómense su tiempo.

—Disculpen. —Carvajal rompió el momento—. ¿Podría entrar en su dormitorio?

—Sí, sí. —La hermana se levantó. Beni se fijó en lo que había cambiado en pocos días: estaba mucho más delgada,(que era ya de por sí), más demacrada

y la mirada permanecía algo perdida, como si aún no supiera si lo que había sucedido había sido real o una simple pesadilla.

Entraron en el cuarto y el policía comprobó que ese cuarto seguía igual. Lo único que faltaba era el ordenador, que se lo habían llevado y que estarían destripando en el laboratorio.

La cama, con varias prendas de vestir tiradas encima; las paredes, llenas de pósteres de fútbol y de un corcho con numerosas fotos. Carvajal se preguntó si era mejor dejar los cuartos intactos o rápidamente renovarlos para ayudar a olvidar lo sucedido. Demasiadas veces se lo había preguntado y hasta ese día no había obtenido una solución. Imaginaba que, si a él le sucediera, haría lo que en ese momento le dictara su corazón, que es el órgano que debe reinar sobre la razón en esos instantes.

Se acercó al corcho y contempló las fotos. La otra vez casi ni les había prestado atención, pero en esta ocasión era distinto; tenían unas caras y era posible que estuvieran allí. Casi siempre salían las mismas personas: su hermana, sus padres y una chica, su novia. Creía recordar aquella cara, en más de la mitad de las mismas. Allí no estaban ni Soto ni Parra. Dos fotos grupales le llamaron la atención; una era la de un equipo de fútbol, unas veinte personas, y otra del ejército, unas cien personas a simple vista. Las fotos parecían antiguas y se veía las caras de lejos, pero sería mejor comprobarlas más detenidamente.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el ejército?

—Buff, no sé. Unos diez años, quizás algo más. —Salió del cuarto a preguntar a su madre.

Carvajal siguió mirando, era la segunda vez que lo hacía, y comprobó que tampoco en esa ocasión había descubierto nada importante.

—Diez años. —Volvió la hermana,

«¿Susana?», pensó Carvajal, que no recordaba bien el nombre.

—¿Podría llevármelas? —preguntó solícito. Ante la duda de la hermana, se apresuró a apuntar que serían devueltas de manera rápida.

—¿Cómo el ordenador? —Notó un tono de reproche y algo de ira.

—Bueno, eso es algo que se escapa de mis manos. Son los técnicos, y tenga en cuenta de que quizás, gracias a lo que encontremos en el ordenador, se pueda atrapar al asesino de su hermano.

—Sí, sí, por supuesto. —Bajó la mirada y se apartó para dejar pasar al policía.

Carvajal notó que la tristeza y la melancolía volvían a refugiarse en el apagado rostro de Lucía; se acordó de que ese era su nombre.

Otra vez en el salón, llegó a tiempo para ver a su compañero guardar el boli y el papel mientras negaba en señal de no haber tenido grandes resultados. La madre se levantó con un enorme esfuerzo para acompañarlos a la puerta.

—No se preocupe, señora. —Carvajal se acercó a ella y la invitó con un leve gesto a volver a sentarse.

—El ejército. —Ella murmuró para sí misma al ver la foto que portaba en la mano, y se sentó en el sillón—. Hace poco estuvo con algunos de ellos. Yo creo que sus mejores amigos los hizo allí. —Pasaron unos segundos—. Los mejores momentos de su vida los pasó allí, seguro. —Cerró los ojos tratando de recordar esos días.

—¿Hace poco? —El semblante de los dos policías cambió de pronto, quizás no estaban perdiendo el tiempo—. ¿Sabría decirme cuándo? —Volvió a mirar la foto que llevaba en la mano; ¿y si estuvieran allí los otros violadores?

Madre e hija se miraron inquiriéndose.

—Sería algo antes de Nochebuena. Cada varios años hacen una cena para recordar viejos tiempos y no perder contacto, incluso vienen de fuera de Madrid.

—¿De dónde? —Beni saltó como un galgo ante la carrera de una liebre.

—Buff, Sergio era muy suyo. No lo sé. —Madre e hija volvieron a mirarse y levantaron al unísono los hombros en señal de desconocimiento.

Ambos policías se despidieron y volvieron a prometer que atraparían al culpable y que pronto les devolverían las pertenencias. La madre de nuevo se quedó llorando sola en el salón mientras que Lucía, con cara de circunstancias, cerraba la puerta del hogar, que por desgracia ya no volvería a ser nunca lo mismo.

Ya de nuevo en el coche, Beni habló justo antes de ponerlo en marcha.

—¿Tú qué opinas?

Carvajal lo miró de manera rápida y silbó dos veces, pero no dijo nada. A veces un gesto habla por sí solo y Beni comprendió que su compañero estaba seguro de estar por fin en el camino correcto.

CAPÍTULO 40

Rebeca contemplaba el hielo, que se deshacía lentamente y se mezclaba con el coñac con el fin de rebajar un poco su sabor y su graduación. Su móvil descansaba plácidamente al lado, tirado en el sofá, y ella estaba absorta, pensando en mil cosas y en ninguna en concreto. El pitido de su ordenador la sacó de aquel lugar en el que se encontraba, y de manera instantánea volvió al mundo real. La batería estaba punto de acabarse. Miró el reloj del móvil.... ¿Cuánto tiempo llevaba ida?; no lo sabía a ciencia cierta y no tenía la intención de pararse a pensar en ello. Cerró sus enormes ojos marrones, se levantó y, tras buscar el cable, enchufó el ordenador a la red. Se conectó a la red por el wifi de Pedro, el cual le había dado sus claves en otra ocasión en la que había estado en su casa, y se puso a navegar por la red.

Primero introdujo en Google los nombres completos de los tres. Tuvo suerte: dos de ellos tenían perfil, o al menos alguien con el mismo nombre, en Facebook. Uno de ellos, también en Instagram. Dejó eso para más tarde y bajó un poco más en la pantalla. El nombre del tercero salía en distintas páginas de ayudas a la ganadería y la agricultura de Almería.

Sergio Lafuente también tenía una aparición en la plantilla de un equipo de fútbol. Alejandro Parra tenía otra entrada. Por lo visto le había tocado un piso de vivienda protegida en la comunidad de Madrid; ahora su dirección de poco importaba. Rebeca sonrió con languidez.

Se cogió un mechón de pelo y comenzó a enroscarlo. Con la otra mano se llevó el vaso a la boca y bebió. Seguía leyendo entradas hasta que, en un momento dado, su corazón se paró de golpe. No dejó el vaso en la mesa, sino que lo sostuvo cerca de su boca, sintiendo el aroma que el coñac desprendía. Los nombres de los tres salían en la misma entrada: «Compañía 10 del Cie de

Cáceres durante el año 2000». De ahí se conocían.

Abrió la página y copió con avidez, como si la vida se le fuera en ello, un listado de 116 nombres; 14 de ellos eran mujeres.

—Aquí tienen que estar los otros dos —habló consigo misma. Después volvió a beber un ligero sorbo.

Tras dejar el listado de los nombres copiado en un archivo de Word y dejarlo oculto, abrió su perfil de Facebook y buscó a Sergio. No era muy activo en ese perfil y tenía 157 amigos. Era el momento de comparar. Por el nombre completo, le salieron 17 que coincidían con la lista; dos de ellos eran mujeres. Lo dejó ahí de momento.

Los ojos comenzaban a escocher por la exposición ante la pantalla del ordenador. ¿Serviría de algo todo aquel trabajo?; aunque simplemente lograra hacerla sentir algo mejor, estaba segura de que sí.

Comenzó la búsqueda con Alejandro Parra. Este era mucho más activo, tenía 324 amigos; del listado, por nombre completo, coincidían 25, más 6 mujeres. Aparte de esa lista, 10 nombres coincidían con los amigos de Sergio, que tenían nombres falsos, como Charles106. Iba a ser un trabajo duro. Tenía que buscar también a Andrés Soto; seguro que estaba allí con otro nombre, pero tenía que estar. Apuntó pedir a Pedro las fotos de los tres e inmediatamente mandó un mensaje a su amigo. No tardó demasiado en recibir lo que había pedido.

Miró de nuevo el reloj al sentir que las tripas se le movían. Sintió un hambre voraz; no obstante, le habían dado casi las 13:00 h de la tarde. El escozor de sus ojos se hizo aún más notorio y sintió además un cierto dolor punzante en la cabeza. Era el momento de parar un tiempo, de dejar que la cabeza se relajara para poder discernir luego con mayor claridad. Volvió la vista al vaso de coñac, casi acabado, y se preguntó cuántos llevaría. Había estado tan absorta en el trabajo que no se había parado a pensar en ello. ¿Uno?, ¿dos?..., ¿tres?; meneó la cabeza.

Pese a todo se sentía algo eufórica. Le daría a Pedro el caso en bandeja; él había encontrado la pista y ella solo tenía que ir tirando del hilo hasta llegar al meollo de la cuestión.

¿Sería feliz el día que los viera entre rejas? Se mordió el labio inferior, un gesto demasiado típico en ella, y supo que no sería más feliz, pero sí que se

sentiría mejor consigo misma. Satisfecha sería la palabra adecuada, y sabía que por fin dejaría de sentir esa angustia que la corroía por las noches en la oscuridad de su habitación.

¿Y si murieran todos? Cerró los ojos y apuró todo el vaso. Una parte de ella así lo deseaba, pero otra parte quería cogerlos y que pagaran en la cárcel por sus actos; eso era lo correcto. Encendió la televisión.

CAPÍTULO 41

Orol caminaba de manera absorta por el estrecho pasillo que formaban las mesas y cubículos. Pensaba, obviamente, en su amiga Rebeca. Al escuchar en su cabeza esa palabra, «amiga», se sintió triste, con un hondo vacío interior; sin embargo, él era mayor que ella y sabía que no estaba preparada para una relación.

¿Tenía acaso el derecho a ponerla en ese difícil trance? No podía obligarla a elegir entre la amistad y el amor, y más cuando él era el único verdadero amigo que ella tenía. Además, él sabía que ella jamás tendría una relación normal con un hombre.

No, definitivamente se tragaría esos sentimientos que comenzaban a aflorar en su cabeza. Volvería a llamar a esa última chica, ¿cómo se llamaba? Cerró los ojos por el asco que sintió al verse con ella otra vez. Recordó la imagen, que se había quedado grabada a fuego en su cabeza, por la que no querría volverla a ver. Ese rostro desfigurado por el placer, mientras él la penetraba, le causó aversión, repugnancia.

Qué bajo había caído y qué sucio se había sentido después. Sin embargo, se sintió más sucio por haberla tratado de esa manera, como mercancía barata.

La voz monótona de Tortosa lo precedía pese a que él seguía sin prestar ninguna atención. Marga caminaba al lado del inspector de científica, asintiendo de vez en cuando. De manera fortuita su mirada buscó el trasero de su compañera: lo tenía bien puesto. Él había pillado ya a demasiada gente fijándose en este, y se había reído por dentro de la debilidad sexual del hombre. Ahora se tendría que reír de sí mismo; de hecho se rio con una ligera mueca jocosa en los labios. Por el contrario, ¿las cosas hermosas no estaban hechas para ser vistas y observadas? Ahora los entendía a todos.

Llegaron a una mesa en la que había otro policía tecleando en su ordenador. Orol meneó la cabeza, tratando así de disipar esos pensamientos infantiles y estar donde debía en esos momentos.

—Este es nuestro crack, Salas. —Tortosa se colocó tras el compañero y posó una mano en su hombro—. Descubre todo lo que tengan en estos aparatos.

Orol vio con una sonrisa cómo miraba a Marga al saludarla. No era más que una rata de la informática; seguramente, al llegar a casa esa noche, volvería a pensar en su compañera.

—Aquí hay pruebas suficientes para meter en la cárcel a varios. Yo creo que sé quiénes son esos cinco. —Los tres recién llegados se miraron con interés—. Los de la violación, claro.

—Ja, os lo dije. —Tortosa golpeó en la espalda a Salas y siguió riéndose él solo—. ¿Qué tienes?

—Hay dos videos, las dos violaciones, y hay un tercero de otra agresión, pero de pésima calidad. No se ve casi nada, pero en el audio se percibe que es otra violación.

Todos se miraron interrogativamente. Salas siguió a lo suyo y, en una esquina de la pantalla, se abrió un video. Era de ínfima calidad y no mostraba ningún rostro; sí se veía lo que parecía un tatuaje y en el audio, malo también, se escuchaban voces distorsionadas, gritos, risas y el llanto de una chica. Era un video corto, de 35 segundos, que no daba mucha información, pero era posible pensar que allí estuviera una tercera víctima. ¿La primera, tal vez?, ¿o quizás era Rebeca, o Sonia?

—Tiene que ser otra agresión —manifestó Marga.

Los otros tres la miraron con sumo interés, cada uno pensando en sus respectivas cosas.

—¿Por qué iba a guardar un video de alguna de las otras dos violaciones teniendo ya videos mucho mejores de las mismas?; no tendría sentido —instó a Salas para que volviera a poner el video.

Orol, que aún estaba fuera de la conversación, hizo un gesto ambiguo a la vez que Tortosa reía y alababa la belleza y la astucia de su compañera.

Salas volvió a poner el video y mientras, en el ordenador, en otra ventana, mostró lo que parecía una conversación. Nadie hablaba, aguardando las

explicaciones pertinentes y escuchando de nuevo el sonido. A Orol le vino a la cabeza la noche fatídica en la que había conocido a Rebeca, esa noche que habría querido borrar de su cabeza miles de veces.

—Bueno, este tío, Sergio, era un buen salido. Guardaba un montón de videos porno en el móvil y en su ordenador, visitaba decenas de páginas con gran asiduidad. Muchas de ellas con videos algo fuertes, tipo Bondage o violaciones. —Salas hablaba con voz monocorde, tranquilo, como si estuviera ofreciendo el parte meteorológico; mientras, Marga sentía auténtico asco y Tortosa seguía realizando muecas con su bigote, haciendo parecer que todo era un chiste, y lanzaba miradas a la chica del grupo—. También tiene algo de zoofilia. —Puso cara de resignación.

—Como el Piti del pueblo, que se tiraba a sus ovejas. —Le dio un fuerte golpe a Salas en la espalda a la vez que reía de nuevo.

Marga puso gesto contrariado, pensaba que había que tener algo más de sensibilidad con las víctimas. ¿Acaso no estaba hablando de la vida de varias personas y de la vida de las familias, por supuesto?

Orol sonrió, pero pensando en que en la policía parecía que siempre ascendían los más tontos. Eso era algo que había hablado constantemente con todos sus compañeros, incluso se lo llegó a manifestar a algún oficial que se creía ser el rey del mundo.

En el ordenador también guardaba algunas *selfies* en pelotas y algún video con una chica, su novia —por lo que parece—, ya que con la misma chica tiene un montón de fotos en viajes y otros sitios.

Marga pensó en que una vez había dejado que un chico le hiciera un par de fotos muy eróticas. Por aquel entonces se podía decir que eran pareja, pero obviamente ya no estaban juntos y esas fotos, pese a que le había pedido que las borrara, habían escapado de su poder. «¿Cuántas personas las habrán visto?», pensó con nostalgia y con algo de enfado por su estupidez adolescente.

—El otro es algo más normal; eso sí, casado y con varios perfiles en distintas redes para conseguir pareja. Tengo que mirar más, pero no tenía mucho éxito y conversaba con pocas y distintas mujeres, pero... lo importante es lo siguiente. —Se hizo un silencio tenso mientras abría, al completo de pantalla, la anterior ventana con la conversación.

Orol trató de leer algo, pero estaba muy lejos y demasiado absorto aún en sus propias reflexiones. Marga, por su parte, miró al inspector y lo pilló echándole una buena mirada a su pecho. Este simplemente se encogió de hombros y sonrió.

—Parra. —Prefirió hablar algo del caso antes de vomitar allí mismo—. Había quedado con una mujer, se supone, el día en que lo mataron. Podría estar entre esas que hablaron con él por esas páginas. —Salas asintió dando a entender que más tarde seguiría por ese camino.

—Los dos estaban en un grupo de *Whatsapp* con cinco componentes. — Todos se miraron al oír esto—. He investigado los otros tres números y... —Se giró en su silla sabiendo que era el centro de atención, y miró a Marga. Esta lo miró a los ojos y Salas bajó la vista, nervioso.

—Venga, chico, que se nos pasa el arroz —bramó Tortosa.

—Soto, el hombre de Almería, es otro. Por supuesto que no entra en las conversaciones, ya que lo echaron del grupo, pero hace meses sí estaba. Me costó verlo, ya que ahora tan solo son cuatro números; los otros dos pertenecen a esta gente. —Les tendió una hoja con los nombres—. No tienen antecedentes; uno vive en Toledo y del otro, su última vivienda conocida está en Canarias, con sus padres.

Orol cogió el papel con todos los datos y se lo guardó en el bolsillo. Estos eran, pero... ¿quién cojones era el cuarto violador de Sonia? ¿Acaso no era el mismo adn de Soto? Sin embargo, ese hijo puta llevaba muerto varios meses ese día. Obviamente ya sabía qué adn no había participado en la segunda violación y no era por haber estado muerto.

CAPÍTULO 42

Andrés Jaramillo había salido a dar una vuelta con el perro como casi todas las mañanas. No obstante, vivía en un pueblo cercano a Madrid y aún más a su último destino. Le encantaba caminar entre los pinares de los montes anexos cuando la luz diurna aún era difusa. A lo largo de esos paseos, recordaba sus escarceos en la guerra de la extinta Yugoslavia. Durante esa época fue feliz. Pasó miedo, por supuesto, y en alguna ocasión creyó que iba a morir, pero fueron los mejores momentos de su vida militar.

Siempre pensaba con nostalgia en los miembros de los ejércitos de otros países y en cómo eran recibidos al volver de una guerra. Aquí, en su país, no había honores ni eran recordados como lo que eran, hombres de valor. Una mísera medalla, una condecoración era lo único que le habían hecho al volver de jugarse la vida. Era triste.

Ahora dejaba pasar los días en horarios de oficina y con una labor de oficina. Los días se le hacían interminables; solo el pensar en su futuro último ascenso y en su inminente jubilación hacía que todo aquello fuera más llevadero.

Llamó a Thor con un potente silbido y se ajustó el gorro de lana que llevaba puesto. Era el momento de volverse al pueblo. Ese día no tenía que ir a la oficina; eran vacaciones de Navidad y, por suerte, su mujer se había ido a pasar unos días a casa de un hijo que vivía en Valencia, otro antiguo destino.

Su vida de pareja había terminado muchos años atrás. Ahora simplemente se aguantaban, compartían espacio vital y gastos; también, de vez en cuando, hablaban y hasta salían a dar un paseo juntos con Thor. El perro era su nexo de unión, como en otras parejas lo son los hijos. Sus hijos, dos, habían volado del nido muchos años atrás y Andrés tampoco tenía casi relación con ellos.

—La guerra te cambió —le había dicho Lines, su mujer. «Cómo cojones quieres que no me haya cambiado», pensaba todos los días de su vida.

Andrés y Jorge, sus dos hijos, también se distanciaron de él, tanto que ahora sus Navidades las pasaba solo. Por suerte había empezado a disfrutar de esa soledad, y su mujer le dejaba, siempre que podía, a Thor, un podenco precioso y dócil.

Se quitó un guante y se agachó para acariciar al perro, que había vuelto obediente a su llamada. Un rayo de melancolía cruzó su mente al pensar en sus tres nietos, dos niñas y un niño, todos de Jorge, el hijo que vivía en Valencia. Andrés, el primogénito, le había salido maricón, y obviamente de él no iba a obtener nietos. Nunca lo despreció de manera abierta, pero estaba claro que era una mancha en la vida de un militar como él.

Sin embargo, sabía que, con sus pequeños gestos y sus escasos cariños hacia él, se había ganado su distanciamiento con el tiempo. Suspiró sabiendo que no había sabido comportarse como padre, al menos con él.

Comenzó a caminar en busca del sendero que lo llevara al pueblo, Zarzalejo, situado al noroeste de Madrid, entre montañas, con Thor tras él. Antes de ir a su casa, seguiría bajando hasta el pueblo y entraría en el bar de la plaza para tomar un café. Por suerte, para él y para su podenco, Carlos, el propietario, permitía la entrada del animal, el cual se sentaba a sus pies y no se movía durante todo el rato que estuviera en el local. Después se iría a casa y leería un rato, tal vez incluso pintara uno de los soldados de plomo nuevos que tenía. Trató de recordar cuál había sido su última adquisición... ¿y el último que había pintado? Sonrió con tristeza al comprobar que estaba perdiendo la cabeza. Toda una vida dedicada a los demás y ahora, que pronto tendría tiempo para él, enfermaría de la cabeza y no podría disfrutar.

Tras un recodo del sendero, oteó el tejado de su vivienda. Bajaban con parsimonia el puerto de la Cruz Verde por entre los pinares, y deseaba que el tiempo se detuviera en aquellos instantes, momentos en los que de verdad se sentía unido a la vida y a la naturaleza.

De repente una rama crujió su espalda. No era un sonido sorprendente en un hábitat lleno de distintas especies animales; sin embargo, el carraspeo que se escuchó después sí había sido algo más que sorprendente. Casi nunca se encontraba con nadie en sus paseos matutinos, sabía muy bien por dónde ir

para poder disfrutar de la soledad. Andrés Jaramillo se giró y su instinto de supervivencia militar le advirtió del peligro. Por primera vez en mucho tiempo, aguantó la respiración, temiendo la muerte, tal como lo había hecho en numerosas ocasiones en Yugoslavia.

Vio una figura humana, embozada por el frío, y se sintió estúpido. ¿Quién coño iba a querer hacerle daño a él? Sonrió y levantó la mano en señal de saludo.

Una ráfaga de viento gélido penetró entre sus ropajes y a su mente acudió el recuerdo de las últimas víctimas que habían salido en la noticias. ¿Sería el destino?; él las conocía.

¿Era una mujer? La figura se acercó lentamente, exhalando nubes de vapor. Andrés se dio cuenta de que Thor había vuelto a desaparecer. Otra vez sintió cierto desasosiego. Volvió a sentirse estúpido. Un militar condecorado como él, ¿miedo a una mujer?

Esbozó una trémula sonrisa que se esfumó y se convirtió en una mueca de pánico al ver que la extraña figura extraía un arma de la parte trasera de sus pantalones. La sangre dejó de circular un instante y supo que ese día había llegado el final. «Adiós, a perder la memoria», pensó con aire de pesimismo.

Entonces, lo comprendió todo. Aún antes de saberlo, su cerebro recordó a aquella chica que había ido a pedir ayuda, aquella pobre chica que había manifestado haber sido violada por varios compañeros.

Él siempre había abogado por un ejército de hombres. Solo los hombres están capacitados para la guerra; las mujeres son débiles de corazón y demasiado sensibleras. No era cuestión de machismo, era cuestión de supervivencia. Además, la convivencia en los cuarteles podía convertirse en Sodoma y Gomorra, pero... ¿quién lo iba a escuchar a él? El mundo avanzaba y por desgracia solo lo hacía en una dirección, y él no podría hacer nada para evitar que las mujeres se colaran entre sus subordinados. Incluso, con el tiempo, fueron sus superiores. Jaramillo tragó bilis.

Sin embargo, esa conversación lo persiguió durante mucho tiempo. ¿Se había equivocado? Él estaba hasta las narices de ver cómo en el cuartel follaban a todas horas. Parecía más una universidad o un instituto, al que se va más a ligar que a otras cosas, que un cuerpo con régimen castrense, una organización que tiene como primer fin salvaguardar la libertad de todos los ciudadanos y

proteger la soberanía del país frente a los demás. Por desgracia él veía que su querido ejército ya no era lo mismo.

Por eso, cuando vio a aquella chica plantada delante de él, contándole aquella historia, se alegró. Se alegró y deseó que fuera verdad, que eso hiciera que las mujeres se fueran de su ejército. Al fin se darían cuenta de que aquel lugar no era para ellas. Por eso la mandó a paseo, no iba a hacer nada.

¿Joder la vida de cinco buenos chavales? Ella seguro que algo buscaba aunque luego se arrepintiera. ¿No les sucede a muchas mujeres que salen de fiesta y al día siguiente, cuando se dan cuenta de lo hecho, se sienten sucias? Eso era, probablemente, lo que a ella le había pasado y, si no, ¿qué hacía con ellos por la noche?

En su fuero interno pensó: «Que se joda, que se jodan todas las mujeres». Ahora esa mujer, esas mujeres clamaban venganza. Había llegado su momento. ¿Un hombre que sobrevivió a la guerra, muerto a manos de una mujer?

Sintió que la sangre le hervía, pero no creía que pudiera hacer nada para evitarlo y, además, acaso quería...

—¿Te acuerdas de mí? —La figura habló, a tres metros de él, con una pistola que apuntaba a las tripas. Marian se bajó la braga que llevaba ocultando un tanto su rostro y protegiéndolo del frío reinante, y sonrió.

Andrés trató de recordarla. Era una chica guapa, con sus pecas, con su pelo ondulado y con una buena figura. Ahora parecía haber envejecido muchos años, estaba mucho más delgada y eso se notaba en su rostro, afilado y pálido.

—¿Has sido tú? —No hacía falta más. Andrés había estado muy atento a las últimas noticias acerca de la muerte de sus expupilos y, sumando, había llegado a la conclusión de que, si no era ella, sería un familiar u otra víctima. Pero... ¿habría otras víctimas?: seguramente. Esa vez les salió demasiado bien, ¿por qué no iban a seguir?

Marian sonrió. Miró el reloj, las 11 de la mañana; había estado buscándolo más de media hora. Por suerte no era la primera vez que lo seguía, nunca antes se habían cruzado ni ella creía que él hubiera sospechado de su presencia. No obstante, las cosas se estaban precipitando.

Había que actuar con prontitud y Andrés era el mejor situado. No había conseguido dar con Daniel «el Canario» Gorgoles en mucho tiempo; de hecho sabía que había estado en el extranjero currando, pero estaba casi segura de

que estas Navidades había vuelto. Si no, ¿cómo alguien los había incitado a repetir lo de la violación?; Gorgoles era el candidato número uno, él era el jefe.

Ignacio Duque era el último y con ese no sabía bien qué hacer. Era un débil y había sido el único que había pedido perdón aparte de que, según recordaba, el miedo no lo había dejado terminar. El perdón había sido un perdón falso y retrasado en el tiempo, pero algo era algo. Era un miedica, quizás su mayor condena fuera vivir con las imágenes de la violación en su cabeza, quizás con los años se había vuelto igual de hijo de puta que los demás; de ahí la duda. Además, ¿acaso no era Nacho el chico por el que se sentía atraída?; por lo que parecía, habían seguido actuando en comandita años después.

—Podrías haber evitado todo esto. —Hizo un gesto tratando de referirse a las últimas muertes y a las otras violaciones.

Reinó un silencio entre ambos, silencio roto por los típicos sonidos de la naturaleza: un pájaro que emprende el vuelo, ramas que se mecen con el viento, animalillos que corretean por la hierba...

—El ejército no está hecho para vosotras.

A Marian le sorprendió ese comentario; ¿tenía valor? Creía recordar que el teniente Jaramillo tenía fama de torpe y de estúpido, no de valiente, pese a haber estado en la guerra.

—Aún recuerdo el primer día que te vi. —Comenzaba a hacer frío de verdad. Una fuerte ráfaga de aire movió las hojas de los árboles y el rocío empapó a los dos interlocutores. Andrés hizo un gesto para que ella lo siguiera y ambos comenzaron a caminar. La dirección no era otra que su solitaria casa; solitaria de personas y de vecinos, ya que era la única que había en varios cientos de metros a la redonda—. Eras una chica demasiado femenina para esa vida...

—Ahora soy policía —cortó ella con algo de orgullo.

Andrés sonrió y se volvió unos instantes. Vio en el rostro de la que sería su asesina mucha pena, vergüenza y un sentimiento de soledad y vacío que la muerte no llenaría. ¿Acaso no había matado ya?

Jamás sería feliz y eso ambos lo sabían.

—Tengo un familiar que es policía, ¿sabes? —Lanzó una nerviosa carcajada y Marian vio temblar toda la papada de su interlocutor—. ¿Sabes qué me

dice?: que las mujeres policías son funcionarios con pipa. —Volvió a reír.

Marian lo seguía y sintió su orgullo herido. Orgullo de policía y de mujer. Dio dos rápidas zancadas y lo golpeó con la palma de la mano izquierda en la cabeza. No fue un golpe fuerte ni le hizo nada de daño, simplemente lo sorprendió y se trastabilló.

—¡Cállate! —ordenó.

Thor se acercó y gruñó un poco para enseguida volver a irse directo a la puerta de la casa.

El teniente se paró, recobró un poco la compostura y se giró para mirar a su antigua subordinada. Pensó en abalanzarse sobre ella, estaba casi seguro de que lo conseguiría. La sorpresa y el frío harían que no le diera tiempo a responder con la velocidad suficiente, pero luego... ¿qué? Quedaría como aquel que había permitido una violación múltiple en su grupo. No querría ver la mirada de sus hijos o de su mujer, pese a que la vida los había separado un tanto al enterarse de su oscuro pasado. No, quizás había llegado el momento de morir, no tenía mucho por lo que luchar.

Su mirada fue de nuevo a Thor, ese podenco que lo aguardaba en la puerta de su hogar. Era lo único.

—No hay nadie en casa.

—Lo sé. —Marian había estudiado su hogar antes de salir en su busca y se había asegurado de que allí no hubiera nadie.

—No dejes solo a Thor. —Por primera vez se le atragantaron las palabras. Ella hizo un gesto de asentimiento.

Entraron en la casa. Lo primero que había era un *hall* pequeño con un espejo enorme, un cajetín para las llaves y un cubo repleto de paraguas. Tras la puerta que daba al salón, un perchero con varios abrigos e impermeables; allí dejó Andrés su cazadora, fue un acto reflejo. Entraron en un frío salón. A la derecha había una chimenea con restos de haber estado encendida hacía poco tiempo. Al fondo, un mueble con una televisión enorme y un montón de fotografías llamaron la atención de Marian; muchas eran de sus hijos en distintas épocas de su vida; también había fotos de varios perros y muchas con el teniente en el ejército.

—No pretendía ofenderte —volvió a hablar—, pero ¿tú crees que vuestros compañeros van seguros a las reyertas o a un domicilio con alguien agresivo,

con una damisela al lado? —Se sentó frente a la televisión y al segundo se levantó; fue a la cocina, a la que se accedía por una puerta lateral, y llenó el tazón de agua y el de comida del perro. Thor entró en la cocina y él, al salir, cerró la puerta.

Marian miraba una foto de su anfitrión vestido de gala; mostraba varias condecoraciones sobre su pecho, casi todas ellas obtenidas seguramente durante la guerra. Ella lo recordaba hablando de ello con cierto orgullo en el ejército.

—Estoy en la oficina de denuncias.

Andrés asintió. Parecía que ese comentario sostenía totalmente toda su argumentación anterior.

—Pero también he estado en la calle, ¿sabes? Hoy me voy a cargar a un héroe de la guerra. —Levantó un tanto las cejas y en su voz apareció un ligero toque de ironía. Andrés volvió a asentir.

Estuvieron otra vez un tiempo en silencio. Después Jaramillo ofreció un café y ella accedió. Estaba helada. Mientras lo veía trajinar en la cocina, pensó en el porqué de no haberle metido ya un par de tiros a ese cabrón. «Un par de tiros, me tomo el café y me piro», pensó.

Sin embargo, por primera vez no las tenía todas consigo; con Jaramillo todo era diferente. Obviamente tenía que pagar, por encubridor, pero el teniente no la había agredido. Simplemente tuvo miedo, o ideas de otra época se cruzaron por su mente, ideas que ella creía había desterrado hacía tiempo. Además, aún tenía que escucharle pedir perdón, eso era lo más importante para ella, y por supuesto que le dijera el porqué.

Andrés dejó el café sobre una mesa redonda que había cerca de la chimenea y él, con su taza, se marchó de nuevo a su sillón. Se sentó de espaldas a ella, encendió la televisión y en esta aparecieron los típicos anuncios navideños, los que con los años Marian había llegado a odiar más que a nada en el mundo. No obstante, le recordaban el peor momento de su corta y triste vida.

—¿Por qué?, ¿por qué no me hizo caso? —Marian tenía que esforzarse sobremanera para no llorar—. Si la agresión me dolió, su actitud me hundió.

Se hizo de nuevo el silencio. Andrés sorbió algo de su café y ella contempló su nuca, escasa de pelo, y supo cómo lo tendría que hacer; de esa forma le sería más sencillo, ya que algo en su interior estaba derritiéndose y no

conseguía las fuerzas necesarias. «¿Se ha colocado así a propósito?».

—No supe qué hacer. Yo pertenezco a otra época, jamás os he visto con buenos ojos y, sin embargo.... —Su voz tomaba fuerza a medida que hablaba—. Sin embargo, ahora, al final de mi vida... —Dejó un punto de interrogación—. Me doy cuenta de lo equivocado que estaba; eras mucho más válida que otros y yo... —Comenzó a llorar; eso era algo que ella no esperaba—. Solo te pude ver como una niña guapa y delicada, una niña que además me podía crear innumerables problemas al contar eso. Sin embargo, ya todo me da igual, mi vida ha estado plagada de malas decisiones. —Otra vez se hizo el silencio. Jaramillo dejó su taza sobre la mesa y lanzó un hondo suspiro.

Marian paseó su mirada por la estancia y por primera vez se dio cuenta de lo solo que debía encontrarse el teniente en esas épocas. El perro otra vez había desaparecido en la cocina y no se escuchaba nada en absoluto, salvo los sollozos entrecortados del anciano. Ella también tenía los ojos anegados de lágrimas y un nudo en el estómago que no la dejaba pensar con suficiente claridad. ¿No sería mayor castigo dejarlo vivir con su conciencia?

—Lo siento. —Escuchó una voz lejana: era la voz del teniente Andrés Jaramillo, y eso por fin hizo que se decidiera.

CAPÍTULO 43

Beni seguía dándole vueltas a la estúpida pregunta que le había hecho su compañero, mientras volvían a la base de su entrevista con los familiares de Sergio.

«Si estuvieras solo en un cuarto con una mujer gorda que se te insinuara, ¿qué harías?»: esto le parecía una estupidez que de vez en cuando le preguntaba. No entendía demasiado bien ese triste sentido del humor de su compañero; si él supiera lo que de verdad pensaba, no le haría esas preguntas sin ningún sentido.

Carvajal, por su parte, se sentía satisfecho ya que, cuando hacía esas preguntas, su compañero se callaba automáticamente, algo enfadado. De esa manera él podía reflexionar sobre sus cosas y en aquel momento tenía mucho que pensar.

Se sentó en su silla, en un espacio apartado del resto de la oficina. Posiblemente en su día fueron dos pequeños cuartos que, por motivos de trabajo, decidieron unirlos, quitando la pared y dejando una enorme puerta rodeada de dos paneles de cristal, lo justo para que Carvajal sintiera que estaba solo.

Beni comentó que iba a bajar a la cafetería a por algo de comer. Carvajal le dedicó una sonrisa pícaro, había conseguido lo que quería: que lo dejara en paz unos instantes.

Cuando salió su compañero, él cerró los ojos con fuerza para poder meditar. Estaba claro que el caso comenzaba a avanzar con velocidad y que posiblemente, en pocos días, estuviera solucionado. Después él, quizás, se cogiera unas minivacaciones y meditara sobre su futuro. Estaba encantado con su trabajo y comenzaba a querer a su compañero, pero se sentía ya algo fuera

de lugar. Quizás había llegado el momento de tener un puesto con horario de oficina; de hacer una vida familiar algo más intensa ahora, que ya quedaba poco para disfrutar con sus hijos; pasar más tiempo con Mónica y sobre todo con Patricia, su preferida.

Abrió los ojos y por primera vez se dio cuenta de que allí había dos sobres que él no había dejado. Uno era de El Escorial, de informática, enseguida supo lo que eso significaba; el otro era de la brigada de científica, ese le extrañó un poco más aunque estaba seguro de que guardaba alguna relación con el caso que ahora les ocupaba.

Abrió el sobre de la brigada de informática y allí comprobó que venían perfectamente detalladas todas las consultas que Pedro Orol Álvaro había realizado en las bases de datos de la policía. Estos no le decían nada, pero en la última página vio un listado de los nombres más buscados. Algunos se repetían mucho; todos tenían alguna relación con el caso de su amiga, pero no tenían nada que ver con los nombres de los muertos de esas últimas fechas. Uno se repetía por encima de todo: Carlos Pulido Vigas, el novio de su amiga en el momento del asalto y con el cual había discutido horas antes.

—Ahh —suspiró agradecido por esos datos. Su compañero no sabía nada de nada y había dado palos de ciego mientras seguía obsesionado con el caso de su amiga; también creía que algo celoso con el exnovio de ella.

De pronto una pequeña luz fue haciéndose paso en su cerebro. Ese nombre había salido ya en el caso, él lo había escuchado y se lo recordaba por qué tenía un amigo de la infancia con el mismo apellido, Vigas, que —por otra parte— era la manera que tenían de llamarlo. Ni siquiera se acordaba del nombre del amigo, pero sí de su apellido.

Sacó todos los papeles que tenía del nuevo caso y se puso a revisarlos. En ese momento entró Beni con una Coca Cola en la mano.

—Ven un momento —lo urgió.

Beni se acercó a su mesa con el cejo fruncido mientras se arrasaba la incipiente barba, la que conseguía tener siempre en ese estado: incipiente.

—Busca a este tío. —Le pasó el nombre de Carlos.

Beni se quedó pensativo unos instantes y su cejo se arrugó aún más. Ese nombre también le sonaba bastante.

—A ese tío creo que lo he interrogado yo —dijo no muy seguro.

Carvajal dejó lo que estaba haciendo y lo miró con extrañeza pero con alegría. La cabeza de su compañero era mejor que la suya para esos datos.

—Sí, creo que sí. Estaba alojado en la pensión donde asesinaron a Parra, casi seguro. —Se volvió a su mesa y se puso a hurgar en su ordenador. Beni lo pasaba todo a sus archivos personales: de esa manera le era más fácil buscar luego lo que quisiera—. Aquí esta —dijo al cabo de un minuto.

Carvajal sintió que la adrenalina inundaba su anciano cuerpo. Efectivamente Beni había interrogado a Carlos a los dos días de la muerte de Parra. Él estaba ubicado en la habitación contigua y dijo que no había escuchado nada. Él había ligado y había acudido con una chica morena y muy guapa, había bebido mucho y la verdad era que no recordaba nada. Ni siquiera se acordaba de haber hecho algo con la chica, la cual había desaparecido antes de que se despertara.

—¿Por qué narices no seguimos con ese tío? —preguntó Carvajal.

—Estaba apuntado. Tenía que hablar con el recepcionista a ver si decía que sí había ido con una chica y después, como el caso fue por otro derrotero, lo dejé estar.

Carvajal apretó los puños, pero sabía que su compañero tenía razón. La entrevista con su jefe los había llevado a otros sitios y ellos no habían contrastado ni interrelacionado todas las informaciones; habían fallado, pero por suerte estaban a tiempo de triunfar en ese caso.

—Hay que ir a por él —dijo y volvió a su mesa para coger el arma y la cazadora. Beni, mientras, buscó la dirección y el teléfono del susodicho.

Al volver a su mesa, volvió a ver el otro sobre, el que había dejado allí científica. Con velocidad y mientras se colocaba la cazadora y la pistola, lo abrió. Tras un primer rápido vistazo, tuvo que detenerse más tranquilamente al comprobar que la información era relevante.

En el informe se hablaba de un arma encontrada en una papelera cercana al lugar del último asesinato, el de Parra, y que esa pistola coincidía, tras los pertinentes estudios, con el arma que había disparado contra las tres víctimas que ellos estaban investigando. No se habían encontrado de momento más coincidencias aunque ese punto aún estaba en estudio.

Por otro lado decía que se habían encontrado en el arma huellas dactilares que coincidían con algunas encontradas en la habitación en la que había sido

hallado Parra. Las huellas, por otra parte, habían dado una coincidencia: Carlos Pulido Vigas. Venían apuntados todos los antecedentes de esa persona y una foto de la última vez que había estado detenido por malos tratos.

Carvajal se sentó mientras leía el informe. Beni lo miraba extrañado desde la puerta de la oficina con el abrigo en una mano y con un papel en la otra, en el que estaría la dirección de Carlos Pulido.

—¿Miraste los antecedentes del Carlos ese? —preguntó sin levantar la vista del informe.

—No me suena. Imagino que sí, pero no me acuerdo, ¿lo miro?

Del otro lado de la oficina, llegó un sonido que Beni tradujo como de asentimiento. Volvió a su mesa y, tras introducir las claves, pasó el nombre del sospechoso por la base de datos. Algo había.

—Tranquilo, que los tengo yo aquí —murmuró ya demasiado tarde.

Carvajal dejó los papeles sobre la mesa y salió por la puerta junto con su compañero. Por el pasillo le informó de lo visto en el informe de la brigada de científica. Podían estar a punto de detener al culpable de las tres muertes.

Ya en el coche, de todas maneras y tras meter en el gps la dirección a la que iban, Carvajal se quedó pensativo. ¿Cómo era posible que Carlos hubiera dado con el nombre de los agresores de su expareja? ¿Sería posible que todos se conocieran?; no lo creía así. ¿Ocultaría la víctima los nombres de sus asaltantes pese a saber quiénes eran? Esa era una posibilidad; quizás la amiga de Pedro sabía quiénes habían sido sus agresores y no le había dicho nunca a la policía. Sin embargo, esa pareja, por lo que él sabía, se había roto muy pronto; no parecía que pudiera haber estado varios años preparando la venganza tras haberse separado de Rebeca.

Arrugó el ceño y los morros y pensó que, si las pruebas decían que había sido él, no había mucho más que hacer.

CAPÍTULO 44

La imagen, una vez más, se centró en su bello rostro al comienzo del programa, tras la publicidad pertinente. Era el momento que habían esperado durante los últimos cinco minutos, sabía que tenían una noticia muy importante y que era posible que ni la policía lo supiera; sin embargo, los hilos que la prensa puede mover son demasiados y excesivamente rápidos cuando les conviene. A su lado permanecía su compañero Iñigo Belmonte; con su perilla perfectamente recortada y con su pelo negro súper engominado, tenía unas facciones casi perfectas, pero a ella le parecía demasiado orgulloso.

—Bueno, ha llegado el momento de volvernos a adentrar en la investigación que tiene ahora en vilo a toda la policía de Madrid, en el caso en que se han cruzado las vidas de tres personas. —Isabel calló y la imagen mostró el rostro de su compañero.

Iñigo saludó e hizo una nueva presentación de los hechos: la muerte de los dos jóvenes, a tiros, en la comunidad de Madrid en las últimas fechas, a las que había que sumar la muerte de un hombre más en la provincia de Almería.

—La información de la que nuestro programa ha tenido conocimiento es la siguiente: Andrés Soto Gómez, hombre de 32 años que vivía en Almería y que fue encontrado en su finca muerto a tiros; Sergio Lafuente Rodríguez, de 30 años y que vivía en Parla con sus padres, el cual fue hallado asesinado en un descampado de la localidad con dos disparos en su cuerpo, y Alejandro Parra Asensio, padre de dos niños, de 6 y 3 años, el cual fue hallado en una habitación de un motel en extrañas circunstancias y asesinado también con dos tiros en el cuerpo. —Iñigo dejó unos instantes en silencio para que la tensión subiera. Su rostro perfecto seguía impertérrito en la pantalla—. Sí, lo han oído bien, este programa ha dado con la clave en la investigación: las tres víctimas

se conocían, tenían un pasado en común, que puede hacer que la búsqueda se centre y esclarezca con mayor rapidez el caso.

La imagen se fue un segundo al rostro de Isabel Márquez, que seguía la noticia con interés, y después se mostró en la pantalla la imagen de un grupo de militares. En ella habría más de cincuenta militares posando; tres de ellos estaban rodeados por un círculo.

—Aquí tienen la prueba. Los tres se conocían del ejército, los tres hicieron el servicio militar y coincidieron en el Cir de Cáceres, allá por el año 2001.

La imagen volvió a Isabel y esta comenzó a hablar...

Ignacio Duque, como cada mañana, había llegado de hacer un poco de *running* y permanecía sentado en el sillón de su casa de Toledo, mientras desayunaba un par de tostadas con aceite y tomate. Siempre le había gustado ver el programa de las mañanas de Isabel y aún más desde que cubrían, casi todos los días, la información sobre los asesinatos de sus excompañeros y aún amigos. No podía entender qué demonios estaba ocurriendo, pero, desde que pasó lo de Soto, todo había ido de mal en peor.

El pasado se estaba tomando la revancha; bueno, el pasado o el presente ya que, como querían que fuera costumbre, el 22 de diciembre del año ya anterior, habían vuelto a verse los que quedaban. Esa vez nadie tenía malas intenciones hasta que, tras la enésima copa Gorgoles, el Canario, empezó a meterles presión. Había que honrar la muerte de Soto y tal y cual. Al final lo habían vuelto a hacer.

Dos días después se enteró de que Sergio también había muerto; a él también se lo habían cargado en un descampado como a una rata. Otra vez se volvieron a reunir algunos en el puto cementerio, era una cosa de locos

Desde ese momento comenzó a tener pesadillas. Alguien había dado con ellos y se estaba vengando. Todavía era una duda, pero, cuando se enteró de la muerte de Parra, ya no le cupo ninguna duda: estaban marcados.

Dejó de dormir casi por las noches, y con su mujer lo único que había hecho era discutir. Su hija de cuatro años era lo único que le alegraba el día. Celina —un nombre elegido por la madre y que a él nunca le gustó, pero al cual ya se había acostumbrado— era preciosa y cada vez que la veía se acordaba de lo

que su padre había hecho a lo que en su día fueron niñas como ella. Niñas con sus padres, con sus madres y que fueron felices. Sin embargo, era posible que él y sus amigos les hubieran quitado esa felicidad; al menos él lo veía así cada vez que, al ver los ojos verdes de su hija, pensaba en lo que sentiría si a ella le pasara lo mismo cuando tuviera una edad avanzada.

Ahora, por si fuera poco, veía que seguramente la policía comenzaría a cerrar el círculo sobre ellos. En la televisión habían sacado ya a relucir la conexión existente entre los tres; no tardarían en llegar a la conclusión de que los violadores del otro caso del que hablaban en el programa habían sido ellos. Todo era una tremenda venganza, quedaría súper interesante para el programa.

Pensó en Celia, su mujer; pensó en lo que tendrían que soportar ella y su hija al ver a su padre en la televisión todos los días hasta que saliera el juicio y lo metieran en la cárcel. No sería justo para ellas.

—... Estaríamos hablando de una especie de venganza —decía en ese momento Isabel mientras con una suave mano se apartaba un rebelde mechón de pelo rubio.

—Bien, está claro que el arma utilizada en los tres homicidios es del mismo calibre, todo en espera de ver si pertenece al mismo arma en los tres casos. Si fuera así, habría que empezar a hablar de venganza... —El que hablaba ahora era un policía que iba de vez en cuando al programa, entrado en años y en carnes y con un escaso y lacio pelo blanco.

—Pero ¿por qué? —Isabel lanzó la pregunta al aire y la producción hizo entrar un reportaje del tema.

Nacho de pronto recordó a Marian. Ella era la única que los conocía y que tenía motivos para vengarse de ellos; sin embargo, no tenía ni la más remota idea de cómo había dado con ellos. De pronto volvió a recordar que, pese a todo lo ocurrido, ella estaba entre sus amistades de Facebook y, por consiguiente, podía haber contactado con los otros por allí.

¿Habrían sido tan tontos de quedar con ella?, sobre todo Parra, que ya sabía que otros dos habían muerto. De todas maneras, él no creía que aquella chica

sensible, y a la cual destrozaron, pudiera hacerles nada; era demasiado niña, demasiado muñeca. Negó con la cabeza.

Movido por un impulso se levantó y acudió al mueble-bar que había en la *boiserie* del salón, la que le había costado una pasta. Otro capricho de su mujer; esa era otra cosa que a él jamás le había gustado.

Se cogió una botella de anís y un vasito, y volvió al sillón. Desde allí veía las imágenes del programa y a lo lejos escuchaba sus voces, pero ni lograba discernir lo que veía ni se enteraba de lo que decían. Su cabeza estaba ya en otro lugar. Nacho recordaba ese primer asalto, esa primera violación.

Recordaba estar en una habitación; el alcohol, como casi siempre, había corrido a raudales. Marian siempre los acompañaba y todos sabían que iba detrás de alguno. Todos querían ser ellos porque ella era una chica preciosa, con sus pecas, su nariz respingona y ese cuerpo atlético y firme; los ojos oscuros conferían cierto magnetismo a su semblante. Él sabía que era el elegido, por eso se sentía más estúpido. Habría podido conseguirlo de manera fácil, incluso se podría haber enamorado de ella. Volvió a pensar en Celia y entró en comparativas. Decidió dejarlo al ver que su mujer saldría perdiendo. No merecía la pena.

No sabía cómo había empezado, pero sí supo el final: que él se había sentido algo sucio, muy sucio. Por aquellas épocas él ya estaba saliendo con Celia, la cual lo esperaba en el pueblo. Pero, sobre todo, se sintió sucio porque le había gustado; le había gustado ver cómo ella se resistía y eso lo había puesto más caliente sin duda. Le había gustado ver al resto del grupo reír y jalearlo mientras ella lloraba, y por eso se había sentido sucio.

Toda la vida había luchado por ser una buena persona y una noche de alcohol le había mostrado lo que en realidad era. Era un monstruo que, por suerte, solo había aparecido tres veces, pero que casi todas las semanas terminaba viendo videos de ese cariz por internet y masturbándose mientras su mujer trabajaba en el supermercado que había a escasos diez minutos de su casa.

No era feliz consigo mismo. Solamente Gorgoles conocía lo que en realidad era y sabía sacar lo siniestro que había en él. Por suerte, para la sociedad, ellos no se veían casi nunca, pero eso a él lo mataba por dentro. Necesitaba, cada vez con más fuerza, ser libre, dejarse llevar, pero, cuando veía el rostro de Celina, un fuego recorría su ser.

«Putá educación, putos límites», se decía una y otra vez. Sabía que jamás sería feliz, y eso era lo gracioso. Lo mejor que le había pasado en la vida, lo que más felicidad podía otorgarle era, a su vez, lo que hacía de ancla para que su verdadero ser no saliera a la luz, salvo —claro está— esos días que veía a sus amigos y que el alcohol hacía que se dejara llevar.

Al día siguiente se acordaba de la cara de esas niñas y se sentía despreciable, pero a la vez sentía que por un momento había vuelto a vivir.

Eso no podía seguir así y menos cuando sabía que no le debía de quedar mucho para estar en boca de todo el mundo. No quería que su mujer viera su foto en ese puto programa de televisión.

Terminó su copa de anís y se sintió algo mareado. Miró la botella y vio que estaba casi vacía. «¿Cuántos llevo?».

Cogió un pañuelo de tela —aún tenía pañuelos así— y se enjuagó las lágrimas que caían como chorros de agua por sus mejillas. Por fin se había dado cuenta de que nada podía hacer para solucionar su vida. «Nuestros actos siempre nos acompañan», le había dicho una vez su padre y ahora comprendía que jamás podría escapar para bien de esta.

La policía lo detendría pronto o si no, tal vez, algún día alguien con una pistola le descerrajaría dos tiros y acabaría con su miserable vida. Lo que estaba claro era que las dos personas a las que más quería en este mundo se enterarían de lo que él había hecho, de cómo se había aprovechado de niñas y de cómo había jodido sus vidas. «Me despreciarán y lo harán con toda la razón del mundo, porque yo me desprecio a mí mismo».

Se levantó del sillón, con la copa otra vez llena de anís, y caminó tambaleándose hasta la habitación. Del fondo del cajón de la mesilla que había en su lado de la cama —él siempre dormía en la derecha—, tras sacar varios calzoncillos y calcetines, cogió un frasco de pastillas. Sabía, o eso creía, que tomando varias de esas acabaría con su vida de manera tranquila. El alcohol, una vez más, ayudaría en un momento importante de su vida; sin embargo, tras volver a vaciar el vaso de anís en su boca, acompañado esta vez de más de siete cápsulas del frasco, decidió que tendría que hacer algo más que no podía fallar.

«¿Y si llega mi mujer y me salva llamando de manera rápida al 112?», pensó con desesperación. Por ello cogió un cinturón, el menos gastado —no fuera a

ser que se rompiera en el peor momento—, y con él volvió al salón. Pensó con rapidez dónde coño ponerlo.

Volvió a llenar el vaso y volvió a vaciarlo; esta vez tuvo unas tremendas ganas de vomitarlo todo. Desesperado trató de pensar qué podría hacer para suicidarse con rapidez. ¿Tirarse por la ventana?, una mierda: era un puto segundo y podría quedarse inválido. Eso sí que sería bueno: inválido y teniendo que aguantar la mirada de su mujer al enterarse de todo.

Sintió de nuevo unas náuseas tremendas y corrió con presteza al cuarto de baño. Allí vomitó todo lo que tenía dentro. Esta vez sí que lloraba. Lloraba de rabia por no poder siquiera acabar con su miserable vida. Apoyado en la taza del váter y sintiendo el hedor de su propio vómito, se rindió.

Deseó que todo acabara. Escuchó unas sirenas a lo lejos y supo que venían a por él, como en diapositivas vio retazos de su futura vida, imágenes en blanco y negro que apuntaban a un triste final, buscado por él desde el principio.

Si se hubiera parado a pensar, se habría conformado con lo que tenía: una mujer fenomenal y una hija adorable, aparte de un trabajo tranquilo y una vida feliz. Sin embargo, su puñetera polla y su jodida y enferma cabeza le habían truncado la vida. Eso, el alcohol y su amigo Gorgoles.

Él era el responsable de que todos hubieran caído en la misma mierda. De hecho, la última vez que lo había visto, le había contado que él había actuado en solitario muchas veces, en muchos países distintos y que hasta ese momento siempre había salido victorioso. Seguramente esta vez volvería a salvarse, era su destino.

Las sirenas estaban en la misma calle cuando Nacho se levantó y casi topó en el pasillo con una barra que tenía para hacer ejercicio con los brazos. Era una barra que iba de una pared a la otra y que estaba bien firme, no obstante hacía ejercicio casi todos los días subido a ella.

Seguía llorando cuando cogió una corbata; al final fueron dos, por si acaso, e hizo un nudo y las colgó de la barra. Después se las anudó al cuello y allí hizo todo lo que tenía que hacer para terminar con su vida.

La sirena había pasado de largo, pero, a menos de diez minutos y quince kilómetros, un coche negro acudía a su casa para detenerlo por la violación de dos chicas en los últimos cinco años.

CAPÍTULO 45

Marga conducía cuando Orol decidió llamar a su compañero Carvajal, el cual, al ser el más veterano, era el jefe de ese nuevo grupo que la investigación había creado al juntar los asesinatos de tres personas con las violaciones de dos chicas y el asesinato de la última.

—¿Sí? —«¿La voz de Carvajal sonó alegre?», se preguntó.

—Soy yo, Orol. Gracias a los de científica vamos a ver si detenemos en Toledo a uno de los cinco violadores; bueno, presunto hasta que no hagamos las pruebas, claro —aclaró al sentir que su interlocutor carraspeaba.

Carvajal silbó un par de veces antes de proseguir con la conversación.

—Las nuevas que poseemos nosotros nos indican el camino para interrogar a un sospechoso de los tres muertos. —Pedro notó que ellos también iban en coche y, por lo que parecía a Beni, le gustaba pisarlo.

—¿Sí?

—Por supuesto, es el antiguo enamorado de tu preciosa amiga: Carlos Pulido Vigas.

La sangre dejó de latir unos instantes en la cabeza y el cuerpo de Pedro. ¿Cómo era posible que aquel desgraciado se vengara de lo que habían hecho a Rebeca? Un tío que no había demostrado ninguna empatía hacía ella en los peores momentos y que la había dejado plantada como a un perro... No lo entendía; además, ¿cómo se había enterado de los nombres de los culpables?

Se sintió algo celoso con su compañero por poder ser él el que lo detuviera, y también con Carlos por ser él el que hubiera tenido arrestos para vengarse, aparte de por la capacidad de deducción que lo había llevado a saber quiénes eran.

Hablaron pocas frases más. Pedro estaba bastante absorto y la conversación

no tenía mucho sentido; aparte de eso, en esos instantes, escuchar la pomposa manera de hablar de su compañero lo ponía de los nervios.

Tras colgar se quedó unos segundos en silencio, pensando si debía informar de esa noticia a su amiga. A lo lejos Toledo empezaba a dibujarse mientras bajaban por la autovía en busca de la entrada. Marga conducía tranquila, sabiendo que en esos momentos tenía que dejar a su compañero pensar; después le preguntaría por la conversación que había tenido con Carvajal.

—Te noto extraña últimamente. —Fue lo primero que dijo Pedro tras salir de la meditación.

Eso pilló un tanto fuera de lugar a su compañera, la cual arrugó el ceño, queriendo que explicara un poco más ese comentario. Pedro suspiró, parecía que había hablado sin querer y que ahora deseaba que la tierra se lo tragara.

—¿Qué? —inquirió con fuerza Marga al ver que el otro no comenzaba a hablar.

—No sé, tonterías mías, pero te noto cambiada. No hablas casi por el móvil y tampoco te suena tanto como antes. ¿Te has echado un novio celoso? —terminó preguntando para así poder callarse.

Marga sonrió con esa dulzura que había usado tantas veces para atraer a un hombre. Era una sonrisa natural que envolvía a la gente, que solamente podía fijarse en las pequeñas arruguitas que se formaban junto a su boca.

—No, no tengo ningún novio celoso. La verdad es que estoy en una época en la que tengo mucho tiempo para pensar; ya sabes, la Navidad me hizo reflexionar en otras cuestiones, no solo existe en la vida una cosa... —Dejó que el silencio y otra sonrisa, esta vez algo más forzada, continuaran con la frase—. La verdad es que necesito tiempo, y estar todo el día con el móvil en la mano no ayuda demasiado.

—Eso ya te lo había dicho yo —argumentó de manera autoritaria mientras elevaba su dedo índice.

—Creo que, de momento, he tenido ya demasiado de chicos; además, cada vez sus conversaciones me parecían más carentes de vida. Quizás la culpable fuera yo y solamente me interesaba por tíos de gimnasio, no sé.

—Mucha dieta y mucha postura, ¿no? —Pedro rio al acordarse de cuando él había ido al gimnasio a preparar la oposición. Fueron épocas duras, de tener que morderse la lengua para no reírse en la cara de muchos, además de para

no llevarse una hostia. Él sí había ido mucho años a hacer *full contact*, pero eso era otro cantar.

—Pues eso —cortó Marga para así también ella dejar de reír—, que me he cansado de citas estúpidas. He pensado que quiero algo más, en la vida profesional también; me voy a apuntar a una academia y voy a intentar ascender.

—Tú tenías una carrera hecha ya —afirmó más que preguntó.

—Sí, pero voy a intentarlo por los dos lados, directo a inspector o a oficial, no sé. La verdad es que estoy hecha un lío, pero estoy segura de que no quiero estar como estaba mucho tiempo; este curro quita la energía. —Entraron en la ciudad de Toledo y ambos se callaron unos segundos para escuchar y fijarse en el gps.

—¿Habíamos quedado allí con un zeta? —volvió a hablar Marga.

Pedro afirmó con la cabeza y esbozó una ligera sonrisa al ver a su compañera, una chica que él había pensado muchas veces era una mujer superficial y que ahora le iba con esas cosas; siendo mucho más joven que él, tenía las cosas más claras.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Pedro puso cara de no entender.

—¿A ti qué te pasa?, ¿qué piensas de tu futuro?

—Bueno, yo no lo tengo tan claro. Por un lado, tengo unas ganas locas de volverme a mi tierra, pero por otro lado me gustaría seguir aquí un tiempo. — Se encogió de hombros.

—Hasta ver qué pasa con tu amiguita —dijo entre risas Marga, la cual estaba casi segura de que su compañero estaba enamorado hasta las trancas de su amiga Rebeca.

Pedro se sonrojó y miró por la ventanilla unos segundos para así poder tomar aire y que no se le notara el rubor.

Marga tomó una calle en la que ponía que iban en dirección al barrio del polígono, lleno de viviendas nuevas que estaban, en su mayoría, ocupadas por gente joven, parejas con hijos pequeños o solteros.

—No te voy a decir que no me interesa, pero mis dudas van por otro lado. Si me vuelvo a mi tierra, ¿qué hago allí? Laboralmente acabaría en una oficina de denuncias o en algún lugar así, y eso acabaría por matarme. Además, mis

amigos están casi todos casados, con sus hijos y esas cosas.

—Pero ¿tú no estabas hasta los huevos de esto, de ver mierda en la calle? —inquirió Marga.

Pedro asintió y esbozó una triste sonrisa.

—Pero no me veo haciendo otra cosa y por supuesto que he pensado irme en cuanto acabe esta investigación, pero ¿adónde?, ¿a un puesto de seguridad a ver pasar las horas?; ¿a la calle?, donde obviamente sigues viendo toda la mierda que hay en las ciudades o, como te he dicho, ¿a una oficina de denuncias? No tengo ni la más remota idea de lo que voy a hacer.

—Sigue conmigo, asciende tú también, no sé; cambia aunque sea aquí, en Madrid.

—Si Dios quiere, y cuando digo Dios me refiero De Benito padre, cuando acabe este caso, me voy a coger unas buenas vacaciones, todos los días que tengo de seguido, y me voy a ir a mi tierra a pensar en todo.

—Tú piensa que la policía en sí misma es una mierda. Lo venden todo muy bonito, pero cada día está todo peor, así que adonde vayas comerás, por eso debes ascender. —Marga volvió a reír en el justo momento en el que veían un coche patrulla aparcado en una esquina esperándolos.

—Sí, claro, como que por ascender no vas a tener alguien siempre por encima. —Pedro rio esta vez justo en el momento que Marga paraba al lado del coche patrulla.

Orol sacó su placa y saludaron a los dos policías, jóvenes y en buen estado de forma física. Marga y Pedro recordaron la conversación pasada, y tuvieron que reprimir una sonrisa.

Señalaron un portal y aparcaron a unos cuarenta metros, donde pudieron. Al encontrarse con los dos policías en el portal, estos les informaron de que no habían visto salir a nadie con las características que les habían dado: hombres de unos treinta años, poco más, les habían dicho.

—En realidad da igual, porque si no está esperamos y punto —manifestó Marga ante la atenta mirada de los dos productos de gimnasio.

Pedro volvió a sonreír por dentro; quizás hace unos meses, el más alto hubiera tenido alguna oportunidad de hacer algo con su compañera, pero, por lo que habían hablado hacía pocos minutos, esas posibilidades se habían esfumado durante un tiempo al menos.

Llamaron al timbre del portal y esperaron unos minutos; allí no había nadie o no contestaba nadie. Decidieron, tras llamar varias veces, optar por otro piso. Una chica algo temerosa abrió la puerta y después salió de su puerta del primero para ver qué era lo que sucedía. En cuanto vio a los policías uniformados, se dio la media vuelta y se introdujo en su casa. A Orol siempre le había gustado llamar a pisos bajos cuando iba a alguna llamada ya que, si alguien dudaba de que era policía, siempre podía salir y verlos allí plantados con sus impecables uniformes. Esta vez, al menos, les había ahorrado tener que dar alguna explicación. Subieron de manera silenciosa, notando cómo la adrenalina comenzaba a subir. En realidad ninguno sabía con quién se iban a encontrar y de qué manera los iba a recibir.

Volvieron a llamar varias veces, y no obtuvieron respuesta.

—¿Esperamos abajo? —comentó Orol viendo los resoplidos de sus compañeros uniformados.

—Como queráis —dijo uno de ellos mientras miraba a Marga y se pasaba la mano por el pelo peinado a la última moda.

Tras mirarse los unos a los otros, comenzaron a bajar los dos pisos de escalones. A mitad de camino escucharon la puerta del portal cerrarse con fuerza y unos rápidos pasos que ascendían el primer tramo de escalones. Se encontraron con una mujer de unos veintitantos años en el rellano del primero.

—¿Vienen a mi casa? —preguntó con miedo en los ojos.

La mujer venía con un uniforme de trabajo, el típico atuendo de colores feos que portan las cajeras de los grandes centros comerciales. Marga recordó haber pasado, un poco antes de llegar, por el posible lugar de trabajo de esa mujer.

—¿Dónde vive usted? —preguntó el policía más alto de los dos, con un rostro impasible y duro.

—En el 2º B. —El aire aún no entraba con facilidad en sus pulmones, y eso se notaba en su gesto y en su voz.

Pedro la miró por encima del hombro del policía más bajo, y pensó en que era bastante atractiva pese al uniforme. «Vestida para salir de fiesta estará bastante bien».

—¿Conoce a Ignacio Duque? —preguntó Marga adelantándose a los dos agentes uniformados y mostrando un rostro algo más amable.

—Es mi pareja. —En sus ojos se veía que seguía sin saber qué coño pasaba y por qué cojones estaba la policía en la puerta de su casa preguntando por Nacho.

—Solo queremos hacerle un par de preguntas.

Celia supo en ese instante que lo que querían aquellos policías era detener a su pareja. Esa frase la había escuchado cientos de veces en cientos de escenas de películas policiales; nunca terminaba con solamente un par de preguntas y a casa. Su cuerpo comenzó a temblar y, sin saber bien por qué, lloró. Movida por fuerzas superiores, ya que su cerebro no daba ninguna orden, subió el tramo de escaleras que quedaba para su casa y buscó, de manera nerviosa e inconsciente, las llaves, que como siempre se habían perdido en el fondo de su inmenso bolso.

La puerta que había frente a la suya se abrió, y salió una mujer voluminosa con parsimonia. Celia la miró con los azulados ojos brillantes por la humedad.

—¿Qué pasa, chiquilla? —preguntó con miedo.

Era una mujer de unos setenta años que tenía que bambolearse para poder andar, debido a sus gruesos muslos; la cara arrugada y el semblante de buena persona hacían de ella una mujer entrañable a primera vista. Celia se quedó parada y sonrió con melancolía; había encontrado las llaves.

—No sé.

—He llamado yo —aclaró a los presentes—, pensé que sería algo importante y, cómo sé el número de teléfono de su trabajo... —Hizo una mueca tratando de así terminar con las posibles explicaciones que fueran requeridas.

Orol se colocó detrás de Celia y, cuando esta había introducido las llaves en la cerradura, hizo que se apartase un tanto. Ella lo miró con incredulidad aun sabiendo que esa no era una visita para dos simples preguntas. Se vio a sí misma en la cárcel yendo a visitar una vez a la semana a Nacho, ella con su hija. La vecina, una vez que ya todos los policías se habían puesto por delante de ella y tras ver cómo la chica policía decía que sería mejor que los dejara entrar a ellos primero, le tendió un clínex, la rodeó con su brazo derecho y se la llevó hacia su puerta.

Orol abrió despacio y sacó su arma reglamentaria; eso hizo que el aire de la vecina dejara de entrar en los pulmones. Celia no miraba en esos momentos. Los otros policías también llevaban su arma en la mano.

—Ignacio Duque —gritó el agente pelirrojo, Orol—, somos la policía, salga con las manos en alto. —Mientras hablaba seguía entrando por el pasillo del piso.

Marga se había colocado justo tras él. El policía más alto iba detrás de ella y, pese a la tensión del momento, tenía que hacer grandes esfuerzos para que su mirada no se detuviera mucho tiempo en el trasero de la compañera.

La casa era una edificación un tanto extraña, teniendo el pasillo, en su mitad, un ángulo de noventa grados. En la primera parte del pasillo había dos puertas: una que daba a la cocina en el lado derecho y otra que daba al salón en el izquierdo. Justo en la curva estaba la puerta de la habitación de la niña.

Orol se asomó al salón y el policía más alto se asomó a la cocina. Marga cogió, entonces, la delantera hasta llegar a la esquina del pasillo. Se agazapó tras la pared y miró el interior de la habitación de la niña de la casa. No veía demasiado, solo unos juguetes tirados por el suelo y la cama aún sin hacer.

Sacó la cabeza por la esquina y pudo ver, de primera mano, algo para lo que ninguno estaba preparado. De hecho todos pensaban que Ignacio Duque en ese momento no estaba en casa; sin embargo, Marga pudo ver cómo su cuerpo delgado y fibroso se balanceaba colgado por el cuello de una barra de hacer ejercicio que permanecía sujeta a ambos lados de la pared.

Marga corrió, movida por un fuerte impulso, para socorrer a la persona que pendía de una corbata. Tras ella apareció el policía más bajito y se apresuró a ayudarla. Él sujetó el cuerpo mientras que ella intentaba comprobar las constantes vitales. A los pocos segundos, Orol y el otro policía estaban ayudando.

Marga negó con la cabeza. Ortiz, el policía del rostro duro e impassible, trató de buscar también algún indicio de vida; a los pocos segundos, también lo dejó. Hablaban en susurros intentando que la mujer que permanecía fuera de la casa no entrara y complicara toda la actuación. Obviamente se enteraría, pero necesitaban que no los viera y que no molestara mientras hacían las comprobaciones. Al ver que Ignacio estaba ya inerte, Marga salió para hablar con Celia, la pareja del presunto violador de Rebeca.

Celia, nada más ver salir a la policía rubia con semblante serio y mirada consoladora, supo que algo malo había sucedido. Su marido tenía que estar en casa y, sin embargo, no se había escuchado nada de nada.

Dos horas más tarde, Celia seguía llorando sentada el sofá de la vecina. En su casa ya todo había terminado; la verdad era que la policía había sido rápida y profesional. No le habían causado graves trastornos y la chica rubia le había dicho que cuando quisiera se acercara a la comisaría de Toledo y que allí preguntara por el grupo de policía judicial; ellos se encargarían de tomarle declaración.

Ella, sin embargo, seguía en una nube, no podía creer lo que había sucedido. Más tarde se enteró de que su marido había salido en la televisión, en una foto, junto a otros compañeros. Se enteró también de la muerte de otros tres amigos del ejército, que salían en la misma foto. De Parra se había enterado en su día, ya que había acompañado a Nacho al funeral.

De ese día jamás olvidaría la mirada de otro compañero del ejército; se llamaba Daniel aunque todos lo llamaban Canario por su procedencia. Ese tío estaba loco, de eso estaba segura.

Orol y Marga, tras permanecer allí varias horas y acompañar a la brigada de policía científica en su estudio de la escena, volvieron a Madrid. En el piso de Ignacio se habían enterado de la detención de Carlos, el presunto culpable de la muerte de los otros tres militares. También se habían enterado, en la misma llamada, de que la prensa había llegado ya a la misma noticia: que todos los muertos se conocían del ejército, más concretamente, de Cáceres, 2001.

Orol, justo antes de salir de allí, mientras esperaba a que saliera su compañera de hablar con la mujer del muerto, llamó a su amiga. Rebeca había estado toda la mañana pegada al ordenador y a la televisión, en donde se enteró del vínculo que unía a los agresores, que estaban cayendo como moscas. Solo quedaba uno.

También se enteró de que su expareja había sido detenida como presunto culpable de la muerte de los otros tres. Al conocer esa noticia, se disculpó con velocidad de Pedro y colgó la comunicación.

CAPÍTULO 46

Una hora y media antes de esa llamada, Carvajal permanecía sentado en la parte delantera del coche, camuflado frente a la puerta del gimnasio al que todos los días acudía Carlos Pulido.

La detención del sospechoso había sido sencilla. Él, en todo momento, mostró un gran desconcierto, incluso durante segundos pareció no acordarse realmente de su expareja, Rebeca.

Ahora, mientras lo observaba desde detrás de la cristalera, Carvajal tenía serias dudas de que aquel hombre fuera su hombre. Sí tenía cara de poder asesinar y sí había tenido varios antecedentes ya, dos de ellos por malos tratos aunque, por lo que parecía, eso había comenzado a suceder después de Rebeca; también un par de delitos de lesiones —no obstante, había trabajado de portero de discoteca un tiempo— y un robo con violencia. «Vamos, una buena pieza».

Beni, a su lado, parecía nervioso, sabía que su compañero había avisado a su padre y la presencia de este lo ponía nervioso de por sí. Además, estaba ante su primer gran caso y ante su posible primera condecoración dentro de la policía.

De Benito entró en el cuarto en el que permanecían ambos policías en silencio y se quedó mirando fijamente al sospechoso. Carlos seguía con cara de no entender nada y miraba el cristal-espejo con aire desafiante. De vez en cuando gritaba que él no había hecho nada.

—Buenas tardes, ¿cómo lo veis?

—O es un gran actor o no tiene ni idea de por qué está aquí —comentó su hijo con voz tímida.

—Las pruebas nos dicen que ha sido él y ahora yo voy a ver si lo hago

cantar —sentenció Carvajal al tiempo que abría la puerta del cuarto.

—Un momento. —El policía volvió a entrar, mientras se mesaba la barba, y miró a su jefe con interés.

—¿Sabemos algo de Orol y de Marga?

—Sí. —Beni contestó con rapidez—. El otro sospechoso de las violaciones, que vivía en Toledo, parece ser que se ha suicidado antes de que ellos llegaran.

—Esta mañana se ha departido de ello en la caja tonta —agregó Carvajal.

—Sí, eso ya lo sabía. Putos periodistas, siempre meten las narices donde no los llaman.

—Habían conseguido conectar a las víctimas incluso antes que nosotros. — Beni mostró cierto cabreo—. Es inaudito.

—Lo tienen más fácil, simplemente, pero nosotros seguimos estando un paso por delante gracias al adn. ¿Del quinto sabemos algo?

—No, lo que se sabía antes. No parece haber estado en España en los últimos tiempos y su domicilio está en Las Canarias. Se llamó a la comisaría de Tenerife y mandaron un par de agentes, pero de momento no tenemos noticias aunque parece claro que no debe estar por allí. El teléfono lo tiene desconectado desde que sabemos de él y antes había estado viviendo en un hostel, en el centro de Madrid, pero se fue hace días. Después nada.

De Benito asintió y su recio rostro mostró cierto desasosiego. Como jefe de aquel grupo, había tenido que vérselas con la prensa en multitud de casos y casi siempre había salido bien parado, pero ahora era distinto, tenía otras expectativas. Había llegado el momento de intentar ascender a comisario y para ello no podía tener mala prensa.

Una vez más la política se introducía en el Cuerpo Nacional de la Policía. Ahora sí, Carvajal salió del cuarto seguido por su compañero y se introdujeron en la sala de interrogatorios, en la que permanecía Carlos Pulido desde hacía casi una hora.

Al entrar los agentes, el sospechoso los recibió con una gélida mirada. Carvajal se lo quedó mirando fijamente hasta que Carlos bajó la vista. Beni se puso justo detrás de Carlos mientras que su compañero se sentaba justo delante.

—Yo no he hecho nada —volvió a decir, pero con pocas fuerzas, como si

supiera que no los iba a convencer de nada.

—¿Sabes por qué estás aquí? —Carvajal dejó una carpeta sobre la impoluta mesa, la abrió y dejó al descubierto un montón de folios.

—No. —Carlos seguía con la mirada baja, apretando los puños, a la vez que los músculos se comenzaban a vislumbrar bajo la camiseta de manga larga.

—Asesinato. Son de quince a veinte años. —Voz monocorde, como si a él le diera igual todo.

—¿Cómo?, ¿asesinato de quién? —Carlos levantó la mirada y la clavó en Carvajal, después buscó los papeles que había esparcidos sobre la mesa de metal, de un gris immaculado.

—Vamos paso a paso, ¿de acuerdo? —Carlos asintió.

En su rostro se dibujaba un pánico real, se veía que era un malote de barrio, alguien que se creía estar por encima de las leyes y demás, pero que en ese momento, en el que veía que la cárcel estaba cerca —además, con una pena larga—, se había venido abajo. Todos sus músculos y todos sus antecedentes se esfumaron en un segundo y mostraron a otro joven con miedo real a las consecuencias de sus actos, pese a que él sabía que era inocente de todo aquello, fuera lo que cojones fuera, pero... ¿cuántos inocentes habían acabado en chirona?

Carvajal buscó y dejó a la vista tres fotos de tres personas muertas. Las señaló con el dedo haciendo que el sospechoso deseara estar en cualquier otro lugar. La presencia de Beni tras él lo ponía aún más nervioso, estaba frenético.

—¿Los conoces?

Negó con la cabeza mientras las manos comenzaban a temblarle. Se las colocó en el regazo y todos comenzaron a escuchar cómo movía la pierna espasmódicamente.

—Son los que violaron a tu novia.

Carlos arrugó el ceño. Obviamente, durante muchos minutos, había estado recordando lo que había sucedido cuando salía con Rebeca; sin embargo, él creía que todo aquello se había olvidado. La había mandado a paseo cuando se dio cuenta de que jamás podría volverla a mirar a la cara sin ver que había sido violada. Ella no era culpable, pero a sus ojos nunca volvería a ser inocente del todo. Lo mejor era pasar página, y así había hecho, por eso no entendía nada.

—¿Cómo has sabido quiénes eran?, ¿los conocías de antes?

—No sé quiénes son, ni los conocía de nada. Yo no los he matado, joder. — Intentó gritar para dar más énfasis a sus palabras, pero solo consiguió que un gallo saliera de su boca, un graznido, a modo de ver de su interlocutor.

El policía sacó otra foto. Era una pistola y la dejó sobre la mesa, al lado de las tres fotos anteriores, las cuales había colocado allí para que el sospechoso no pudiera dejar de verlas, de sentir su presencia.

—¿Sabes qué es?

—Una pistola.

—Muy bien, pero sabes que con esta pistola se han matado a estos tres. — Volvió a apuntar, con esa mierda de dedo enorme, las fotos de los muertos.

Carlos tragó saliva y le pareció que le quemaba el esófago.

—Y ya que nos ponemos, sabes por qué tenía tus huellas. —Lo dijo como si no fuera importante, incluso el sospechoso creyó que en realidad no había preguntado nada.

Tras unos segundos de silencio, que Carlos aprovechó para cerrar los párpados y apretarlos fuerte, tratando así que toda esa pesadilla se acabara, los abrió y descubrió que todo seguía igual. Una mano se posó con seguridad en su hombro y le dio un ligero apretón.

De pronto odió con todas sus fuerzas a ese vejestorio de barba cana que lo estaba poniendo contra la pared. Del jovencillo se acordaría más tarde, deseando encontrárselo en la calle para ajustarle las cuentas.

Carvajal siguió sacando fotos, de una habitación de motel que a Carlos le sonó bastante. Creyó seguir escuchando al agente, pero su mente ya no estaba allí, se había ido al día en el que había conseguido ligar con una buena putilla y que esta había propuesto acudir a un motel cercano. Sin embargo, no lograba acordarse de mucho más de lo que había sucedido aquella noche. ¿Se la llevo a tirar?; solo recordaba que se había despertado pronto, pero que ya estaba solo en el cuarto. Se había ido de manera rápida y algo frustrado, ya que estaba casi seguro de que no había conseguido hacer nada con ella; incluso recordaba esas pecas que tenía por el rostro, poco más.

—En este cuarto, donde hallaron a este muerto. —Cogió la foto del muerto de nuevo y se la colocó justo ante sus ojos—. Se localizaron también una gran cantidad de huellas tuyas. —Dejó unos segundos de silencio—. Y fíjate tú que

tu nombre salía en el registro; te habías hospedado en el cuarto de al lado justamente. —Carvajal sonrió al descubrir que Carlos lo miraba rendido—. Y tú encima te fuiste bien prontito, cuando acabaste el trabajo, imagino.

Carlos trató de ponerse las manos sobre la cabeza y se golpeó con las esposas en la frente. Necesitaba aire, agua, tiempo, espacio para pensar y sobre todo necesitaba que aquel policía se fuera y lo dejara en paz; ese y el que tenía detrás, que seguía respirando justo sobre su cabeza y que le tocaba de vez en cuando el hombro. No podía soportarlo más, todo era una locura, él no había hecho nada.

Deseó con todas sus fuerzas no haber conocido nunca a Rebeca, y deseó con más fuerza no haber conocido tampoco a la otra chica. ¿Cómo se llamaba?, ¿Inés?

—Sería esa zorra —murmuró pensando para sí mismo en voz alta—. ¡Claro, joder, tuvo que haber sido ella, me drogó o algo por el estilo! —Parecía haber descubierto el remedio contra el cáncer en un segundo—. Investíguenla a ella. —Miraba a los dos policías incluso tratando de girarse para ver al joven, a Beni.

Carvajal se quedó unos segundos pensativo. ¿Y si todo era obra de una mujer? Recordó que el amigo de Sergio había hablado de una chica a la que habían buscado sin éxito. ¿Y si todo era la venganza de alguna víctima?; no sería el primer caso y seguro que no sería el último. Pero ¿cómo cojones había descubierto una chica corriente el nombre y el paradero de todos esos tipos?; esa era ahora la gran pregunta. Carlos, a su vez, seguía gritando para intentar convencerlos de su inocencia. Cada vez decía cosas más incoherentes y Beni comenzaba a estar ya un poco hartó; eso lo vio su compañero en su gesto adusto.

Beni golpeó la mesa con la palma de la mano e hizo un ruido bastante fuerte.

—¡Cállate!

—¿Cómo era esa chica? —preguntó Carvajal, pasados unos momentos, ante la mirada extrañada de su compañero, y aún la más extrañada de su jefe desde el otro lado del cristal.

De Benito sopesó si realmente le habían creído. Era extraño, pero los gestos y la manera de expresarse a él le decían que no estaban ante el verdadero asesino. Obviamente eso le había servido a él en su carrera para ir por un

camino u otro en una investigación, pero nunca para que un juez metiera a alguien en la cárcel.

—No sé, era una chica rubia, muy guapa; me la ligué y me la llevé a un hostel, qué sé yo. No era muy alta y tenía alguna que otra peca por la cara, nada más.

—Vamos, nada —agregó Beni tras él de nuevo—. El día 22 de diciembre por la noche, ¿dónde estabas? —De manera rápida cambió de tercio.

—¿El 22?, no sé, ¿qué era?

—Sábado, antes de Nochebuena.

Carlos estuvo pensando un buen rato, apretándose la cabeza con las manos esposadas, tratando que le llegara alguna gran idea que lo pudiera sacar del problema. El policía más viejo se paseaba frente a él con las manos cruzadas en su espalda, como si fuera un militar, y el otro policía, el más joven, seguía detrás de él; ese era el peligroso, Carlos sabía que en cualquier momento le podía dar un buen golpe en la cabeza. Estaba indefenso y tenía más miedo que nunca, según recordaba; se mordió el labio justo cuando la luz se hizo a su alrededor.

—Ese día trabajé, ¡claro! —Se volvió para mirar a Beni y este, con un fuerte agarrón, lo volvió a colocar en su postura original—. Pregúntenle al dueño de la discoteca Hall, en Alcorcón. —En sus ojos había un destello de alegría y de esperanza que hizo que Carvajal comenzara a sospechar realmente que aquel desgraciado no era el tipo al que buscaban.

—Danos los datos —ordenó Beni al dejar un papel y un boli sobre la mesa.

—Este puede ser tu momento de suerte aunque la cosa te pinta muy mal. — Carvajal comenzó a hablar de nuevo con una especie de sonrisa dibujada bajo su entrecana barba.

—Lo juro, lo juro por lo que sea, estuve toda la jodida noche currando en la puerta.

Carvajal se giró y miró el espejo tras el que se encontraba su jefe. Intentó mostrarle con un gesto que parecía que se habían equivocado; eso su jefe lo sabía desde un tiempo antes.

CAPÍTULO 47

¿Cuánto tiempo hacía que había colgado? ¿Cuánto tiempo llevaba allí plantada, sentada delante de la televisión con el móvil en su mano? No lo sabía, pero creía que llevaba mucho tiempo. Eran demasiados datos, demasiadas noticias y cada cual más impactante.

¿Solo quedaba uno? ¿Podría empezar a dormir tranquila? Se tumbó en posición fetal en el viejo sillón del salón de la casa de su amigo. Ahora, de nuevo, se encontraba fuera de lugar. ¿Por qué no podía ir a su casa? Se vio sucia de nuevo porque seguía sintiéndose algo culpable; si no fuera algo culpable, no tendría que esconderse de nadie ni de nada.

Por suerte el programa de la televisión se había ido de nuevo a los anuncios. «Estos cada día tienen más anuncios», pensó de manera estúpida. ¿Qué cojones le importaba eso ahora?

Así, tumbada, cerró los ojos y trató de relajarse. Su cuerpo comenzó a temblar. Otro ataque; esta vez fue violento, no lo pudo controlar. Los temblores dieron paso a los sudores y estos se apoderaron de su cuerpo; una vez más perdió la noción del tiempo. Cerró los ojos intentando que todo pasara, deseando con todas sus fuerzas que todo aquello pasara.

Se sintió el ser más desgraciado del universo. Tras un buen tiempo de llorar en silencio, tratando de volver a controlar su cuerpo y su mente, esta comenzó a mostrar imágenes que creía ya olvidadas en el mejor escondite de su memoria.

Carlos le gritaba dentro del coche. Estaban en las afueras de Alcorcón, cerca de una zona llamada Los Castillos, lugar al que las parejas iban para poder tener unos instantes de intimidad cuando no tenían casa.

No entendía el porqué de que se hubiera puesto así, pero Carlos tenía esa

mirada encendida que ponía cuando por la noche veía a alguien que la mirara de manera inapropiada. Era demasiado celoso.

Por fin pudo saber qué era lo que había hecho mal: había acordado tomar un café con un chico de clase. Lo había visto en el móvil, en los mensajes que se habían mandado para quedar.

Eso había sido dos horas antes de haber arreglado con él y de haber pasado casi toda la tarde juntos. Pero Carlos también estaba enfadado porque había ido a ese café con una falda demasiado corta, una que se había puesto para él. Ahora en el coche se miraba a sí misma y veía que había sido una mala decisión, que tendría que haberle consultado, como había hecho en otros momentos.

Era una sorpresa, ya que sabía que a Carlos le gustaba verla así de sexy. De pronto Carlos tiró su teléfono contra el cristal de la luna trasera del coche, lo que ocasionó un ruido tremendo. Estaba segura de que se había roto por completo, y así fue, de hecho.

Rebeca se acurrucó y se puso a llorar, presa del miedo y de la rabia; no podía entender todo aquello. Él, de pronto, la cogió de su larga melena y la obligó a mirarlo a la cara; seguía desencajado. Apartó un instante su mirada, buscando ayuda en las inmediaciones, pero no pudo ver nada. Eso lo enfureció más y soltó su mano a pasear, como lo habría hecho otras tantas veces en su trabajo de portero de discoteca.

El primer golpe en realidad no dolió, simplemente la humilló; los demás sí dolieron, tanto física como mentalmente. Fueron momentos inexplicables y eternos. Finalmente ella dejó que él hiciera lo que quisiera con ella para poder así conseguir su perdón.

Solo en otra ocasión la zarandéo, pero la relación ya nunca fue igual pese a que con el tiempo incluso consiguió salir alguna vez con los compañeros de universidad. Culpable.

Se hizo la oscuridad y volvió a ver, a sentir todo lo que había sucedido la noche de la agresión. Volvió a notar las manos, las babas, los golpes, el vicio, las risas, la angustia, la desesperación, y volvió a ver esos ojos verdes, cambiantes según la luz, y de pronto despertó.

Se puso de pie y fue rápidamente al baño. Los temblores habían pasado y su cuerpo volvía a estar perfectamente. Se lavó profusamente el rostro y volvió

al ordenador. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Una vez más la mente le había jugado una mala pasada. No tendría que haberlo pasado por alto, pero ahora sabía que aquella mirada la había visto mientras visitaba distintos perfiles de Facebook. Ese era el quinto y ella lo podría reconocer, estaba segura.

No tardó más de veinte minutos en encontrarlo. Gorgolitos se llamaba; era él, estaba segura. Tras quedarse mirando las distintas fotos un buen rato, se levantó movida por un motor automático y se preparó un buen vaso de coñac. Necesitaba algo fuerte, pese a que no le agradara demasiado.

Pensó con tristeza que tal vez se estaba acostumbrando demasiado a la bebida. Dio un fuerte trago y se puso a llorar como una magdalena. No sabía si de alegría, de tristeza o de qué, pero sí sabía que era algo que necesitaba.

Lloró y lloró hasta que se pasó por completo la hora de la comida. La televisión siguió encendida, como fiel acompañante de Rebeca, pero en un segundo plano, sin que se le hiciera ningún caso.

CAPÍTULO 48

La tarde había pasado volando, una tarde fría de cielos despejados en la capital. En el edificio donde estaba el grupo de homicidios que llevaba el caso, todo era silencio, estaban un tanto confusos. El asunto parecía haberse ido resolviendo poco a poco sin que ellos en realidad hubieran hecho nada.

Cuatro de los presuntos violadores, aún los llamaban así en sus conversaciones, habían muerto. Solo quedaba uno y, pese a que ya estaban casi seguros de que sabían su nombre, Daniel Gorgoles De Paz, no habían conseguido dar con él.

Por otro lado y pese a que el sospechoso seguía detenido en los calabozos centrales, seguía estando en seria duda quién era el culpable de los tres asesinatos. Según Carvajal y De Benito, el sospechoso no era; además, habían conseguido hablar con su jefe el día 22 y este había dicho que efectivamente él había estado trabajando allí toda la noche.

Tenía los documentos, ya que había estado trabajando de manera legal. Una vez que los llevara y que el abogado de oficio que había cogido fuera allí, Carlos saldría en libertad y ellos volverían a no tener nada, salvo la descripción bastante difusa que tenían de la chica que había ido al hostel con el sospechoso. También estaba la declaración del amigo de la víctima de Parla, que aseguraba que este se había ido del local con una chica; sin embargo, en un caso era rubia y en otro, morena.

«Existen pelucas», había comentado Marga. También existían los tintes, pero eso dejaba otra pregunta: ¿cómo coños se había enterado de quiénes eran los violadores? En realidad solo había una posible contestación: que fuera víctima de ellos y que los conociera de antemano.

Al menos eso era lo que ellos creían, ya que pensar en que una persona había

llevado la investigación de las anteriores violaciones por su cuenta y había dado con ellos era algo duro de asumir.

—Tendría que ser policía y de la brigada para poder entrar en los archivos nuestros.

—Si investigó la violación de hace cinco años, podría ser cualquier policía con acceso a ciertas bases de datos —aclaró Marga, una vez más defendiendo a su amigo y compañero, sin saber que él ya no era sospechoso para su jefe ni para Carvajal. Beni, sin embargo, lo seguía mirando de manera extraña.

En ese momento de la tarde, De Benito arrugó el ceño; en su cabeza se introdujo un nuevo pensamiento. ¿Y si fuera Marga la que buscaba la información? Estaba bastante claro que defendía a capa y espada a su compañero, demasiado; lo tendría que comprobar también.

—Ahora, que sabemos que se conocían del ejército —comenzó Orol sin hacer caso del ambiente extraño que se respiraba en la oficina—, podría ser que la muchacha los conociera del ejército también, en caso de ser esa chica extraña la culpable.

—Sería una opción —comentó Carvajal entre murmullos—. Una chica guapa se liga al de Parla, se lo lleva por ahí y le mete dos tiros. —Se rascó la barba, pensando, mientras el resto del grupo lo observaba con interés; no obstante era el más veterano, todos le tenían un gran respeto—. Al Carlos este también se lo liga y se lo lleva al hostel, donde sabe que está el otro, pero ¿cómo sabe que está allí?

—Ha quedado también con él, ¿no?

—Seguramente. No habían dicho que estaba apuntado en páginas de contacto, habría que buscar allí —sugirió Beni.

Los cinco volvían a estar sentados en la mesa del despacho del jefe, poniendo sus respectivas dudas sobre el escritorio, inundado de un montón de papeles y de instantáneas. Los cuatro policías miraban fotos y cogían papeles, observando, tratando así de que la luz de una nueva idea los iluminara. Mientras seguía la conversación, el jefe los miraba y de vez en cuando asentía; los dejaba trabajar y pensar a ellos, ya que eran los que habían investigado. De momento él no tenía nada que decir; eso sí, sabía que él sería el que se llevaría los golpes en caso de no resolver el caso y las mayores felicitaciones en caso de que sí lo resolvieran. «Será un gran empujón a mi ascenso».

—Eso ya se investigó —aclaró Carvajal—. No había nada, solo una foto de una chica que, a todas luces, era falsa.

—¿No se rastreó la ip? —De Benito salió de sus cábalas.

—Sí y nada. Todo se hizo desde una biblioteca en el centro de la capital. Esa pista no llevó a nada, pero ahora podemos volver a reabrirla.

—Será lo mejor.

—De todas formas, si es una antigua compañera de ejército, ¿cómo sabe dónde encontrarlos?; quiero decir, el que vivía en Almería estaba perdido de la mano de Dios y, sin embargo, sabía dónde vivía. —Marga seguía haciendo trabajar su cabeza.

Otra vez se hizo un silencio incómodo.

—¿Sería posible que mantuviera el contacto con ellos? —preguntó Beni sin mucho convencimiento.

—Eso sería de locos, digo yo. ¿Te violan y sigues manteniendo el contacto con tus agresores?

Estuvieron dándole vueltas a estas y a otras preguntas hasta las diez de la noche, solamente levantándose de vez en cuando para preparar un café o para ir al cuarto de baño. A las diez llegó el jefe de Carlos y se le tomó declaración. De Benito aprovechó ese instante para irse a su casa; su hijo se fue al poco rato y Carvajal se hizo unas fotocopias de todo el caso y se las llevó a casa.

Orol esperó a Marga, que fue la que había tomado declaración al jefe, y la invitó a cenar esa noche en un Burger King cercano. Así aprovechó para volver a hablar con ella de cosas ajenas al caso.

Carlos pasó esa noche en los calabozos temiendo por su vida en libertad, pese a saber que era inocente de todo. Quizás lo único que había sido era un poco capullo con Rebeca, pero eso no era delito. También se acordó del día en el que se había dejado llevar y la había agredido físicamente. Se arrepintió de ello con todas sus fuerzas, de la misma manera que se arrepentía cada vez que agredía a una de sus parejas.

CAPÍTULO 49

Rebeca, por su parte, pasó toda la tarde tirada en el salón. Sabía quién era el culpable y, cuando habló con Pedro a media tarde y este le dijo que no sabía cuándo llegaría, se lo comunicó.

—Nosotros ya lo sabemos también. No te preocupes, estamos buscándolo — agregó en todo tranquilizador—. Voy a desconectar el teléfono.

Ella se despidió con un sentimiento encontrado. Estaba feliz porque aquellos cabrones estaban cayendo como moscas, pero se sentía algo vacía. Nunca habría un juicio para poder verles la cara pese a que ella, en innumerables ocasiones, había sentido pavor a que un día hubiera un juicio y tuviera que volver a enfrentarse con los agresores. De todas formas sabía que el que estaba libre y vivo era el peor de todos, por eso se acordaba tan bien de su mirada. Parecía estar gozando realmente con todo aquello; los demás lo seguían y lo aprovecharon, pero él era el que de verdad había disfrutado.

Solamente salió del salón para ir una vez al baño y darse una buena ducha. Cuando salió de la bañera, vestida únicamente con una pequeña bata que tapaba lo justo, se encontró en el salón con Andrés Salazar, el compañero de piso de Pedro. Este se levantó del sillón, en el que se estaba comiendo un pequeño bocadillo, un tanto incómodo por la situación. Rebeca, aún más incómoda, se quedó de piedra sin saber bien qué hacer. Aquel era el hombre que más le atraía físicamente, pese a que sabía muy bien cuál era su comportamiento.

—Perdón, no sabía que había alguien —se apresuró Andrés.

—Es tu casa —murmuró cohibida Rebeca, ya pasado el primer momento de espesor mental. Se dio la vuelta y lo dejó en el salón para ir a vestirse al cuarto—. Enseguida salgo —gritó por el pasillo.

Andrés se volvió a sentar y encendió el televisor. Siguió comiéndose el bocadillo con velocidad; no obstante, había ido a casa a por algo de ropa para ir al trabajo. Tenía hora. Mientras miraba la pantalla, en la que había un pequeño debate político, comenzó a rememorar el cuerpo húmedo de la amiga de Pedro. Sintió un pequeño calambre en la entrepierna.

«Está bastante buena», pensó. Terminó el bocadillo y se fue a la cocina a prepararse un café. Lo tomaba solo y muy cargado, con poco azúcar, así se terminaría de despejar, ya que había pasado una malísima noche en la que había dormido muy poco. Sonrió pensando en su última pareja sentimental, en cómo se movía.

Por fin volvió a aparecer Rebeca, vestida con un sencillo pantalón vaquero y con una fina camiseta de manga corta; con la humedad se había pegado a su cuerpo y se notaba el sujetador. Andrés se puso como una moto; ahora lo que sentía en la entrepierna no era un pequeño calambre, era un fuerte empalme.

—Buenas —volvió a saludar ella y le dio un par de besos.

«Qué bien huele». Andrés necesitaba salir de esa casa antes de arrepentirse de algo. Parecía que ella estaba solícita ¿o era su imaginación?; no lo sabía.

—¿Ya vuelves esta noche a dormir?

—Sí, creo que sí. —Volvió al salón y ambos se sentaron en distintos sillones.

Ella se levantó y comenzó a retirar el ordenador de la mesa. Los ojos de Andrés fueron directamente al culo perfecto de la chica; la entrepierna comenzaba a doler.

—¿Qué haces? —preguntó tratando de pensar en otras cosas mientras hacía un vago gesto al ordenador.

—Nada, investigar un poco por mi cuenta. —Se ruborizó al pensar que había dicho una tontería. Se quitó la toalla que cubría su pelo mojado y este cayó en una preciosa cascada. Era el típico gesto de las películas.

—Eso se lo tienes que dejar a Pedro. —La miró con intensidad y ella volvió a ruborizarse, incómoda. Se palpaba algo de tensión, lo que comenzaba a incomodar a Rebeca.

—Ya, es que soy un poco estúpida. —Rio con tristeza—. Me creo que voy yo solita a averiguar cosas que la policía no sabe.

Andrés hizo un gesto de comprender e intentó llenar el incómodo silencio

bebiendo algo de café. Miró el reloj.

—Me tengo que ir al curro, y tú deberías salir de casa, que te dé el aire un poco.

—He ido a correr por la mañana —comentó con un toque de autosuficiencia—, es mi segunda ducha —aclaró con una pícaro sonrisa.

—Ahh.

—De todos modos, mi caso está a todas horas en la televisión. —Miró la pantalla y vio que efectivamente se había dejado la política a un lado y las imágenes mostraban un piso de Toledo, en el que había aparecido muerto Ignacio Duque—. Me da miedo salir y que alguien me reconozca. —Agachó la mirada.

Andrés volvió a sentirse incómodo. No sabía si lo que necesitaba aquella chica en ese momento era un simple abrazo o dejarla sola. Sabía que los hombres aún la incomodaban por lo que decía su propio amigo; era por eso y porque la consideraba una amiga especial por lo que él no había intentado nada hasta ese momento. Sintió que ya esa atracción física se había pasado, se levantó y se sentó al lado de ella. Su corpachón hacía que él pareciera que midiera y pesara el doble que ella. Ella lo miró y él la abrazó con toda la ternura que podía. A los diez segundos entendió que ella estaba llorando en su hombro.

—Ya queda poco. Por lo que parece, queda uno solo. —Andrés acariciaba el pelo suave y húmedo de ella, esta vez sin sentir nada, salvo una tristeza empática—. Podrás volver a salir sin miedo, todo se olvida en nada, cuando vuelvan a tener otro tema candente.

Ella dejó de llorar en su hombro y lo miró con ojos tristes, llenos de lágrimas. Negó con la cabeza.

—Nunca volveré a salir sin miedo.

CAPÍTULO 50

Llevaba toda la tarde pegada a la televisión. Desde que había visto la noticia y se había visto en una foto del ejército de hacía demasiados años, sabía que la policía no tardaría en dar con ella pese al intento bastante cutre; ahora se daba cuenta de ello, de endilgar las tres muertes a otro.

Se había comprado una buena tarrina de helado y había podido acabar con él completamente. A veces había llorado y a veces se había puesto su arma reglamentaria lo suficientemente cerca como para alargar la mano y pegarse un tiro en menos de dos segundos.

No había tenido valor. No había tenido valor, el que también le había faltado a la hora de castigar al teniente Andrés Jaramillo, el cual, tras haber pedido perdón y haber llorado un poco, había salvado su vida.

«No tendría que haberle dejado tiempo para hablar», se repetía una y otra vez. Era débil, tal y como había dicho el propio teniente acerca de las mujeres. «Nos falta valor, determinación».

Volvió a pensar en las consecuencias de aquel acto. Una vez que se hubiera descubierto, ya no había ninguna posibilidad de salvarse; quizás si lo hubiera matado, podría haber hecho algo.

Mientras miraba la pantalla de la televisión en su cutre piso de cuarenta metros cuadrados en mitad del peor barrio de Parla, pensó mucho en lo hecho con su vida en los últimos años, en cómo había ido planeando la venganza, la que tenía que ser perfecta y que una vez empezó fue teniendo innumerables errores.

Era posible que con Soto, en Almería, no hubiera habido ningún error, pero a partir de ese instante todo fueron auténticas cagadas. Con Sergio Lafuente fue todo demasiado improvisado; era probable que hubiera fotos de ella o que

alguien simplemente la hubiera visto en compañía de Sergio. Él era del barrio y era factible que alguien se hubiera fijado en ellos, aparte de que era creíble que alguien hubiera visto su coche a oscuras por un descampado de Parla y hubiera sospechado. Todo eran posibilidades, pero casi todas jugaban en su contra.

Con Alejandro, Jandro, todo había sido planificado, pero también creía que había tenido errores al querer involucrar al antiguo novio de otra víctima. Era un cabrón, eso seguro, y ella lo sabía bien, pero no había comprobado posibles coartadas para los otros casos, que podrían dar al traste con todo lo demás. Además, él la había visto y, aunque iba con peluca y maquillada para que le costara identificarla, sería la segunda mujer que saldría en la investigación y eso sería digno de poner en claro.

Y ahora la cagaba con el teniente. ¿Por qué lo había dejado vivo?; esa sería una pregunta que quizás nunca llegara a poder responder con seguridad. Solo sabía que en un momento dado su cabeza se había negado a apretar el puñetero gatillo. Él se lo había puesto fácil al darse la vuelta, pero entonces lloró, pidió perdón y, por si fuera poco, vio en la televisión su foto, en la que salía toda la compañía. Era su final y ese bajón había roto todo su empeño por seguir con esa venganza.

Ahora, sentada en el sillón de su casa, vestida con un pijama infantil y con una camiseta vieja que le quedaba bastante holgada, miraba ora a la televisión ora a la pistola sin saber cuál sería su siguiente paso.

Se rascó la afilada y aguileña nariz, y pensó en marcharse. Se despediría de su padre primero; él había sido el verdadero artífice de que entrara en el ejército y por eso ella lo había culpado, en parte, de su destino, que nada tenía que ver con él. Era serio, firme y no era demasiado de sonreír, pero siempre la había apoyado en todo; era su padre y ella lo quería.

Al tercer toque contestó.

—¿Diga?

—Papá. —Su voz fue un murmullo; trató evitar que él sospechara que estaba a punto de llorar.

—Hija, ¿qué tal?, ¿por qué llamas? —Estaba algo extrañado.

—Papá, he hecho algo —inició y volvió a callar. No sabía si deseaba decir lo que necesitaba decir.

Su padre carraspeó al otro lado de la línea.

—Marian, me estás preocupando.

Se hizo un silencio. Marian temblaba sentada en el viejo sillón desgastado de su casa alquilada. Deseó no haber llamado a su padre. Quizás se tendría que haber despedido de su madre; eso la dejaría en paz con el mundo, y así podría alargar la mano y terminar con todo. Se agazapó en posición fetal y tomó aire. Al otro lado su padre seguía preguntando, cada vez más preocupado.

—Necesito que me escuches cinco minutos —dijo aguantando el miedo y las ganas de llorar.

—¿Ha pasado algo en el trabajo?

—¡Escucha! —gritó con rabia y eso hizo que su padre callara y no volviera a hablar hasta que Marian se deshiciera de todo lo que oprimía su pecho. Le contó a su padre todo lo que le había sucedido en el pasado y todo lo que había hecho después.

Cuando por fin terminó se volvió a hacer un tenso silencio. Marian dudaba de que hubiera creído ni una sola palabra; también pensaba en las posibilidades que había de que su padre colgara y llamara a la policía. Él ahora vivía en el norte de Madrid, en Collado Villalba, y siendo comandante estaba ya jubilado. Vivía con su mujer, la madre de Marian, y con dos gatos. Parecía que estaba en el mejor momento de su vida y ahora su hija, a la que quería con locura pese a que ella no lo supiera, le decía todas esas cosas. No tenía nada que decir, porque un nudo inmenso se había formado en su garganta. Tragó saliva y sintió ganas de vomitar; la bilis le supo ácida.

—¿Papá? —La voz de su hija denotaba miedo.

—Hija, escucha. —El comandante Isidro Montañés habló veinte minutos sin parar mientras su hija, al otro lado de la línea, escuchaba llorando, aún en posición fetal, preguntándose en el porqué de todo aquello: por qué alguien tenía que forzar una relación, por qué no lo había denunciado, por qué las mujeres se sienten algo culpables cuando les suceden esas cosas, y también por qué no podía una vengarse sin tener que ir a la cárcel.

Esa noche cenó y durmió en casa de sus padres. Su madre no supo nunca nada de aquella conversación.

CAPÍTULO 51

Andrés Jaramillo se había pasado toda la tarde sentado en la misma postura pensando qué hacer con su vida. No sabía qué sucedería en el inminente futuro y por eso desconocía si su nombre saldría en la investigación y en el posible juicio que hubiera.

Lo que sí sabía era que jamás diría a nadie nada de lo sucedido en su hogar aquel frío día de enero. La lluvia seguía cayendo a intervalos y la casa, que estaba con alguna ventana abierta, se quedó helada.

Thor se le acercó un par de veces y se tumbó a su lado, pero el perro se cansó de su compañía rápido, al no reaccionar a sus lametazos, y desapareció; solo volvió a aparecer cuando supo que su dueño se iba. Cuando Andrés terminaba de cargar el coche, el perro apareció por el pasillo de la casa y se metió en la parte trasera del vehículo.

Tres horas después permanecía en mitad de la noche y de la carretera pensando en lo que haría y diría al llegar a Valencia. Tenía mucho que solucionar y el ver la muerte tan de cerca, más incluso que cuando había estado en la jodida guerra, le había dado pie a ponerse a ello.

Quería pedir perdón a sus dos hijos, sobre todo al mayor, y poder acercarse a su mujer de nuevo, vivir el tiempo que Dios le había otorgado de más de la mejor manera posible. ¿Dios? Incluso, tal vez, podría ser feliz.

CAPÍTULO 52

Pedro miró el reloj; eran ya las diez de la noche y él no había podido volver a su casa. Fuera el tiempo seguía desapacible, frío y con mucho aire si bien no había llovido casi nada en toda la jornada.

Al salir del complejo de Canillas con su compañera, se ofreció a invitarla a cenar en un Burger King cercano. Al encender el teléfono notó que había recibido un mensaje de su compañero de piso, en el que le decía que Rebeca se había quedado durmiendo la mona; no sabía cuánto podía haber bebido, pero iba mal. Él se había encargado del perro y por la mañana, al salir del curro, iría a dormir a casa. Por eso decidió no ir enseguida al hogar.

En la mochila llevaba las notas del caso y pensaba que tal vez la conversación iría por esos lares; sin embargo, él necesitaba hablar de otras cosas, evadirse de la policía. No era una buena idea, seguramente, ir acompañado de su compañera e intentar estar ajeno a los hechos a los que se enfrentaban.

Por eso nunca había pensado en su compañera como posible pareja. Una vez más, sin embargo, en esa cola, antes de pedir y al verla venir del baño, lo pensó. Una vez más negó con la cabeza. No había duda de que era extremadamente atractiva, pero siempre se había regido por un principio: donde tengas la olla, no pongas...

—¿De qué te ríes? —Marga lo sacó de sus pensamientos, ya a su lado y justo cuando les tocaba pedir.

Pidieron y él pagó la comida; Marga se ofreció a pagar el café o la copa de después. Al principio de la cena, casi ni hablaron, ambos tenían un hambre voraz. Se limitaban a alabar el sabor de sus consumiciones y a mirar alrededor; aquel era un lugar en el que solían coincidir muchos policías al

salir del complejo. Como el este era una ciudad, la mayoría de las veces eran simplemente rostros conocidos con los que jamás habían cruzado nada más que un simple saludo.

—¿Cómo está tu amiga? —preguntó Marga mientras se comía una patata previamente mojada en ketchup.

—Borracha. —Fue lo primero que dijo y, al ver la cara de su compañera, siguió—: O al menos eso me han dicho. Parece ser que hoy se ha pasado.

—Eso no parece muy bueno.

—Habrá estado viendo las noticias y le habrá dado un pequeño bajón. No suele beber, la verdad sea dicha.

—He estado pensando en el cuarto de baño, ¿sabes?

—Es un gran lugar para meditar —soltó Orol y ambos rieron.

A Marga le había pillado la gracia en mitad de un sorbo de Coca Cola, y la bebida le salió por la garganta y por la nariz, lo que produjo un ataque de tos instantáneo; eso hizo que ambos rieran aún más. Tardaron un buen rato en volver a la normalidad. El suéter claro de Marga se había manchado y, cada vez que la mirada de Orol se posaba sobre la mancha —que a su vez se localizaba donde estaban sus pechos—, no podía dejar de sonreír.

—Bueno, ¿qué habías pensado?

—Sí, eso. Pues había pensado en quién puede haber sido asaltada y conocer a ese grupo, dado que atacan a chicas al azar; seguramente los conociera del ejército también, ¿no?

—¿Una violación de hace diez años?

—O menos, nunca se sabe; ya sabes que quedan de vez en cuando. Habría que buscar una posible amiga del grupo o una pareja de alguno por aquellas épocas, o alguna chica que pudiera haber quedado con ellos en alguna salida, claro.

—Sí —comentó Pedro meditabundo—, es un buen argumento porque, si eran quedadas de amigos del ejército, está claro que ella sería también de allí.

—Es una opción.

—Mañana nos ponemos con ello. ¿Y qué te parece el que sigue huido?, ¿lo atraparemos?

—Imagino.

Las hamburguesas habían volado y casi no quedaban patatas. Los dos

policías hablaron del caso, de las muertes, de lo bonito y poético de una venganza, y de las posibles violaciones previas de ese grupo que nunca hubieran sido denunciadas. Era increíble el miedo y la vergüenza que tenían ciertas mujeres para alzar la voz y denunciar esos hechos.

—Es como la violencia de género, muchas se sienten tan culpables de ello que no denuncian.

—Yo lo veo en los ojos de Rebeca; aún, a veces, creo que ella siente que fue la verdadera culpable, había discutido con el novio por salir con sus amigos de la universidad. —Marga puso los ojos en blanco, no podía creer que eso aún sucediera en el siglo xxi.

—Y creo que la juventud es cada vez más machista —apuntilló.

—Eso es otro tema que nos llevaría mucho tiempo. Mañana habrá que llegar pronto a la escuela, ¿no?

—¿Y el café? —Marga encogió los hombros para dar más énfasis a sus palabras.

—¿No era una copa? —Volvieron a reír.

Se levantaron y salieron. Orol se ofreció a llevar a Marga a su casa y por el camino pararon en un *pub* para tomar esa copa. Pedro se sentía genial con su compañera y hablaron de todo un poco; del caso nada de nada, pero sí de parejas, de política y de la mierda que había dentro de la policía. Pedro era demasiado crítico con todo lo que se relacionaba con el cuerpo.

Durante tres horas y cuatro copas, ambos se olvidaron de todo. Por primera vez en mucho tiempo, los dos policías se sintieron felices con sus vidas y ambos pensaron en ello durante el trayecto que quedaba del *pub* a casa de los padres de Marga.

Al llegar al portal, ella encendió su teléfono y escuchó infinidad de mensajes que entraba; algunos eran de sus padres. Por primera vez y justo antes de despedirse, ella pensó en su compañero como pareja. Hubo un momento en que incluso estuvo tentada de despedirse con un beso en los labios, pero sabía que se arrepentiría demasiado; quizás todo era atribuible al alcohol.

Pedro se fue a casa pensando otra vez en su amiga; Marga de nuevo había pasado a un segundo plano. Eran las dos de la mañana cuando entraba por la puerta de su casa en Alcorcón. Por el camino había mandado un mensaje a Lucía; por extraño que pareciera era la mejor opción en esos momentos, en los

que su sequía sexual podía estropear su relación de amistad.

Pensó de repente en un amigo de la niñez, Rafa, que le decía siempre que los hombres no podían tener amigas femeninas. «Si hablas mucho con una mujer, o es que es demasiado fea y hablas con ella por una amiga o es que te la quieres tirar». Nunca había creído que tuviera razón, pero ¿y si la tenía?

Nada más entrar en casa, sintió que algo no iba demasiado bien. ¿Dónde estaba su perro?; siempre salía a recibirlo, fuera la hora que fuera. Encendió la luz de salón, estaba todo manga por hombro. El ordenador de Rebeca permanecía sobre la mesa, donde también había un par de vasos, uno con un poquito de alcohol ya bastante diluido con los hielos derretidos. ¿Coñac?, por el olor diría que sí.

Entró en su habitación, tras llamar dos veces, y vio que la cama estaba desecha, pero que allí no había nadie; eso lo asustó. ¿Se habría despertado Rebeca a medianoche y, al ver que no había nadie y que no tenía sueño, había bajado a Ricky?; era una posibilidad en la que no tenía muchas esperanzas.

Llamó a Rebeca al móvil y este sonó en el salón. Eso lo puso frenético, algo no iba bien. Volvió a ponerse la cazadora y salió de casa. No sabía ni qué hacer ni adónde ir, pero salió a dar una vuelta por el barrio.

CAPÍTULO 53

Rebeca ya volvía a casa de Pedro tras casi una hora de paseo. El viaje de ida a su casa se le había hecho muy corto; eran las doce de la noche y al despertar se dio cuenta de que seguramente necesitaría cosas que tenía en casa. No creía que nadie —periodistas—estuviera por las inmediaciones a esas horas.

La noche era fría, pero el viento había desaparecido y había dejado un cielo despejado. Ahora estaba comenzando a ponerse algo nerviosa; Ricky, a su lado, bufaba cansado, ya que las calles estaban desiertas a esas horas. Deseó con todas sus fuerzas no haber tenido la idea ni la necesidad de ir a su casa.

Por suerte no le quedaba mucho para llegar al piso de Pedro, situado en una zona de Alcorcón llamada Las Torres. Paseaba por parques interiores, rodeada de pisos altísimos de nueve plantas, con numerosas zonas que quedaban demasiado oscuras; eso la asustaba. En su mente se hizo un hueco la idea de que en el día de su ataque ella caminaba por zonas parecidas. *Un déjà vu.*

Parecía tan real. Escuchaba pasos tras ella, incluso todo hacía indicar que alguien la seguía. Era todo igual. Meneó la cabeza tratando de despejar su mente, embotada, y así poder concentrarse en respirar. Sentía que otro ataque de ansiedad se abría camino.

Se tocó la cara, despejada, ya que iba peinada con una coleta tirante, y comprobó que, pese al intenso frío, estaba sudando. Ricky, a su lado, se paró y se giró buscando algo, a alguien quizás. Rebeca estaba al borde de un ataque.

«¿Quién coño me manda a mí salir sola a estas horas?»; ese pensamiento era recurrente, pero alguna vez tenía que comenzar a hacer una vida normal. Además, ¿no estaban todos sus asaltantes muertos? «Todos no», una voz

susurrante respondió a su estúpida pregunta.

Ricky estaba nervioso y lanzó un gruñido a la oscuridad. Olfateaba el aire y tiraba de la correa, algo no iba bien.

—¿Hay alguien? —habló Rebeca en la soledad dirigiendo su voz a donde marcaban los tirones del perro.

Se sintió tan imbécil. ¿Cómo era posible que se comportara como una niña? Toda la situación parecía sacada de una película. Sonrió y se dio la vuelta, pero justo cuando su cuerpo se giraba y Ricky volvía a tirar con fuerza mientras gruñía con más intensidad, en su campo visual apareció una figura, un destello de luz.

El corazón se puso frenético, Rebeca sentía que el aire dejaba de entrar en sus pulmones. Había alguien tras ella. Se volvió a girar, con pánico, no sabía si por los tirones del perro o por intentar saber de verdad qué era lo que había visto.

La figura ya estaba a la luz de una pequeña farola. Sonreía y los ojos de Rebeca se fijaron en los suyos. No lo podía creer, pero era tan real; aquellos ojos los había visto hacía tan poco tiempo, ese mismo día, en su pantalla del ordenador. Se quedó paralizada, con el brazo rígido sosteniendo la tirante correa.

La figura se acercó. En su mano portaba un cuchillo, de ahí provenía el reflejo. Era un cuchillo enorme, quizás el mismo que casi había acabado con su vida cinco años atrás. Tuvo unas ganas terribles de ponerse a llorar, a gritar de terror, pero su cuerpo, por desgracia, estaba paralizado.

Descubrió que sí, que el miedo puede hacer que un cuerpo se quede petrificado, cosa que creía que era mentira, que pasaba en las malas películas del género.

Gorgolitos se acercaba, cinco metros como mucho. Ricky dejó de tirar y la mano de Rebeca soltó —o eso creyó— la correa. No era un perro preparado para la defensa y ella creyó percibir que se iba por su espalda a sus cosas, como si nada fuera a pasar.

Tragó saliva y en ese momento comenzó a llorar y a temblar. Su cuerpo volvía a la vida, pero a una vida de la que no tenía control. El ataque de ansiedad la había dejado inerte.

Todo su cuerpo estaba como dormido y temblaba movido por súbitos

impulsos. Gorgoles, que se acercaba con paso lento pero firme, sonreía.

—No creo que hayas sido tú la culpable de las muertes de mis amigos —sentenció.

Tres metros. Se paró. Ricky aulló en la lejanía, incluso ladró. Rebeca seguía con la vista clavada en esos ojos claros llenos de maldad, carentes de sentimientos. Todo volvía a ser como aquel día en el que su vida terminó. Al darse cuenta de aquello, sonrió y eso hizo que el semblante de Gorgoles cambiara. La hizo dudar.

—Hijo de puta —gruñó entre dientes y le lanzó a la cara las llaves que tenía en la mano. Fue un acto inconsciente, reflejo.

Después se giró y comenzó a correr. Sería la adrenalina, pero sus agarrotados músculos pronto entraron en calor y se pusieron a trabajar a tope. Gorgoles dudó un segundo, parecía que no iba a ser tan fácil.

Corrió tras ella. Otra vez el aullido del perro. ¿Estaba cerca? Gracias a Dios Rebeca estaba bastante entrenada y era veloz; sin embargo, el miedo no la dejaba pensar y corría sin saber bien a dónde iba. En poco más de un minuto, estaba totalmente perdida. Giró por una calle, solitaria; sus pies y los de su perseguidor resonaban en las altas paredes de los pisos circundantes.

En una terraza un hombre solitario fumaba un cigarro y vio la persecución. Volvió a aspirar de su cigarro pensando qué sería lo que pasaba con esa extraña pareja. Cuando ella y él giraron por una esquina, siguió a lo suyo, plácidamente. Media hora más tarde, tumbado de nuevo en su cama, pensó que tal vez tendría que haber llamado a la policía. «Otro lo habrá hecho»; con ese pensamiento se quedó dormido.

Rebeca seguía corriendo; ya falta de oxígeno, sus piernas estaban dejando de responder y su perseguidor seguía cerca, lo sentía.

Gritó. Fue un alarido aterrador que esta vez sí que hizo que varias luces se encendieran a su paso. Otra vez Gorgoles dudó. Sin embargo, la suerte, en esta ocasión, lo acompañó, ya que su víctima se introdujo en un extraño recoveco que no tenía salida, si no era por el lugar por el que se había entrado, tan solo había un portal. Rebeca volvió a gritar cuando vio su final, parada ante un oscuro portal en un solitario parque.

Varias personas se asomaron e incluso alguno llamaba a la policía. Gorgoles siguió corriendo hasta que estuvo junto a Rebeca. Su cuchillo se movió con

presteza; ella lo paró con la mano.

Desde las terrazas comenzaron a escucharse gritos aterradores y amenazadores y muchas luces se encendieron.

La zona volvió a la vida en pocos segundos. Sirenas en la lejanía. Sirenas que tal vez llegaran demasiado tarde, seguro.

Rebeca sintió que sangraba. El forcejeo era tremendo; no obstante, ahora ella luchaba por su vida. Estaba en clara desventaja, pero sus brazos y sus pies se movían con violencia.

Ricky volvió a ladrar cerca, muy cerca. Algo en su cerebro, por extraño que pareciera, captó ese ladrido y deseó que el perro se lanzara a su asaltante. Sabía que era Ricky, lo sabía, y sabía que estaba cerca, muy cerca.

Sintió un tremendo dolor. Opresión. Él estaba encima de ella. Aire. Aire. Aire. Necesitaba respirar cuando otra vez se hizo la oscuridad. Otra vez deseó morir.

CAPÍTULO 54

—**P**rostitutas, se lo vuelvo a decir una vez más. —Volvió a mirar al policía, que llevaba más de una hora preguntándole diversas cosas—. Es lo que tiene estar jubilado. —Sonrió con picardía.

Carvajal seguía sin creer ni una palabra de lo que escuchaba. Por otro lado, lo tenía todo bien atado; no dudaba ni una sola vez, manteniéndose serio, circunspecto ante las preguntas más maliciosas que se le podían ocurrir.

—Es fácil, se lo vuelvo a decir una vez más. Me acerco al polígono, contrato una puta para que me haga un favor, le pago y la dejo ir. No tengo ni idea de qué puta era ni dónde podría encontrarla ahora mismo.

—Sabe que no me creo ni una sola palabra de lo que me cuenta.

—¡Como son los policías! —Isidro negó con la cabeza. Había estado toda la noche dándole vueltas a la conversación que había tenido la noche anterior con su hija. La única solución que se le había ocurrido era esa, la más sencilla y la que creía él era la más justa. Ya tenía casi setenta años y tenía demasiados achaques.

—Vuélvame a decir cómo supo quiénes eran y dónde encontrarlos. —Carvajal volvía una y otra vez sobre lo mismo.

El comandante jubilado se rascó su cráneo, rapado al cero. Seguramente el estar calvo y haber sido militar toda la vida habían tenido mucho que ver con ese *look*. Cerró los ojos, parecía que estaba empezando a perder los nervios.

—Se lo voy a decir una vez más, la última; después usted haga lo que tenga que hacer. Hace poco tiempo mi hija me contó algo que le había sucedido cuando estaba en el ejército. Fue algo muy duro, demasiado duro para que un padre lo escuchara y no hiciera nada al respecto. —Clavó una fría y dura mirada en Carvajal—. Yo he dado la vida por mi país y estaba claro que no

dudaría en darla por mi hija. Ella sabía cómo encontrarlos y me dijo que, como vivía obsesionada con el tema, los investigaba de vez en cuando. No me costó demasiado sacarle alguna dirección y algún teléfono, lo demás fue fácil. Incluso me contó lo de ese chico, el antiguo novio de otra de las víctimas, eso de que había agredido varias veces a otra pareja que tenía. Por eso lo intenté cargar con las culpas.

—¿La pistola?

El comandante Montañés rio con estrépito.

—Se la robé a mi hija. —Se rascó la nariz—. Deténgame por ello. —Volvió a reír con fuerza, como si hubiera escuchado el mejor chiste de la historia.

—No la ha denunciado.

—¿Y?

—Es raro.

—¿Usted mira sus pistolitas todos los días?

Carvajal se sentía un poco cohibido ante aquel hombre; se había puesto su mejor traje de gala del ejército con todas las condecoraciones que había conseguido en su vida. Se notaba que aquel hombre había sabido mandar y se había hecho obedecer con facilidad.

Cogió los papeles que había sobre la mesa y salió del cuarto; no iba a conseguir nada de nada. Fuera lo esperaba su jefe, Eusebio De Benito, que lo miró con tristeza.

—¿Qué opinas?

—Me la está colando, pero... —Se encogió de hombros.

Juntos salieron de aquel cuarto en el que se quedó Beni, que permanecía sentado frente a un ordenador realizando los últimos retoques a la extensa declaración que había realizado el comandante Isidro Montañés acerca de los tres asesinatos cometidos hacía poco tiempo.

Eusebio lo llevó a su despacho y allí lo invitó a tomar un café. La mañana había sido atroz: no se había podido parar ni un solo segundo desde las cinco de la mañana y ya estaban bastante cansados todos.

El abogado del comandante no tardaría en llegar; después todo sería mucho más fácil. Las pocas pruebas que había indicaban que la persona que se estaba autoacusando era la que había cometido los actos, si bien tanto Carvajal como De Benito pensaban que todo había sido realizado por su hija.

A lo largo de la mañana, Marga había estudiado a las mujeres que habían estado junto con los cinco sospechosos de las violaciones y había dado con María de los Ángeles Montañés Marín. Esa era la gran sospechosa.

Por si fuera poco, desde los sistemas tecnológicos que la policía poseía en El Escorial, habían mandado un informe exprés que mostraba las búsquedas de la sospechosa en las bases de datos de la policía. María de los Ángeles era policía desde hacía tres años, ahora estaba trabajando en Parla.

—Justo en Parla —había dicho Marga, que se acordaba de lo inhóspito del lugar en el que se había encontrado a Sergio.

Sin embargo, cuando estaban preparando la orden de detención, se había presentado el padre de la misma sospechosa, vestido de gala para entregarse a la policía.

Eusebio permanecía sentado en su sillón mirando a Carvajal. Se conocían ya desde hacía muchos años y lo veía más como a un colaborador que como a un subordinado. En su mirada se podía ver la duda.

—A ella le caerá una falta grave, poco más. —Carvajal lo sacó de sus cábalas, obviamente sabía en qué estaba pensando.

—Seguramente ya haya sufrido mucho castigo, y si no tenemos nada de lo que tirar... —Se encogió de hombros.

—El abogado de este. —Hizo un gesto con la cabeza indicando la sala en la que estaba Isidro Montañés—. No creo que intente involucrar a la hija y el caso quedará totalmente solucionado después de lo de anoche.

Eusebio De Benito suspiró, en su semblante se podía ver que estaba demasiado cansado. Más tarde se daría cuenta de lo importante que sería esa mañana para su posible ascenso, pero ahora estaba demasiado involucrado en todo como para pensar en esas cosas.

—Orol —murmuró al acordarse de otro de sus subordinados.

Bebió un sorbo del café cargado que tenía en la mano. Carvajal hizo lo propio y ambos sonrieron y soltaron en un instante toda la presión y todos los nervios que en las últimas jornadas habían tenido que soportar, sobre todo desde que la prensa se había metido en el caso.

Beni tenía frente a él a Isidro Montañés y al abogado de este. El asesino confeso de los tres militares releía su confesión antes de firmarla. Mientras leía y tras haber hablado largo y tendido con Eusebio De Benito en la sala de

interrogatorios, se lo veía feliz. En esa sala el jefe del grupo tres de homicidios de Madrid le había dicho que por ellos no iban a hacer nada para sacar a la luz la verdad de todo. Si él se quería llevar toda la culpa para así poder dejar que su hija pudiera vivir en paz y con libertad, por ellos estaba bien.

—Sin embargo, estaré muy pendiente de ella, a la mínima. —Hizo un gesto muy elocuente.

El comandante asintió levemente y, tras volver a decir que estaba equivocado con respecto a su hija, le dio las gracias.

CAPÍTULO 55

Pedro Orol paseaba absorto por los fríos y enormes pasillos del hospital de Alcorcón. Su brazo izquierdo tenía un apósito demasiado llamativo que tapaba una fea herida. Andaba con lentitud, sabiendo que en esos momentos el tiempo no era ni valioso ni importante. Todo podía esperar

Salió a la calle y, nada más abandonar el complejo hospitalario, encendió un cigarro. Con la primera calada, a su mente volvieron las tristes escenas de la noche anterior.

Se vio a sí mismo saliendo de su casa y caminando por las solitarias callejuelas de su barrio; obviamente y siendo la hora que era iba en silencio, atento a los posibles movimientos. Su corazón palpitaba frenético, algo lo tenía asustado; su cabeza, por otro lado, permanecía algo embotada a causa del alcohol. No había sido mucho, pero sí lo justo: dos copas rápidas y muchas risas.

Se reprendía por ello mientras paseaba cada vez más nervioso y más rápido. ¿Quién diablos lo había mandado a él a llegar tan tarde a casa?

Recordó el mensaje de su compañero de piso. Rebeca se había quedado dormida plácidamente. No debería de haber ningún problema, sin embargo, ahí estaba, intranquilo y deseando poder encontrar a Rebeca. Algo iba mal seguro.

Por fin pensó que tal vez se hubiera despertado y hubiera tenido la idea de acercarse a su casa a por algo. Se había llevado a Ricky, tal vez fuera andando, dando un tranquilo paseo, y todo aquello acabara en un mal rato.

Decidió encaminar sus pasos hacia el camino que llevaba hasta la casa de Rebeca. Por este pasaría cerca de donde había dejado estacionado su coche; miraría también por si acaso.

Las calles estaban demasiado solitarias, daban sensación de desamparo. De pronto, en la lejanía se oyó un aullido; después, un ladrido seco. ¿Conocía ese ladrido?

Pedro se quedó parado un segundo tratando de concentrarse para saber de dónde había venido el sonido. Algo en su interior le dijo que iba en el buen camino y que aquel había sido su perro. De eso estaba casi seguro al cien por cien; de lo otro, del camino por seguir, no tanto.

Imprimió a sus pasos más velocidad y su cabeza giraba mirando en todas direcciones de manera espasmódica. Cualquiera que lo viera pensaría que estaba un poco demente; eso, por suerte, a él no le importaba demasiado.

A los pocos instantes, o tal vez fueron varios minutos, escuchó de nuevo el aullido del perro. Era él, estaba seguro, y ahora sí que creía estar en el buen camino; al menos parecía estar más cerca. Sin saber por qué, comenzó a correr.

Su corazón parecía que iba a salirse del cuerpo y, pese a estar bien entrenado, se sentía fatigado por los escasos metros que llevaba corriendo, pero la adrenalina lo seguía impulsando.

¿Por qué corría?; algo le hacía pensar que algo malo estaba ocurriendo, quizás un sexto sentido. No lo sabía, pero lo que sí supo era que no se había equivocado al correr cuando instantes después escuchó un alarido, un grito espeluznante que supo enseguida que había salido de la boca de su amiga Rebeca.

¿Amiga?, era posible que fuera algo más, aunque aún no lo supiera definir. Entonces, sí que dio a sus pasos una velocidad inusitada. Se olvidó del cansancio y del embotamiento de cabeza; ahora en su mente solo había sitio para encontrar a su amiga. La tenía que ayudar y no sabía qué era lo que estaba ocurriendo.

Estaba frenético. Al doblar una esquina, vio a alguien asomándose a la ventana y varias luces en las ventanas; por suerte también vio a Ricky, que trotaba tras una figura. El perro se detuvo, lo miró y volvió a aullar y a ladrar de manera intensa; después desapareció tras otra esquina oscura, siguiendo la sombra. Pedro siguió corriendo. A lo lejos escuchó sirenas de policía; por suerte o por desgracia, las conocía muy bien.

Ahora, otra vez más, se sintió estúpido, estaba llorando. Se secó las

lágrimas, sentado en un banco frente al hospital, y encendió otro cigarro. Esa mañana llevaba más de los que podría contar con las manos.

Cerró los ojos y su mente volvió a unas horas antes. Al llegar a la esquina por la que Ricky y la sombra habían desaparecido, vio algo que forcejeaba cerca del único portal que había en ese recoveco. No necesitó pensar y su instinto le conminó a actuar raudo. En un par de segundos, estaba al lado de la pareja, que seguía forcejeando. Supo que una figura era la de Rebeca por su contorno; eran muchas veces las que se habían visto como para conocer a la perfección todas sus formas. La otra no tenía ni idea de quién era, pero sí descubrió que portaba algo que brillaba por los reflejos de las luces de las lejanas farolas.

Un cuchillo enorme. No necesitó pensar más. Su instinto y su entrenamiento de *full contact* hicieron que en un par de segundos tuviera al atacante bajo su cuerpo. Sintió que un líquido cálido corría por sus manos, pero no supo de dónde provenía.

En ese momento tampoco lo pensó. La rabia y la ira se apoderaron de su ser y golpeó en repetidas ocasiones el rostro de su oponente. Descargó todo lo que tenía dentro hasta que el otro dejó de oponerse o hasta que las sirenas de la policía estaban a su lado, no lo supo nunca. Lo que sí supo es que se pasó varias horas en la comisaría de Alcorcón tras haber pasado por el hospital; al parecer el cuchillo, en algún momento, sí lo había cortado, un feo corte en el brazo izquierdo.

Su rival, el asaltante de Rebeca, era Daniel Gorgoles, el último de los violadores de esta. El círculo estaba cerrado por fin. Él había sido detenido pese a que aún estaba en el hospital por las fuertes contusiones que tenía en la cara. Seguramente tendría algunos huesos rotos; el tabique nasal, mínimo. Quizás también el maxilar, eso aún no lo sabía ni le interesaba. Se rascó la cabeza mientras pisaba la colilla del último cigarro. Tendría problemas, seguro, por su actuación.

Rebeca no había tenido tanta suerte como él, ella sí había recibido de lleno el impacto del cuchillo; uno de lleno en el estómago, que había perforado un pulmón, amén de otro en el brazo, que no revestía demasiadas complicaciones.

Pedro se levantó del banco y volvió a encaminar sus pasos hacia el hospital. Estaba en una nube; otra vez más había visto a su amiga tirada en el suelo,

desangrándose, y otra vez estaba, por desgracia, en el hospital a la espera de que la complicada operación a la que estaba siendo sometida saliera bien. Era todo demasiado duro.

Marga lo había telefonado una hora antes y le había dicho que ya había avisado a sus padres, a los de Rebeca, y también le había dado la última noticia: el padre de una antigua compañera del ejército de los cinco se había entregado como autor de los tres asesinatos. Parecía que el caso, por ese lado, estaba cerrado; por el lado de la muerte y de la violación de Sonia, también. «Aunque aún hay una pequeña duda», le dijo su compañera justo antes de colgar.

—¿Cuál? —Orol en esos instantes no estaba para mucho.

—Ese quinto adn, el del muerto de Almería, Andrés Soto.

Eso había estado mucho tiempo dándole vueltas, lo había dejado de lado al volver a revivir la noche anterior.

¿Cuántas veces más volvería a revivir esos momentos?, ¿cuántas pesadillas tendría? Eso sí que no estaba pagado con el sueldo de funcionario.

Volvió a entrar en el hospital deseando que los padres de Rebeca tardaran aún en llegar. No quería que hubiera nadie más a su lado incomodándolo.

EPÍLOGO

Miraba por el amplio y luminoso ventanal las idas y venidas de gentes y vehículos que pasaban por su campo de visión. Llevaba demasiados días metida en aquel lugar. Otra vez lo mismo.

A su espalda escuchó un ligero sonido, el roce de la ropa y el deslizar de unas zapatillas por aquel suelo bien pulimentado. Se giró y sonrió al ver de nuevo a su amigo Pedro. Estaba ya casi curado de sus heridas, pero su rostro denotaba que había adelgazado demasiado en las últimas fechas. Los pómulos le sobresalían como si fueran a desgarrar la pálida piel que los protegía; los ojos estaban hundidos y tenía unas fuertes y oscuras ojeras alrededor; el pelo seguía enmarañado como siempre y, sin embargo, sonreía al mirarla. Era un amor.

—¿Cómo estás?

—Aburrida. —Se intentó incorporar y al hacerlo descubrió el porqué de seguir allí. Un fuerte dolor recorrió todo su abdomen y subió hasta su cabeza. «La puta cicatriz», pensó con una fea mueca de dolor.

Pedro se adelantó presto y con delicadeza hizo que se volviera a colocar donde estaba.

—Tranquila. —Le dio un fuerte y sentido beso en la frente. Se sentó en el borde de la cama.

Rebeca volvió a mirar por el ventanal. Ella estaba sentada en un sillón, bastante incómodo si llevabas varios días sentado en él más de seis horas al día. Se volvió para que su acompañante no viera que estaba de nuevo a punto de llorar. Se sentía liberada de todo, sin embargo, en las últimas jornadas lo único que hacía era llorar y sentirse desgraciada, sobre todo cuando en el cuarto de baño se levantaba el camisón y contemplaba las feas

cicatrices que adornaban su torso. Se había vuelto un monstruo. «Tal vez ya lo era antes, pero no lo veía así»; de hecho dos de las tres cicatrices ya estaban allí unas semanas antes.

—Ya está en la cárcel —dijo Orol como si nada.

Rebeca simplemente asintió. Seguía mirando por la ventana, fijando su vista en el lento pasar de un tren, camino a la estación.

Fuera el día era soleado y algo cálido. Estaban a finales de enero y las temperaturas eran de casi dieciocho grados. No estaba nada mal, pero eso a ella le importaba una mierda, aún le quedaban unos días de estar allí metida, como si ella fuera la verdadera reclusa.

Fuera podría volver a sentirse algo más libre, sobre todo al saber que sus atacantes habían muerto o estaban en la cárcel. Durante los últimos días había dado gracias a Dios en innumerables ocasiones por la presencia del comandante que había matado a tres de ellos. Gracias a él el otro se suicidó y el cabrón de su asaltante había ido a por ella.

—La chica policía tiene un expediente abierto, seguramente la echarán un tiempo del cuerpo...

Rebeca se giró con presteza y miró a su acompañante con interés, como inquirendolo por eso último.

—Por usar datos y facilitarlos a otras personas. Por suerte para ella y gracias a su padre, no la van a acusar de colaboradora en los homicidios. —Pedro realizó un gesto elocuente; tenía que estar muy pero muy agradecida.

La televisión permanecía encendida mostrando una serie que estaba viendo la otra inquilina de la habitación. Rebeca tenía la cortina totalmente estirada para poder dar a su espacio algo más de privacidad. No soportaba la presencia de la otra mujer, viuda, que estaba todo el tiempo hablando de chorradas; era algo insoportable, pero así era la sanidad pública.

—¿Por qué? —murmuró Rebeca mirando a Pedro a los ojos .Se llevó instintivamente una mano sobre la herida, tapada por el camisón.

—Creía que tal vez tú estabas detrás de los asesinatos y te siguió la pista por la televisión. —Pedro calló al ver el rostro de su amiga y el ligero temblor de rabia que se intuía en sus labios—. Parece ser que estuvo en tu pueblo haciéndose pasar por periodista, de allí a tu casa de Alcorcón, donde

tuvo suerte y, mientras esperaba, te vio y supo que eras tú. Te siguió hasta que entraste en mi barrio, en la zona que hay muchos parques cerrados, oscuros, un lugar perfecto...

—Si no hubieras estado tú... —Sonrió al recordar su presencia.

—Bueno, si no hubiera estado Ricky... —Ambos rieron al acordarse del perro.

—Cuando salga de aquí, le voy a regalar un hueso de esos enormes que venden en las tiendas. —Hizo un gesto mostrando el tamaño.

—Tendrán que ser tres o cuatro, esos no le duran ni un pedo. —Otra vez sonrieron y Pedro sintió que estaba ante el amor de su vida al ver de nuevo esa perfecta, jovial y alegre sonrisa dibujada en el semblante de su amiga.

La serie acabó y comenzó un programa de actualidad. En pantalla se vio el rostro de Isabel Márquez, ya odiado por Rebeca. Tras hablar unos instantes, tiempo en el que ambos miraban la pantalla en silencio, dieron paso a un video en el que salía Daniel Gorgoles a su salida del juzgado, tras haber ido a declarar por la causa que tenía abierta.

Rebeca abrió la boca y se quedó paralizada. Sus ojos mostraban un miedo extraño y, cuando Orol se dio cuenta, levantó un dedo que apuntó a una esquina de la pantalla. Allí, apartado de todo, había un hombre de mediana edad.

De primeras Orol no entendió nada, fue como esas veces que el cerebro necesita tres segundos para reaccionar, pero cuando lo hizo, por suerte, un segundo antes de que la imagen desapareciera, lo supo todo.

Miró a su amiga, que estaba temblando.

—Era él, era Andrés Soto. —Su voz se fue apagando.

—No cariño, no era Andrés, era un hermano gemelo, tenía un jodido hermano. —Se dio un golpe en la frente y, ante la mirada de su amiga, Pedro se explicó—. Por eso el ADN de Andrés estaba en el cuerpo de Sonia.

Fin

Si te ha gustado

Angustia

te recomendamos comenzar a leer

Soñando con el demonio

de *Alina Covalschi*



ALMAS CONDENADAS

La música explotaba a todo volumen de los altavoces y las luces brillantes cegaban mis ojos. Había personas ebrias bailando eufóricas a mi alrededor, sin embargo, no les hice caso. Empezaba a sentirme mareada, nunca había estado en un lugar tan sofocante. Mis párpados se apretaron con fuerza. La ansiedad se arremolinaba en la boca de mi estómago como un huracán.

—Este lugar no me gusta. —Abrí los ojos de golpe y le di un pequeño empujón a Sheila con mi hombro—. Me voy.

—Espera, Vivian. —Tiró de mi brazo, pero apenas consiguió mover mi cuerpo.

Mis poderes se habían incrementado, tanto que se habían apoderado de mi cuerpo por completo. Desde que me había ido de casa, los sueños se habían vuelto aterradores y más reales. Había huido sin mirar atrás. Había abandonado a mi madre y a mis amigos para encontrar otro rumbo.

Tenía quince años cuando me fui, sin embargo, no había estado sola. En la estación de trenes había encontrado a Sheila, una chica muy peculiar que se había convertido en mi mejor amiga.

Por las noches soñaba con mi madre llamándome para que regresara a casa. Estaba sufriendo, podía sentirlo, pero no quería hacer lo que ella me pedía. Me negaba a creer que yo era especial y que por mis venas corría sangre de demonio.

Llevaba más de veinte años ayudando a todos los humanos que perdían sus almas y cada vez se me hacía más imposible. Los otros demonios me derrotaban en el sueño y terminaba llorando con lágrimas de sangre. Eran sueños de tránsito y veía con detalles como las personas morían.

Sheila miró fijamente los dedos que resbalaban en mi brazo y cerró los ojos.

—Tienes que volver a tu casa, Vivian. Seguramente tu madre sabe...

—No voy a volver a ese lugar. Ella quiere que haga cosas raras. —Me sequé la frente de sudor y miré a mi alrededor.

La gente bailaba y gritaba sin parar. Me gustaba salir de fiesta con Sheila, pero ese club tenía algo que no me gustaba. Me sentía vigilada.

—No voy a insistir más —dijo, soltando un bufido—. Pero quédate un ratito más. Hay un chico muy guapo que me hace ojitos.

—Está bien. Me quedo una hora más. —Miré su escote amplio y gruñí—. Seguramente es por cómo vas vestida.

—Eh, a mí me gusta vestirme así.

—Vas muy provocativa, Sheila. Todos están babeando.

—¿Y cómo quieres que me vista? —Se molestó y se alejó—. ¿Cómo una monja? Tengo veinte años y quiero vivir la vida.

—Haz lo que quieras. Voy a por algo de beber y si en una hora no apareces, me voy.

Retrocedí y choqué con un cuerpo duro. Un líquido frío se derramó por mi cuello y bajó por debajo de mi camiseta con lentitud. Mojó mi sujetador y mis pezones se volvieron sensibles. Me estremecí de los pies a la cabeza y grité horrorizada.

—¡Idiota! —La palabra salió disparada de mi boca y, cuando giré la cabeza para mirarlo, me congelé.

Sus ojos recorrieron mi rostro en cámara lenta y dejó caer su copa al suelo. En un instante, todo dejó de moverse, todos se habían quedado de piedra.

Solo respiraba él y yo.

—Vivian... —Parpadeó después de reconocermé.

—Chad... —Mis labios susurraron su nombre y sentí una fuerte presión en mi pecho.

Agaché la mirada y vi como el colgante que mi madre me había regalado brillaba.

—Por fin te encuentro. —Su voz era ligera—. Tienes que venir conmigo.

—No te acerques. —Levanté una mano en el aire—. No quiero saber nada de ti.

—Vivian, tu madre está en peligro.

Fruncí el ceño y leí sus pensamientos. Tenía razón, mi madre estaba encerrada en una especie de cueva.

—Así, es. —Se acercó un poco más—. A tu madre se la llevaron hace más de dos meses y mis padres no encuentran la manera de rescatarla. Solo alguien como tú podría, solo alguien que puede viajar al Inframundo a través de los sueños.

—Yo no quiero saber nada. No soy lo que vosotros pensáis. —Apreté los puños—. Soy un humano, cómo los demás.

—No es verdad y lo sabes. Hace unos segundos leíste mis pensamientos y seguramente tus poderes han aumentado. —Dio un paso hacia delante y chasqueó los dedos.

Mis ojos no podían creer lo que había pasado.

—¿Dónde estoy? —Rechiné los dientes como gesto de frustración—. ¿Qué hiciste?

—Estamos en mi casa —contestó con tranquilidad y se quitó la chaqueta de cuero—. Necesito enseñarte algo.

—Quiero volver con mi amiga —ordené con voz entrecortada—. No puedes hacer esto.

—Tranquila, Vivian. Tu amiga está ocupada con otras cosas y solo estarás ausente una hora. —Sonrió y por primera vez me fijé en su rostro.

Habían pasado más de cincuenta años y, aunque había cambiado mucho, podía reconocerlo en cualquier lugar. Por las noches soñaba con su rostro y con su muerte.

—Sé perfectamente cómo son tus sueños, Vivian, y créeme que los puedes cambiar. —Me contempló en silencio—. Tienes en tus manos el poder de cambiar el destino de los demonios. Solo tú.

—No quiero. Me niego.

—Tu madre moriría. —Pasó la lengua lentamente por sus labios—. ¿Quieres eso?

—No, no quiero que muera. —Permanecí en silencio, confusa.

Una señal de advertencia me llegó de lo más profundo de mi subconsciente. No había sentido nunca nada igual y no recordaba haber estado nunca tan cerca de nadie. Nos separaba una distancia muy corta y el brillo de sus ojos me tenía hipnotizada.

—Eres hermosa y tus ojos... —Alargó una mano y apartó el flequillo que cubría mi frente—, tus ojos son únicos. Esconden un mundo muy bonito e inspiran a mirar más allá del cielo. Los veo todas las noches y siento una impotencia enorme cuando las lágrimas de sangre los manchan.

Sus dedos acariciaron mi mejilla suavemente y mis párpados se cerraron. Su voz y sus caricias me tenían a su merced. Me maldije al sentir mi corazón

acelerado como la de una adolescente inexperta.

—Abre los ojos. No te dejes llevar por mis poderes —susurró.

Lo hice y lo primero que vi fueron sus ojos color sangre, luego sus labios apetecibles susurrando mi nombre. Sus palabras sonaron tan apacibles que mi corazón dio un vuelco.

—Heredé de mi padre este poder y no quiero que pierdas la voluntad conmigo.

Lo miré y, por un momento, nuestros ojos se encontraron y chocaron.

—No lo haré —dije casi con enfado—. ¿Qué era lo que querías enseñarme?

—Ven conmigo. —Estiró una mano.

Agarré su mano y un calor abrasador recorrió mi brazo. Él me abrumaba y ahuyentaba cualquier pensamiento racional de mi mente.

—Estás temblando —murmuró—. ¿Tienes miedo? Sabes que nunca te haría daño.

Sujeto con firmeza mi mano y se paró delante de una puerta.

—No tengo miedo, pero no te conozco y...

—Me conoces mejor que nadie, Vivian. —Abrió la puerta—. Solo que tu mente se empeña en no recordar los demás sueños.

—¿Qué sueños? —Lo miré extrañada.

—Poco a poco los vas a recordar. —Sonrió—. Yo mismo me encargaré de que así sea. Ahora quiero que veas algo muy importante para ti y para tu madre.

Las pesadillas siempre se repiten. Un acontecimiento traumático puede trastocar toda una vida.



Angustia narra la historia de Rebeca, una joven que sufre un ataque que la deja al borde de la muerte. Se salva, pero el suceso la marca para siempre psicológicamente.

Unos años más tarde, cuando parece que empieza a rehacer su vida, la historia se repite en la persona de otra chica que en este caso muere. La pesadilla vuelve de nuevo a su existencia y con ella todos sus antiguos miedos.

Desde el principio se ve un parecido casi ritual, y Orol, un policía que conoce a Rebecca desde su agresión, será el encargado de la investigación. Durante la misma, los cadáveres se irán amontonando en su camino.

Una historia de sentimientos a flor de piel, de sangre, de acción y que aborda un gran debate ético en sus páginas. Una novela que no dejará indiferente a nadie.

Daniel González Vive en un pueblo de Toledo. En la actualidad tiene treinta y nueve años y estudia Filosofía en la UNED. Amante de la lectura, lee todo lo que cae en sus manos.

Tiene una novela autopublicada y ha escrito varios relatos breves que tal vez publicará en el futuro.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Daniel González

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-954-6

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Angustia

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Daniel González

Créditos